

141

1371



LOS CABALLEROS DE

JUSTITIA



HERMES

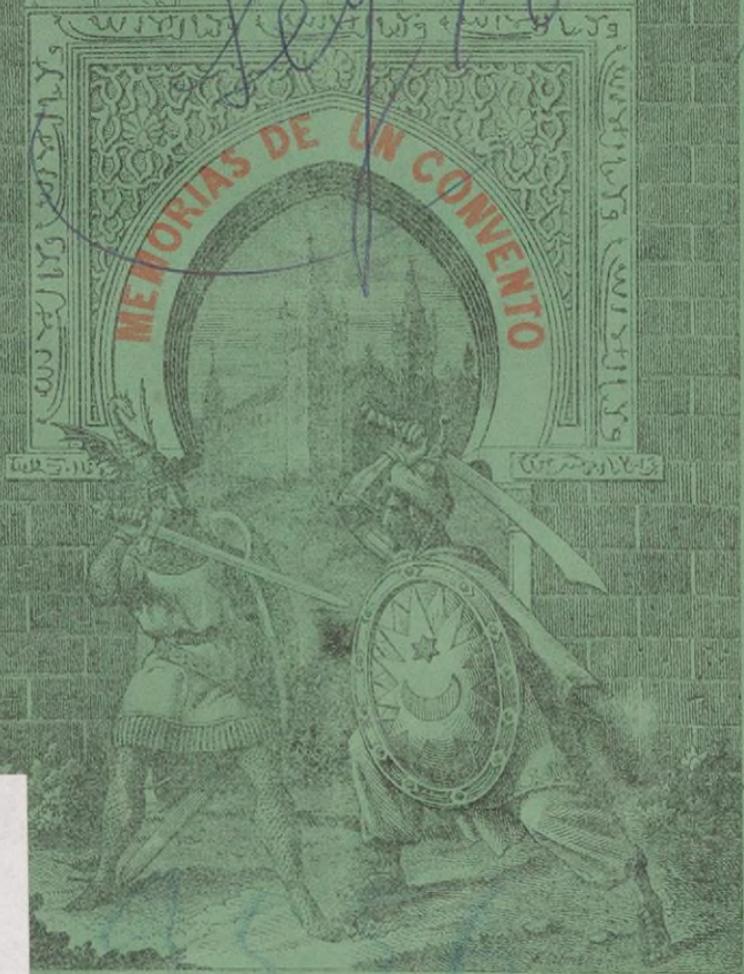
Valencia - Oct. 78.  
10

CRONICAS DE

LA EDAD MEDIA

209297  
LOS CABALLEROS DE JATIVA

MEMORIAS DE UN CONVENTO



Libreria de Pascual Aguilar editor  
Caballeros N.º 1 Valencia.

421 PEPOL  
17/11/1958

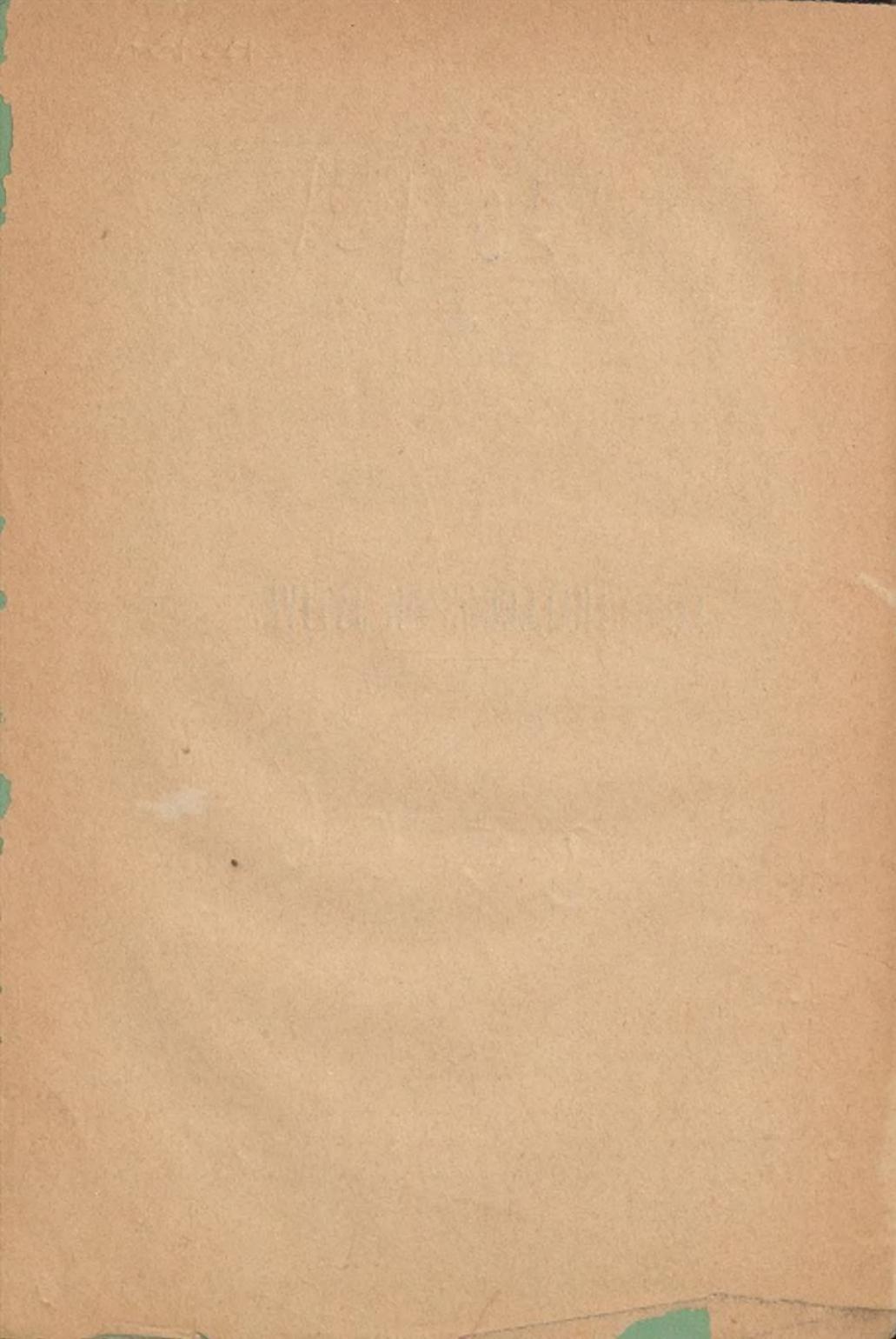
642.1371

31-71 bis.

LOS CABALLEROS DE JATIVA.

---

3556.



20929

LOS CABALLEROS DE JATIVA

MEMORIAS DE UN CONVENTO.

LEYENDA HISTÓRICA.—CRÓNICAS DE LA EDAD MEDIA.

POR

D. Juan B. Perales.



VALENCIA

LIBRERÍA DE PASCUAL AGUILAR  
Calle de Caballeros, número 1

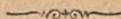
—  
1878

ES PROPIEDAD.

---

VALENCIA.—IMP. DE RAMON ORTEGA, COCINAS, 1.

# INTRODUCCION.



## ORÍGEN DE ESTE LIBRO.

### I.

En la madrugada del memorable 22 de Junio de 1866, á la hora en que la poblacion de Madrid, la mas trasnochadora de Europa, duerme por costumbre, muchos millares de hombres dominados por una idea política ó por la voz del deber, velaban sin embargo, arma al brazo, dispuestos á empeñar una lucha insensata y fratricida.

Y la lucha se empeñó, y Madrid quedó convertido en un campo de batalla.

El estruendo del cañon de los sublevados de S. Gil, las descargas de fusilería en la calle Ancha de S. Bernardo, en la de Toledo, en el barrio de Lavapiés y en otros puntos de la capital, daban á Madrid el aspecto de una ciudad conquistada.

El 22 de Junio fué un dia de sangre en Madrid y de luto general en toda la península.

Mal avenidos los trastornadores de oficio con el gobierno del duque de Tetuan, sobornaron á las últimas clases del ejército, y los ilusos instrumentos de la ambicion, armados con el puñal de los

asesinos, cayeron sobre sus jefes, hiriendo en un dia la honra del ejército y el corazon de la patria.

La hidra de la rebelion estaba satisfecha. Corria la sangre á torrentes: los soldados del cuartel de S. Gil y los traperos del Rastro, los politicos de taberna y los militares de motin, la discordia de la tribuna, del foro y de la sociedad, estaban frente á frente del ilustre vencedor de Africa, del noble Duque, de aquel gran génio que dió á España prosperidad, renombre y grandeza.

Nadie creyó vencerle, pero le retaron á la lucha, y hasta los cabos y sargentos se atrevieron á medir sus fuerzas con él, con el gran O'Donell, que era el último vástago de la raza de los gigantes castellanos.

La rebelion fué vencida, como final del primer acto del sangriento drama.

En el segundo apareció el fallo de la justicia con toda su severidad.

Los ilusos cuanto infelices sargentos del quinto regimiento de artillería, pagaron el tributo debido al rigor de la ordenanza militar, y no tardaron en ser victimas de su propio delito, siendo sentenciados á muerte por las leyes de la guerra.

El desenlace final vino mas tarde, pero entretanto, millares de familias abandonaron la capital de las Españas, huyendo de aquella córte del espanto.

Por mi parte, demasiado jóven aun para juzgar á los hombres, sin pasiones y sin esperiencia, pero hondamente conmovido por las escenas de aquel espectáculo, abandoné tambien la coronada villa, y me dirigí á las montañas de Valencia, hácia la Sierra de Enguera, como á unas dos leguas de Jativa.

## II.

En la estacion de Montesa me esperaba un honrado montañés con un soberbio mulo y un hermoso pachon. Monté en mi cabalgadura, y precedido de la perra, pues que tal lo era, mi fiel guia y yo nos internamos en la montaña.

La noche nos sorprendió al instante, pero la luna se brindó á alumbrarnos el camino y no tardó en derramar los fulgores de su pálida luz, á través de una nube rojiza que la cubria como un espeso velo en el rostro de una coqueta.

Momentos despues, llegamos á la cumbre del monte.

La luna rasgó la densa nube, y sus diáfanos rayos alumbraron magestuosamente nuestros pasos.

Una esplanada inmensa se presentó á mi vista.

Habíamos subido una escarpada vertiente que debíamos volver á bajar por el lado opuesto de la montaña; á lo lejos se descubria una campiña.

En la falda de una colina, muda atalaya de la vega, perdíase entre las nubes la torre de una iglesia, como gigante centinela de un pueblo que dormia á sus pies.

Era La Sierra: el lugar á donde me dirigía.

El cielo, poblado de caliginosas nubes, de caprichosos fantasmas escapados de los vapores de la tierra, de rizadas hondas como la espuma del mar, y de espíritus fugaces como la ilusion de un demente, presentaba el claro oscuro de un lienzo acabado, que revela la poesia del arte, que inspira encontrados sentimientos, que enjendra en el alma un impulso de sombría grandeza, de placer melancólico, de júbilo y de espanto.

El tio Quito, este era el nombre de mi acompañante, contemplaba tambien el cielo, que parecia anunciar una lluvia segura y copiosa.

—Ese círculo rojizo que despide la luna—dijo— indica que mañana lloverá mucho.

Embebido en mis reflexiones no me fijé en el pronóstico. Tenia aun ante mis ojos el espectáculo de una lucha fratricida, y parecíame que los vapores de la sangre derramada en las calles de la córte, inundaban la atmósfera para refractarse en la bóveda celeste que reprobaba la injusticia y los crímenes de los hombres.

No tardamos en bajar á la llanura.

Como á medio kilómetro de distancia distinguí una cruz de piedra, símbolo de los pueblos cristianos.

En las gradas de su pedestal habia algunas gentes que esperaban mi llegada. La perra, tomando la delantera, fué á anunciarnos con sus ladridos de regocijo.

Saludé con verdadera efusion á los sencillos montañeses y nos dirijimos al pueblo.

Caminábamos por dentro de un cauce casi seco. De trecho en trecho solia aparecer un hilo de líquido cristal, serpenteando ligeramente en un lecho de arcilla, para desaparecer en breve entre las filtraciones de arena.

Salimos del cauce tomando una cuestecita á la derecha.

Un alto paredon magestuosamente enclavado en el cauce, se estendia en línea recta, como un dique opuesto al empuje de las aguas en las grandes avenidas. La cuestecita era un ángulo del alto muro; por encima del cual asomaban frondosos árboles que erguían su cabeza.

A los pocos pasos penetramos en una plaza sembrada de algunas calles de cipreses que formaban una alameda.

El paredon habia terminado; estaba unido á un soberbio edificio, cuya fachada, bañada por la luna y sombreada por los árboles, ofrecía un aspecto fantástico y magnífico.

—¿Qué es eso?—Pregunté señalando el edificio.

—Es el convento, el convento.—Contestaron á coro cuantos me acompañaban.

La curiosidad que despertó en mí el aislado edificio, llegó á preocuparme hasta el punto de quitarme el sueño.

El historiador, el artista y el poeta, suelen quedarse en estática contemplacion ante un monumento, ante unas ruinas, ante unos escombros.

Allí debia encerrarse una historia que yo queria desentrañar.

### III.

Al dia siguiente, se me acercó un muchacho hijo de la casa donde me hospedaba.

—Vámonos de caza?

—Vámonos, contesté irreflexivamente.

José, que así se llamaba el muchacho, era pariente mio en último grado: así que empezó á tratarme con sencilla franqueza. Apenas contaba quince años: y á pesar de su edad, medía la talla de un granadero. Era blanco, casi rubio: un poco malicioso, pero franco como un hijo de la montaña.

Llevaba zapatos blancos de becerro, pantalon claro de lana, chaleco igual al pantalon, chaqueta

de paño negro: un sombrero de castor y una corbata muy charra. José era hijo del cirujano del pueblo y por consiguiente era un señorito. Completaba su traje una bonita manta encarnada, doblada sobre el hombro izquierdo; una escopeta en la mano derecha y una canana en la cintura.

Al verle así armado solté la risa porque me pareció un contrabandista; él rió tambien de mi observacion y salimos.

Ya en la calle, dió un silbido, y la perra que yo ya conocia, se acercó á nosotros, saludándonos con sus caricias.

Era de color ceniciento salpicada de manchas negras; á no ser por su cabeza, que era completamente negra, cualquiera hubiera creido al verla de lejos, que era un tigre; tan hermosa y pintada era su piel.

José le dió con el pié diciendo:

—Anda, Sola, vé delante.

—¿Se llama Sola esta perra?

—Sí, Sola, porque todos sus hermanos nacieron muertos; solo ella sobrevivió. Es muy valiente y muy fiel, y en casa la queremos como un individuo de la familia.

Habíamos cruzado el pueblo; ya en la salida y sobre una pequeña eminencia, ví una casa-fortaleza que me llamó la atencion.

Por la parte que yo la veía tenia la forma de un castillo feudal; dos macizos torreones partian del centro de la fachada, protegiendo la puerta principal: de la parte superior salian dos gruesas cadenas de hierro sujetando un puente levadizo que servia de puerta. Cuatro torres almenadas colocadas en los ángulos coronaban aquel antiguo castillo. Era de piedra sillería, desde los cimientos hasta las

almenas de las torres, y á no ser por ese color oscuro é indefinible con que el tiempo marca las obras antiguas dándolas un sello de gravedad y respeto, hubiérase creído que era una obra moderna, por su buen estado de conservacion.

Comprendiendo José mi curiosidad dijo sonriéndose.

—Es el castillo.

—Y á quién pertenece?

—A los Romeu.

—Y viven aquí esos señores?

—Sí.

—Nos lo enseñarán si entramos?

—Sin ningun inconveniente; pero se hace tarde si queremos matar algunas perdices. Mañana á la hora que gustes vendremos y examinarás el castillo con detencion.

Yo no habia cazado nunca, no tenia ninguna aficion á la escopeta ni á los perros, y me hubiera quedado de mejor gana en el castillo: pero por complacer á José seguí su consejo y nos dirigimos al monte.

—Díme al menos lo que sepas de ese castillo.

José sonrió maliciosamente como si quisiera decir: «Qué estúpido eres, no sabes nada del castillo.» Pero el buen José despues de hablar mucho del castillo riéndose siempre, saqué en consecuencia que no habia dicho nada, porque nada sabia.

Así, pues, varié de conversacion y nos internamos en un monte cubierto de maleza.

No llevábamos mas que una escopeta, la de José: él se encargaba de cargarla y yo de echar salvas, porque aunque apunté repetidas veces á las aves que al acaso se presentaban, siempre salían ilesas

de les perdigonadas que yo les dirijia. Juzgué mas prudente volvernos á casa y así lo expresé.

—Como quieras,—dijo—pero antes tomaremos un refrigerio á la sombra de un pino.

Estábamos con efecto en un espeso pinar que nos proporcionaba grata sombra, porque los rayos del sol llegaban escasamente á calentar la yerba de aquel suelo abovedado por las espesas ramas de los árboles. Por otra parte, el cielo se cubria de negros nubarrones, y aunque la estacion era templada, yo sentía un calor sofocante.

José estendió su manta en el suelo y nos tendimos horizontalmente.

Comimos algunas provisiones, que José en su prevision de cazador traia, mientras discurriamos sobre los atractivos de la caza.

La perra, que estaba echada á los pies de José, se levantó con recelo, se dilataron sus narices y dejó escapar un gruñido. Yo levanté la cabeza y vi..... un enorme lobo que nos contemplaba de cerca, como olfateando nuestra frugal merienda.

José, mas diestro y mas aficionado que yo á aquella especie de montería, se preparó al combate, pero el lobo habia desaparecido. Yo me levanté dispuesto á correr hasta llegar al pueblo, pero José me entretuvo, cargando la escopeta con dos balas.

—Vamos á matarle,—dijo resueltamente.

Procuré por cuantos medios pude disuadirle de su propósito, y tomamos la vuelta hácia el pueblo.

No encontramos camino ni sendero, y aunque José decia que íbamos bien, yo creí que íbamos á la ventura.

Y así fué.

—Este es el camino,—dijo José al entrar en un espeso matorral de un declive considerable.

La perra volvió á ladrar.

—Allá vá! ¡Allá vá! Esclamó José preparando la escopeta y echando matorral abajo.

Tendí la vista y efectivamente, víal lobo con una cabra cogida entre sus colmillos como disponiéndose á devorarla.

José, con la impetuosidad de sus pocos años, disparó su arma; la fiera ahulló terriblemente y desapareció entre la maleza.

El tiro habia sido certero, pero fácilmente podia estar herida la fiera, en vez de muerta: de modo que, con las mayores precauciones, seguimos la direccion del lobo.

A poco de seguir nuestra ruta, la perra nos indicó un objeto entre la maleza.

Era la cabra que llevaba el lobo y que soltó al sentirse herido.

Algunas gotas de sangre nos indicaron la direccion y seguimos el rastro precedidos de la perra.

Ya estábamos fatigados; el terreno era muy quebrado y el rastro de sangre se nos perdió.

Sin embargo seguíamos á la perra.

Subimos á un cerrillo y mirando de frente, José exclamó:

—Allí hay agua, allí está el lobo.

Miré donde me indicaba y ví efectivamente al pié del cerrillo un charco pequeño que las lluvias habian depositado en el hoyo de un barranco.

Y hácia allí se encaminó la perra.

No se engañó José. El lobo en su agonía habia ido á apagar su sed al barranco, pero le faltaron las fuerzas y espiró antes de acercarse al agua.

Al ver al lobo muerto, José tuvo arranques de verdadera locura; tal era su entusiasmo.

Y en verdad él era el vencedor de la jornada.

La victoria le correspondía á él solo.

Después de los trasportes de alegría que yo participé con él, pensamos en retirarnos.

Grandes y negros nubarrones poblaban el espacio.

Un viento fuerte nos azotaba el rostro.

Las ramas de los árboles se agitaban con violencia.

El huracan empezaba á desencadenarse, y la tempestad se nos venía encima.

Las nubes habían eclipsado la luz del sol, y el día, que tocaba á su fin, presentaba un aspecto tempestuoso y poco tranquilizador.

—En dónde estamos? pregunté.

—No lo sé.

—Estaremos muy lejos del pueblo?

—Lo menos dos leguas.

Y la alegría de José decayó tan visiblemente que al pronunciar la última frase estaba abatido. Era indudable que nos habíamos extraviado. La tempestad se hacía imponente y no teníamos abrigo ni refugio donde albergarnos. Al cabo era un niño y á mí me tocaba animarle.

—Pues bien, la perra nos guiará.—Dije yo como acariciando una gran idea.—Y mientras nos dirijimos al pueblo raro será que no encontremos alguna choza de pastores ó una cueva donde dejar pasar la tormenta.

Y redoblamos el paso con celeridad.

Iba la perra delante volviendo la cabeza de vez en cuando como para indicarnos que la siguiésemos. Yo confiaba en que su buen instinto nos lle-

varia al pueblo por el camino mas corto, y así se lo decia á José para alentarle, pero me pareció que la perra llevaba otra direccion.

Un relámpago alumbró el espacio.

José cerró los ojos haciendo la señal de la cruz y se oyó un trueno espantoso.

Cada paso que dábamos era mayor que el anterior, de modo que instintivamente íbamos á carrera tendida.

Subíamos y bajábamos montes, cruzábamos barrancos, ganábamos cerros, corríamos, en fin, como locos y no veíamos el pueblo ni ningun punto conocido.

Yo creia que nos alejábamos en vez de acercarnos al pueblo.

Una cruel angustia nos dominaba en aquel momento.

Gruesas gotas de agua se desprendian de las nubes.

José iba mohino, cabizbajo y sombrio.

De repente se paró.

—De aquí no paso, dijo.

—Cómo! Por qué!

—Estamos cansados, rendidos y sin saber dónde nos encontramos, cuanto más andemos mas nos fatigaremos; tengo ya los pies destrozados y no quiero, no puedo andar mas.

Hubiera querido ser un Hércules para llevarle á cuestas, pero yo estaba tan cansado como él y no pude hacer mas que animarle.

Hablé de la tormenta que nos amagaba, la espantosa soledad que nos rodeaba, y debíamos buscar cuando menos una cueva, algun hueco entre las peñas que nos albergase; y si aun esto no lo encontrábamos, improvisaríamos una pequeña

tienda de campaña con su mantita encarnada al abrigo de alguna encina.

—Por otra parte, concluí diciendo: la perra tiene buen instinto y nos llevará á algun albergue cercano.

—Esa perra es muy torpe, contestó con despecho; no sabe mas que lo que quiere, y por haberla seguido tan confiadamente nos hemos engolfado en este desierto.

La lluvia aumentaba progresivamente y no debíamos perder tiempo. Tomé la escopeta para que José pudiese andar mas libremente, le obligué á embozarse con su manta y apretamos el paso en busca de algun árbol que pudiese cobijarnos.

A los pocos pasos la perra se detuvo un segundo, olfateó en distintas direcciones y echó á correr con la velocidad de una liebre.

—Sigámosla.

José no contestó, pero se dejó arrastrar siguiendo mi apresurada carrera.

Estábamos en un montecito que se dividia por una hondonada apareciendo otro en segundo término.

La perra se detuvo y ladró estrepitosamente.

José me miró desconcertado al tiempo que yo preparaba la escopeta por si se presentaba otro lobo.

Un segundo ladrido, pero mas hueco, mas bronco que el de Sola, resonó en la vertiente de los dos montes.

—Nos hemos salvado! Esclamé bajando la escopeta.

Ese ladrido es el de un perro de ganado; ahí debe haber pastores, tendrán un albergue.

—Tambien puede ser una guarida de ladrones, replicó José entre trémulo y confiado.

—No importa, si son ladrones son hombres, y lo mas que pueden hacer es quitarnos la escopeta, pero nos darán albergue.

Salvamos el montecillo y empezamos á bajar la vertiente siguiendo á la perra que á poco se paró.

Teniamos enfrente y al pié de una colina, una casita de miserable aspecto que infundia cierto temor religioso.

A dos pasos de la choza habia una gran cruz de madera toscamente labrada y enclavada por su base en el hueco de un peñasco. La casa era de piedras encajonadas unas sobre otras y rebozadas con barro.

A la derecha de la puerta habia una ventana con algunos palos cruzados formando una reja. En la parte superior de la casita habia una cruz pequeña de madera. El tejado estaba cubierto con retamas secas que, partiendo del centro, caian á ambos lados despidiendo el agua de las lluvias.

Una gran encina colocada en el ángulo izquierdo, daba sombra á todo el edificio pareciendo á primera vista aquel pequeño panorama, una tumba desierta colocada al pié de un sauce.

—Ves, José? Esta casa no es de bandidos.

Un tercer ladrido nos interrumpió.

Esta vez sonó por la espalda de la choza.

La Sola contestó con otro, pero sin dar muestras de enfado ni inquietud.

Nos acercamos á la puerta para llamar, cuando se nos interpuso un enorme mastin que nos miraba asombrado. Sola se presentó á recibir al huésped,

que sin apaciguarse olfateaba á la perra y nos gruñía receloso.

—Quieto, Leal, quieto! Se oyó clara y distintamente por detrás de la encina.

José se apresuró á mirar por donde salía la voz y retrocedió asustado.

—¡Un fantasma! ¡Un fantasma!

Me adelanté sin contestarle al tiempo que doblaba el ángulo de la encina un ser extraño y respetuoso.

Era un pobre viejo octogenario de blanca y luenga barba, cubierto con un sayal oscuro; escondía la cabeza entre los pliegues de una ancha capucha que le caía hasta los ojos. Su rostro estaba seco, arrugado y descolorido; sus ojos azules estaban hundidos, pero su mirada era noble y penetrante. Rodeaba su cintura un cordon de cáñamo, que, cayendo hasta los pies, terminaba en una orla pequeña. Llevaba los pies desnudos y su andar era incierto y fatigado. Un haz de leña seca que llevaba sobre su espalda le hacía doblar su pobre cuerpo ya encorvado por el peso de los años.

Al verme frente á aquel hombre se apoderó de mí un sentimiento extraño. Llevé la mano al sombrero y le saludé respetuosamente. José, que se habia refugiado detras de mí, se descubrió con cortés humildad, aunque no parecia muy tranquilo con la presencia del viejo ermitaño.

—La paz sea con vosotros, hijos míos; murmuró el respetable anciano con acento risueño, pero dulce y magestuoso como la voz de los profetas.

—Cubríos, prosiguió, que llueve á torrentes. Entrad en mi pobre choza, encenderé lumbre y

probareis mi cena. Y precedido del mastin entró en su albergue adonde le seguimos con respetuoso silencio.

Habia cerrado la noche.

Los truenos y relámpagos se sucedian sin interrupcion; las cataratas del cielo se desbordaron y la lluvia caia con estrépito imponente.

El tio Quito no se engañó... Mañana lloverá mucho, habia dicho la noche anterior; y el agua caia á torrentes.

#### IV.

—Acercaos á la lumbre y secad vuestros vestidos mientras os preparo la cena.

Decía el extraño anacoreta encendiendo una gran pila de leña seca que acababa de colocar en la chimenea.

El buen anciano, despues de habernos abrigado en su pobre hogar, partió con nosotros la cena, que, aunque ni espléndida ni abundante, comimos con apetito.

José no podia vencer el sueño; el pobre anciano lo observó, y desliando un gergon que habia sobre un gran poyo cerca de la lumbre, le hizo acostar abrigándole con su misma manta.

Algunos segundos despues, José dormia profundamente. El anciano volvió á ocupar su asiento, y disculpándose de su pobreza murmuró.

—No puedo ofreceros otra cosa; aquí no estoy en el convento donde tenia una gran sala destinada á los forasteros que no tenian posada en el pueblo.

Hasta entonces no habia comprendido por qué mi interlocutor vestía aquel traje tan extraño;

pero cuando le oí hablar del convento, adiviné que era un fraile. Sin embargo, se lo pregunté y lanzando un amargo suspiro contestó.

—Sí, hijo mío, he sido fraile toda mi vida. No he conocido á mis padres ni á mis parientes; no me acuerdo haber tenido otra casa que el convento. Desde muy niño fuí religioso, me eduqué en la iglesia y en la biblioteca del convento. Mis primeros años los pasé asistiendo la misa, tocando las campanas y estudiando las lecciones de gramática latina que me enseñaban los frailes. Hacía rabiarse con mis travesuras al cocinero y al hortelano; y crecía y me iba haciendo hombre sin salir del claustro.

Ya en la edad de la razón, me hicieron viajar, estuve en la capital, en la Côte, en París, en Roma y en Jerusalén. De regreso á mi ansiado convento, profesé la orden, tomé el hábito y me sepulté en el claustro creyendo no abandonarle jamás.

¡Lejos estaba yo de creer que un día sería arrojado violentamente de mi celda llegando hasta mis oídos el grito de agonía de mis hermanos moribundos!

El pobre anciano se conmovió visiblemente y de sus ojos hundidos se desprendió una gruesa lágrima.

—Veinte años despues, continuó, murió el digno guardian que regía la comunidad; y aunque habia otros hermanos de mas edad y mas dignos que yo para suceder al superior, fuí elegido por unanimidad, y nombrado guardian, por un exceso de cariño que la comunidad me profesaba.

Tomé posesion de mi nuevo y difícil cargo y procuré desempeñarlo lo mejor que pude.

Doce años llevaba ya de superior del convento,

cuando recibí la orden de abandonarle inmediatamente y de espatriarme con mis hermanos de claustro. Yo no habia hecho daño á nadie, no creia tener enemigos; mi pátria, mis haciendas, mis afecciones, mi hogar, era el convento, y sin embargo se me despedía violentamente prohibiéndome permanecer en mi casa.

Como padre espiritual del pueblo, hice todo el bien que pude á los hijos de estas montañas; y nunca un desgraciado llegó á las puertas de mi convento sin que la comunidad le socorriera, sin que se fuera consolado. Comprendí que si un orden superior me arrancaba de mi celda, siempre sería el padre Andrés para todos los hijos de mi querido pueblo. Si las pasiones de la política llegaban hasta el rincon de estas montañas apoderándose de los bienes del convento y dejándome en la miseria, no faltarian en el pueblo almas piadosas que me proporcionasen un mendrugo de pan. Y si en las grandes poblaciones habian sido horriblemente maltratados por el puñal de los asesinos mis hermanos de religion, yo confiaba que no me faltaría un asilo en cualquier rincon del pueblo donde me habian visto nacer, crecer, desarrollarme y profesar la orden que todavia profeso.

Cuando mis humildes hermanos se enteraron del mandato supremo, abandonaron apresuradamente sus pacíficas celdas y se alejaron del convento.

Con las lágrimas en los ojos y el dolor en el corazon los ví marchar en distintas direcciones, quedándome solo en el claustro sombrío y desierto. Continué ocupando mi celda y no dejé de celebrar diariamente el oficio divino.

El pueblo siguió amándome como antes sin que

nadie se atreviera á molestarte en mi silencioso retiro, y aquí permanecí con el firme propósito de morir en el convento.

Así continué algunos años.

Cuando ya creía que las pasiones de los hombres estaban saciadas, cuando yo pensaba que en las altas regiones no tenían conocimiento de mi existencia, ó que el pobre gusano no podría llamar la atención del águila altanera, recibí un secreto aviso anunciándome que me fugara precipitadamente si no quería verme entre la vergüenza y el escarnio público, amarrado como un criminal.

Confié en la clemencia divina y persistí en morir en mi convento... Pero al fin tuve que ceder ante las lágrimas de todo el pueblo que me respetaba cariñosamente, evitando de este modo las desgracias que pudieran sobrevenir á veinte familias empeñadas en defenderme por medio de la fuerza.

Después de vagar algun tiempo por estos bosques, me edificué esta casita en lo mas oculto del monte, donde vivo ignorado de todo el mundo, esceptuando una sola familia que me socorre todas las semanas. Creo que los enemigos de los conventos se habrán cansado de buscarme, porque no deben creer que existo todavía; pero el día que al pié del altar de S. Francisco encuentren mi cadáver yerto, comprenderán que toda la ira de los hombres no basta para impedir que un pobre y humilde franciscano pueda morir en una pequeña celda tan querida como la pátria.

Calló el anciano y su cuerpo se estremeció convulsivamente; pensé que se habia desmayado y quise auxiliarle; pero observé que oraba mentalmente. No quise distraerle y le dejé solo.

La tempestad desapareció como una nube de

verano. Amaneció el día claro, sereno y brillante. El cielo estaba despejado, el sol despuntaba por el horizonte cuando los ladridos del mastin anunciaron una visita. Salí á la puerta de la choza y ví al padre Andrés abrazando á un jóven de bella presencia. Un caballo tordo estaba atado á la encina cargado con varias provisiones: al acercarme á aquel jóven para saludarle, me dijo el padre Andrés:

—Este caballero os acompañará al pueblo.

## V.

El nuevo personaje, descendiente de una antigua é ilustre familia, era el propietario del castillo; su nombre, D. Jaime Romeu.

Merced á su esquisita galantería, pude ver y examinar detenidamente aquel histórico castillo de la época feudal.

Sólido y macizo como todas las fortalezas de aquel tiempo, no tenia otra particularidad notable en su exterior que el buen estado de su conservacion; en el interior algun artesonado de la época del Renacimiento; en conjunto, el recuerdo histórico; en detalle, muebles antiguos, armas de la Edad Media, buenas armaduras y la galeria de retratos de familia.

El jóven Romeu me hizo examinar una vasta pieza atestada de libros, códices de finísima vitela, documentos raros y preciosos manuscritos.

Era un tesoro bibliográfico de alta estima, perfectamente conservado en buenos y sólidos estantes, todo discretamente colocado y en orden admirable y perfecto.

—Es la biblioteca del convento. Dijo D. Jaime como saliendo al encuentro de mi curiosidad.

—A la estincion de las comunidades religiosas, añadió, se vendieron las bibliotecas al peso, como papel viejo, y mi familia interesada en la conservacion de la biblioteca de nuestro convento, la adquirió toda y ahí está tal como los buenos franciscanos la dejaron, sin faltar un legajo, ni un códice, ni un documento.

Esta fué para mí la verdadera maravilla del viejo castillo que admiré desde entonces con mas atencion y con religioso respeto. Prometí pasarme largas horas encerrado en aquel recinto del saber, si su propietario me obsequiaba con esta nueva deferencia, á la que accedió cortesmente; pero antes, y á petición mia, quiso acompañarme á visitar el interior del convento.

## VI.

Como edificio no era este una maravilla del arte, ni un modelo de arquitectura; era simplemente una gran casa destinada á albergar una comunidad con toda la holgura y comodidad posible. Bien conservado porque no alcanzó allí la piqueta revolucionaria, porque era á la sazón propiedad particular; pertenecía á la familia Romeu, y estaba ocupado además por las escuelas del pueblo.

Un pozo inagotable del que refería la tradicion un portentoso milagro, algunas historietas de los buenos frailes, un ancho comedor, vastas cocinas y una huerta como de dos hectáreas cercada de altas paredes, era todo cuanto le recordaba á la imaginacion la existencia de una comunidad instalada en aquella casa durante largos siglos.

Del claustro pasamos á la iglesia del convento, dedicada aun al culto, gracias á la munificencia de los señores de Romeu, y á su piadosa devocion á su patrono San Francisco.

Como el claustro, el templo no era mas que una iglesia de pueblo, sobrecargada de dorados, bonitos, quizá en algun tiempo, pero del mas pésimo gusto. Algunas joyas y reliquias, regalo de los papas y altos prelados hijos de Játiva, eran las maravillas que encerraba el templo y escitaban la inagotable devocion de los fieles.

Faltábame examinar, empero, la verdadera joya de la iglesia, la maravilla del pueblo.

A la derecha del templo se encuentra una ancha capilla de forma semicircular y de alta elevacion, formando por sí sola una nave de aspecto severo y de buen gusto. Una pesada verja cierra por completo la capilla en cuyo interior no penetra jamás el público, porque desde tiempos antiguos es de propiedad particular, aunque hoy, iglesia y claustro, huerta y edificio, pertenece á la misma familia, todo por completo.

Un simpático *cicerone* abrió la verja y penetramos en la capilla, llamada de Rosa Blanca.

En el centro se levanta un sepulcro de mármol, sobre el cual se halla la figura de un personaje de talla gigantesca, de luenga barba, con el sayal de religioso, con el báculo de la dignidad pastoral, signo de su autoridad; á su izquierda una larga espada, á sus pies un casco de caballero, unas manoplas y un escudo, formando un extraño é incomprensible trofeo. Una inscripcion latina de caracteres góticos, revela claramente el misterio en este conciso epitafio:

«En Garcia Romeu.—Vivió caballero y murió religioso.»

No sin estrañeza, fijé la vista con viva curiosidad sobre mi jóven acompañante, el cual, conociendo mi sorpresa, contestó con una leve sonrisa de satisfaccion.

—Es la capilla, es el panteon de familia, en cuya cripta no tendré el consuelo de descansar al lado de mis mayores.

—Pero este personaje.....

—Es el fundador de mi familia, de mi casa, de mi viejo castillo y de este convento.

—Y fué religioso?

—Despues de servir al rey con sus mesnadas, con su valor y sus consejos, despues de haber sido casado con una hermosísima mora, princesa de Játiva, que aseguró la sucesion de su ilustre nombre y de su raza.

—Por qué dicen de Rosa Blanca?

—Por que esta capilla se edificó para el entierramiento de la princesa, que así se llamaba.

—Es una historia interesante que quisiera conocer en sus menores detalles.

—En el archivo de mi casa, y en la biblioteca que V. ha visto, encontrará noticias curiosísimas y datos luminosos suficientes para la historia de siete siglos, que es el tiempo trascurrido desde la fundacion de mi noble ascendiente hasta hoy.

## VII.

Volé á la biblioteca del castillo y empecé á revolver libros, legajos y papeles. En vez de pasar un verano aspirando las brisas de la montaña, lo pasé enterrado en la biblioteca.

Allí encontré las *memorias* de un drama de familia, que empezó há siete siglos; drama cuyos personajes representan la humanidad y cuya escena es el mundo.

El mundo y la humanidad pasando por las diferentes etapas de su dramática historia, para llegar á un desenlace final que solo Dios tiene previsto, que solo él conoce, que solo él lo sabe.

Tal es el origen de mis pobres *leyendas* y la causa que me impulsó á escribir el siguiente episodio de *Los Caballeros de Játiva*, y que sirve de introduccion á las *Memorias de un Convento*.

---

Han trascurrido largos años, y estas páginas, relegadas al olvido y amarillas ya por la accion del tiempo, salen hoy á luz sin otras pretensiones que las de renovar la memoria de una época harto distante de nosotros, pero de tanta importancia para el antiguo reino de Valencia, como lo es para el individuo la época de su nacimiento.

Este es el principio de mis *leyendas*, la base de la organizacion social de un gran pueblo tan digno, tan caballeresco, tan libre como el que más, y confundido ya entre los demás pueblos que constituyen un todo, y que marchan bajo una misma bandera, regido por un mismo código, unidos por una misma lengua á cumplir el destino que le está reservado á una gran nacionalidad, cuyos hijos reconocen todos un mismo origen para sus necesidades y sus aspiraciones.

Ni valencianos ni catalanes, ni aragoneses ni castellanos, constituyen ya por sí un pueblo, sino una parte de la nacion; pero cada uno de estos

territorios ha constituido un reino, y tiene por lo tanto su historia, sus grandezas, sus glorias, sus leyes, su carácter y su lengua. Todos han acudido á levantar el grandioso edificio de la unidad nacional y todos son dignos de sérios estudios, de graves investigaciones, de no poca admiracion y de mayores alabanzas.

Narrar los acontecimientos mas notables, revestir á los personajes mas novelescos de la historia de nuestro reino, de nuestros venerandos lares, es el objeto que me propuse al escribir estas páginas. Ignoro si llegaré al fin, pero doy principio por la leyenda de mis Caballeros, bajo los auspicios de la grata satisfaccion que siente el publicista al evocar los recuerdos y los manes de los héroes de su patria.

---

---

---

# LOS CABALLEROS DE JÁTIVA.

---

## ROSA BLANCA.

---

### CAPITULO PRIMERO.

#### **El campamento.**

La ciudad de Játiva era ya en tiempo de los árabes la población mas importante del reino de Valencia, despues de la capital.

Situada en una colina, al pié de dos altísimos castillos, era por su posición natural una plaza de guerra, que los árabes fortificaron cuidadosamente cercándola de fuertes muros, de sólidas y elegantes torres, de altas y pesadas fortalezas. El circuito de la ciudad se extendió mas allá de sus gloriosas ruinas, ensanchando considerablemente el antiguo perímetro de la época romana. Sus altos castillos, de fundación celta, fueron reedificados por los árabes y puestos en pié de guerra, pues de aquella inespugnable altura se proteje la ciudad, y su abundosa campiña, se domina una estensa comarca y se descubre casi todo su señorío en una extensión de muchas leguas. En el castillo mayor construyeron ó mas bien reedificaron el régio

alcázar, en cuyos festoneados muros y magníficos artesonados se encierra gran parte de la historia muda de la ciudad.

A las obras de fortificación sucedieron las de ornato, comodidad y lujo, y Játiva contó entre sus maravillas y sus obras de arte, un suntuoso palacio conocido con el nombre de Aljama. Esta dorada mansion del placer, del lujo, de la riqueza y del arte oriental, este palacio no menos rico ni menos bello, si bien mas reducido que la Alhambra, era la morada de los wazires ó gobernadores de la ciudad; era el paraíso de sus delicias, así como el Alcázar era el palacio de justicia, de la guerra, cárcel de estado y centro de los negocios públicos.

Creció la ciudad y brotaron mezquitas y casas suntuosas, se abrieron mercados y baños públicos, se canalizaron las aguas de Bellús y de otros manantiales y se dotó á la ciudad de numerosas é inagotables fuentes. Y mientras perforaban las entrañas de la tierra abriendo algibes, buscando manantiales, recogiendo las filtraciones y encauzando las corrientes, cien canales serpenteando caprichosamente por la vega, cubríanla de eterno verdor, de aromosas flores, de delicados frutos alternando con las manzanas de oro, enredaderas de filigrana trepando por las gigantes palmeras, modestas verduras perfumadas por los bosques de azahar, granadas de almibar impregnadas de jazmin, paredes de rosas y bancos de claveles sirviendo de setos á aquellos bosques de frutas, de flores y de aromas. Vistasas alquerías, palacios de verano, mansiones de recreo, artísticos *mirabs* brotaron de aquellos cármenes, haciendo de sus campos la vega mas admirable, la campiña mas abundosa, la comarca mas bella, mas rica, mas fértil del mundo.

Játiva era el corazón de un pequeño reino cuyas arterias eran los castillos diseminados en la comarca, unos á la vista de otros, y todos transmitiendo su vida y protegidos todos por el coloso de la pequeña capital. Játiva podia, pues, comunicarse con los últimos con-

finés del reino, por medio de la visual, con la misma rapidez y seguridad que con la chispa eléctrica de hoy y los telégrafos ópticos relegados ya al servicio de la guerra.

Conquistada Valencia por las armas cristianas, Játiva era aun un poderoso baluarte, que podia no solo resistir los embates de la guerra, sino elevarse hasta la capitalidad de un reino: mientras que conquistada esta ciudad, los moros tenian forzosamente que rendirse á discrecion ó arrostrar las iras del vencedor poco generoso, casi siempre, para apreciar ni aun perdonar el heroismo de la resistencia.

Natural era que los moros acumulasen en Játiva todos los medios de defensa para resistir á las armas cristianas, convirtiendo á la ciudad, si era posible, en cabeza y asiento de un califato.

Dependiente de Toledo en los primeros tiempos de la conquista, y dócil despues al blando yugo de los califas, Játiva adormida bajo la perfumada atmósfera de sus bosques y jardines, entregada su poblacion al movimiento de la industria, distraida con sus fábricas y talleres, culta, laboriosa y pacífica, no se vió jamás castigada por el azote de las discordias civiles como la turbulenta y anárquica Valencia, que caminó á su ruina por sus propios defectos antes que por los triunfos de las armas cristianas.

A la muerte del Cid Campeador, primer conquistador de Valencia, España sufrió la invasion de los Almoravides, raza de africanos que arrasaron el trono de los califas y el de tantos reyezuelos encastillados tras las almenas de sus pequeñas ciudades. Yusuf, caudillo de los nuevos invasores, se apoderó de Játiva, que agregó á su nuevo imperio compuesto de todos los estados de la España musulmana.

Incorporada, finalmente, al gobierno directo de Valencia, á mediados del siglo XII, la ciudad de Játiva fué gobernada por wazires ó gobernadores que dependian de la capital, pero con categoría de príncipes, pues

que Játiva era la segunda ciudad y la mas importante fortaleza del reino. (1)

Escrito estaba, sin embargo, en el libro del fatalismo impreso en la conciencia de los fanáticos árabes, que el dominio de su raza tocaba á su fin en el suelo español, de donde las armas cristianas debian arrojarles. Aquel pueblo á quien se le ha concedido una grandeza ilusoria, no tiene otro mérito ni mas glorioso blason, que el haber conquistado á España en una sola batalla por el abandono de una córte corrompida y de un pueblo embrutecido. Tuvo un momento de robusta virilidad en el que demostró al mundo el poder de su pujante cimitarra. Pero acosado de cerca por los montaraces cristianos, jamás supo recuperar sus perdidas posesiones ni sugetarse á una campaña regular cuyo plan le asegurase sus conquistas.

Aquel pueblo de soldados valerosos y fieros, como los hijos del desierto, pudo haber dominado el mundo y no llegó á dominar la península, porque era un pueblo guerrero sin condiciones de conquistador. En el trascurso de su larga dominacion en España, los árabes demostraron su aptitud en la pelea y su incapacidad política y civil. Su civilizacion, superior á la de la Europa cristiana, no traspasó jamás las murallas de sus magníficas y encantadoras ciudades ni podia progresar más del límite que alcanzó por las trabas á que les sujetaba la ley de su nacion. Hijos de un código sensual y monstruoso, conjunto de leyes militares y doctrinas religiosas por el cual debe regirse el soldado, el sacerdote y la familia, los musulmanes no pueden constituir jamás una nacionalidad compacta, sino solo tribus, agrupaciones de familias semi-salvajes regidas y subyugadas por una mano de hierro.

---

(1) En los últimos tiempos de la dominacion árabe Játiva no dependia de Valencia, sino de Murcia; los dos últimos walies de Játiva, Abul Hussein Yahia, de Dénia, padre é hijo, fueron nombrados por el famoso Aben Hud, rey de Murcia, antes de la conquista de Valencia. —V. Conde. Dominacion Arabe, p. IV.

En un pueblo donde el hombre es todo y la mujer nada, no existen los lazos de la familia que es la base de los pueblos y de las naciones; y donde no hay familia ni leyes, no puede haber tampoco una mediana organizacion social. Consecuencia de sus muchos defectos era aquel carácter discolo, rebelde y trastornador que aceleró su ruina, y aun en sus últimos momentos no tuvo la virtud de unirse entre sí, de formar un solo pueblo y una sola familia para combatir al enemigo comun, menos fuerte que sus propios vicios, que la ambicion personal de sus guerreros y de sus magnates. Aquel pueblo era indigno de constituir una nacionalidad, y otro pueblo más digno, más virtuoso, venia á arrojarles de su suelo llenando la gran mision que le estaba encomendada.

Las armas cristianas, refugiadas un dia en las aspe rezas de los montes, habian ido avanzando un paso en cada generacion, bajo la enseña de su glorioso estandarte, bajo las órdenes de sus reyes capitanes; y ya en el siglo XIII la España cristiana tocaba el limite de los postreros baluartes del islamismo, cuya última trinchera, la poética Granada, era tributaria y dependiente de la corona de Castilla.

Fernando III, el Santo, rey de aquella nacion, y Jaime primero, el rey gigante de Aragon, dieron tal empuje á sus armas conquistadoras, que los atribulados moros se vieron precisados á refugiarse en la córte de Alhamar ó buscar un asilo al otro lado del Estrecho entre sus hermanos de Africa. Fernando el Santo enriqueció su corona en Andalucía con la perla del califato, la soberbia Córdoba, y con la señora del Guadalquivir, la encantadora Sevilla.

Jaime el Conquistador se enseñoreó del Mediterráneo con la conquista de las islas Baleares y añadió á su triple corona la sultana del Guadalaviar, la rica, la bellisima Valencia.

Acosados los moros por la triunfante espada del gran rey aragonés, buscaron un refugio al otro lado del

Júcar, cuya soberanía é independencia quedó acatada y reconocida por el monarca cristiano.

En consecuencia de esta guerra y de la conquista de Valencia, Játiva pasó á ser la capital, centro, refugio y emporio de los árabes valencianos. Alcira, anclada en el centro del Júcar, fortificada por el mismo río que la circuye por completo con su caudaloso y líquido muro, era el ante-mural, la fortaleza avanzada de Játiva, y la línea divisoria entre moros y cristianos.

Tal era el estado político del reino de Valencia en la época en que damos principio á esta historia.

Tocaba á su fin el mes de Noviembre de 1240.

La poblacion entera de la hermosa ciudad de Játiva, parecia entregada al mas profundo dolor.

Las calles y plazas rebosaban de gentes, que atornaban el espacio con sus lágrimas, con sus imprecaciones y con sus alaridos.

Las mujeres del pueblo, afligidas y lloresas, abrazadas á sus hijos, los estrechaban contra su seno, como si quisieran salvarles de un inminente peligro. Los hombres gesticulaban, peroraban acaloradamente, invocaban la proteccion y los fulminantes rayos de su profeta ó maldecian de su destino, y se deshacian en denuestos y en injurias contra los cristianos. La poblacion en masa corria desolada por las estrechas y tortuosas calles de la ciudad, mientras los ricos escondian sus tesoros, guardaban sus joyas y reunian los efectos de más estima, como para estar prevenidos en el momento necesario.

Los hombres de armas corrian entretanto á ocupar un puesto en las fortalezas y en los malecones de la ciudad. Arrogantes caballeros montados en briosos corceles acudian en tropel al palacio de la Aljama, á recibir órdenes del magnífico y poderoso Abul Hussein Yahia, wazir de la ciudad y titulado ya emir de los creyentes. Otros caballeros recorrian las calles á galope largo atropellando á la gente, pisando á los que no eran bastante ligeros en librarse de los pies del

caballo, saltando por encima de los grupos, de las mujeres y de los cautivos. Iban á cumplir las órdenes del invencible, del magnánimo Hussein y no podian retardarlas ni cuidarse de contener el caballo ante aquellos grupos de gente llorosa, chillona y desolada.

Los xeqes llamaban á las armas á todos los hombres, vociferando desde lo alto de las mezquitas, ofreciéndoles una victoria segura y un paraíso de eternas delicias para los que pereciesen en la guerra. Era el toque de rebato, era la predicacion de la guerra santa.

Pero los moros tenian ya mas esperiencia que fé, habian visto mas derrotas en sus filas, que milagros en sus santos, habian recibido mas cuchilladas en la guerra que bendiciones de su profeta, y preferian la pobreza de sus hogares y las miserias de esta vida terrenal á las decantadas delicias de aquel prometido paraíso. Y como les infundiera mas terror la espada de los aragoneses que las penas del infierno á que les condenaba el celoso xequé de la mezquita, nadie se fijaba en el sermón del buen religioso, que soltaba su arenga al viento para perderse en el espacio.

Mientras los guerreros volaban á guarnecer las torres y fortalezas de la ciudad, y vistosos escuadrones de caballería ligera salian por la puerta de Achmetla á explorar el terreno y á cubrir la vega, el pueblo habia abandonado por completo al xequé de la mezquita, que continuaba perorando para él solo, pues que nadie le escuchaba, á escepcion de algunas palomas que revoloteaban sobre su cabeza y venian á posarse en los minaretes de la mezquita.

Acababan de penetrar en la ciudad dos caballeros seguidos de algunos criados y el pueblo se agrupó en torno de los forasteros ávido de oír noticias.

Era el primero un personaje de barba gris y grave continente, ya entrado en edad, pues representaba cincuenta años: el segundo era un jóven, como de diez y nueve años y parecia ser hijo del anciano;

ambos montaban buenos caballos. Seguian á los ginetes dos esclavos que cuidaban de un asno cargado de gallinas, con otras aves domésticas y seis cabritos blancos como la nieve de las montañas. Debian ser ricos labradores de algun pueblo de las cercanías, pues no llevaban armas y venian tan confiados como en tiempos del grande y glorioso califa Abderraman, luz de los creyentes y enviado del profeta.

Al verlos llegar, la multitud que llenaba las calles se agrupó en torno de ellos y cien voces á la vez preguntaron con precipitacion:

—¿De dónde venis?

—¿Dónde están los cristianos?

—¿Cómo os han dejado pasar?

—¿Os han encargado de alguna mision cerea de nuestro wazir?

—¡Hablad! Hablad!

—¿Qué noticias nos traeis?

El anciano asombrado, estupefacto y aun no repuesto de la sorpresa de aquel recibimiento inesperado, contestó con calma y naturalidad.

—No sé de qué me hablais, buenos creyentes. Vengo de mi pueblo, de la preciada villa de Enguera, donde tengo mi casa y en cuya sierra poseo mis ganados y mis labranzas por la voluntad y proteccion de Dios, y todo para su servicio y el de su glorioso profeta.

—¿Pero los cristianos dónde están?

—Estarán en su tierra ó donde el angel malo se haya servido llevarles. Yo Abul-Beni-Almofaix, pacífico creyente y fiel observador de la ley del Profeta, vengo con mi hijo, que aquí veis; con mi Ben-Abrahim, que es luz de mis ojos, retoño de mi vida y lucero de mi alma. Estos hombres son gente de mi casa y todos humildes criados del insigne y poderoso creyente Ben-Abu-Giafar, gala de los musulimes y honra de Játiva.

Al oir el nombre de Giafar, aquellas gentes haraposas, mugrientas y miserables, miraron á los foras-

teros con marcado respeto como si la persona nombrada fuese de gran valía ó desempeñase algun cargo importante en el gobierno de la ciudad.

—Ahora que sabeis quién soy y de dónde vengo, os pregunto á mi vez y os suplico tengais á bien decirme qué ocurre, por qué encuentro tan alarmada á la buena poblacion de Játiva, de esta ciudad bella como el paraíso y guardadora de la verdadera ley como el sagrado sepulcro de Mahoma.

—¡Pues qué! ¿No sabeis....?

—¿Nada habeis visto por el camino?

—Nada. Os lo juro por mi buen hijo Ben-Abrahim á quien Dios conserve y preserve de su santa ira.

—Estamos sitiados por los cristianos.

—¡Sitiados! Esclamó el jóven Abrahim enderezándose sobre su cabalgadura y despidiendo un destello de cólera por sus negros y brillantes ojos.

—¡Alá es grande! repitió Abul-Beni-Almofaix con un suspiro de amarga resignacion.—Si está escrito que nuestro pueblo perezca á manos de nuestros enemigos, perecerá. Y sacudió las riendas del caballo como para continuar su camino.

—¡Sitiados! Esclamó de nuevo el jóven con mayor exaltacion sin parar mientes en la exclamacion ni en el ademan de su padre.—¿Y os estais con esa calma y no acudís á arrojar á esos infieles hasta cazarles como á liebres fugitivas? ¿Sitiados decís, y permanecéis aquí como lobos acosados atronando al viento con vuestras lágrimas y ahullidos? ¿Creeis que esos javalíes aragoneses van á abandonar el campo al oír vuestros sollozos, vuestros lamentos y vuestros quejidos? Id y sacad vuestras armas, pedidlas al wazir, el que no las tenga, y todos armados, compactos y unidos, luchemos con los soberbios cristianos y venceremos de fijo; ó si nuestro destino es morir, muramos como valientes en el campo de los cristianos, pero no aquí tras los muros como corbades, como guerreros indignos.

Y sin esperar contestacion, arremetió el caballo por entre los grupos.

Abul-Beni-Almofaix le tendió los brazos como orgulloso de tener tal hijo, y el populacho que les rodeaba soltó un alarido de entusiasmo y de júbilo.

Desde aquel momento Almofaix y Abraham, el asno y los esclavos fueron empujados, arrastrados y llevados en triunfo entre los gritos de aquella haraposa plebe que proclamaba á Abraham como á un guerrero invencible.

El grito de «¡guerra á los cristianos!» repetido de calle en calle y de plaza en plaza, trasmitió en un instante como un fluido eléctrico el ardor del entusiasmo á toda la poblacion.

Aquel grupo fué engrosando con nueva gente haraposa y miserable, mujeres desdichadas y macilentas, con sus vestidos rotos, bastando apenas para cubrir sus carnes; hombres casi desnudos, niños escualidos por el hambre y los sufrimientos; un pueblo, en fin, víctima de los rigores de la espatriacion, pues casi toda aquella gente procedia de Valencia y de los pueblos ocupados por los aragoneses y se habia refugiado en Játiva, cuyas fortalezas ofrecian un seguro contra las armas de los cristianos.

Al llegar cerca de la Aljama aquellos grupos que pedian sin cesar «armas y guerra á los cristianos,» se vieron detenidos por el grave y poderoso Ben-Abu-Giafar, que salia de Palacio, donde el magnífico wazir Abul-Hussein-Yahia celebraba consejo con los caballeros de la ciudad.

—Celosos musulimes, dijo Giafar con voz pausada y grave acento: el muy alto y poderoso Abul-Hussein Yahia, ha oido con gran satisfaccion los gritos de entusiasmo de su valiente pueblo y cuenta con vuestro valor para rechazar á los cristianos si nos declaran la guerra.

—¡Viva Abul-Hussein!

—El glorioso é invencible Abul-Hussein, emir de Játiva, que Alá nos conserve, acaba de disponer todo

lo necesario para la defensa de la ciudad y de nuestros dominios; y para satisfacer vuestro justo deseo y vuestro generoso impulso, se os vá á armar y organizar militarmente para que forméis el cuerpo de avanzada que vijile nuestras vegas y nuestras villas de la frontera, á las órdenes del jóven que habeis aclamado, y á quien el glorioso emir se ha servido nombrar vuestro jefe.

Un grito unisono y compacto salió de aquella multitud, que aclamó al emir, á Giafar y al jóven Abraham, á quien saludaron con el respeto y la consideracion que les merecia ya como su caudillo.

Giafar se adelantó entre los grupos para salir al encuentro de Abul-Beni-Almofaix y su hijo Abraham, los cuales se apearon de sus cabalgaduras saludando á Giafar respetuosamente.

Los tres personajes, seguidos de los esclavos, que á duras penas podian defender la carga que el asno traía, penetraron en la morada de Giafar, donde permaneció silenciosa parte de aquella pobre gente que miraba con ojos de envidia la suculenta carga del asno, mientras el núcleo del populacho quedaba en la plaza de la Aljama esperando que se les armase y se les diese un poco de miserable rancho.

—No esperaba seguramente la satisfaccion de ver favorecida hoy mi casa con la presencia de tan honrados y queridos huéspedes.

Decía Giafar al entrar en su casa precediendo á Almofaix y á Abraham.

—Ni nosotros pudimos sospechar que la buena ciudad de Játiva se encontrase aflijida y trastornada con la aproximacion de esos perros cristianos, que Alá confunda.

—No temais gran cosa por los cristianos, amigos míos, no es mas que una algarada de escasas fuerzas, un rasgo de osadía que puede costarle cara á ese rey de Aragon.

—Pues qué, ¿el mismo rey En Jaime dirige esa fuerza que viene sobre Játiva?

—Así se dice, aunque nada sabemos aun de cierto, pero tranquilizáos, amigos míos, todo ello vale bien poco; el rey aragonés levantará el campo sin hostilizarnos, porque si tal hiciera, es probable que no volviese á su reino y dejase entre nosotros su vida y su corona.

—¡Qué dicha sería para nosotros y qué fortuna para los buenos creyentes! Exclamó con fuego Abrahim.

—Paciencia, repuso Giafar, Alá es grande y nos manda días de amargura, pero al fin la verdadera ley triunfará. Pero antes de engolfarnos en estos asuntos, sepa yo el objeto de vuestra visita y qué destino pensáis dar á esa carga que veo sobre el asno, pues si traeis esos animalitos para venderlos en el mercado.....

—No, no: se apresuró á decir Almofaix, es todo para tí.

—Ah, murmuró Giafar con satisfaccion.

—Es una muestra de nuestra pobreza, de la cual te hago este presente....

—Pobreza he? Como si no supiera todo el mundo que el bueno de Abul-Beni-Almofaix es el Abderraman de sus montañas, el rico más poderoso de la sierra de Enguera y el señor de más doblas de oro que encerraron jamás las arcas de Córdoba y de Bagdad.

Y Giafar se espresaba así con una sonrisa burlona y sin mirar á sus huéspedes, porque estaba entretenido en desatar los cabritos, las gallinas y las palomas, cuyo plumaje ó cuyas carnes examinaba detenidamente y con escrupulosa atencion.

—Exagerado es lo que se cuenta de Almofaix, replicó este con humildad, la maledicencia se ceba cruelmente sin causa que lo justifique, pero cualquiera que sea el estado de mi hacienda la conservo para que la disfrute mi hijo Abrahim y regale con ella á la hermosa Zobeida si tú se la dás por esposa.

—Ah! vienes á pedirme la mano de mi hija!

—Abrahim ha cumplido diez y nueve años....

—Y Zobeida diez y seis. Han nacido para amarse y perpetuar tu descendencia. Nos entenderemos, buen Almofaix; pero antes de pasar adelante en nuestro asunto, necesito subir al Alcázar á cumplir una orden del emir; espero que me acompañeis, así podrás examinar por tus propios ojos la importancia del campamento cristiano y no ha de pesarle á este mozo conocer las fuerzas del enemigo á quien tiene que combatir, pues que es ya jefe de un ejército y caballero del emir.

—Que Alá conserve para gloria y brillo del noble pueblo musulman.

Y los tres moros se dirijieron al Alcázar guiados cada cual por un sentimiento distinto.

Almofaix habia ido á Játiva en busca de una esposa para su hijo, y la aproximacion de los cristianos habia anublado la alegría de sus ojos y cubierto su alma con el velo de la pesadumbre. Los moros sagaces veían aproximarse los dias de luto que debían amargar el corazon de la patria, y cualesquiera que fuesen las promesas de los cristianos y los tratados de la guerra, sabían por una triste y larga esperiencia, que no podían vivir en paz dos pueblos de tan distinta razas, de tan diferentes costumbres y de tan opuestas creencias. Sabían además, que Almofaix era rico, y los hacendados son precisamente los que sufren las consecuencias de la guerra, y en este sentido ¿quién sabe los sinsabores que el destino le tenia reservado en los amargos dias de prueba?

Por su parte Giafar, entrado en años tambien, rico como Almofaix, pero mas astuto, mas decididor y mejor conocedor de la situacion, pensaba, en vez de dejarse abatir, sacar el mejor partido posible de los acontecimientos, que todos eran buenos para él y no parecia preocuparse gran cosa de las amenazas ni de los triunfos de los cristianos.

El mozo Abraham, fogoso, exaltado y valiente, nombrado caballero del emir Hussein, era feliz en sus sueños de oro y en los castillos levantados en el

númen de su fantasía. Con una hermosa á quien amar, con una legion á quien mandar, vistiendo la brillante armadura de los guerreros y empuñando la cimitarra de los héroes ¿quién podía comparársele en amor, en proezas y en ventura?

Silenciosos los tres, y absorto cada cual en sus ideas, llegaron á la plaza de armas del Alcázar, imponente fortaleza de la ciudad, conocida comunmente con el nombre de Castillo Mayor.

Todavía subieron á la torre del Homenaje desde cuyo punto se dominaba con la vista el campamento de los cristianos.

Dirigiendo la visual hácia Anna, inclinándose al oeste de Játiva, distinguíanse las tiendas de los caballeros aragoneses en lo alto de una colina que se corria hasta la aldea de Sallent, sobre la cual se apoyaba el campamento. Estaba compuesto de anchas y rectas calles formadas con las tiendas, y de otras calles tortuosas é irregulares por las ondulaciones y escabrosidades del terreno. En el centro se descubria una más capaz y más hermosa tienda que las otras, sobre la cual flotaba al viento el glorioso é invicto pendon rayado del monarca de Aragon, del rey En Jaime el Conquistador.

En uno de los ángulos de aquella plaza, cuyo centro ocupaba la tienda real, se distinguía entre todas, una tienda de damasco recamada de oro que parecia mansion de un poderoso califa ó de un sultan del Oriente. Tal habia sido, en efecto, pues era regalo del Soldan de Egipto al rey En Jaime, quien á su vez la regaló al honrado y magnífico caballero En García Romeu, que á la sazón la ocupaba (1).

---

(1) En, Na, Mosen, Micer y Monseny ó Monsenyer.

*En* es el título que precede al nombre y equivale al *Don* de los castellanos. Las señoras usaban *Na* y algunas veces de *Ena*. Mosen, Micer y Monseny significa Monseñor.

Estos títulos los aplicaban indistintamente al nombre ó al apellido. Así vemos escrito *En Pere*, *En Jaume* ó *En*

En el ángulo opuesto, y no lejos de la tienda del rey, aparecía la del Conde Hugo de Ampurias, cuyo esclárecido linaje y nobilísimo blason pretendía igualar á la casa de Aragon, tanto en origen como en poder y riquezas. Tambien se encontraba en la plaza real la tienda de En Rodrigo de Lizana, lugarteniente del reino y digno caballero del gran rey á quien servia. Y para completar aquel hemicíclo de palacios de seda, de lona y de lienzo, veíase una tienda cerrada y al parecer vacía, que esperaba solo la presencia de su dueño para tomar parte en la animacion y en el concierto general de aquel vistoso, aunque pequeño campamento.

Nada faltaba en aquella improvisada ciudad. En el centro la morada real y en torno suyo la prez del valor y de la nobleza. Junto á la tienda del rey se alzaba el templo de Dios donde la córte asistía á los oficios divinos. Las calles estaban compuestas de las tiendas de los simples caballeros, hijosdalgo y soldados. Buen número de vivanderos, judios, por lo general, ofrecian vino, frutas y diferentes mercancías á caballeros y soldados. Un cordon de centinelas vijilaba el campamento repitiendo sin cesar la planídera voz de «alerta.» Pequeños grupos bien organizados y mejor distribuidos, formaban las avanzadas recorriendo el terreno de aquende el campamento. El grueso de la hueste protegía los reales desde una colina inmediata prontos á lanzarse sobre la ciudad, ó á rechazar un ataque si se presentaba. Los escuchas y vijías estaban

---

*Yacme, Na Violante, Na Catalina, En Bou, En Sendra, Na Monforta, Na Vidal, Mosen Pere, Mosen Femares, Mosen Sorell, etc., etc.* Estos se corrompieron ó desaparecieron á la union de Aragon y Castilla. En Francia se introdujo el *Monsieur* en vez del *Mosen*, que entre nosotros se perpetuó solamente entre algunas dignidades de la iglesia que lo llevan aun, así como algunos eclesiásticos de Italia usan todavia del *Don*.

En Cataluña rige aun el *En*, pero solo en lenguaje familiar, y en los escritos en que se hace uso de la lengua del país.

esparcidos ordenadamente por todo el campo, casi hasta el pié de los muros de Játiva, para evitar toda sorpresa por parte del enemigo, para espiar sus movimientos y dar en un instante la voz de alarma.

Los cristianos estaban acampados con toda la pericia de aquel gran rey, primer capitán de su tiempo, y de aquellos caballeros todos prácticos y entendidos en la guerra, dignos soldados de tan gran monarca. No era fácil verse envueltos por los moros, cualquiera que fuese el número y la pericia de estos, y el rey, tranquilo y seguro en sus reales, sin apartar la vista de las fortalezas de Játiva, observó la actitud de los sitiados, que aun no daban muestras de defenderse ni de entregarse; y así, antes de romper las hostilidades, resolvió esperar y esperó.

No debían faltarle al rey poderosas razones para permanecer á la vista de la plaza en muda espectación, pues apenas instalado el campamento, vió ondear un lienzo blanco en lo alto de la torre del Alcázar, que indicaba al rey la presentación de un parlamentario.

Esta era la orden que Ben-Abu-Giafar llevó á la fortaleza de parte del emir, como habia dicho á sus amigos, al invitarles á subir al Alcázar.

## CAPITULO II.

### **El contrato.**

Al distinguir el campamento cristiano, Almofaix no pudo contener una lágrima que procuró ocultar enjugándola con el anverso de su mano. Y no es porque fuese imponente la pequeña hueste del rey aragonés, ni porque el buen moro fuese tan débil que llorase como una mujer á la vista de un peligro, sino porque aquel campamento al pié de Játiva, de la última

ciudad musulmíca de estos reinos, era el preludio de una última guerra cuyo resultado sería sin ninguna duda la pérdida total de su pueblo y de su raza.

En cámbio el jóven Abrahim, ménos reflexivo que su padre y sintiendo en su pecho el noble ardor de la juventud, creyó que aquel ejército no era suficiente para amedrentar á una ciudad como Játiva dotada de buenas fortificaciones y de numerosos y valientes guerreros.

—¡Cómo! exclamó. ¿Ese puñado de hombres, esa agrupacion de tiendas y esa jauría de lobos almugavares es lo que ha llenado de espanto á la poblacion de la ciudad? Por mi vida que, ó los cristianos se han crecido mucho ó los buenos creyentes han dejenerado de su antigua raza y ya no circulan por sus venas la sangre de los Almanzor ni de los Munuza.

—Ambas cosas pueden ser verdad, replicó Giafar clavando el pendon blanco en la torre, por mandato del emir, y cuya señal era esperada, como queda dicho, en el campamento cristiano.

—¿Qué indica esa bandera?

—Que sale de la ciudad un enviado del emir á esplorar las intenciones del rey aragonés.

—Fáciles por cierto de adivinar. Viene á hacernos guerra y á clavar su bandera en las fortalezas de Játiva.

—No es creible, el rey aragonés no puede hostilizarnos sin faltar á la fé de los tratados.

—El respeto que le merecen esos tratados lo demuestra en el hecho de acampar con su ejército á la vista de la ciudad.

—El objeto que aquí le trae es, sin embargo, tan claro como evidente.

—¿Es otro que el de conquista? Preguntó Almofaix como asiéndose de una fugaz esperanza.

—Otro, sí. El rey aragonés viene á rescatar cinco de sus mejores caballeros cautivos en Játiva.

—Ah! En ese caso, continuó Almofaix, ya no veo

difícil que se pueda despachar satisfactoriamente al rey de Aragon.

—¿Pues cómo?...

—Entregándole graciosamente sus caballeros que él querrá llevarse á todo trance por grado ó por fuerza.

—Te equivocas, Almofaix; esos caballeros los he comprado yo, son mis cautivos y no los entregaré sino mediante el rescate consiguiente.

—Cómo! Son tuyos esos caballeros cristianos!

—Mios, pues he dado una gruesa suma por ellos.

—Suma que perderás, si no acarreas grandes desgracias á la salud de la patria.

—Por la luz del Profeta que no ha de suceder así.

—Espícate.....

—Los caballeros cristianos son orgullosos hasta en el cautiverio. Piensan que no hay una sola vieja en su país que no hile noche y dia durante una semana para contribuir á su rescate. Su orgullo y su soberbia les hace creer insensatos! que es mejor su calidad cuanto mayor es la suma que por su rescate se pide.

—Pues conviene darles importancia de príncipes, replicó Abraham sonriendo.

—Ahí estriba mi negocio precisamente.

—¿Tu crees, pues, que se rescatarán á fuerza de oro?

Estoy convencido de ello. Y para honraros cual merecéis, ya que venís á solicitar la mano de mi hermosa y querida Zobeida, pienso cederos por su justo valor á esos cautivos, cuyo ofrecimiento es la mayor prueba de distincion que puede haceros vuestro buen amigo Giafar.

Abraham se apresuró á dar gracias al padre de su futura esposa, pero Almofaix, menos confiado ó mas avaro que su hijo, se abstuvo de aceptar el ofrecimiento de su amigo, pues se creía indigno de poseer cautivos de las condiciones y categoría de los caballeros aragoneses de que hablaba Giafar.

—Observa, añadió este, que Abraham va á ser el esposo de mi hija, y el mejor presente que puede

hacer á su preclara hermosura es una presa como la que te ofrezco, pues es digna de estar servida por príncipes, cuanto más por esos cautivos que puedes destinar á su guarda.

—Dice bien Giafar, Zobeida es digna de tener esclavos con corona y yo debo ofrecerle ese regalo como una muestra de la estimacion que debo á su padre y del amor que su hermosura despierta en mi corazon.

—Tú, hijo mio, debes contentarte con el destino de tu suerte y no con el deseo de tu vanidad. Nuestro buen amigo Giafar, mas cortesano y mas ducho que nosotros en las cosas del mundo, sabe bien lo que hace, pues es buen conocedor de la mercadería de cautivos. Nosotros, sencillos montañeses, no podemos tener cautivos sino de baja condicion y nacidos para esclavos. Giafar debe guardar esos cristianos para sacar de ellos el partido que pueda y le convenga, limitándose nuestra mision y nuestros recursos á tratar simplemente de las condiciones de la dote que debemos entregar por la mano de Zobeida.

—Sea como tu quieres, Almofaix. Pero cuenta con que no he tratado de herir tu amor propio sino de dar brillo á la nueva posicion de tu hijo, quien al presentarse en la Aljama ciñendo su cota y sus armas de caballero, pueda decir al muy noble emir y á los mas ilustres guerreros de la ciudad: «Mozo soy y soldado inespero, pero ninguno de vosotros puede presentar como yo cinco cautivos cristianos de la primera nobleza de Aragon.»

—Padre, Giafar tiene razon.

—A fmas de esto, Abrahim se presenta en la Aljama, ante la flor de la nobleza musulmana, poseedor de la hermosa de Zobeida solicitada de muchos magnates, incluso el glorioso Hussein. ¿Sabes tú cual será la importancia y la consideracion que merezca tu hijo en la córte del emir?

—De todo lo cual seré eternamente deudor á la generosa proteccion del sábio y desinteresado Giafar.

—Y en cuanto á tí, Almofaix, pensé aumentar tu fortuna en vez de menoscabar tu bolsa.

—Te quedo reconocido como mi hijo Abraham, por los favores que nos dispensas.

—Tal es el aprecio en que os tengo y la amistad que os profeso.

—Nosotros tambien te amamos y te respetamos, Giafar; por eso venimos á tí, padre y señor de la hermosa Zobeida, cuyas condiciones de dote tendrás á bien esponernos.

—Por Alá, que ha de juzgarnos, que no pensé imponerte condicion alguna ni exigirte un solo besante por la dote de mi hija. Bastábame que fuese su marido un jóven de las condiciones de Abraham, que reuna, á más de su valor y generosos sentimientos, un entrañable amor hácia Zobeida.....

—¡Ah señor! Puedes creer que la amo, que la respeto y considero como una huri del paraíso; ella es luz de mi existencia, es el alma de mi vida y vida de mi corazón.....

—Pues bien, yo soy padre ante todo y prefiero la felicidad de mi hija al interés de su dote. Ved, pues, por qué propuse cederos esos cautivos que pueden aumentar vuestra hacienda con un crecido rescate.

—¡Sois muy generoso, señor!

—Os estimo, simplemente, Abraham, y espero que Almofaix lo comprenda así.

—Así lo entiendo, Giafar, y solo me resta saber en qué precio tasas la libertad de esos cautivos cristianos.

—¡Ah! esos cautivos pertenecen á la flor de la caballería aragonesa.

—¿Y qué cantidad pides por ellos?

—Ellos son el brazo derecho del rey de Aragon.

—¿Y qué suma fijas para deshacerte del brazo del rey cristiano?

—Han sido apresados en buena lid.

—Continúa.

—Se metieron en algarada por nuestras tierras faltando á la fé de los tratados.

— Sigue.

— Y el rey En Jaime tendrá que pagar su rescate ó declararse perjuro ante los hombres y ante su Dios.

— ¿Juró el rey cristiano no hacernos guerra?

— Lo juró por su Dios, lo firmó con su puño y letra y firmaron con él sus caballeros, sus prelados y ricos-homes, y dieron fé con signos especiales é incomprensibles sus notarios.

— ¿Y cuánto pides por esos cautivos?

— Son grandes de su país.

— ¿En cuánto aprecias su grandeza?

— Cada uno puede dar diez mil doblas de oro por su rescate.

— ¿Pero qué cantidad pides?

— No soy avaro, Almofaix, ni pienso valerme de la ocasion pidiendo una cantidad fabulosa como haria cualquier mercader de esclavos ó algun desalmado judío.

— Despacha Giafar.

— Pensé cedértelos todos por el valor de uno solo.

— Es decir, que pides.....

— Diez mil doblas de oro por los cinco caballeros; una miseria, Almofaix, puedes sacar mucho más por cada uno de ellos.

— Guárdate tus cautivos, Giafar, y no nos ocupemos más que de la dote de tu hija.

— Cómo! Renuncias á los caballeros cristianos?

— Ni el califa de Bagdad podria dar tan crecida suma.

— ¡Sin embargo, cuando la mercancía lo vale!

— Tratemos de Zobeida.

— Antes hemos de tratar de los cautivos hasta último el contrato.

— Es inútil, yo no poseo tanto dinero para permitirte semejantes caprichos.

— Pues rebajaré algo.

— No te molestes Giafar.

— Arreglémoslo por la mitad.

— Cinco mil doblas. ¡Imposible, imposible!

—Pues es todo el favor que puedo hacerte.

—Hablemos de Zobeida.

—Es inútil, Almofaix.

—Cómo! Qué quieres decir, Giafar?

—Que puedo ceder mi hija graciosamente al hijo de mi amigo, si así me place; pero si se trata de su dote, Zobeida vale tanto como una princesa y como á tal hay que pagarla. Examina tu bolsa, Almofaix, y dime si podemos tratar de la dote de Zobeida.

—Es decir que no podemos entendernos.

—No me parece fácil, Almofaix.

—Que Alá te guarde, Giafar.

—Él encamine tus pasos, Almofaix.

Los tres moros que se habian sentado en la plataforma de la torre como para tratar largamente de su asunto, se levantaron dando por terminada la conversacion; pero el jóven Abraham que veia escapársele el escabel de sus esperanzas y de sus ilusiones, se interpuso entre la puerta y los ancianos resuelto á reconciliar á los dos amigos que tan libremente disponian de su porvenir y del objeto de su amor.

—Generoso Giafar, dijo: mi padre Almofaix y tu siervo Abraham han venido á tí á solicitar la mano de la hermosa Zobeida cuya belleza ansía poseer mi corazon. Mi padre no es tan rico que pueda pagar á precio de oro la cabeza de cinco miserables esclavos enemigos del Profeta y de la paz de nuestro pueblo. Pon á prueba mi valor, pide sacrificios á Abraham, que yo sabré llevarlos á cabo hasta ganar la hermosura de Zobeida dándote cumplida satisfaccion, pero prescinde de esos cristianos que mi padre no sabia qué hacer de ellos dado que tuviera bienes con qué comprarles.

—No desisto, Abraham, de mi pensamiento. Yo quise haceros honor, y, ó aceptais lo que os propongo, ó debeis renunciar á Zobeida que enviaré al harem del emir.

—Tú no harás eso, Giafar, matarías la vida de mi alma y emponzoñarías la existencia y los latidos de mi corazon.

—Tu padre lo habrá querido, si así sucede.

—Pero si me pides la fortuna de un príncipe, Giafar, ¿cómo he de darte una cantidad que no tengo?

—Oh! No importa, no importa! Tus ganados y tus haciendas responden de tu bolsa. No exijo, pues, que me pagues al contado.

Toda mi fortuna y las cosechas de mi casa no darían en muchos años esa cantidad.

—Pues cerremos el trato de una vez. Dame tres mil doblas, los cristianos son tus cautivos y Zobeida esposa de Abraim.

—Imposible, Giafar.

—Que Alá te guarde, Almofaix.

—Ófrécele, padre, dos mil y yo marcharé á la guerra á rescatar esa cantidad del campo de los cristianos ó pereceré en la demanda por el amor de Zobeida.

—Tres mil, repitió Giafar.

—Sean dos mil y quinientas y te empeño todas mis haciendas por dicha cantidad.

—Aceptado!—Esclamó Giafar.—Formalicemos el contrato y no hay mas que hablar.

Bajaron de la torre donde continuaba ondeando al viento la bandera blanca.—Despues de cruzar la plaza de armas penetraron en el Alcázar.

Todo allí era movimiento. La guarnicion del castillo se ocupaba con suma actividad en abastecer los almacenes, en examinar los algibes, las murallas y las fortificaciones, mientras otros pasaban revista á las armas ofensivas y defensivas de repuesto en la fortaleza como preparándose para las eventualidades de un asedio. Grupos de soldados y distinguidos guerreros discurrían aquí y allá sobre las fuerzas de los cristianos, sobre los medios de defensa de la ciudad y sobre diferentes asuntos basados todos en el tema del momento cual era la presencia de los cristianos á la vista de la plaza.

Bien hubiera querido Abraham mezclarse entre aquellos grupos, tomar parte en sus conversaciones y

darse á conocer como su nuevo compañero de armas: pero Giafar pasaba por cerca de ellos sin fijarse en nada, marchaba á paso largo salvando patios, galerías y salones, sin hablar una palabra, y sus dos amigos seguíanle al mismo paso guardando silencio.

Llegó al fin á una pieza donde se veían grandes estantes llenos de libros, legajos y papeles escritos, pergaminos y códices de respetable ancianidad, que despedían cierto olor inesplicable, ni grato ni repugnante, pero cuyo ambiente es peculiar en los archivos y familiar á los hombres de letras y á los archiveros y bibliotecarios.

Dos hombres que allí se encontraban escribiendo, saludaron respetuosamente á Giafar y á sus dos amigos. El primero pidió recado de escribir y uno de los amanuenses, pues tal parecían, presentó á Giafar tintero y plumas y un papel fino y blanquísimo, invención de los moros setabenses y la principal industria que entretenía á la población de Játiva.

Las investigaciones científicas pueden negar ó afirmar si el papel de escribir fué invención de los árabes ó si este importantísimo artículo se encontraba ya en uso entre los pueblos de Oriente, de donde lo importaron los moros, para estenderle por Europa.

No puede ponerse en duda, sin embargo, que en Játiva se fabricaba el mejor papel de escribir conocido en aquellos tiempos, así como en siglos anteriores adquirieron fama universal los finisimos lienzos que Játiva enviaba á Roma.

—¿Qué viene á buscar al archivo del Alcázar el muy noble y honrado Abu-Giafar?—Preguntó uno de los dos hombres que se encontraban escribiendo y revolviendo legajos antiguos.

—Ah! No observé que estaba aquí el sábio de los creyentes, el insigne historiador Cacim Acenheguil

—He venido á tomar unas notas.

—Las bibliotecas y los archivos son el templo de los sábios, el pasatiempo de los curiosos y el martirio de los ignorantes. El ilustre Acenheguil, que pertenece

al escaso número de los primeros, estará tomando datos para juzgar á la humanidad.

—No hago otra cosa siempre que trabajo, aunque mi mision de hoy se reduce simplemente á sacar copia de los tratados que nuestros emires tuvieron necesidad de pactar con los cristianos.

—Que Alá confunda.

—¿Y mi buen amigo Gíafar, viene tambien al archivo á buscar datos de interés? Lo pregunto por si te son útiles mis conocimientos, pues ya sabes que me es familiar hasta el polvo que se encierra en esos estantes.

—¡Oh, no! Mi inteligencia es demasiado limitada para engolfarme en las profundidades de esos tesoros del saber, terreno para mí vedado. Hallábame en el Alcázar con mis buenos amigos Abul-Beni-Almofaix, y Ben-Abrahim, su hijo, á quienes Dios proteja, necesité recado de escribir y vine al archivo en busca de una pluma, una hoja de papel y un tintero.

—¿Almofaix...? Creo conocerle. ¿No es un hacendado de la villa de Enguera...? Sí, sí: ahora recuerdo bien, he estado en tu casa, Almofaix, donde he recibido los honores de una franca hospitalidad.

—Señor,—replicó Almofaix humildemente,—años há que mis ojos han perdido la alegría de verte y mi casa la honra de hospedarte.

—Las desgracias de nuestro pueblo lo quieren así. He recorrido desde nuestra ausencia todos los Estados de los creyentes, he visitado la córte de todos los califas y de los emires mas poderosos á fin de unirles á todos y proclamar la guerra santa para atajar los triunfos de los cristianos.

—¿Y nada alcanzó tu sabiduría de los poderosos califas?

—Tienen ojos y no ven la ruina de su pueblo; tienen oídos y no oyen los lamentos de la pátria; tienen lágrimas para llorar sus yerros, pero no tienen corazón para sentirlos ni vigor para enmendarlos. Ya lo veis, amigos míos, Córdoba, Sevilla, Mallorca y

Valencia, han caído en poder de los cristianos. Un príncipe de Castilla va á despedazar el reino de Murcia, mientras el rey de Aragón establece sus reales á las puertas de Játiva.

—Desgracias irreparables que estaban escritas en el libro del destino—murmuró por lo bajo Almofaix.

—Dios pone á prueba á sus pueblos mas queridos: pero no debe inferirse en conclusion que se ha perdido todo—interrumpió Giafar.

—Puede perderse lo que nos resta.

—¿Y por qué no podría salvarse y recuperar aun todo lo perdido?

—Sería necesario un milagro.

—¡Quién sabe lo que está escrito!

—Lo que está escrito se cumplirá,—añadió Almofaix dejándose llevar de su carácter fatídico.

—¡Quién puede leer en el libro del porvenir!—Insistió Giafar.

—Ah! ¡Si nuestros hermanos de Valencia, de Murcia y de Andalucía se unieran todos, poderosa y convenientemente auxiliados por los creyentes de Africa!

Oh! Ilustre Acenhegui, Alá nos libre de enemigos y nos preserve de aliados. Contemos mas bien con nuestras propias fuerzas y confiemos en el vigor de nuestra juventud á quien Dios proteja é ilumine. Aquí tenemos un mozo valiente y enérgico aclamado hoy por la multitud y nombrado caballero por el emir. Tal confianza tengo en el valor de Abraham que acabo de cederle graciosamente á mi hija Zobeida por esposa.

—Cómo! ¿El hijo de mi amigo Almofaix, es el jóven que ha sabido exaltar á los buenos creyentes de Játiva, el que ha sido nombrado en pleno consejo caudillo de una hueste y caballero del emir? Te doy la enhorabuena, hijo mio; y solicito tu amistad que desde hoy te profeso como á mi segundo hijo, y espero sea tan duradera como la de tu honrado padre.

Abraham que no se habia atrevido á tomar parte

en la conversacion de los ancianos, se adelantó á dar gracias á Cacim Acenhegui, mientras Giafar apartándose á un lado con Almofaix se puso á escribir dejando al historiador entretenido en platica con el jóven.

—Hoy no necesitarás probablemente medir tus armas con los cristianos, hasta que terminen las negociaciones, que Dios lleve á feliz término. Pero conviene estar prevenidos y dispuestos á lo que pudiera ocurrir, y así es necesario que vistas la armadura y te presentes al emir cual cumple á un buen guerrero. Quiero, pues, hacerte un regalo prenda de nuestra amistad y de los favores que á tu padre debo.

—¡Ah, señor! no merezco ....

—Escucha, yo ya soy viejo y no puedo soportar el peso de las armas; además, una hoja de papel y una pluma me bastan para dar salida á mis lamentos, un albornoz de lana y una gúmia es todo lo que necesito para vender cara mi vida en defensa de mi pueblo. Tengo una armadura traída de Damasco que guardo para tí.

—¿Cómo podré pagar, señor, tanta merced?

—Ven conmigo, viste de acero y de mallas, empuña la invencible cimitarra y quiera Dios hacer de tí un héroe que sea gloria de los creyentes y terror de los cristianos. Esperadnos aquí, buenos amigos, que pronto vuelvo con Abraham.

Acenhegui salió con el jóven, que saludó con los ojos á su padre, y Giafar continuó escribiendo sentado enfrente de Almofaix.

—Lee y firma

Dijo Giafar presentando á su amigo el papel que acababa de escribir.

Almofaix leyó con suma detencion.

Era un simple contrato por el cual quedaba Almofaix obligado á entregar á Giafar dos mil y quinientas doblas de oro, valor de los cinco cautivos cristianos cedidos á Almofaix y cuyos nombres á continuacion se espresaban. Constaba así mismo la entrega de Zobeida como esposa de Abraham y el

derecho que asistia á Giafar de cobrarse la suma convenida de los ganados, haciendas y joyas de Almofaix, si este no satisfacía el débito dentro del término de un año.

Era lo que en nuestros dias se llama una escritura de *retroventa* por la cual el astuto Giafar quedaba dueño de hecho de los bienes de su incauto amigo, atraído al redil del engaño y de la perfidia por medio de un tercero inconsciente, de la inocente Zobeida sacrificada por su padre en aras de aquel indigno tráfico muy comun, es verdad, en nuestros dias, pero tan infame hoy como entonces y propio tan solo de los hombres desalmados y de los judios usureros.

Almofaix puso su nombre y rúbrica al pié de aquel escrito que le despojaba de todos sus bienes muebles é inmuebles y se lo devolvió á Giafar diciendo:

—Antes de un año te pagaré, Giafar, esa suma ó quedarás dueño de mi hacienda.

—Desde este momento eres señor de los cautivos cristianos y tu hijo Abraham esposo y dueño de la hermosa Zobeida.

—Dios es grandel! Cúmplase lo que está escrito.

—Ven y te haré entrega de los cautivos.

—Espera que vuelva Abraham.

Trascurió cerca de una hora. Ya Almofaix estaba á pique de impacientarse cuando oyó la voz de su hijo que se presentó en el archivo acompañado del sábio Acenhegui.

Almofaix dió un grito de alegría al ver á Abraham. Giafar se sorprendió y Acenhegui sonrió benévola-mente como demostrando á sus amigos la mas pura satisfaccion.

Abraham se presentó á la vista de su padre con una brillante armadura de caballero.

—Hijo, hijo mio, qué hermoso estás así! Prorumpió Almofaix abrazando al doncel. Alá te recompense, buen amigo,—dijo dirijiéndose á Acenhegui,—el obsequio que acabas de hacer á mi hijo; digno regalo de un

príncipe y que envidiarán los principales caballeros de la ciudad.

—Hubiera querido completar mi obra regalándole también un caballo de batalla.

—Gracias, gracias, Acenhegui, yo tengo buenos caballos para mi hijo y te ofrezco uno para tí que supera en belleza á los mas preciados de la Arabia.

—Vamos á ver al emir, replicó Acenhegui, y ten presente, Abraham, que el magnífico Abul-Hussein-Yahia gusta mucho de los valientes, pero no aprecia menos á los discretos y prudentes.

Y saliendo del archivo y del Alcázar abandonaron la fortaleza dirigiéndose á la Aljama.

El emir recibió con marcada distincion á Acenhegui y á Giafar: honró á Almofaix y encargó á Abraham la organizacion y el mando de algunas compañías formadas de aquellos hombres que le habian aclamado por gefe al presentarse en la ciudad.

### CAPITULO III.

#### La Aljama.

Pocas horas antes de los sucesos que acabamos de referir, á la hora en que el astro del día estiende su manto de oro por el oriente, el emir de Jativa, Abul-Hussein-Yahia, recibió aviso de que los cristianos se habian corrido por tierras de moros y parecian asentar sus reales á la vista de la ciudad.

— Por Alá! — exclamó en el primer trasporte de ira. — ¿Es así como los cristianos cumplen sus promesas?

Inmediatamente mandó salir de la ciudad á la flor de sus guerreros con orden de contener la marcha de los cristianos, pero con encargo de vijilar solamente sus movimientos si se limitaban á la expectativa, y en cualquier caso dar aviso de hora en hora al emir, de los sucesos que ocurrieran entre moros y cristianos.

Despachó correos á la villa de Alcira y á todas las poblaciones de la ribera del Júcar para que se opusiesen á la entrada de nuevas tropas aragonesas y atacasen la retirada del rey En Jaime en caso necesario. Otros correos despachados á Gandía y á los pueblos de la costa, llevaban la mision de levantar en armas aquellas poblaciones marítimas y caer en un momento dado sobre la menguada hueste del rey aragonés, quien, á no llenar el mundo con la fama de sus hechos, hubiera parecido imprudente y temerario por el gran número de peligros que rodeaban su proyectada empresa. Pero la fortuna es antojadiza como el corazón de una dama, así como la mujer es veleidosa como el capricho de la fortuna; ambas prodigan sus favores á los osados, á los audaces y á los aventureros, sin que ninguna de las dos tienda jamás su mano á los débiles, á los prudentes, ni á los cobardes.

Don Jaime, como todos los conquistadores, confiaba más en su buena estrella que en el temple de su espada, y su estrella le salvó inmortalizando su nombre y dando eterna celebridad á las conquistas de su espada.

Abul-Hussein vivo, enérgico é inquieto como los hijos de su raza, despachó sus órdenes con la prontitud del rayo, hizo guarnecer las fortalezas, destacó las fuerzas de que podia disponer situándolas en los puntos mas convenientes, subió al alcazar, desperté por sí mismo el entusiasmo y los clamores del pueblo, inspeccionó las fuerzas y la situacion del campamento enemigo, y en vez de salir al frente de sus guerreros á atacar al rey En Jaime para arriesgarlo todo en un dia como su belicoso instinto le dictaba, prefirió oír el consejo de los sábios, de los ancianos y de los esperotos, y sujetarse en todo al fallo de la razon y de la sabiduria antes que al impulso del valor como su génio le aconsejaba.

Este es el camino que siguen los hombres honrados y prudentes, pero conduce pocas veces á la inmortalidad ni á la grandeza ni á la fama. Abul-Hussein era

más reflexivo, más prudente que Don Jaime; el rey aragonés era grande por su heroica temeridad y Abul Hussein debía caer aplastado bajo la buena estrella de su enemigo; pero antes debía poner en juego todos los medios de que podía disponer y reunió en consejo á los doctos de la ciudad que constituían la venerable Aljama.

Este nombre se daba á la junta de moros que entendían en el gobierno de la ciudad y tambien en las cosas del comercio, y equivale en nuestra lengua á la palabra *Ayuntamiento* ó *Cabildo* y cuyo nombre tomaba la casa ó palacio donde se reunían. Así las determinaciones de la Aljama pueden definirse por acuerdos del Ayuntamiento ó corporaciones municipales.

Los reyes ó sus delegados residían en el Alcázar, ó casa fortaleza, que no por estar fortificada dejaba de ser una mansion suntuosa con todo el esplendor del lujo y del estilo oriental. Granada y Sevilla ostentan aun grandiosos monumentos en sus régios alcázares, como Córdoba sobresale por su arrogante y suntuosa mezquita.

Parece, sin embargo, que los wazires de Játiva residían en la Aljama y allí encontramos al valiente emir Abul-Hussein-Yahia en la época que gobernó la ciudad. Embellecido aquel palacio por una larga série de gobernadores dependientes de Toledo, de Córdoba y de Valencia, la Aljama reunía el gusto, la belleza, el arte y la suntuosidad de las infinitas generaciones que pasaron por sus pórticos en el trascurso de seiscientos años. Pavimentos de mármol trasparente, esbeltas columnas de ligeros y artísticos chapiteles, arcos de herradura festoneados como randas ó finísimos encajes, paredes cubiertas de magníficos relieves, molduras é inscripciones de vivos colores como bordadas en lienzo ó en delicado tisú, cupulas de estilo árabe-bizantino con finos dorados y variados matices, baños suntuosos cuya voluptuosa magnificencia era solo comparable á la inusitada riqueza, al gusto sibarítico que se observa en la sala de baños de la inimitable

Alhambra. Fuentes cristalinas de caprichosas corrientes murmurando por los patios y salones de recreo, jardines sembrados de azahar, de jazmin y de laurel, con setos de mirto exhalando sus perfumes y el brillo de la esmeralda; estanques y arroyuelos de mármol tan fino y tan esmeradas labores como el baño de una sultana ó el sagrado pedestal de la urna del Profeta.

Cuanto la imaginacion concibe de rico, de grande, de magestuoso, cuanto el arte proyecta, cuanto el lujo sueña, cuanto el poder ambiciona y cuanto la riqueza atesora, se encontraban reunidos en la Aljama convertida por sus wazires en mansion del recreo, del placer, de la comodidad y del deleite. La forma, el gusto y la riqueza de los palacios árabes, ni se describe ni se imagina, ni se comprende hasta tanto que no se penetra en su recinto y se examina detenidamente.

Tal era la Aljama, consagrada mas tarde al culto religioso y de cuya magnificencia ofrece todavía algun débil recuerdo.

En un salon de altísima y artesonada bóveda calada de dorados relieves combinados con los mas puros colores, se alzaba un trono compuesto de cogines de terciopelo y damasco recamados de oro, sobre el cual estabagracamente sentado Abul-Hussein-Yahia, wazir de Játiva y emir de los creyentes.

Era jóven aun, aunque parecia tocar en el medio-dia de la vida. Representaba treinta y seis años. De buena estatura y agradable fisonomía, de pocas carnes, ojos vivos, negros como su lustrosa barba, ancha frente, afilada nariz, lábios delgados y encendidos, dientes iguales y blanquísimos, manos delgadas y algo huesosas, piernas derechas, los pies largos y firmes, de mirada enérgica, de andar severo, delicado en el vestir, atento en el lenguaje y afable en su trato, Abul-Hussein reunía todas las cualidades para hacerse amar y ser respetado, pues era un tipo escogido de su raza que reunía el valor, la belleza, la energía y el talento.

Vestía de terciopelo carmesí con bordados de oro, turbante blanco y encarnado y calzados sus pies con estrechos y elegantes borceguies.

Dos filas de ancianos y varones repetables por sus conocimientos, por su ascendiente ó por sus riquezas, se estendian á sus pies sentados sobre una alfombra de Persia y en actitud respetuosa, pero altiva é independiente. Un secretario, provisto de recado de escribir, con plumas de cisne y tintero de plata, estaba situado á la izquierda del emir tomando nota de cuanto allí se discutía y se aprobaba.

Aquel régio salon parecido á la sala del trono de un poderoso califato, era la sala del Consejo, y aquella respetable asamblea no era sino la venerable Aljama.

Abul-Husseín hacia uso de la palabra.

—Os he llamado, decia, para daros cuenta del suceso que viene á turbar la paz de la buena ciudad de Játiva y á cubrir con un velo de tristeza el corazon de los creyentes. Los falaces cristianos, no contentos con haber infringido el sagrado de su palabra y el espíritu de los tratados; despues de violar sus promesas y faltar á sus juramentos contra toda ley, justicia y razon, porque son hijos del engaño, de la falsia y de la iniquidad, se han metido en algarada por nuestras tierras, talando los campos, incendiando los bosques, violando el seguro y la santidad del hogar doméstico por su impia lujuria y desmedida avaricia. No podian quedar impunes tales crímenes y sali á castigarlos invocando antes la proteccion del Profeta y la gracia de Alá, Dios único y Todopoderoso. El ángel de las batallas se dignó concedernos la victoria y en el número de los cautivos apresados en buena lid por el brazo invencible de nuestros valientes guerreros, contamos cinco caballeros, prez y gala de la nobleza de Aragon, los que vendimos como esclavos en el mercado público. Este justo y merecido escarmiento nos proporcionó saludables resultados, pues los nazarenos se han abstenido de hacernos guerra por largo tiempo. Játiva, descansando muellemente en

brazos de la paz, ha podido dedicarse al cultivo de sus vegas, á la industria de sus fábricas y al tráfico de su comercio. Todo sonreía á esta ciudad predilecta de los encantos y de los placeres, próspera y feliz por el reposo de sus guerreros y por las dulzuras de una paz que parecia inquebrantable. Envidiosos los cristianos de la prosperidad de Játiva, acaban de penetrar en nuestro territorio, y el rey En Jaime, á la cabeza de sus almugavares, ha acampado á la vista de la ciudad.

Un murmullo de indignacion se levantó en toda la asamblea; el emir impuso silencio con un severo ademán y continuó.

— Como soldado y gefe vuestro que soy, por la visible proteccion del Profeta, he tomado todas las disposiciones oportunas para atajar el avance de los enemigos y contener cualquier amago que intentasen contra la ciudad. Así mismo he despachado emisarios á nuestras villas de Alcira, Dénia, Gandía y demás pueblos de la costa, para que estén prevenidos y podamos caer con todas nuestras fuerzas, en un momento dado, sobre el campo de los aragoneses. Y si no he salido ya al combate al frente de mis bravos guerreros, es porque antes de dejarme arrastrar por los impulsos de mi corazón, necesitamos conocer las intenciones del aragonés, y quiero además que ilustréis mi entendimiento con la sabiduría de vuestros consejos y con los conocimientos de vuestra experiencia. Suplícoos tambien, oh venerables creyentes de la Aljama, que al proponerme lo mas conveniente á la salud de la patria y á la mayor honra del Profeta, prescindais de ociosas discusiones y de inútiles oratorias, porque el remedio ha de ser urgente ya que nuestros males se agravan.

Calló Hussein y despues de un corto murmullo de la asamblea, tomó la palabra el más anciano de todos y el que por su edad y discrecion ocupaba un lugar preferente en la Aljama.

Era Cacim Acenhegui, ilustre historiador de la dominacion agarena, y uno de los hombres más emi-

nentes por su saber, por sus virtudes y por su abnegacion en defensa de su pueblo.

Contaba cerca de cien años y mostraba tal energia en su carácter, tal pureza de diction en su lenguaje y tal lógica en sus razonamientos, que su opinion era no solo respetada, sino que tenia el don de atraer y de aunar las mas diversas y contrarias voluntades.

—Emir de los creyentes,—dijo el respetable anciano con pausada voz y entonacion solemne;—la venerable Aljama ha oido con profundo sentimiento la noticia revelada por tus lábios de la aproximacion á la ciudad de una hueste enemiga. Ni la Aljama ni ningun creyente de nuestra buena ciudad, ni el mismo enemigo que viene á combatirnos, ni nadie que conozca tus hechos y el empuje de tu cimitarra, puede dudar de tu valor, de tu heroismo de soldado y de tus dotes de capitán. Si hoy nos encontrásemos en los gloriosos dias de mi venturosa infancia, si la situacion del pueblo musulman fuese igual ó parecida á la que disfrutaba un siglo atrás, ni el aragonés fuera tan osado ni tendria lugar este consejo: pero en uno y otro caso la Aljama hubiese dicho inspirada en un sentimiento unánime: «Hussein, ciñe tu alfanje, empuña tu cimitarra y sal al campo á castigar la osadía de los cristianos.» Pero hoy, emir de los creyentes, la situacion es distinta y distintos deben ser los medios á que debemos recurrir para evitar, si es posible, el yugo que nos amenaza.

Si apelamos al derecho de la razon por la fuerza de las armas y el Dios único y omnipotente quiere favorecernos con una victoria, provocamos la ira de los reinos cristianos, que descargarán sobre nosotros ejércitos innumerables cual nubes de langosta, prontos á aniquilarnos y á devorarnos, como monstruos hambrientos sobre rebaños de ovejas. ¿Y qué plazas, qué castillos, qué territorios y qué ejércitos poseemos para oponer la fuerza contra la fuerza?

Esta plaza es la última trinchera, el postrer baluarte del poder musulman en toda la estension de

la costa. Los castillos y las villas que rodean á nuestra única ciudad de Játiva no resistirán ni un día, así que ondee la bandera de Aragon sobre las torres del Alcázar.

Un solo medio nos queda, valiente emir: un solo recurso, venerable Aljama. Seguir la política de Mahomed Alhamar, rey del último rincón de Andalucía y fundador del reino de Granada. Mahomed se ha declarado vasallo del rey de Castilla mientras levanta el pedestal do se asiente su trono y termina el edificio de un reino poderoso capaz de resistir los embates de Castilla y de Aragon y de los príncipes sus aliados. Játiva con menos recursos que la ciudad de Mahomed, anclada entre Aragon y Castilla, sin ejércitos y sin la unidad que debiera entre los hijos de una misma ley y de una misma raza, debe apelar á todos los medios de persuacion, de astucia y de sagacidad para sosteener su independenciam aun á costa de un vasallaje nominal que nos permita gobernarnos con nuestras leyes y costumbres, mientras nos da tiempo para prepararnos, para entendernos con nuestros hermanos de Murcia y de Granada, con los oprimidos de Valencia, de Córdoba y de Sevilla y con los poderosos califas de Africa.

Conviene, pues, explorar sagazmente las intenciones del aragonés; saber qué quiere, presentarle con dignidad el texto de los tratados, entretenerle, en fin, mañosamente hasta que agote la paciencia y las vituallas y espoleado por la necesidad tenga precision de levantar el campo.

Esta es la opinion, glorioso emir, del mas humilde anciano de la venerable Aljama.

El anciano á quien correspondia el uso de la palabra, era un personaje influyente en las decisiones del Consejo; hombre experimentado, sagaz y gran conocedor de las cosas del mundo, ó como si dijéramos, buen psicologista, pues conocia á fondo el corazón humano. Llamábase Beniferri, y aunque anciano,

era fuerte y vigoroso y capaz aun de resistir las fatigas de la guerra.

—Así Dios se digne concederme,—dijo— las venturas del Paraíso reservado á los buenos creyentes, como creo penetrar en la intencion del rey En Jaime al presentarse con sus huestes á la vista de nuestra ciudad, que Alá proteja. Los caballeros cautivos en Játiva, magnánimo emir, solicitan su libertad en vez de su rescate y viene su rey á otorgársela. Que se los lleva de grado ó por fuerza, es indudable, porque poder tiene para ello. Pues bien; veámos qué quiere, qué pide, qué exige de nosotros, y si viene como supongo, por sus caballeros, debemos entregarlos para salvar la ciudad con nuestras vidas y haciendas, para salvar á nuestro pueblo de la esclavitud, de la ruina y la miseria.

—Yo opino,—dijo Giafar á quien ya conocemos,— que enviemos á buscar á nuestro glorioso y legítimo rey, el valiente Zaen, para que nos gobierne como á su pueblo que somos y disponga en su alta sabiduría lo más conveniente para la salvacion de la pátria.

Un murmullo de desaprobacion acogió las palabras de Giafar, quien, como señor de los cautivos cristianos, veia escapársele el lucro de soñadas ganancias y se proponia ganar tiempo á costa de toda su raza ó hacer recaer la discusion sobre otro asunto que no le perjudicase tan de cerca.

Setxi, á quien correspondia hablar, dirigió una mirada penetrante sobre los ojos verdosos y hundidos de Giafar; éste bajo los párpados con la mansedumbre de un gato receloso y abrió los oídos ya que no pudo sacudir las orejas.

—Emir de los creyentes,—dijo Setxi,—venerable Aljama: las palabras que acabais de oír quedan contestadas con el murmullo de desagrado que cual un grito de indignacion se ha escapado de vuestros generosos pechos. Hemos sido llamados para tomar una pronta resolucion y no debemos engolfarnos en discusiones inútiles. La resolucion está tomada. Envía, glo-

rioso emir, un hombre docto al rey En Jaime; cuando regrese el emisario nos reuniremos de nuevo ó estaremos ya reunidos. La respuesta que traiga será la base de nuevas resoluciones y de nuestro plan de conducta.

—Aprobado! Aprobado!—fueron las palabras que resonaron en toda la asamblea.

—Una palabra aún—continuó Setxi.—Pues que incidentalmente se ha citado aquí al destronado Zaen, debo decir que mal sabría conservar una ciudad quien ha perdido un reino; que en vez de reunir los restos de su destrozado ejército y vencer al cristiano ó sucumbir con la gloria de un rey, se ha retirado á Gandia donde vive como un oscuro potentado. Otro tanto puede decirse de Zeit-Abu-Zeit antiguo rey de Valencia y hoy perjuro y traidor por haberse hecho cristiano. Zeit ha provocado además la ruina de nuestro pueblo; él ha enseñado al aragonés el camino de Valencia para reconquistar un trono que no supo defender. Zeit es indigno de reinar y no reinará jamás. Si Játiva ha podido conservarse libre hasta hoy, debido es á los heroicos esfuerzos de Abul-Hussein-Yahia, wazir de la ciudad, nombrado por nosotros emir, y cuyo título debe cambiarse por el de rey de Játiva. Alá se digne derramar su proteccion y su misericordia sobre nosotros; si la ciudad se salva del cataclismo que parece amagarnos, Játiva será la cuna de un nuevo y poderoso califato, cuyo fundador y tronco de la soberana dinastía, debe ser Abul-Hussein, nuestro glorioso emir.

—Viva Abul-Hussein! Viva el emir!

Fué el grito que dió en aquel momento el pueblo alborozado, que llevaba en triunfo al jóven Abraham, y que resonó distintamente en la Aljama como si el pueblo diera su aprobacion á las últimas palabras del venerable Setxi.

Enterado Hussein de lo que acontecía, despachó á Giafar para que recibiese en su nombre á Abraham y mandase izar en el Alcázar la enseña de paz que

anunció al rey En Jaime la salida de la plaza de un parlamentario.

Ya hemos visto el partido que el astuto Giafar sacó de esta entrevista, cuyo buen resultado estaba él mismo lejos de preveer.

La Aljama nombró emisario del emir cerca de Don Jaime, al anciano Acenhegui, quien habiéndose escusado por razon de su edad, nombró al venerable Beniferri, el cual salió hácia el real de D. Jaime, acompañado de otros venerables ancianos y de una lucida escolta de pajes y caballeros.

Cuando Hussein-Yahia se quedó solo, dió un suspiro semejante al rugido del leon, y exclamó dejando caer la frente entre sus manos:

—Emir de los creyentes! Rey de Játiva! Califa de los musulmanes! Oh! qué hermoso debe ser todo esto!

Y abstraído en su sueño de ambicion no pudo apercibirse del roce de una vaporosa falda agitada por el viento como las alas de una mariposa, ni de las ténues pisadas que se dirijian hácia él con la viveza y la alegría de un pintado gilguero puesto en libertad. Pero creyó sentirse trasportado á un mundo más venturoso, quizá á un soñado paraiso de dichas sin fin; creyó que un ángel se abrazaba á su cuello y depositaba en sus mejillas un beso tan puro, tan castamente sincero como el de los espíritus del Eden.

Y el sueño era realidad.

Abul-Husein abrió los ojos con el sobresalto del que despierta despues de un sueño agitado y se encontró asido por la celeste vision que sonria de gozo abrazada á su cuello.

—¡Fátima!

—Emir de los creyentes! Rey de Játiva! Califa de los musulmanes!

Repetió Fátima remedando dulcemente las palabras de Husein y riendo á carcajadas con la gracia infantil de una loquilla.

—Qué hermoso! Qué hermoso debe ser todo esto! Repetia sin cesar de reir y sin desprenderse del cuello

de Hussein, que la contemplaba embebido de ternura.

—Fátima!... Qué buscas aquí, hija mía?

—Te tengo entre mis brazos y me preguntas qué busco?

Hussein la oprimió por la cintura, la estrechó contra su pecho, besó su purísima frente y la sentó sobre sus rodillas.

El emir de Játiva rebosaba de felicidad contemplando aquella criatura que parecía el génio de la poesía oriental ó el espíritu de los creyentes convidándoles á saborear las eternas delicias de su soñado Eden.

Si un testigo indiscreto hubiese examinado aquel cuadro de ventura, hubiera creído que el feliz Hussein tenia entre sus brazos un hada pronta á evaporarse, ó una hurí del Coran escapada del paraiso.

## CAPITULO IV.

### Fátima.

Fácilmente se adivina que Fátima era hija de Hussein.

Habia llegado á la edad en que la imaginacion lucha con los deseos del corazon. Los caprichos de niña abriendo plaza á los sentimientos de mujer.

Apenas habia entrado en la primavera de su vida, pues solo contaba quince años; y aunque las mujeres orientales no necesitan tanta edad para llegar al último ascenso de su carrera social, ni para rendir el tributo que les impuso su condicion, segun las leyes de la Naturaleza, Fátima por su educacion escepcional entre las hijas del serrallo, tenia en contradiccion con las de su edad, cabeza de mujer y corazon de niña.

Lo escepcional de su educacion consistía simplemente en que habia obrado sobre ella desdeque nació el constante cariño de su padre. En qué vivia en familia

contra los usos de su ley y á semejanza de la mujer libre de los pueblos civilizados emancipada por el Evangelio, que este ha sido el paso más grande del progreso humano, el fruto imperecedero desprendido del árbol civilizador del Cristianismo.

Y como los sentimientos del alma suelen afluir al rostro como el espejo mágico del daguerreotipo; como la moral de las criaturas influye poderosamente en lo físico, Fátima, segura del cariño de su padre, educada con la ternura de una sana moral, con los nobles sentimientos y amorosas caricias de un padre como Hussein; con los encantos, en fin, del hogar y de la familia, Fátima, rebosando de júbilo y dando rienda suelta á su expansión y á sus sentimientos de niña, daba nuevos encantos á su hermosura, nuevas gracias á su infantil alegría, demostrando ser más niña que mujer y más inocente de lo que en su edad parecía.

Era alta como las matronas de Castilla, blanca como las hijas del Norte, ojos de fuego como las mujeres del Mediodía, dientes de perlas y lábios de encendido carmin como las huries del Profeta, de espesos y sedosos cabellos como el tipo meridional, esbelta como las mujeres de la antigua Grecia, de modelados contornos y de formas correctas como la ilusión de un artista, llena de expresión, de dulzura y de inteligencia como las hijas de Oriente, dotada de hermosura, de gracias y de atractivos como la Venus de la Mitología pagana ó como los ángeles reservados á la ventura de los creyentes.

Hussein enriquecía el alma de aquella niña con raudales de ternura paternal y hubiera sacrificado todas sus pasiones, su ambicionado trono y su tranquilidad por la ventura de su hija, que era por tanto la más feliz de todas las criaturas nacidas y educadas en las leyes del islamismo. Sin embargo, parecía reconvenirle por la libertad que él mismo le otorgaba y que constituía su infantil ventura.

—Eres demasiado traviesa, Fátima,—decía acariciando los negros y abundosos bucles de su hija,—y

tengo que reconvenirte severamente por haberte permitido llegar hasta aquí, hasta la sala del Consejo, donde solo pueden penetrar los venerables de la Aljama.

—Y la Aljama no es tuya?

—Mia, por la visible proteccion del Profeta.

—¿Y la visible proteccion del Profeta no ha puesto en tu poder una joya de más precio para tí que la misma Aljama?

—¿A dónde vas á parar?

—He parado ya sobre tus rodillas, para decirte, gallardo emir de los creyentes, que donde estés tú, puede estar tu hija, que vale tanto como la Aljama, tu hija, que te ama, que te adora, que rabiaba en deseos de verte, que acechaba el momento en que te quedases solo para arrojarse en tus brazos, para que me dieras un beso de los que tan feliz me hacen, para que me cuentes lo que ocurre; si tienes penas, para consolarte; si eres feliz, para serlo yo tambien y reir como una loca participando de tu alegria.

—Pero dime, aturdida, para llegar adonde yo estoy tienes que arrostrar miradas indiscretas.....

—Alto ahí, noble emir de Játiva! Para llegar adonde tú estás no me vé ni uno solo de tus servidores. Traigo puesto el velo que me cubre, me he hecho acompañar de dos esclavas, y he mandado delante á explorar el terreno.....

—A Mahomed?

—Precisamente; es mi hermano, es mi caballero.

—Y el paje de tus travesuras.

—¡Ah, buen Hussein! ¿Quién te enseña, dí, á ser malicioso?

—No apruebo, Fátima, tus travesuras. Ya tienes edad para vivir con el recato de las mujeres musulmanas, y no me gusta que te valgas de Mahomed para tus travesurillas. Tu hermano ha nacido para caballero, y no ha de ser paje de damas quien está llamado por su destino á desempeñar un alto puesto.

—Pues si te disgusta que venga á verte, me voy,

padre ingrato, y no volveré más. Quédate á solas con tus pensamientos. Me voy.

Y ocultó sus negros ojos bajo el velo de sus largas pestañas, y finjó irse, pero estrechando cada vez más el cuello de Hussein.

—Y no te amaré tu Fátima, y tampoco debo amar al hermano de mi alma, á mi niño Mahomed, al compañero de tu hija, al hijo de tu adoracion.

El emir empezaba á conmoverse y la estrechaba contra su seno, pero sin darse por vencido.

—No me acompañará á los jardines de la Aljama, mi hermano no debe venir conmigo, sino un negrazo, feo como la oscuridad de la noche.

—De ninguna manera,—replicó vivamente Hussein, —Esos hombres no deben ir contigo.

—Viviré sola con mis doncellas, que son chismosas como cigarras.

—Y dónde queda Mahomed?—Preguntó Hussein que veía derrumbarse el sello de su gravedad si no daba un nuevo giro á la escena.

—Estaba en tu salon probando á ceñirse tus armas de guerra.

Hussein soltó la carcajada; Fátima le imitó. La gravedad del emir resistiéndose ante el mimo de su hija, sucumbió ante la peregrina ocurrencia de su hijo.

Un ruido infernal parecido al grito de guerra de los moros, sonó á poco por la régia estancia. Mahomed, montado en la lanza del emir, arrastrando su largo alfanje, empuñando una corva gumia y con el casco de guerra de su padre, se presentó en el salon trotando, dando voces con toda la fuerza de sus pulmones y estocadas á diestro y siniestro como simulando un combate.

—Victoria! Victoria por Mahomed, hijo del invencible emir Abul-Hussein-Yahia!

Gritó el rapaz con toda su fuerza entonándose él mismo el himno de gloria por tan memorable batalla. Y jadeando, cubierto de sudor y finjiendo la fatiga del

combate, tiró el casco y las armas y fué á sentarse con su hermana entre las rodillas de su padre.

Mahomed tenia ocho años de edad, y si Fátima era la alegría, el tesoro de Hussein, Mahomed como varon y sucesor del emir, era, como suele decirse, el ojo derecho de su padre.

Hussein era un moro con sentimientos y costumbres de cristiano. Prefería las afecciones de familia á los halagos del harem, y su corazon se dilataba de gozo acariciando á sus hijos en vez de marchitarse entre los placeres inmundos del pueblo oriental.

Mahomed, seguro del cariño y de la aprobacion de su padre, gritó con gravedad cómica.

—Notemas, emir de los creyentes, á esos perros cristianos; la invencible cimitarra de tu hijo Mahomed, acaba de alancear á las huestes del rey En Jaime, que ha salido huyendo en vergonzosa fuga de los campos de Játiva. ¡Gloria á Mahomed!

—¿Cómo sabes tú, rapaz, que el rey de Aragon está en los campos de Játiva?

—Como lo sabe todo el mundo, lo sé yo tambien.

—Todo el mundo, Mahomed? Pues qué, ¿estamos por ventura amagados de guerra, padre mio?

—Sí, Fátima; el rey de Aragon está á la vista de la ciudad. Contestó Hussein poniendo á su hija en breves palabras al corriente de los sucesos.

—Y no se lo has dicho á tu hija, y yo, nécia de mí he estado á pique de enojarte con mis niñadas en vez de animarte, de infundirte valor para hacer frente á los contratiempos. Ah! Perdóname, padre mio, perdona el atolondramiento de tu hija Fátima.

—Mi hermana se espresa así para que no la riñas, padre, para que le des un beso y la mimes con tus caricias. ¡Sabe más esta Fátima!

Y el muchacho se tiró al suelo, volvió á recoger sus armas, montó en la lanza y salió gritando.

—Al campo, y guerra á los cristianos! A ellos, musulmanes! El que sea valiente que me siga!

—¿No es verdad que es muy hermoso Mahomed?

—Tanto como tú, padre mio, porque mi hermano tiene tu propia fisonomía, tus mismos ojos, tu valor, tu discrecion y tu generosidad. Será un valiente, y orgullo de tu pueblo. Por eso le amo tanto como á tí.

El rumor de una acalorada disputa casi á las puertas del salon interrumpió á Fátima.

Aliatar, el jefe de los eunucos, iba en busca del emir, pero Mahomed le cerró el paso porque estaba allí su hermana y los ojos del eunuco no debian posarse en la hermosura de Fátima. Aliatar sonrió primero de la candidez y buen celo del niño, pero insistió en entrar y Mahomed se opuso con tenaz resistencia. Le apartó á un lado para llenar su mision y un grito de dolor se escapó de sus lábios lívidos. El avieso muchacho le asestó una estocada en el costado derecho, abriéndole una ancha herida que despidió la sangre á borbotones.

El emir dió una voz y Mahomed desapareció. Aliatar penetró en la estancia sujetándose la herida y empapado en sangre.

Fátima dió un grito de terror á la vista de aquel hombre herido y salió de la estancia en pos de su hermano.

—Qué ocurre, Aliatar?

—Poderoso emir, tu hijo ha herido al esclavo.

—Ha sido en defensa de su hermana y esto le exime del castigo.

—Venia á anunciarte que dos venerables de la Aljama, Cacim Acenhegui y Ben-Abu-Giafar con otros dos desconocidos, desean hablarte.

—Condúcelos aquí.

Aliatar salió con la más aparente humildad, pero bramando de furor contra el avieso niño y jurando vengarse del padre y del hijo si la casualidad le presentaba una ocasion. Ocasiones que cuando se las busca, no dejan jamás de presentarse.

Estos hechos eran tan frecuentes en aquellas edades de hierro que ni tenian importancia ninguna, ni el padre mas rigido y severo hubiese impuesto un

castigo á su hijo por las fechorías de este jaez, consideradas más adelante como crímenes ó conatos de homicidio. Felizmente la civilización ha borrado la sangre con que los servidores sellaban su adhesión á sus amos, pero subsiste todavía la intención, y en ciertos casos hasta los malos tratamientos.

Con Acenhegui y Giafar llegaron á la presencia del emir el grave Almofaix y su hijo Abraham.

Ya sabemos que fueron bien recibidos y honrados por Hussein que pareció simpatizar por los forasteros nombrando al mozo caballero de su guardia y al anciano, venerable de la Aljama.

Almofaix no ambicionaba honores, pero á su pesar hubo de consagrarse con su hijo Abraham á los intereses de su pueblo.

—Mahomed,—dijo Fátima, así que encontró á su hermano.—Deseo ver el campamento de los aragoneses.

—Ya sé por qué,—contestó el muchacho.

—Tú no sabes nada, Mahomed.

—Sé mucho. Pero en fin, echate el velo y sígueme al mirador de la torre: desde allí podrás verlo todo.

Parándose de pronto, añadió en ese tono de sentencia tan familiar en los niños de aguda penetración.

—Te advierto que si algún cristiano tuviera la osadía de acercarse á ti, ay! ay! de los dos.

Fátima contestó con una risa forzada como si encontrase graciosa la ocurrencia de su hermano, pero una palidez mortal cubrió el carmin de sus mejillas y sintió frío en todo su cuerpo y se le oprimió el corazón.

Afortunadamente el niño echó á andar delante y no observó la turbación de su hermana que se cubría el rostro con el velo del pudor.

Llegados á la torre, punto culminante de la Aljama, convertida en uno de aquellos templetes de cuyas elegantes formas por sus esbeltas columnas y artísticos festoneados solo se puede formar idea contemplando el mirador de la Lindaraja, Fátima y su hermano dirijieron la vista hácia el campamento de los arago-

neses, perdido allá entre el follaje de la vega y situado sobre una colina que parecía la última estribacion de la montaña.

El pequeño Mahomed se deshizo en denuestos contra los cristianos y rabiaba por no ser hombre con la soberanía de un califa y el invencible poder de un Hércules. Fátima sintió en cámbio una emocion que parecía embargar todo su ser, aunque ella misma no se explicara si era de temor ó de júbilo, de desengaño ó de esperanza.

—Aquella debe ser la tienda del rey,—dijo el niño señalando precisamente hácia el real de Don Jaime.

—Oh! Qué tienda tan bonita hay allí, junto á la del rey!

—¿Aquella alistada de azul y encarnado? Verdaderamente es bonita y suntuosa. Ah! Si yo fuera hombre! Con qué placer arriesgára mi vida por arrancar esa tienda del poder de los cristianos!

—Debe ser de algun caballero que iguale en poder á su rey.

—Puede ser.

—Tendria curiosidad por averiguar á quien pertenece esa tienda que parece digna de un sultan.

—Yo lo sabré.

—Tú, Mahomed?

—Sí, cuando regrese Beniferri con los ancianos y los caballeros que le acompañan, nos lo dirán.

Fátima iba á demostrar su gratitud colmando de caricias á su hermano, pero se contuvo en los límites de la indiferencia, por no despertar la delicada penetracion del muchacho; finjóse, pues, la distraida dirigiendo la vista á las azoteas y minaretes de la ciudad, atestadas de espectadores, que seguían con los ojos y el corazon á los embajadores de la Aljama, en camino del real de los cristianos.

Beniferri y su comitiva arribaban ya al campamento. El rey de Aragon, con aquella dignidad que le era propia, esperaba á la puerta de su tienda rodeado de magnates, de prelados y caballeros. Una escolta

que el rey mandára al encuentro de Beniferri, formaba su guardia de honor escoltándole con los miramientos debidos á los embajadores, segun la diplomacia de aquellos tiempos. Soldados y caballeros en ordenada formacion, saludaban militarmente á la comitiva, que pasó entre aquellas filas de almugavares hasta cerca del real de D. Jaime.

Así que divisaron al rey, Beniferri, se apeó, como sus pages y caballeros; saludó humildemente al monarca, quien le hizo penetrar en su tienda con afable cortesanía, mientras la comitiva del moro se esparció por el campamento.

—Ves, Fátima?—Dijo Mahomed á su hermana sin apartar los ojos del espectáculo que á sus ojos se estendia.—Ya está Beniferri en la tienda real. Hoy mismo sabremos á quien pertenece la tienda azul con listas encarnadas y galones de oro.

Fátima permaneció aun largo rato en el mirador de la Aljama fija la vista en el campamento.

Al regresar á su estancia se dejó caer en un divan entregándose en brazos de una profunda y sombría meditacion.

El que la hubiese visto momentos ántes alegre, decidora y ocurrente como una loquilla y la contemplara despues tan grave, meditabunda y sombría, juzgara á Fátima nó de inocente niña, sino mujer de seso, víctima en aquel instante de encontrados sentimientos, que se desenvolvian, y tomaban forma cual séres fantásticos, entre los insondables misterios de su apasionado corazon.

## CAPITULO V.

### El Real de Don Jaime.

—Alá te proteja, rey de Aragon, y quiera iluminar tu entendimiento para que la paz que nos debemos no sea turbada.—Dijo Beniferri saludando humildemente á D. Jaime.

—Nos os hemos visto otra vez, moro, ¿De dónde os conocemos?

—He sido, señor, el último alcaide del castillo de Liria.

—Ah! Recordamos ya. Recibimos de vuestras manos las llaves de la ciudad.

—Así estaba escrito, oh rey, y tan hondo pesar me reservó el destino.

—Os llamais Beniferri.

—Ese es mi nombre, señor.

—Recordamos de vos, Beniferri, y mereceis nuestra estimacion.

—Sois muy bondadoso, rey En Jaime.

—¿Y venís de parte de la Aljama á entregarnos los caballeros cautivos en Játiva?

—La venerable Aljama no pudiendo adivinar vuestros descos, me envía á vos, oh rey, para que os dignéis manifestármelos.

—Mejor hubiera hecho con enviarnos los caballeros cautivos cuya libertad venimos á rescatar.

—Esos caballeros los compró un particular de Játiva por una gruesa suma, rey En Jaime, y Abul-Hussein no tiene oro suficiente para rescatarlos.

—Pero Nos no necesitamos oro y los rescataremos sin gastar un besante para conseguir su libertad.

—Cómo, señor?

—Apoderándonos de Játiva.

—Vos habeis jurado por vuestro Dios y vuestra real palabra, habeis firmado y sellado con vuestras armas, con el testimonio y aprobacion de vuestros ricos-homes y prelados no hacer guerra á los moros de Játiva ni á los de su alcaldía, ni traspasar las fronteras del Júcar que es la línea divisoria entre moros y cristianos.

—Y vosotros no lo habeis firmado con Nos? (1)

---

(1) Tratamiento que se daban los reyes, los príncipes, los prelados, la nobleza en corporacion y algunos nobles individualmente. D. Jaime se espresa así en su crónica y en todos sus escritos.

—Precisamente, señor.

—Y cómo habeis osado á hacer armas contra Nos atacando á nuestras gentes y apresando á nuestros servidores?

—El rey de Aragon debe saber que sus huestes se han metido en algarada por nuestras tierras, que han incendiado aldeas, que han talado campiñas, que han violado el honor de nuestras doncellas y cometido todo género de desmanes. Nuestros campesinos dejaban los campos yermos porque no solo no podian recoger el fruto de sus cosechas, sino que veian atropellado á cada instante el santuario del bogar y tenian que refugiarse en las villas fortificadas para salvar su honor y su vida, ya que no podian defender su casa y sus haciendas. No debian quedar impunes tales desmanes, poderoso rey, y salimos á castigar la osadía de los tuyos, pero sin traspasar el limite de las fronteras. Y los encontramos aquende el Júcar, en el interior de nuestro territorio, donde empeñamos el combate y quiso Dios favorecernos con el laurel de la victoria. Los caballeros que reclamas, rey En Jaime, los apresamos en buena lid, con la justicia de las armas que nos obligasteis á esgrimir. Si crees, pues, rey de Aragon, que las algaradas de tus huestes no se oponen al espíritu de los tratados vigentes, los cautivos que reclamas deben seguir su suerte y quéde este asunto terminado así. Mas si quieres que los caballeros cautivos obtengan su libertad sin otro rescate que la fuerza de tu voluntad, te los entregaré; pero en nombre de Játiva, en nombre del pueblo musulman, en nombre de tantas víctimas sacrificadas á las manos de tus huestes, yo, rey En Jaime, acudo á tu alta sabiduría, á tu poder de rey, á tu dignidad de juez y á tu conciencia de cristiano, para que hagas justicia, para que sentencias á tus caballeros por haber infringido los tratados, y los decapites á la vista de ese pueblo ofendido, en vindicacion de tu renombre, en desagravio de la razon atropellada y en honra de las leyes de la humanidad, de la equidad y de la justicia.

Calló el moro y esperó la respuesta del aragonés que miraba asombrado al parlamentario, no comprendiendo tanta osadía bajo aquella apariencia de humildad y de respeto.

Si Don Jaime no fuese rey, y el rey más grande de su tiempo, quedára confuso y corrido ante la poderosa argumentacion de Beniferri pidiéndole justicia contra sus propios actos y los desafueros cometidos en tierra de moros: pero D. Jaime, necesitaba conquistas para ensanchar sus reinos y enriquecer á sus caballeros; y más práctico en las cosas de la guerra que en argumentaciones diplomáticas y en reflexiones filosóficas, no se tomó tiempo para meditar y contestó con viveza.

—Moro, di á tu wazir que queremos los caballeros cristianos. Hemos venido por ellos, hemos hecho plantar la tienda de En Pedro de Alcalá, cautivo en Játiva, y ahí está vacía y cerrada esperando recibir á su dueño.

—Señor, para que vengan los cautivos menester es que ruede ántes la cabeza de Abu-Giafar, si el emir de Játiva no reúne el oro suficiente para comprarlos.

—Basta; ó vienen nuestros caballeros ó iremos á rescatarlos con nuestras tropas.

—¿Qué plazo me dás, oh rey, para contestarte?

—Hasta mañana al despuntar el día.

—Los venerables de la Aljama necesitan tiempo para reunirse y allegar los medios de satisfacer tu petición. Concédenos ocho días.

—No disponemos de tanto tiempo: asuntos importantes nos llaman á nuestro querido reino de Aragon.

Beniferri pareció respirar al oír la respuesta del rey, pero no hizo la menor demostracion y permaneció impasible.

—¿Qué dices, moro?

—Espero, rey En Jaime, que prolongues el plazo que nos concedes.

—Imposible!

—Pues caigan sobre tu cabeza los males que provocas, oh rey; que tuya es la culpa y tuya será la

responsabilidad de esta guerra. Te brindamos con la paz; y pues no la aceptas, ni un plazo de ocho días quieres siquiera concedernos para darte satisfacción, ya que cierras los oídos y el corazón á la voz de la Justicia, apelemos á las armas para satisfacer tu capricho; y si escrito está que hemos de perecer con nuestra ciudad, ó que has de perder tu vida y corona, cúmplase la ley del destino que tú habrás provocado contra los fueros de la paz, de la razón y de la justicia.

—Crees, moro, que Játiva pueda resistir el empuje de nuestras armas?

—Sí, Játiva pudiera hacer frente á las numerosas huestes del rey de Aragon; ¿estaria yo ahora en tu tienda ni tú en tierra de moros? Pero de aquí no se infiere, valeroso rey, que salgas sano y salvo de esta empresa, ni nadie puede asegurar que vuelvas á ver á los séres amados que dejaste en tu reino.

—Tal confianza tienes en que habeis de vencernos!

—Ninguna, señor, pero me atengo á las probabilidades.

—Bah! No eran vuestras las probabilidades de la victoria en la batalla de Burriana y sin embargo derrotamos á un ejército de cuarenta mil moros con solos trecientos caballeros?

—Sabemos, señor, que tu estrella te es favorable, que has llevado á cabo hechos tan portentosos que tus nietos juzgarán de sobrenaturales y que las generaciones futuras no creerán ó pondrán en duda. Pero tu horóscopo no te ha dicho, rey de los cristianos, si has de morir en una de tus temerarias empresas; no sabes si tus días estan contados y si ahora mismo estás prisionero en las redes de una celada.

—Cómo! supones....!

—Nada, señor. Te pido simplemente un plazo de ocho dias para contestar á tu demanda y antes de romper las hostilidades.

—No habeis de decir jamás que el rey de Aragon no obró con lealtad y nobleza, y así os otorgamos tres

días. Mas si al espirar este plazo no están en mis reales los caballeros cristianos ¡ay de Játiva! ¡ay de vosotros! ¡ay de vuestro pueblo!

—Asilo diré, señor, al emir y á los ancianos de la Aljama.

—Vé con Dios, Beniferri, y cuenta con que nadie alcanzó de Nos tanto como concedemos á Játiva por el aprecio que á su embajador profesamos.

—Eres generoso, señor, y quiera Alá que no se apaguen en tus días los nobles sentimientos con que enriqueció tu alma.

El rey acompañó á Beniferri hasta la parte exterior de su tienda; allí se reunieron los caballeros de la comitiva esparcidos por el campo aragonés donde encontraron amigos y conocidos de otros sitios, de otras plazas y de otros lugares. El sonido de un clarín los reunió á todos; montaron de nuevo, y la comitiva desapareció á poco entre los pliegues del terreno, dirigiéndose hácia Játiva.

Don Jaime de Aragon quedó pensativo un momento viendo marchar á los moros: contemplacion que pareció absorverle al fijar sus negros ojos y su mirada inteligente en las altas torres del castillo de Játiva.

En Guillen de Moncada se acercó á poco á su rey.

—¿En qué pensais, señor?—Preguntó con respetuosa familiaridad.

—Pensábamos, En Guillen, en el brillo que daría á nuestra corona de Aragon esa esmeralda.

—Es la segunda joya de vuestra corona de Valencia.

—Habremos de engazarla, En Guillen.

—Contad, señor, con el valor y la sangre de vuestros caballeros.

De regreso de su embajada, Beniferri, dió cuenta al Emir del resultado de sus negociaciones, y Abul-Hussein reunió de nuevo á los ancianos de la Aljama. Almofaix, en su calidad de venerable, asistió por primera vez al Consejo de los ancianos.

La asamblea optó por que se mandasen los cautivos

al campamento cristiano, y el Emir y los venerables, escitaron la generosidad y el celo patriótico de Giafar para que los cediese libremente en pró del interés comun. Giafar, temiendo la tormenta que podia descargar sobre su cabeza, pero tranquilo por haber salvado sus intereses, espuso á la asamblea que no eran suyos los cautivos, y que debian recurrir á su nuevo propietario.

El Emir y los venerables, miraron atónitos á Giafar, pues no creian á nadie tan inocente para arriesgar su dinero en la adquisicion de los cautivos el mismo dia que se presentaba D. Jaime á reclamarlos. Almofaix, digno, modesto y desinteresado, espuso á la asamblea que habia creido adivinar la ruina del pueblo musulman por causa de aquellos cautivos: conocia la codicia de su dueño y los males que podia ocasionar á la ciudad la obstinacion de Giafar, antes de ceder á los caballeros cristianos.

—No soy rico lo bastante, decia, para comprarlos, pero he empeñado mis haciendas y mis joyas, y mis ganados y mis cosechas para adquirirlos, para poder entregároslos libres y salvos, si de este modo podemos ahorrar una sola lágrima, un solo dia de tribulacion á nuestro desdichado y combatido pueblo.

Un grito unánime de aprobacion, de aplausos y de alabanzas resonó en la Aljama. El venerable anciano acababa de mostrarse digno patricio de un gran pueblo. Habia sacrificado su felicidad, su fortuna, sus intereses materiales en aras de la patria, y la patria debia indemnizarle si se salvaba, ó perecer con él. Si los árabes hubiesen podido citar muchos nombres de patricios como Almofaix, su causa se hubiese salvado, y las leyes del Coran dominarian aun en la tierra de sus mayores, pero era un pueblo gastado, indigno de libertad y de independencia, y condenado por tanto á desaparecer bajo el yugo de la esclavitud, y espoleado de continuo por el látigo del vencedor.

Así el Rey En Jaime, fijos los ojos en el castillo de Játiva, fija la idea en la posesion de aquella ciudad;

estaba resuelto á apoderarse de ella como el último limite de Aragon por las fronteras de Castilla, y como el último laurel que le restaba añadir á la corona de sus conquistas.

Debemos creer que D. Jaime deseaba la libertad de sus caballeros cautivos en Játiva, pero deseaba mas la posesion de la ciudad, y como rey conquistador, mortificábale la sola idea de que los moros se aviniesen á darle cumplida satisfaccion, obligándole á levantar el sitio.

No necesitaba de pretextos el rey de Aragon para apoderarse de una plaza mora, pero estaban vigentes aun los tratados de paz, y debia respetar su propia palabra con cierta apariencia de caballerosidad.

Sentado, pues, en su tienda y mirando fijamente á la ciudad, departia familiarmente con sus caballeros sobre las cosas del asedio, que era necesario estrechar, decia, y aun apoderarse de un punto estratégico desde donde pudiese dominar la ciudad que mas tarde ó mas temprano tendria al fin que rendirse.

—No es solo el espíritu de conquista,—decia á sus caballeros,—el que nos mueve á codiciar esa perla musulmana, bella como el paraíso. Es una plaza de guerra de la mas alta importancia para vigilar los movimientos de Castilla y los sucesos de Murcia, cuyo reino viene á conquistar nuestro amado yerno, el infante D. Alfonso.

—Y los de Játiva, señor, ¿no podrian impetrar el auxilio del infante castellano? Se atrevió á aventurar En Guillen de Moncada.

—No seria justo ni digno de un príncipe que el esposo de Doña Violante, nuestra muy amada hija, se aliase con los moros haciendo armas contra Nos.

—No es probable, señor,—contestó En Rodrigo de Lizana, lugar-teniente del reino.

—Pero es posible,—añadió En Hugo, conde de Ampurias.

—No hagamos juicios temerarios, señores; pero

por lo que pudiera suceder en Murcia ó en Castilla, en tierra de moros ó en nuestros propios Estados, nos conviene apoderarnos de Játiva, y hemos de conseguirlo con la ayuda de nuestro glorioso apóstol Santiago.

—Y lo conseguirá vuestra alteza,—añadió el reverendo Obispo de Huesca,—para brillo de sus armas y gloria de la cristiandad.

—Así será,—añadió el de Lizana,—pues al terminar esta campaña, terminan las guerras de moros en los reinos de Aragón.

—Iremos á buscarlos á Tierra Santa, En Rodrigo, pues con la ayuda de Dios, hemos de rescatar los Santos Lugares del poder de infieles.

—Dios protegerá á vuestra alteza como príncipe escogido para terminar tan grande obra en honra de Dios y de toda la cristiandad.

—No es poco lo que la cristiandad tiene que agradecer ya á nuestro muy amado primo el rey En Jaime.—observó En Hugo de Ampurias.

—Decid mas bien, conde, lo mucho que su alteza tiene que agradecer á Dios por la visible proteccion que le dispensa.

—Así es, reverendo señor; pero esa proteccion cae de lleno sobre los pueblos cristianos enriquecidos con los despojos de los infieles, á quienes nuestro amado primo ha sabido vencer con la fuerza de su brazo.

—Por la visible proteccion de la divina Providencia.

—Y por la invicta espada de mi primo el rey.

—Que no seria invicta sin la permission de Dios.

—Y Dios no daría su permission, tratándose de un príncipe cobarde ó menos valeroso que mi primo el rey.

—Hablais como un hereje, conde.

—Y vos como un egoista, Óbispo, pues todo lo concedes á Dios y nada al rey.

—Porque de Dios emana todo poder, toda sabiduría, toda autoridad y toda grandeza.

—Pues invocad la proteccion de Dios, Obispo; y marchad vos á la conquista de Játiva.

—Si Dios fuese servido iria.

—A morir degollado á manos de moros, que no les vendria mal reñir con un enemigo como vos.

—Os proposais, conde, con un príncipe de la iglesia y ministro del Señor.

—A los príncipes están reservadas las acciones grandes. Id, Obispo, y conquistad á Játiva.

Los caballeros se sonreian ante el acaloramiento del Obispo que contrastaba con la flemma inalterable de su competidor. El rey quiso poner su término á la cuestion, á fin de que no tomase mayores proporciones; pero al hacer uso de la palabra, en vez de hablar, saltó de su asiento y echó á correr detrás de un caballero que emprendió tambien la carrera huyendo de los alcances del rey. Escena que produjo cierto asombro entre los altos magnates, y un momento de confusion en todo el campamento.

La causa de esta alarma pasajera tuvo origen en otra disputa de soldados que discutian por las cosas de la guerra, comentando las consecuencias del asedio y los medios de defensa con que pudieran contar los moros de Játiva.

Hallábanse sentados en un pequeño promontorio del campo, no lejos de la tienda del rey, dos soldados que si no eran caballeros de rancia nobleza, eran por lo menos hidalgos. Llábase uno de ellos Azadrach, nombre que debia haber sufrido alguna alteracion, porque indudablemente no era de origen provenzal como los apellidos aragoneses. Decíase que por sus venas corria sangre noble y sangre mora, pero tanto por su extraño nombre, como por cierto aire de reflexion y sombría tristeza que revelaba en todo su sér, parecia que su origen y la historia de su vida envolvian algun misterio que el mundo trataba de indagar divagando por el campo de las mas estrañas sospechas.

Llamábanse el otro, Martin de Tudela, y era franco

de carácter, pero comentador de asuntos ajenos cuando quizá descuidaba los propios, como sucede comunmente á los flacos de lengua.

Desde que la comitiva de Beniferri habia estado en el campamento, el bueno de Tudela aturdió los oídos de sus compañeros á propósito de la embajada, sobre la actitud de la plaza, de las intenciones del rey, de las fuerzas de los moros, el tiempo que podrian resistir, las batallas que debian darse, la conveniencia de situar el campamento mas acá ó mas allá, la distribución que debiera darse á las tropas con todos los detalles propios de un gran hablador que se pasa la vida ocupándose de los demás sin acordarse de sí mismo.

Abandonado de todos sus compañeros, hartos ya de su interminable peroracion, buscaba á algun amigo á quien esponderle el inagotable manantial de su verbosidad, cuando acertó á encontrarse con Azadrach (1), que permanecia sentado y abstraído con la mirada fria y fijos los ojos en el suelo.

—¿Y qué decis vos, señor Azadrach, de los sucesos, de hoy? ¿Creeis que los caballeros cautivos vengan libres al campamento?

Azadrach se encogió de hombros por toda contestacion.

—Pues yo aseguro que no vendrán; y no sin falta de razon por parte de los moros, porque al fin fueron apresados en buena lid y es justo que exijan un crecido rescate por su libertad.

—Tambien pudieran soltarles por un acto de generosidad, murmuró Azadrach, como maquinalmente.

—Si los sueltan, no será por generosos, sino por cobardes.

---

(1) Asi le nombran los antiguos cronistas, y respetamos tan viciosa ortografia; pues su verdadero nombre es Al-Azark.

—O por demasiado prudentes. Si desarman así el brazo del rey.....

—El rey desea tomar á Játiva, y la tomará contra su misma palabra y contra todos los tratados. Pero los moros debieran defenderse como gatos rabiosos para hacer valer la razon que les asiste, en vez de humillarse como padres misioneros.

—¡Sois unos bellacos charlatanes. que mas os valiera atender á las cosas del servicio como buenos soldados, que murmurar de lo que no entendeis, como mugeres rameras!

Esclamó una voz varonil é imperiosa. Era En Bartolomé Esquerdo, que acertó á pasar por el sitio donde estaban los soldados, sorprendiendo las últimas palabras de Tudela.

Azdrach se levantó con ademan resuelto, clavó su fria mirada en el recién llegado, á quien preguntó con la calma sombría de su singular temperamento.

—¿Me habeis oido pronunciar una palabra, En Bartolomé?

—No por cierto, ni tampoco os habia conocido á vos, Azdrach, que sois callado como la prudencia misma. Pero me atengo á lo dicho con respecto á ese bellaco, á ese imprudente hablador que sabe manejar la lengua con mayor soltura que las armas.

Azdrach no oyó las últimas palabras de Esquerdo, por que tranquilo con la satisfaccion que este le diera, volvió la espalda y se alejó pausadamente de aquel sitio.

En cambio Tudela se levantó furioso al verse así apostrofado, y se dirigió á En Bartolomé con aire maton y acento provocativo.

—¡Vive Dios!, señor Esquerdo, que provocais á un hidalgo tan bueno como vos y de sangre tan noble como la vuestra.

—¡Mientes, villano! Un hablador como tú, no puede igualarse á un soldado valiente que es como yo caballero.

—¡Y yo os digo que soy tan bueno como vos, y mas honrado que vos!

—¡Qué pronuncias, miserable! ¡De rodillas, de rodillas ante un noble de Aragon, ó te aplasto como á una alimaña!

—¡Já!, ¡já!, ¡já! ¿Sois vos mi soberano? No conozco mas que al rey y al papa. El primero, para que me mande, y el segundo para que me absuelva. Vos no sois mas que un pobre gusano de la misma materia que yo.

—¡Por Satanás, que lo hemos de ver!

Y rápido como el rayo, levantó su daga y la hundió en la garganta del desgraciado Tudela. La voz del rey contuvo el brazo de Esquerdo que iba á descasar un segundo fendiente.

—¡En presencia nuestra! Esclamó el rey con aquella voz de trueno de que era capaz su real indignacion.

Esquerdo no volvió la cabeza, pero conoció la voz y las pisadas del rey, y se dió á la fuga con toda la fuerza de sus talones. Llegado á la tienda de En García Romeu, penetró en ella gritando desesperadamente.

—¡Gracia! ¡Gracia! para Esquerdo en el seguro de Romeu!

Pero allí le alcanzó el rey arrastrándole fuera de la tienda asido por los cabellos.

Todo el campo en un instante se puso en movimiento.

El rey mandó arrestar al culpable.

—¡Si muere el soldado, dijo en tono sentencioso, Esquerdo, será ahorcado!

Los caballeros todos temblaron de espanto ante la sentencia del rey.

Los amigos de En Bartolomé Esquerdo, se dieron á buscar á En García Romeu que no estaba en la tienda ni ninguno de su casa para defender sus fueros.

Era necesario pedir justicia al rey contra su propio desacato violando el asilo de un noble de Aragon; pero En García Romeu no estaba en el campamento.

## CAPITULO IV.

**La rosa blanca.**

Antes que la Aljama tomase ningun acuerdo definitivo, y mientras el Emir y los venerables permanecian en sesion, Mahomed, el pequeño tirano de Aljatar, corrió en busca de su hermana, deseoso de llevarle noticias.

—Ya sé, Fátima, dijo así que la encontró, á quien pertenece aquella tienda de damasco que nos pareció tan bonita.

—¿A quien pertenece, Mahomed?

—A En García Romeu.

El corazon de Fátima dió un vuelco y palpité con violencia como si quisiera romper su estrecha cárcel. Pero aparentando una tranquilidad, indiferente replicó:

—¿Y á nosotros, qué nos importa?

—Parece que algunos aragoneses han venido á la ciudad con la comitiva de Beniferri. Guardate, ¡Fátima! ¡Guardate!

Esta vez no pudo ocultar su emocion; la sangre de sus mejillas pareció afluir á su corazon quedándose pálida y fria como una estátua.

—¿Has visto tú á esos cristianos, Mahomed?

—Procurare verlos y ya te dare nuevas de ellos... ¿Pero qué es eso, te pones mala?

—Creo que sí. Llama á Agar y corre á ver á los cristianos.

Mahomed salió y una esclava se presentó delante de Fátima.

—¿La señora ha llamado á su esclava?

—Descorre la cortina de ese agimez, Agar, quiero aspirar el aire embalsamado de las flores.

—¿No sentaría bien á mi señora un paseo por el jardín?

—Estoy bien aquí; la música me distraerá.

—¿Traigo la guzla?

—Sí. Quizá el sonido de sus cuerdas sirva á mi alma de dulce paz.

—Mi señora tañe tan bien, que cuando pulsa las cuerdas que acompañan su cantar, un angel del cielo parece ó una sirena del mar.

Fátima sonrió melancolicamente, tomó la guzla de manos de la esclava y preluvió un aire dulce y suave que parecia embargar con su melodía la tristeza de que se hallaba poseido su corazón.

—Interrumpiéndose de pronto, preguntó á la esclava,

—¿Sabes tú, cómo sigue Aliatar?

—No lo sabe tu esclava.

—Vé á enterarte. Dile que me duelo de su herida, que me intereso por su salud, y deseo que no le guarde rencor á mi hermano por su arrebató de niño.

La esclava salió á cumplimentar la órden de su señora.

Aliatar así que halló la esclava, murmuró con maliciosa sonrisa.

—¡Qué querrá de mí, la hermosa Fátima!

—Que te restablezcas de tu herida.

—¡Ya! gruñó el eunuco. La tórtola busca al cuervo, pero necesita un escudo y viene por él.

—No te comprendo, Aliatar

—Tanto mejor. —Tengo que transmitir una órden á mi señora y no puedo abandonar el lecho.

—Yo la llevaré.

—¿Sabes leer?

—¿Yo? ¡Infeliz de mí!

—Tampoco yo: y lo siento. ¿Quién sabe lo que puede encerrarse aquí?

—¡Qué nos importa á nosotros!

—Es verdad. ¿Qué pueden importar al perro nacido para esclavo, los secretos de su señor?

— Despacha, Aliatar.

— Toma este papel.

— ¿Para mi señora?

— Sí. Dí, á Fátima, que el esclavo herido queda reconocido á su bondad.

— Lo diré.

Agar salió, y el gefe de los eunucos quedó murmurando.

— Yo sabré qué encierra ese papel, y si es preciso, me venderé á tí, hermosa Fátima, para vengarme mejor.

Y el miserable esclavo soltó un gemido, y cayó postrado por la fiebre en su lecho de dolor.

Cuando Fátima recibió el billete, dirigió una mirada penetrante y escudriñadora á la esclava que permanecía muda y en humilde actitud, y exclamó.

— Aliatar, se ha equivocado: este billete no es para mí.

— No es extraño, señora; pero la fiebre ....

— Le ha hecho perder el sentido. ¡Pobre Aliatar! Es necesario asistirle.

— ¿Qué tiene mi señora? Parece que tiemblas.

— No lo creas, Agar; aunque en verdad, no me siento bien. Tengo sed, mucha sed.

— Traeré agua.

— Sí, pero del jardin; de la fuente del Laurel, con unas gotas de limon.

Agar cogió un búcaro de color rojizo con finas labores y esmerados relieves, y salió. Fátima esperaba este momento con suma ansiedad. Asi que se vió sola, corrió á una mesita de ébano con embutidos de nacar, sobre la cual se encontraba recado de escribir. Tomó un plieguecito de papel, escribió dos líneas escasas con rapidéz y agitacion; le dobló cuidadosamente dándole exacta forma al billete que le entregó Agar, y volvió á reclinarse en el divan en la misma posicion que momentos antes ocupaba.

La esclava entró de nuevo presentándole á su se-

ñora el búcaro lleno de agua. Fátima bebió con avidéz, y pareció quedar mas tranquila.

—¡Qué agua tan pura! esclamo. ¡Si todos los que están sedientos pudiesen beber del agua de esta fuente!

—A mi señora le probaria mejor beberla en la misma fuente y pasearse despues entre las flores bajo las altas bóvedas del verde laurel.

—Probaré, Agar. Tú me acompañarás al jardin. Pero antes toma, llévale á Aliatar ese papel que no es para mí, ni yo puedo entender de las cosas de la guerra.

—Perdónale, señora; ¡como está malo...!

—¡Oh! sí. Pero despacha, llévale ese papel.

Agar salió de la estancia de Fátima y volvió á presentarse en el cuarto de Aliatar. El eunuco, así que oyó á la esclava, murmuró penosamente con ronca voz como ahogada por la calentura.

—Mahamud, Mahamud, me le dió. Entregáselo tú.

Un negro se presentó como si esperase estas palabras de Aliatar. Tomó el papel de manos de la esclava, y salió. Agar volvió al lado de su señora.

Fátima, acompañada de Agar, salió al jardin, pareció reanimarse con el puro ambiente de la tarde, y poco despues de la puesta del sol se retiró á su aposento, llevando entre sus diminutas manos un ramo de flores sobrecargado de rosas blancas.

Agar llenó de agua un búcaro de la India para que las flores no se ajasen, y le colocó sobre la repisa del agimez, en tanto que Fátima pulsaba la guzla, sacando de sus cuerdas melancólicos sonidos.

Así trascurrieron largas horas.

La poblacion de Jativa se habia entregado al reposo. En la Aljama no parecian velar mas que los cuerpos de guardia encargados de la custodia del palacio. El silencio reinaba por doquier interrumpido tan solo por la voz de los centinelas.

Fátima, recostada aun en su divan con los ojos cerrados y con cierto abandono como el que se entrega al descanso, parecia dormir, aunque su imaginacion

vagaba por las regiones de la fantasía, y su corazón palpitaba con violencia.

Agar, sentada á sus pies, empezó por cerrar los párpados al arrullo de la guzla de su señora, pero el instrumento se habia escapado de manos de la hermosa artista, y la esclava no se apercibió de ello porque estaba completamente dormida.

Una luz opaca impregnada de perfumes, esparcía sus ténues rayos por el encantador aposento.

El tapiz de brocado que cubria la puerta de entrada, se levantó, y un hombre se presentó en la estancia.

—¡Cómo! exclamó con enojo viendo á Agar abandonada en brazos de Morfeo. ¿Es así como las esclavas velan el sueño de su señora? Y dió con el pié á la pobre esclava que abrió los ojos y se encontró en presencia de Abul-Hussein.

—Perdóname, poderoso señor; mi señora pulsaba la guzla, y eran tan dulces sus sonidos, que á mi pesar me dormí.

—Retírate ya.

Mucho has tardado, padre mio. Dijo Fátima incorporándose y recogiendo los pliegues de su vestido para que el Emir tomase asiento junto á ella.

¿Y tu hermano, duermes?

—Há, rato, señor, que respira el sueño de la inocencia.

—¡Pobre niño huérfano de las caricias maternas!

—¿No le amo yo como pudiera amarle mi madre?

—Ya sé, Fátima, que le tratas con cariño, con esa ternura de que es tan rica tu alma.

—Dí mas bien, que le adoro; y de mi gran afecto nace el esmero con que le trato.

—Cuidale, Fátima, cuidale mucho; cultiva sus buenos sentimientos, para que un dia sea tu amparo, y el escudo de tu honor, y el báculo de tu vida.

—¡Con qué tono me hablas, padre mio! ¿No eres tú nuestro protector? ¿No eres ídolo de nuestro corazón, y adoracion de nuestra alma? ¿No eres jóven, rico y poderoso? ¿Qué nuevo pesar anubla tu frente ó amarga

los sentimientos de tu corazón? ¿Se presenta negro y nebuloso el horizonte de la guerra? ¿Se eclipsa por completo la estrella de nuestra raza?

—Hoy nada nuevo sucede aun, pero mañana...

—¡Ah! ¡Te espanta el porvenir! Eres prudente, y te aconsejo por lo mismo que en vez de temblar por el día de mañana, te traslades á él saliéndole al encuentro con sagaz prevision.

—¡Cómo!

—Escúchame. ¿Tienes poder bastante para obrar á tu alvedrío en el gobierno de la ciudad?

—Mi poder es omnímodo, pero la prudencia y la justicia que debo á mi pueblo, me aconsejan que comparta mi poder con los ancianos de la Aljama, los cuales ilustran mi entendimiento con las luces de su experiencia y de su sabiduría.

—¿De manera, que si en esta lucha salieses vencedor?

—La Aljama me ayudaría á subir, proclamándome califa.

—Lo cual es seductor para un Emir joven, valiente y hermoso como tú. ¿Y si fueres vencido?

—Nuestra ruina es segura.

—¿Qué sucedería?

—Los cristianos se apoderarían de la ciudad, de nuestros palacios, castillos y mezquitas: de nuestras casas, nuestros muebles, nuestras haciendas y nuestros tesoros.

—¿Y nosotros?

—Viviríamos en la esclavitud ó tendríamos que emigrar á Africa, sin otros bienes que los vestidos puestos.

—¿Y en Africa, qué podría acontecernos.

—Seríamos despojados de la miserable riqueza que nos encontrasen, y tendríamos que arrastrar la existencia de los mendigos ó de los esclavos.

—¡La esclavitud! ¡Siempre la esclavitud!

—Tal es el destino reservado á nuestra raza.

—Poco halagüeño en verdad.

—Así se anubla mi frente y decae el ánimo en el corazón al pensar en el porvenir que el destino prepara á los hijos de mi alma.

—Vamos por partes. ¿Crees tú, que el rey de Aragón levantará el asedio sin combatir?

—Ese es todo mi cuidado, pero lo dudo. Es ambicioso, es falaz, es valiente y afortunado.

—¿Y no podrias resistirle con todas las fuerzas de tu pueblo?

—Y vencerle y aniquilarle.

—¡De veras!

—Si, pero no espero nada, mas que de los valientes que me rodean. Nuestro pueblo está gastado y envilecido. Hoy, al revés de otros tiempos, vale un caballero cristiano por un ejército de moros. Y no es que su valor supere al nuestro; es que los cristianos tienen disciplina, unidad, fé y corazón. Cualidades que hemos perdido nosotros. Si Játiva se empeña en la lucha, los pueblos mas inmediatos á la ciudad permanecerán en la inacción. Si Játiva se rinde, los castillos mas fuertes y mejor situados y abastecidos se rendirán tambien sin defenderse. Si resistimos aquí y los cristianos atacan nuestras villas y castillos, se entregarán parcialmente sin combatir llevando la alarma, la desanimación y el abatimiento á nuestras murallas, á nuestros soldados y á los habitantes de la ciudad. A este cuadro hay que añadir otro enemigo mayor. Las discordias intestinas, las ambiciones ruines, las guerras de pueblo á pueblo, de lugar á lugar y de hombre á hombre que han aniquilado y derruido los cimientos de nuestro edificio político, de nuestro imperio musulman. Tal es el estado de nuestro pueblo y el envilecimiento de nuestra raza.

—¿No podrias encontrar una alianza poderosa que reanimase el abatido espíritu de tu pueblo?

—Acaba de salir la embajada que con este objeto envió al rey D. Fernando y al príncipe D. Alfonso de Castilla.

—Ya sé que eres tan valiente como político.

—Tambien he despachado emisarios al reino de Granada, feudatario de Castilla.

—¿El rey de Granada, es vasallo de Castilla?

—Sí: único medio que el sábio Mahomed Alhamar, ha sabido encontrar para conservar su corona, en tanto que se hace fuerte y poderoso.

—¿No podrias imitarle?

—Estoy resuelto á hacer lo mismo si las circunstancias me obligan, pues tal ha sido el acuerdo de los ancianos de la Aljama.

—Y siendo vasallo de D. Jaime, ¿conservarias tu soberanía sobre la ciudad?

—Así como los grandes de Castilla y los ricos homes de Aragon, son señores de sus castillos y de sus estados y vasallos del rey.

—¿Y qué harias si el rey no roconociese tu soberanía sobre la ciudad?

—Defenderme hasta el último trance y perecer bajo las ruinas de mi pueblo.

—Eso es muy heróico, pero harto imprudente para un padre amado, que dejaba en la orfandad y en la esclavitud á sus hijos queridos.

—Ese es precisamente el hondo pesar que roe mi corazon. ¿Pero qué hacer, ni qué otro recurso me queda?

—Aprovecharte hasta de las mas remotas probabilidades de salvacion.

—Esplicate.

—Decias que debes defenderte mientras puedas. Pero tu puedes preveer y adivinar cuál es el último límite de la defensa.

—Sin duda.

—Pues antes de llegar al último límite, antes que la resistencia sea desesperada, propones al rey En Jaime el cambio de la ciudad por los castillos que mas te agraden, y en vez de perecer ó de espatriarte, te retiras á tus estados como un grande de Aragon, en cuyo número y prosapia pueden contarte.

—¿Qué me propones, Fátima? Eso es indigno de mí.

—Al contrario; eso es lo que debes hacer en el último extremo, porque aseguras así el porvenir y el honor de tus hijos.

Abul Hussein guardó silencio como si luchase su dignidad de Emir con el cariño de aquellos hijos á quienes amaba con mas ternura que ningun padre musulman. Fátima le sacó de su abstraccion.

—No medites, dijo; resuélvete.

—Aun así, mi posicion seria insostenible.

—Pues, ¡cómo!

—La diferencia de religion me obligaria á sostener una pugna constante con los caballeros cristianos.

—Despues de pesar tantos y tan graves inconvenientes, paréceme ese el menor.

—No lo creas.

—Estoy segura de ello, porque nada mas fácil que cubrir las apariencias bajo la forma que mas te conviniera.

—¡Convirtiéndome al cristianismo!

—Aunque tu corazon adorase al Dios de los creyentes.

—Basta, Fátima. No puedo consentir que así menosprecies la religion del Profeta, ni el honor de tu padre.

—Ni mi padre consentirá que su hija perezca en la esclavitud, ni su amado Mahomed arrastre las cadenas de la humillacion, de la miseria y de la servidumbre.

—¡Oh! ¡no! Os mataré antes de veros sucumbir.

—¡Basta, pues! Si tienes valor para hundir la hoja de tu puñal en el pecho de tu hijo y en el corazon de tu Fátima, nada más tengo que observar ni aconsejarte. Pero no olvides en el momento supremo la promesa que aquí haces, no sea que por salvar tu honor amargues tus dias y nuestra existencia arrojando á tu hijo en brazos de la esclavitud, y á tu hija en el lupanar de los cristianos.

El Emir soltó un rugido de espanto y de terror ante el sombrío cuadro que se agolpó á su mente por

las últimas palabras de su hija. Un sudor frío bañó su frente, y el miedo halló entrada en su valiente y generoso corazón.

—No temas, exclamó al fin todavía embargado por la emoción. Yo aseguraré tu suerte y la de tu hermano. Si mi destino me reserva amargos días de prueba, entre mi pueblo y mis hijos sacrificaré á mi pueblo por salvar á mis hijos. Mi corazón de padre es superior al de héroe: no tengo suficientes dotes de grandeza para obrar de otro modo. Tranquilízate, pues, hija mía; ningún cristiano será dueño de tu belleza.

—¡Oh! No es eso lo que me preocupa.

—¡Cómo!

—No me importaría ser gran señora cristiana. Lo que sí me aterra es ser esclava musulmana.

—¡Qué dices, Fátima, que estoy admirado de oírte!

—Ya lo sabes: entre ser esposa de un noble cristiano y ser esclava de otra suerte no debo dudar en la elección.

—¿Hablas en hipótesis, ó con marcada intención?

Fátima soltó una risa con toda la gracia infantil de que podía disponer cuando quería desenojar á su padre.

—¡Me has puesto ceño de emir, noble Hussein! Hablamos de las probabilidades que con el tiempo pueden ocurrir. Ni tu eres califa, ni estás aun destronado, ni estamos en la esclavitud, ni eres vasallo de nadie. Eres, por el contrario, rey de Játiva, Emir de los creyentes y padre de tu Fátima, que te ama, que te adora, que rebosa de felicidad teniéndote á su lado, que gusta discutir contigo las cosas reservadas á los hombres encanecidos en el saber y en la experiencia y vedadas de todo punto á las chiquillas traviesas y parlanchinas como yo. Pero, en cambio, esos hombres de respetabilidad, de sabiduría y de experiencia no te aman como yo ni te dan un beso con la alegría, con el cariño, con la satisfacción y con la dulzura que te lo dá tu hija Fátima.

Y asida al cuello de Hussein, que estaba ya de

pié, besaba sus mejillas y acariciaba su cabeza con toda la ternura filial de que era capaz su corazón.

—Llama á tu esclava para que te acueste, y buenas noches, hija mia.

—No la necesito, sé servirme sola. Cierra la puerta al salir y dá vuelta á la llave.

Hussein besó la frente de su hija y salió cerrando la puerta tras de sí.

Fátima aplicó el oído á la puerta, hasta que se perdió el ruido de las pisadas de Hussein. Abrió despues un armario empotrado en la pared, tiró de un cajoncillo que parecia oculto por un secreto y sacó una cajita como de dos pulgadas de longitud, labrada de madera finisima con embutidos de oro. Era, indudablemente un joyero. La abrió, y de su fondo sacó un papel cuidadosamente doblado que contenia una rosa blanca conservada allí como un recuerdo de amor.

Habia perdido su fragancia y el delicado matiz de sus hojas; pero conservaba el perfume y la forma primitiva aunque disecada como si fuese de pergamino, prensada como entre las hojas de un libro.

Fátima la examinó con detencion, y con apasionada ternura, la llevó á sus labios repetidas veces y depositó en ella besos que parecian salir del alma como los suspiros del primer amor.

La envolvió de nuevo en el mismo papel, pero añadiendo una doble envoltura con el billete que recibió de manos de Agar: y así envuelta con la pulcritud de unas manos alabastrinas y de un corazón enamorado, la rosa seca fué depositada en otro lugar no menos seguro que la urna de oro donde hasta entonces permaneciera.

Se aproximó despues á la repisa de la ventana donde estaba el búcaro lleno de frescas y olorosas flores, eligió una rosa blanca doble, la mas lozana del ramo, y la depositó en el joyero donde se encerraba la primera. Joyero y rosa fueron á parar al casto seno de la hermosa que murmuró.

—¡Aquella para mí, esta para él!

Fátima cogió una linterna y la encendió. Se envolvió en un largo albornoz, y con la linterna en la mano se dirigió á su dormitorio; pero en vez de meterse en su lecho, levantó uno de los tapices que cubrían las paredes, buscó un punto imperceptible que oprimió con sus dedos y se abrió una puerta. Titubeó un momento como si se le oprimiera el corazón, pero irguió la cabeza, cerró la puerta tras sí, y descendió por una escalera húmeda y estrecha. Un instante después penetraba por una larga galería que despedía cierto olor de humedad, nada grato á los delicados sentidos de una sultana; pero Fátima siguió adelante con paso firme y sereno por la oscuridad del subterráneo.

—Qué sábio debió de ser el alarife que construyó esta galería, murmuró para sí. Después continuó.

—Mas previsora fué mi madre cuando me enseñó este camino del que solo yo poseo el secreto.

## CAPITULO VII.

### La Torre del Sol.

No lejos del palacio de la Aljama, y siguiendo una línea paralela á la colina del castillo menor, en dirección á la Peñarocha (1), pero inclinándose al Sudoeste, levantábase una torre de antiquísima fundación, que debió ser una fortaleza protectora de alguna de las puertas de la antigua ciudad. No tenía entrada por ninguna de sus paredes; una escalera derruida de la que solo quedaba un débil vestigio, indicaba que la subida era exterior, pero por su es-

---

(1) Montaña Roja.

tado de ruina no podia llegarse á la plaza de armas, si este nombre podia darse á su estrecha plataforma.

Un agujero, especie de tragaluz, que la dominacion árabe trató de convertir en agimez colocado á cierta altura, demostraba evidentemente, que la torre estaba hueca y debia tener alguna comunicacion desconocida; lo cual era muy propio de aquellos pueblos que la necesidad de defenderse les aficionó á las comunicaciones subterráneas, hasta el punto de minar las ciudades abriendo caminos de larga estension imposibles hoy de recorrer, por la falta de aire atmosférico que impide la respiracion en aquellas profundidades.

Nadie sin embargo, fijó su atencion en esta particularidad, pues creíase que era una ruina solitaria, abandonada hacia siglos, y convertida en nido de buhos y otras aves nocturnas.

Murmurábase no obstante, que algunas noches despedia aquella claraboya rayos luminosos, y voces siniestras que daban espanto y miedo en el corazon. Algunas viejas aseguraban que allí permanecia una princesa encantada, cuyos ayes lastimeros se oian á larga distancia como pidiendo auxilio de algun valeroso doncel que rompiése sus cadenas y la libertase de su largo cautiverio.

Historias muy comunes en aquellos tiempos de supersticion que los moros legaron á nuestro pueblo, trasmitiéndose de siglo en siglo como las baladas y las fantásticas leyendas de los alemanes.

Aquella antigua fortaleza era la Torre del Sol.

Nombre que lo mismo podia descender de los celtas que de los árabes.

Era cerca de media noche, y no parecia que ser viviente pudiese acercarse á aquellas horas por las inmediaciones de la Torre del Sol. Pero habia sin embargo, dos hombres que permanecian al pié de aquellas ruinas, ora sentados sobre las peñas, ora dando vueltas en torno de la torre sin alejarse mas allá de algunos pasos de los viejos muros.

No obstante su ancho alquicel que les cubría á la usanza mora, parecían por su andar resuelto y firmes pisadas, cristianos disfrazados en acecho de alguna peligrosa aventura que les hacia rondar por aquellos sitios de supersticion. Hablaban en voz baja, pero podían distinguirse claramente las modulaciones de la elegante y espresiva lengua lemosina importada de la Provenza, que era la lengua del rey D. Jaime, y de sus reinos de Aragon. Parecia, pues, indudable que eran aragoneses, y osados hasta el extremo, arrostrando los peligros de introducirse en una plaza enemiga y en estado de guerra, bajo un mal disfraz que les delataba de lejos, á mas de su tipo de raza goda que no podia confundirse aun en la oscuridad de la noche, con la raza oriental.

A la luz de la luna podia distinguirse la figura atlética y arrogante de uno de ellos con el color sonrosado de sus mejillas, su escasa y dorada barba, sus ojos grandes y azules y sus blondos cabellos mal ocultos bajo el blanco alquicel sujeto á su cabeza. No se necesitaba recurrir á sus finos modales, á su aire de distincion, á lo esmerado de su traje ni al brillo de sus armas para adivinar que era un caballero de noble estirpe y de rancia nobleza.

Representaba veintidos ó veinticuatro años de edad, y parecia un valiente de aquellos que inmortalizaron por sus altos hechos, el glorioso reinado de D. Jaime el Conquistador.

El que le acompañaba era su escudero.

En García Romeu, que este era el nombre del caballero, parecia impacientarse.

—¿No habrán querido burlar vuestro buen deseo, Monseñor? Se atrevió á aventurar el escudero abriendo los ojos medio cerrados ya por el sueño.

—¡Pardiez! que si tal pensara, habia de dejar un recuerdo de eterna memoria entre esta gente de Játiva. Pero no lo creo, Nuño: el corazon de los enamorados no se engaña jamás en materias de amor.

—¿Segun eso, estais enamorado de veras, Monseñor?

—Pues, qué, ¿lo dudabas por ventura?

—Debo dudarlo para no calificaros de calavera.

—Supongo que no encontrarás oportuna la hora ni el sitio donde estamos para llenarme la cabeza con tus enfadosas homilias. ¿No es así, buen Nuño?

—En García Romeu el Bueno, vuestro nobilísimo padre, mi señor, me encargó que os corrigiese vuestras faltas y os amonestase....

—Como un padre predicador, ¿no es cierto? Pues á mala hora llegas, porque he de seguir adelante en mi empresa, y es ya tarde para sermones ni pláticas de moral. Y te advierto que en adelante cuidarás tu de mi tienda y me haré acompañar de mi fiel Francés que es callado como un mudo, y valiente como un almugavar.

—Eso no hareis vos, hijo mio, sin arrancarme antes la vida que os debo. Vuestro padre me encargó que no os abandonara jamás, así en la paz como en la guerra, y he de llevaros á Aragon cubierto de gloria y de bienes, ó he de morir con vos; que tal es mi deber y tal es mi condicion.

—Bueno, no hablemos mas del asunto. Pero no olvides que te sucede lo que á los gatos: cuanto mas viejo, mas gruñon.

—Porque no veo fundamento que abone vuestra empresa.

—Dí mas bien que nada entiendes de los secretos de amor. ¿Ignoras las fatigas que he pasado, los medios á que he recurrido para hacer llegar á sus manos la espresion de mi amor?

—Ya sé que habeis escrito una carta que habeis llenado de garabatos para decir mil tonterias.

—No escribí mas que dos palabras. «Os amo, os adoro y deseo hablaros.»

—¿Nada más?

—¿Qué otra cosa podía añadir?

—¿Y teneis seguridad que esa carta ha llegado á su destino?

—Si, pues que he recibido contestacion.

—¿Tan lacónica como vuestro escrito?

—Dice simplemente estas palabras: «Esta noche, en la Torre del Sol.»

—¿Y creis, En García, que hay mujer recatada con osadía suficiente para escurrirse á estas horas por tales sitios?

—Lo he pensado antes que tú, pero he venido á deducir, que si llega á presentarse será por la parte interior de la Torre y no por fuera como crees.

—¡Pero no veis que esa torre no tiene entrada ni salida ni debe tener hueco en su interior?

—Así se cree, y no debe ser así. ¿Para qué si no ese agimez?

—Ilusiones de enamorado. Ese es un tragalúz que se proyectó sabe Dios para qué, y quedó sin terminar. Y suponiendo que fuese un hueco, ¿dónde comunica? ¿O creéis por ventura que vuestra hermosa es la princesa encantada de ese castillo?

—Todo pudiera ser, Nuño.

—Pues si por esa torre se os presenta alguna vision agradable, no pondré en duda que habreis deshecho algun gran encantamiento y por mi parte he de ayudaros en lo que pueda para que alcanceis la mano de la princesa, que como tal, labrará de fijo vuestra ventura.

—Pues reclamo la promesa que acabas de hacer.

—Teneis mi palabra.

—Dame tu cuchillo.

—¿Vais á batallar ya con los gigantes?

—Quiero vencer el primer obstáculo que encuentre.

—¡Cómo!... ¿Acuchillais el muro?

—Quiero introducir esta hoja en la pared para que me sirva de peldaño.

¡Ya! Y mas arriba hareis lo mismo con vuestra daga y asi llegareis á la columnita de esa ventana. Comprendido; mirareis adentro, no vereis nada, os baja-

reis desesperanzado y regresaremos al real. Perfectamente, Monseñor, sois mas cuerdo de lo que manifestais.

El caballero apoyándose en el cuchillo clavado en una grieta del muro, clavó igualmente su daga á la altura de su brazo y trepó hasta la ventana.

—¿Descubris algo, Monseñor?

—Todo está oscuro como boca de lobo.

—Ya lo sabia yo.

—Pero no sabes que esta torre tiene comunicacion.

—Es decir, lo suponeis vos.

—Lo adivino por el aire frio que me azota el rostro. Dame una piedra.

—¿Para dejarla caer en ese pozo? Tomad y aplicad el oído á ver si suena á agua.

—Ya está. ¿Has oído?

—Nada. ¿Y vos?

—Tampoco. O la piedra se ha quedado aquí mismo ó es un pozo sin fondo. Dame otra piedra.

—Tomad, y prestad mucha atencion.

—¡Allá vá!

—¿Y bien?

—La piedra no pasa de aquí.

—Bien decia yo. Es una torre maciza.

—El aire indica lo contrario.

—Recoged vuestra daga y bajaos. Monseñor, distinguiendo una ronda.

El caballero descendió. La ronda pasaba á cierta distancia y señor y escudero trataron de ocultarse tras los ángulos de la torre hasta que la ronda hubo pasado perdiéndose en la oscuridad de la noche.

—¿Os habeis convencido, Monseñor, de la temeridad é ilusion de vuestra empresa?

—No por cierto; antes confio cada vez mas en el buen resultado de ella.

—Haceis mal, porque el sueño me rinde y conveniria alejarnos de aquí.

—Pues duerme con tranquilidad si así te place, que yo te despertaré cuando debamos marcharnos.

—Eso no haré por quien soy; he de velar por vos, y velaré aunque me salte los ojos á puñetazos. Pero podíamos irnos, Monseñor, y para distraer vuestro desengaño os referiré por el camino un cuento que he aprendido hoy.

—Pues cuéntalo aquí mismo, y así vencerás el sueño que te rinde.

—¡Maldito testarudo! murmuró entre dientes el soñoliento escudero.

—¡Qué dices!

—Digo, Monseñor.... que no digo nada.

—¿Ya sueñas?

—Aun no.

—¿Pero y el cuento?

—¡Ah, sí!

—Empieza, pues.

—Lo he oído como cuento, pero ahora entiendo que es una profecía.

—¡Calla! ¿Te sientes poseído del sacro fuego de la inspiración?

—Yo no haré más que transmitir la leyenda según cuenta la tradición.

—Siendo así, me harás convenir en que el cuento debe tener cierto carácter de historia.

—Y de historia verdadera á lo que infiero.

—Puedes empezar, Nuño, y celebraré que no la termines, porque si se presenta la dama á quien espero, esa ilusión de mis amores, la incógnita, en fin, de la Torre del Sol, te dejo con la boca abierta á la mitad de tu cuento.

—Erase un rey....

—¡Ah! ¡Se trata de reyes!

—Tan prudente y justiciero en la paz, como valiente y afortunado en la guerra.

—Si era afortunado nada le faltaba ya para ser dichoso.

—Tenía una hija cuya extraordinaria hermosura escedía á toda ponderación.

—Es claro, que siendo princesa y heroína de cuento no habia de tener una belleza vulgar.

—No habiendo en la tierra nada comparable á su hermosura, dieron en decir que no era hija de mortales, sinó de los dioses, pues obra del cielo parecia antes que fruto de bendicion. Así la llamaron Astro Celeste, supouiendo que habia sido engendrada por el sol.

—Suposicion que no favorecía mucho á la reina.

—Al contrario: las alabanzas que prodigaban á la princesa no honraban menos á sus padres orgullosos y con razon de poseer una hija tan hermosa. La fama de su belleza se estendió por todo el mundo y solicitaron su mano los príncipes mas poderosos que acudian de lejanas tierras. El rey otorgó á su hija el derecho de eleccion, pero Astro Celeste, era antojadiza como lo es siempre la hermosura y no le agradó ninguno de los príncipes que la solicitaban. El rey se hacia viejo, y no teniendo mas herederos que á su hija, quiso obligarla á que se decidiese por uno de sus pretendientes, pues no podia dejar el reino sin sucesor.

La princesa contestó que no agradándole ninguno, daria su mano, no obstante, al mas digno de todos.

—¿Y cómo conoceremos al merecedor de tu mano? Observó el rey.

—Aquel que lleve á cabo empresas mas grandes, aquel será mi esposo.

El rey espuso entonces los merecimientos de cada uno de los príncipes sus pretendientes, pero ninguno de ellos satisfizo á la princesa.

—Si hay uno entre los que solicitan mi mano, dijo Astro Celeste, capaz de vencer á todos los demás, suyo será mi corazon.

Y tuvo lugar un torneo en el que rompieron lanzas los amantes de la princesa, hasta que uno pudiese llamarse vencedor de todos.

Cuando el palenque estaba para terminar, se presentó un extranjero que causó la risa y la admiracion, á pesar de su brillante armadura y de su lucido acom-

pañamiento. Pero supo vencer á todos los campeones de la lid y el pueblo y la córte, los heraldos y los caballeros le aclamaron vencedor. Al presentarse á los pies de Astro Celeste á reclamar el laurel de la victoria, la princesa apartó los ojos con repugnancia y terror, porque el príncipe extranjero era jorobado y contrahecho.

Sin embargo, ciñó á sus sienes la corona de laurel entretejida de flores de oro, pero le exigió nuevos méritos y nuevas proezas antes de entregarle su corazón.

—Para que mi hermosura no se marchite con el rigor de los años, para que mi juventud no desaparezca jamás, para que los encantos de mi belleza y las gracias de mi juventud presenten mayores atractivos cada día á vuestro amor, renovándose cada año, exijo de vuestro esforzado valor, oh príncipe, una garrafa llena de agua de la cisterna de la vida.

Con esta condicion será vuestra esposa ó de aquel que me presente el agua de la inmortalidad.

Y los príncipes que salvaron su vida en el torneo salieron en busca de aquella agua milagrosa encerrada en el fondo de una caverna, cuya entrada era la boca de un pozo de una profundidad sin límites, de paredes resbaladizas como los jarrones del Japon, y sembrado de peligros como la entrada del averno.

Al fin de la caverna hallábase un dragon de siete cabezas que solo era vulnerable por los ojos, y menester era vencerle catorce veces para arrancarle las siete vidas de sus cabezas. Muerto el mónstruo habia que luchar con un gigante de hercúleas fuerzas, el cual hacia saltar una montaña con el golpe de su maza, y daba la muerte á un elefante con solo oprimirle entre sus dedos.

Los príncipes mas osados encontraron la muerte en las profundidades de aquel pozo sin fin, los demás se retiraron renunciando á su empresa y á la hermosura de Astro Celeste. Pero el príncipe jorobado descendió, luchó con el mónstruo y le arrancó sus siete

vidas; midió su esfuerzo con el gigante y le venció también: bajó á la cisterna y llenó la garrafa de aquella agua portentosa que daba la inmortalidad al que consiguiese beberla.

La hermosa princesa así que recibió aquel maravilloso presente, bebió con avidez hasta apurar la última gota, y se miró en un espejo de acero bruñido y encontró mas brillante el astro de su hermosura, con nuevas gracias los atractivos de su juventud y con mas vigor los encantos de su vida. Sintió en su sér el gérmen de la inmortalidad; y en vez de la gratitud que al príncipe debía, le demostró su orgullo y su soberbia porque le repugnaba su joroba.

—Exijo una última prueba, príncipe, de vuestro ingenio y de vuestro valor.

—Hablad, hermosa princesa, que dispuesto estoy á obedeceros para mostrarme digno de vos.

—Quiero ser princesa del Sol, ya que he sido engendrada por su rayo vivificador; id, conquistadme aquel reino y yo seré vuestra esposa y vos sereis rey del Sol.

Confuso y pensativo quedó el príncipe, y no imaginando cómo salir de su empresa, consultó con los otros príncipes que esperaban aun el desenlace de tantas y tan estupendas exigencias como á la caprichosa Astro Celeste se le antojaban.

Todos soltaron la risa al oír el nuevo capricho de la antojadiza señora, y desde aquel dia dejaron de llamarla por su nombre para motejarla con el ridículo apodo de Princesa del Sol.

El jorobado reclamó del rey el cumplimiento de sus promesas, pues era acreedor por sus merecimientos á la mano de su hija. Pero un dia apareció muerto el desdichado príncipe, asesinado por una mano alemana guiada quizá por la envidia, por los celos ó por la traicion.

Los amantes de la hermosa renovaron sus pretensiones, y la Princesa del Sol se obstinó en ser reina del astro brillante de la luz.

Viendo que nada alcanzaban por medio de sus galanterías, recurrieron á la fuerza, y los mas osados y poderosos levantaron ejércitos y atribularon el reino con los rigores de la guerra, de la matanza y de las crueldades.

La Princesa del Sol supo alhagar á otros príncipes que se declararon sus defensores en lós campos de batalla.

Y acudieron á la pelea numerosas y aguerridas huestes, y se mataron los hombres sin tener compasion unos de otros, talaron los bosques, devastaron campiñas, derrotaron comarcas, y el incendio de las ciudades eclipsó la luz, tembló la tierra bajo el peso de los combatientes, y se vició el aire con los miasmas corrompidos de los cadáveres insepultos, y no se oia mas que el estruendo de las armas, los ayes de los moribundos, el llanto de los huérfanos y la risa satánica de los vencedores con los lamentos y la maldicion de los vencidos.

Y resonó el ahullido de las fieras, y los graznidos de los buitres, de los cuervos y de las aves inmundas que revoloteaban gozosas en torno del sacrilego fertin.

Causa de tantos males fueron los antojos de la Princesa del Sol, que siempre la hermosura ocasionó mas desdichas á la humanidad que todos los vicios de los hombres.

Cansado al fin el reino de tantos males, y apesadumbrado el rey de las desgracias que ocasionara la hermosura de su hija, llamó á los sábios y á los astrólogos de su córte para que consultasen los misterios del porvenir y le aconsejasen lo que hacer debia para restablecer la paz y la ventura de sus vasallos.

Los sábios, despues de consultar el horóscopo de la princesa, dijeron al rey que su hija era realmente un astro luminoso que llenaria el mundo con sus vivos resplandores y derramaria la paz y la bienandanza por todos los ámbitos de la tierra, el dia que un hombre bastante esforzado y venturoso para hacerse amar de

la princesa, pudiese derrumbar una torre donde quedaria encerrada con el amor de su corazon. El rey asistió al consejo de los sábios y mandó edificar una fortaleza donde fué encerrada su hija, é hizo saber á todos los príncipes, barones y caballeros ilustres, que la princesa habia sido encantada por los conjuros de sus sábios, que la fortaleza donde estaba encerrada no tenia puertas, ni subterráneos ni mas comunicacion que un tragalúz abierto á respetable altura, para dar entrada al aire en los pulmones de la princesa y salida al acento de sus ayes y á los gemidos de sus lamentos.

Y los príncipes suspendieron la guerra, los combatientes tiraron las armas, y lució el iris de paz, el calor del sol secó la sangre que empapaba la tierra, se repoblaron las ciudades, se reedificaron las aldeas, y brotó la yerba en los campos abrasados y yermos por la destruccion, los pueblos respiraron libres del peso, de la guerra y cesó por fin el estrago, el incendio y la matanza.

Y los varones mas esforzados vinieron á la torre encantada á libertar á la Princesa del Sol, mas ninguno halló medio de penetrar en ella ni de romper sus fuertes muros que eran sólidos y macizos como obra de encantamiento.

Y pasaron generaciones y trascurrieron siglos y edades; y la princesa continúa en su encantado cautiverio, siempre hermosa, siempre jóven, siempre resplandeciente como el astro de la luz, siempre triste por su amarga soledad, siempre quejumbrosa porque quiere ser amada; y deja oír los suspiros de su amor y de su tristeza porque ansia su libertad y la ventura de su corazon.

Y la fortaleza donde yace cautiva, tomó el nombre de la hermosa prisionera y se llama la Torre del Sol

Y cuando el encantamiento sea deshecho y vencido, y el gallardo caballero que tal ventura alcance sea esposo y señor de la princesa, brillará en estos reinos el iris de paz, el astro luminoso que derramará la ver-

dadera luz disipando las tinieblas del error y sembrando en el corazón y en la inteligencia de los hombres las semillas de la unidad que ha de engrandecerlos, de la fé que ha de perfeccionarlos y de la virtud que ha de enriquecer las dotes de su alma.

—Este es, Monseñor, el cuento que quería referiros. y la profecía que quise revelaros.

—¿Y dónde has aprendido tan peregrina historia?

—Me mandaste, señor, averiguar este sitio y que tomase lenguas de la Torre del Sol.

—Es verdad.

—Pues he aprendido donde estaba la torre y la leyenda que de ella se cuenta transmitida por las tradiciones.

—Supongo que no crees una palabra de tu maravillosa narración.

—Eso es diferente, Monseñor; no hay leyenda sin fundamento, y lo que acabo de referiros entiendo que es una profecía que debe cumplirse si es verdad que vuestros amores se presentan por ese tragaluz en forma de muger, princesa, jóven y hermosa.

—¿Tal crees? Dijo en García riendo.

—Sí, pero insisto á mi vez en preguntaros si creéis que pueda presentarse por ahí muger alguna si no es por arte de encantamiento. Y si al daros una cita en este sitio no es una broma de algun chusco ó una celada que os prepara la traición.

—Alerta, Nuño; hácia aquí se dirige un hombre.

—Juraré que es de los nuestros aunque disfrazado como nosotros bajo su blanco alquicel.

—Y parece olfatear el rastro de una pieza perdida.

—¡Por Sanfiago! ¡Creo conocerle!

—Yo también.

—¡Veamos, Francés! Gritó el escudero en voz baja.

—¡Nuño! contestó el otro salvando en dos saltos la distancia que mediaba.

—¡Ah, mi fiel Francés! exclamó en García al verle. ¿Cómo has sabido encontrarnos y qué novedad ocurre para venir en mi busca?

—He recorrido, Monseñor, todos los rincones de la ciudad hasta encontraros, para deciros que los caballeros de Aragon os buscan por todas partes para que volvais por los fueros de la nobleza hollados por el rey en el seguro de vuestra tienda.

—¡Qué dices, Francés!

El escudero refirió á su señor el hecho ocurrido en el campamento y como En Bartolomé Esquerdo, arrancado de la tienda de Romeu habia sido sentenciado á muerte por el rey.

En García prorrumpió en exclamaciones de dolor y de coraje, hasta llamar la atencion de una ronda que por allí pasaba y que les dió la voz de ¡alto!

—Huyamos, señor, exclamó Nuño cogiendo á En García por el brazo.

Pero en aquel instante una voz dulce, armoniosa como el acento de un arcángel, hirió el oído y el corazón del caballero que volvió la cabeza al algímez de la torre de donde pareció salir la voz.

—¡En García! ¿Estais ahí, amado mio?

—¡Fátima! contestó el caballero con pasion.

—¡Era verdad! murmuró Nuño á media voz. Es ella, ¡es la Princesa del Sol!

## CAPITULO VIII.

### El Herald.

Antes que En García Romeu, tuviese tiempo de dirijirse á la sultana de sus amores, se vió sorprendido y acorralado por la ronda que le intimó la rendicion.

En aquel tiempo de continuas guerras entre moros y cristianos era muy comun que los caballeros españoles hablasen la lengua árabe, así como entre los moros encontrábanse muchos que hablaban con soltura y buen acento la lengua de los cristianos.

En García Romeu, por su frecuente trato con los moros, hablaba el árabe á la perfeccion y otro tanto sucedia á sus fieles escuderos.

Su primer ímpetu, al verse cogido por la ronda, fué recurrir á la elocuencia de la espada, mas calmándose de pronto como si acariciase una idea salvadora, dejó que se acercaran los moros y se dirigió con noble actitud al que parecia su jefe.

—¿Qué quereis? Preguntó.

—¿Quién sois, y qué haceis aquí? preguntó á su vez el cabo de la ronda.

—Soy un caballero aragonés, y estoy aquí bajo el seguro del emir Abul Hussein.

—¡Un enemigo de nuestro pueblo!

—¡Tambien pudiera ser vuestro amigo!

—Los cristianos no han querido nunca ser nuestros amigos: la ciudad se encuentra en estado de guerra con vosotros y os presentais disfrazado y por sitios sospechosos á altas horas de la noche dentro de los muros de Játiva. Debo tomaros, pues, por un espía y llevaros preso á la presencia del emir.

—Jamás un caballero de mi linaje ha desempeñado oficio tan vil como el que me imputais: si no quereis tomarme por amigo vuestro, por vos queda; pero lo soy del emir y me encuentro en Játiva bajo el seguro de su amistad y de su palabra.

—¿No nos engañas, cristiano?

—Lo juro por mi honor; y el juramento de un Romeu no vale menos que la palabra real.

—¿Romeu habeis dicho? Con efecto, conozco vuestra voz.

—Tampoco me es desconocido vuestro acento.

—Me llamo Hassan, y nos conocemos, En García.

—Lo celebro mucho: amigo mio, porque así me dejareis en paz.

—No puedo acceder á tanto, En García; pues aunque estimo vuestra palabra, he de llevaros á presencia del emir.

—Me hareis en ello un señalado servicio, porque

me servireis de escolta hasta el palacio de la Aljama; pero dentro de una hora ó antes quizá; entre tanto os suplico me dejéis solo hasta terminar un asunto pendiente y de mi sola incumbencia, que necesito llevar á cabo y sin testigos.

—¿Algún lance de honor, En García?

—Va en ello mi honor y mi vida, Hassan.

—¿Y estos hombres?

—Son mis escuderos.

—Me doy por satisfecho, En García: pero he de cumplir mi consigna y no puedo dejaros aquí.

—Pues dad una vuelta y volved por mí, que aquí me encontrareis y juntos iremos á la Aljama y me vereis presentarme al emir.

—Ya sé que algún lazo de amistad os une con Abul Hussein; no dudo que os tenderá los brazos; pero soy soldado, tengo mi consigna y es fuerza que os arranque de aquí.

—Pues ved como ha de ser, porque yo de aquí no he de salir; y pues os doy mi palabra y he jurado por mi honor que iré con vos á la Aljama, y no os basta la fé de un caballero que invoca el seguro del emir de Játiva, calle la lengua y hable la espada, que yo sabré defender mi derecho ya que me obligais á reñir.

Y dando un salto atrás sacó la espada, hizo un molinete en el aire y se preparó al ataque ayudado por sus escuderos puestos ya á la defensiva esperando solo un ademán de su señor.

—Una palabra aun, En García. Decidme qué haceis aquí, y os dejo.

—Os he dicho lo bastante para que no me importuneis con preguntas indiscretas: y pues no lo habeis de adivinar ni yo os lo he de decir, podeis marcharos ó defenderos, que vivo ó muerto me quedo aquí.

—¡Terco como buen aragonés! Os dejo, En García, porque adivino el asunto que aquí os trae y respeto vuestro pasión, que, aunque pueril, de esforzados caballeros es arriesgar los peligros verdaderos ó ima-

ginarios hasta cerciorarse de los hechos como el que venis á buscar.

—¡Qué quereis decir!

—Tratais de averiguar lo que de cierto haya en el supuesto encantamiento de una princesa cautiva en la Torre del Sol. Es cerca de media noche y es la hora que esperais para oir los lamentos de la hermosa encantada que snspira en estos sitios entre cadenas de amor. No creais nada, En García, cuentos son de viejas y gente desocupada; mas respeto vuestra intencion y os dejo que os desengañeis por vos mismo. Dentro de una hora volveré y no olvideis vuestra palabra; sois mi prisionero hasta el palacio de la Aljama.

—Descuidad, Hassan, que aquí me encontrareis.

Alejóse la ronda pausadamente en tanto que el caballero daba á todos los diablos el tiempo perdido con la duda cruel que le atormentaba de si se habria retirado su princesa cansada de esperar ó asustada por las voces de la presencia de la ronda.

Dirijióse. pues, á la torre y llamó en voz baja.

—¡Fátima!

No obtuvo contestacion.

Clavó de nuevo en el muro el cuchillo de su escudero; hizo lo mismo con su daga y subió hasta el tragaluz.

—¡Fátima! repitió el caballero con toda la ternura de su pasion.

—¿Estais ahí, En García?

—¡Donde podia estar sino aquí, esperando oir el acento de vuestra voz!

—¿Y esos hombres que trataban de prenderos?

—Se fueron ya. ¿Podia dejarme prender en el momento de veros, en el momento de hablaros, en el instante en que un cielo de ventura, de felicidad y de amor inundaba mi alma dando nueva vida á los latidos de mi corazon? ¡Ah! ¡Fátima! Tras largo tiempo de amaros en silencio, de sentir por vos una pasion grande, loca, sublime, necesito deciros cuánto os amo,

cuánto he sufrido lejos de aquí, ¡cuán feliz me consideraba al pensar que iba á acercarme hasta vos!

—¡En García! ¡Si pudierais verme en este instante! Debo estar pálida como la muerte. Creí que esos hombres os prendian: creí que me habian descubierto y he caido casi desmayada por el susto y el temor. Soy muy loca, muy loca en haberme dejado arrastrar por mi insensata pasion.

—¡Es decir, que me amais! ¡Que sentís en vuestra alma pura el sacro fuego del amor! ¡Oh! ¡Qué feliz me haceis, Fátima! ¡Qué agradable es así la vida, y qué grande me siento á vuestro lado y cual se dilata mi corazon!

Romeu sentía desvanecerse y resbalar á cada instante, porque la hoja del cuchillo parecia temblar bajo el peso de sus pies: y para no caerse se arrancó el alquicel, lo arrolló lo mejor que pudo, lo pasó por la columnita del agimez, unió los extremos por medio de un fuerte nudo, improvisando así un cómodo y seguro asiento capaz de resistirle bravamente por su blandura y solidez.

—¿Qué haceis, En García? ¿No os vais aun? Yo debo retirarme ya.

—¡Fatima! ¿Hablais de retiraros cuando apenas tengo la dicha de oiros, cuando no he distinguido aun el contorno de vuestra cabeza de ángel, la armonía de vuestro acento, el timbre de vuestra voz melodiosa, los sentimientos de vuestro corazon? ¡Ah! ¡no me amais, Fátima, no me amais!

Y el apasionado caballero asió las modeladas y blanquísimas manos, de la jóven, las estrechó entre las suyas depositó en ellas repetidos besos de amor.

Fátima fijó sus grandes ojos en la cabeza del caballero, cuyos blondos cabellos agitados por el viento, eran objeto de admiracion para una mujer musulmana y un nuevo motivo de incentivo locura para el amor de la jóven trasportada al encanto en presencia del doncel.

—¡Dice que no le amo y sabe que arriesgo mi vida

por verle y por hablarle, que es la ilusion de mi alma, la imágen de mi fantasía, la vision de mis ensueños y el ídolo de mi corazon! ¡Dice que no le amo cuando sabe que le adoro!

—¡Fátima!

—¡Oh! Qué injusto eres, amado mio, con la pobre mora que ciega de amor por tí arrostra las iras de Dios, el enojo del emir, el desprecio de su pueblo y la maldicion de los que me aman.

—¡Alma mia!

—Tú no sabes, mi gallardo caballero, los suspiros de amor que el alma enamorada se le escapan por tí; no conoces los sentimientos que en mi corazon batallan entre la luz de mis creencias, entre la ley de mi raza, entre le fé de los míos y entre el amor que te consagro y que domina mi ser.

—¡Mi hermosa sultana!

—Tiempo ha que una rosa blanca de suave perfume y sonrosado matiz, llegó hasta mi seno cual emblema del sigilo, cual aura celeste guiada por el espíritu de los amores, para enloquecer mi alma consagrada á tí. En mi inocencia de niña y en mi corazon de mujer, creí descifrar el emblema de aquella flor; creí leer en el fondo de tu alma; y «te amo,» me dijo la rosa al aspirar su fragancia, comunicándome su lenguaje y su espíritu de amor. Guardé la rosa cuál talisman sagrado que embargó todo mi sér, y la conservo como prenda de tu amor, como joya preciosa desprendida del cielo de mi ilusion, como dulce compañera de mi soledad de musulmana, como intérprete mudo de tu acento amoroso, pues ella me habla de tí, de mi hermoso caballero, de mi arrogante cristiano, de mi enamorado doncel. Ella me comunica tus suspiros, me cuenta tus amores y me espresa tu pasion.

—¡Fátimal!

—Escucha, amado mio, lo que tengo que decirte. La rosa blanca que despertó en mi alma el sentimiento de amor, me acompañará toda mi vida hasta el fin

de mi peregrinacion y será depositada con mis cenizas como parte de mi sér, como espíritu de mi alma, como aliento de mi corazon. En el lugar que ella ocupaba he puesto otra de blando perfume, de aromosa fragancia y de suave matiz que traigo para que la conserves como la espresion de mi alma, como el espíritu de mi amor. Tómala, cristiano mio, y sea esta rosa el talisman que venza los obstáculos, la barrera insuperable que se alza entre los dos.

En García tomó la cajita depositaria de la rosa blanca, la selló con sus lábios, besándola apasionadamente y la guardó en su escarcela como una joya de inestimable precio.

—Te juro por mi fé de caballero, luz de mi alma, que no se apartará jamás de mi. Conozco todo el valor del tesoro que me entregas, pues él será el talisman que me guarde de una estocada enemiga, la estrella que me guie en el sendero de mi vida, que me conduzca con paso seguro hasta tí. No temas los obstáculos que se interponen entre nosotros; yo he de vencerlos con la fuerza de mi brazo, con la fé de mi alma, con los raudales de mi amor.

—Una palabra mas, En García. Esta torre misteriosa comunica con mis habitaciones de la Aljama, y con un palacio de recreo situado á la falda de Peñarocha. La torre no es mas que el descanso y respiradero del subterráneo que comunica con los regios palacios del Emir. Pero este camino es desconocido de todos, á escepcion mia; guárdate de ser visto por aquí, pudiera ser descubierto el secreto de nuestro amor, que es mi vida, y muriera de pesar si tal desgracia aconteciera. Adios, mi gallardo caballero, ámame mucho; sé fiel á mis amores para que no muera de angustia y de pena el enamorado corazon de tu Fátima, que te adora hasta la idolatría.

Y desprendiéndose de las manos del caballero, desapareció de la torre perdiéndose cual blanca mariposa entre las oscuridades del subterráneo.

En García la llamó aun repetidas veces, pero fué

en vano, la hermosa vision no podia oírle, no estaba allí.

Romeu permaneció aun largo rato en aquella ventana de delicias como abstraído y embargado por el acento de la mora, que enloqueciera su alma por la embriaguez del amor.

Su escuderos le sacaron de aquel estado de atonía, que era como volverle á la vida, descenderle al mundo de la realidad, desde un cielo de ventura donde vagaba su ilusion.

Y desató el alquicel, y sus pies tocaron en el suelo, y se encontró entre sus fieles servidores que le miraban con asombro y con respeto supersticioso.

Nuño habia referido á Francés la historia de la princesa encantada, y los buenos escuderos no podian dudar de lo que habian visto. Allí habia estado la hermosa del encantamiento en plática amorosa con su señor; él era, pues, el escogido de aquella vision inmortal, él debia ser el venturoso mancebo que desencantase á la princesa, dando cumplimiento y cima gloriosa al texto de la profecía.

La ronda se presentó de nuevo á reclamar la palabra del caballero.

Vamos donde gustéis, dijo En García.

Y acompañado de sus escuderos y escoltado por los moros, fué llevado á la Aljama para dar cuenta al Emir.

Abul-Hussein descansaba en su cámara y ninguno de sus servidores fué osado á despertarle.

En García fué reconocido por el gefe de la guardia de palacio, y tratado por consiguiente, con respetuosa consideracion.

Bien hubiera querido el atento capitán dejarle en completa libertad bajo el seguro de su palabra; pero el caballero rehusó la cortés proposicion, á pretesto de que necesitaba hablar con el Emir; y como nadie se atrevió á interrumpir su sueño, resolvió esperar hasta el alba; y cómodamente reclinado sobre almohadones de terciopelo, inclinó la cabeza y esperó.

No tardó en quedarse dormido.

En la primavera de la vida, el hombre duerme á pesar de sus emociones; y En García Romeu, vencido por su robusta juventud, cerró los párpados y se rindió al sueño.

Cuando el gefe de la guardia de palacio vino á llamarle, los rayos del sol se estendian por el Oriente, derramando torrentes de luz sobre la tierra.

Abul-Hussein, enterado de la detencion del caballero, le hizo llamar, y Romeu fué conducido á su presencia.

—¿Querreis decirme, En García, qué aventura nocturna os ha hecho caer en poder de mis soldados? Porque me mereceis muy alto concepto para suponeiros perjuro á mi amistad y á la hospitalidad que ayer os di bajo la fé de vuestra palabra.

—Si juzgais, valiente Emir, que soy noble y caballero, sabeis ya de antemano que no pude faltar al sagrado de vuestra amistad, ni nada que se relacione con las cosas de la guerra ni del honor de vuestro pueblo.

—Porque os juzgo así, porque os concedo toda la hidalguía que mereceis, os pregunto amistosamente qué clase de aventurilla os ha hecho caer en manos de una ronda, que ha cumplido por otra parte con su deber al deteneros y conducirnos hasta aquí. Tened presente que no soy curioso ni suelo pecar de indiscreto. Libre estais, en García, y podeis retiraros si gustais. Mas como creo saber el objeto de vuestra visita nocturna á la Torre del Sol, deseaba saber si habeis sido afortunado en vuestras curiosas indagaciones y si habeis merecido algun favor de la princesa encantada. En este sentido os dirijí mi pregunta, pues no creo de vos que vinieseis á turbar la paz de mi pueblo.

—No he sido desgraciado del todo, noble Emir, con respecto á la encantada princesa, pues si yo no lo he soñado, creo haber oido su voz que me llamaba cuando los tuyos me sorprendieron. Sin embargo, si

me dierais vuestra autorizacion volveria á cerciorarme mejor, y quizá fuera mas feliz en mis nuevas exploraciones.

Abul-Hussein sonrió sinceramente de la cándida franqueza del jóven.

—Os daré un salvó-conducto para que vigileis cuanto querais á la vieja torre; pero debia ponerlos por condicion que deshicieseis el encantamiento.

—Ese es todo mi cuidado, noble Hussein.

—¡Cómo! ¿Creeis, pues, vencer á los gigantes y á los mónstruos guardianes de la princesa? Contestó el Emir riendo.—Ved, que la dama es caprichosa, añadió sin dejar de reir, y despues que la arranqueis de su cautiverio ha de mostraros sus desdenes y quedaréis corrido y burlado.

—Si vos, como señor de Játiva y sus dominios me otorgais formalmente su mano, yo juro que ha de ser mia, pues no soy tan sumiso como el príncipe jorobado.

—Yo os la cedo desde ahora. Vuestra es si deshaceis el encantamiento.

—Pues me atengo á vuestra palabra.

—Os la afirmaré si así os conviene.

—Firmádla, Emir; y otra vez que vuelva á veros me entregareis el papel que haré valer á su tiempo.

Hussein no dejaba de reir, pues creyó que Romeu se chanceaba; mas pronto cambió de tono al oir al jóven espresar sus cuitas y el fundado agravio que tenia contra el rey por haber mancillado el lustre de sus fueros.

—Si estoy en vuestra presencia, no es, Emir de Játiva, por supuestas aventuras ni temeridades de mozo. Veo empañado el lustre de mi casa, y acudo á vos, mi amigo, por si necesito de vuestro amparo, y tal vez de vuestra hospitalidad.

—Mi casa es vuestra, En García, y honrado sereis en mi córte. Mas no os volvais contra el rey. ni dejéis de ser caballero.

—No es el gérmen de la traicion lo que abrigo en

mi pecho. Puede el rey aplastarme bajo los cascos de su caballo y yo espirar dignamente sin faltarle á la obediencia ni al vasallaje que le debo como á rey y señor. Pero mis fueros de noble me autorizan para apartarme de su servicio sin faltar á la lealtad, á la honradéz y á la hidalguía de Caballero. Si el destino me obligara á tomar una determinacion extrema, reclamo vuestra palabra y aquí me tendreis.

—Ya os lo dije, En Romeu, mi casa es vuestra y sereis en mi córte el primero.

• Dos horas despues de estos sucesos, anunciaban al rey En Jaime la llegada de un heraldo de parte de En García Romeu.

Llamábase el noble mensajero, En Garcia de Vera, y era uno de los caballeros mas allegados de la casa de Romeu y á quien este dispensaba toda su confianza.

¿Qué solicita de Nos En García de Vera? Preguntó con dignidad el rey así que se le acercó el caballero.

—Señor, soy enviado por vuestro noble vasallo, el magnifico señor En García Romeu.

—Hablad.

—Habeis atropellado, señor, el asilo de su casa.

—¿Es por ventura algun templo?

—Tal carácter le conceden sus privilegios de noble.

—Que Nos podemos arrancar cuando así nos pareciere, para la mayor justicia del reino.

—Necesitais, señor, la autorizacion de las córtes.

—Eso será cuenta nuestra y no de un vasallo á quien podemos hacer aborcar si así conviniere.

—Los nobles de Aragon no pueden morir á manos del verdugo.

—¿Y les autorizan sus fueros á convertirse en asesinos? Id, el de Vera; decid á Romeu que su casa, es nuestra casa, pues de Nos la recibió; que es demasiado soberbio para ser tan mozo; que su señoría nos dá mas guerra de lo que cumple á un buen vasallo

celoso por la autoridad de su rey y señor. Hacedle saber que la sentencia dictada por Nos contra En Bartolomé Esquerdo, será cumplida si el herido muere; resueltos estamos á tener vasallos caballeros, pero no hemos de consentir en nuestros reinos vasallos asesinos.

El de Vera salió de la tienda real y se dirigió á la de En García Romeu.

El agraviado mozo aspiraba con melancólica dulzura el delicado perfume de una rosa blanca ya casi marchita.

—Y bien, dijo guardando la flor y dirigiéndose á En García de Vera al verle penetrar en su tienda. ¿El rey mi señor está dispuesto á darme satisfaccion por el agravio inferido á mi casa?

El de Vera volvió la cabeza negativamente.

Romeu se levantó encolerizado y exclamó.

—¡Es necesario reunir á la nobleza de Aragon!

Y los nobles se reunieron para juzgar de la conducta del rey.

Mas antes debemos dar cuenta de otros sucesos anteriores, para la mayor claridad de esta narracion.

## CAPITULO IX.

### Los buitres del lago.

Dos años habian trascurrido desde la conquista de Valencia hasta la aparicion de los aragoneses en el primer sitio de Játiva.

La capitulacion de la opulenta capital del Túria, la señora del Guadalaviar, fué firmada en Ruzafa donde el rey conquistador asentara sus reales hasta la rendicion de la ciudad.

Ruzafa era entonces como hoy un pueblo de labradores dedicados al cultivo de la vega, pero por su inmediata aproximacion á Valencia, no podia ser ni hoy puede considerarse mas que como un arrabal de la ciudad.

Daban los moros el nombre de Ruzafa á las casas de campo ó colonias agricolas que establecian junto á los rios ó en las riberas de los lagos y cuyo significado equivale á casas de la vega ó de la ribera.

Conviene advertir que el soberbio lago de la Albufera llegaba en aquel tiempo hasta cerca de la capital, y las calles de Ruzafa se estendian por la orilla como un dique que contenia el empuje de sus olas. Siguiendo la orilla derecha, bordada de robustas eneas y de una pujante vegetacion acuática, el lago se aproximaba á Catarroja; estendiase hasta el Júcar é iba á unirse al mar por la parte de Cullera, presentando una vasta superficie de muchas leguas. Hoy está reducido á una circunferencia de treinta y tres kilómetros, y antes de mucho habrá desaparecido por completo. En el centro levantábanse de sus aguas, colinas, rocas é islotes de arena cubiertos de espesos bosques, donde anidaban la gran multitud de rarísimas y variadas aves que vivian del lago, y de las cuales la Universidad de Valencia posee la mas rica y caprichosa coleccion que puede encontrarse en ningun museo del mundo.

La actividad humana ha terraplenado aquella taza de liquido cristal con facetas de esmeralda que deramaba á manos llenas los productos de caza y pesca y de una portentosa vegetacion. Aquel monumento de los tiempos geológicos, mudo testigo de tantos pueblos, de tantas razas y de tantas generaciones como han pasado por sus orillas y han surcado sus ondas, no le queda sino un resto de su antigua grandeza, próximo tambien á desaparecer. El pingüe aunque insano y mórtifero cultivo del arroz ha reemplazado á las mansas olas del lago, nuevas poblaciones y pintorescas aldeas se levantan hoy de aquel

fondo de algas y arenas enterradas bajo los cimientos de la edificación ó bajo el subsuelo de una campiña cubierta de eterno verdor.

En los días que precedieron á la rendición de Valencia, los soldados á quienes dejaba libre un instante las fatigas del asedio, discurrían por las orillas del lago que les proveía de abundante pesca, mientras los caballeros acechaban las aves cogiendo algunas piezas que por su corpulencia y vistoso plumaje causaban la admiración de los aragoneses y ocasionaban una fiesta en todo el campamento.

Una tarde á la hora en que el sol se hunde en el ocaso, vagaban tres caballeros por las alfombradas orillas del grandioso lago, contemplando la magnificencia de los bosques anclados en sus aguas y la esplendente vegetación de la vega cruzada como una carta geográfica de multitud de copiosos canales.

Los tres eran jóvenes, de buen humor aunque poco sufridos, y parecían pertenecer á la alta nobleza de Aragón.

Habiéndose alejado de sus reales mas de lo que la prudencia permitía, no se apercibieron de la distancia recorrida, hasta que un pequeño incidente vino á recordarles su indiscreción.

Como distinguieron á cierta distancia un bosquecillo de árboles gigantescos entretejidos sus troncos por silvestres enredaderas, lozanos arbustos y zarzas espesas que formaban un seto impenetrable, un muro que parecía defender aquel canastillo de salvaje vegetación, los caballeros se dirigieron allá donde pensaban descansar algunos instantes y dar la vuelta al campamento. Apenas hubieron llegado, uno de ellos dió algunos golpes con la espada á fin de separar las malezas buscando sobre el musgo un cómodo y blando asiento. Mas de pronto un ruido inesplicable, parecido al paso de una tromba, salió del interior del bosquecillo, dejando atónitos á los tres jóvenes que se miraron desconcertados antes de explicarse el suceso. Un segundo bastó para volver de su asombro lan-

zando los tres un grito de júbilo y de sorprendente admiración.

Era una banda de aves zancudas mayores que las cigüeñas, de cuello largo y superior al cisne, la cabeza pequeña, oblonga y con un caprichoso moño como el peinado de una coqueta, el pico como de cinco pulgadas y cubierto de una película rojiza; altos casi como el avestrúz, pues no bajaban de cinco pies algunos; los más jóvenes, eran de color ceniciento, pero los mayores presentaban el dorso y las cubiertas de las alas de color encarnado parecido al fuego, lo demás era el blanco del cisne, de un plumaje verdaderamente hermoso.

Al creerse sorprendidas en su pacífico retiro, las aves levantaron el vuelo, y el batir de sus alas ocasionó el ruido que sorprendió á los confiados caballeros; mas al verlas en el aire cual flecha que hiende el viento para descender sobre las aguas y perderse entre la bruma del lago, la alegría de los jóvenes se desbordó en exclamaciones y en gritos de sorpresa que llevaron la alarma á otras bandas de aves entregadas ya al blando sueño.

Cada cual divagó por el campo de las mas absurdas conjeturas para adivinar la especie á que pertenecian las pintadas aves del lago, pero ninguno era fuerte en historia natural y no pudieron acertar con el nombre de *flamencos* que era el único que les cuadraba y con el cual se les designa hasta por los cazadores mas humildes y de mas escaso talento.

Pasados los primeros trasportes de júbilo y de sorpresa, pensaron dar la vuelta al real de Ruzafa aprovechando los postreros albores del crepúsculo vespertino.

—Creo, señores, que hemos cometido una imprudencia alejándonos tanto del campamento en una tierra desconocida y habitada por enemigos.

El que así hablaba era En García de Vera, caballero de ilustre linaje, valeroso, audaz y emprendedor en

las cosas de la guerra y el mayor de los tres, pues contaba veintiseis años de edad.

—Lo cierto es que el nido de esos pajarracos alarmados con nuestra presencia, pudo muy bien haber sido una celada de moros y habernos sorprendido á su placer.

Así se espresaba En Bartolomé Esquerdo, jóven de veinticuatro años, valiente como un almugabar, terco, impetuoso y obstinado como verdadero hijo de Aragon.

—Casi me alegrara de ello á haber sucedido así, porque nos hubiesen proporcionado un rato de ejercicio corporal y quizá un motivo para adquirir un nuevo blason.

Replicó En García Romeu, jóven de veinte á veintidos años y el más principal de los tres por su noble alcurnia y ser el mas allegado del rey.

—Lo peor del caso, añadió el de Vera, es lo avanzado del día; pudiéramos llegar tarde á Ruzafa, y ya sabeis lo poco sufrido que es el rey para perdonar faltas del servicio en tiempo de guerra.

—Pues apretemos el paso, señores, observó Esquerdo y lleguemos al real antes que cierre la noche.

—Hubiera preferido, añadió Romeu, cazar una de esas hermosas aves y presentársela al rey.

—Mal presente para En Jaime.

—¿Porqué?

—Porque no gusta de que maltraten á los animalitos.

—¿No os acordais del nido de golondrinas?

—Si, tuvieron la ocurrencia de anidar en su tienda de campaña, cuando estábamos acampados en la colina de Enesa ó del Puig, como decimos ahora: levantamos los reales y la tienda del rey se quedó allí convenientemente custodiada hasta que las golondrinas levantaron el vuelo y abandonaron el nido.

—¿Y recientemente no ha tenido lugar otro hecho igual ó muy parecido?

—¿El de los murciélagos! Verdaderamente le acontecen cosas tan singulares al rey En Jaime, que á no

presenciarlas todo el ejército se tomarian por consejos de brujas ó anécdotas de romancero. Figuraos que una maldita pareja de esos ratones alados se le antoja anidar en el casco del rey.

—Es singular.

—Cualquiera hubiese pisoteado á los asquerosos murciélagos y arrojado el casco al río; pues el rey dá tal importancia á esas pequeñeces, que no solo cuida á la inmunda ratonada, sino que tiene acordado que esas sean las armas de Valencia y el adorno de su propio casco engalanado ya con el tal murciélago ó *rat penat* (1).

—Pues ya veis, señor de Romeu, que si el rey no gusta de hacer daño á los animales, tampoco os hubiese agradecido el regalo de una de esas aves que se parecen al alma de los moros condenados vagando por la laguna Estigia.

—¡Jesus! ¡Qué ocurrencia habeis tenido, Vera!

—Paréceme sin embargo oportuna la aplicacion, añadió Esquerdo, y el nombre mas adecuado que les cabe á esos pajarracos.

—¡Yo que pensaba añadir á mi escudo de armas un cuartel de plata con una de esas aves!

—No desaprucho la idea, porque el nuevo blason demostraría que sabiais vencer no solo á vuestros enemigos, sino á los condenados del infierno.

—¿Tambien vos, En Bartolomé?

—¿Qué otra cosa quereis que sean esos pájaros sino almas condenadas de moros?

Y Vera y Esquerdo, reian alegremente mientras Romeu parecia sobrecogido por cierto temor supersticioso.

—Pues insisto en cazar una de esas aves que he de presentar al rey.

—Cuidado, En García, no acarreeis sobre nosotros

---

(1) Este es el nombre que le dieron los aragoneses, el cual se ha perpetuado en Valencia trasmitiéndose de siglo en siglo y de generacion en generacion.

la cólera del diablo, si atentamos á sus dominios, y se nos lleve en cuerpo y alma á hacer compañía á esos buitres del lago, donde vaguemos por una eternidad.

—Señores, basta de bromas, pues no me gusta chancearme con las cosas del otro mundo.

—Opino lo mismo, pues la verdad es, que al oír esos graznidos siento una especie de escozor que..... no es miedo..... no os riais, el de Vera, pero debemos poner término á esta conversacion.

—No me opongo, señores, pero hablábais de cazar y pienso que no debia sentarnos mal una expedicion por el lago.

—Ese era mi deseo, replicó Romeu, penetrar en esos bosques que se distinguen en el centro de las aguas, donde debe haber gran número de ánades, de cisnes y de esas aves que debemos llamar buitres del lago.

—Pues si el rey nos autoriza, emprendamos mañana la exploracion.

—Esa es la dificultad, En Bartolomé, que está para rendirse la plaza y no es fácil que el rey nos otorgue su venia antes de terminar la campaña.

—Hablais muy cuerdamente, En García, pero si Mosen Romeu hablase á S. A., no es probable que En Jaime se atreva á denegar nada al hijo de En García el Bueno, á quien distingue con su real favor.

—Me concedeis, caballeros, mas prestigio del que realmente tengo cerca del rey.

—Todo Aragon sabe que el rey os considera y os protege y hasta parece honraros con su privanza. Dígalo sino la suntuosa tienda que os ha regalado, digna de hospedar á un emperador.

—El rey al honrarme así, no hace mas que tener presentes los servicios de mi padre. Sin embargo, os prometo hablar esta noche á En Jaime, y si nos concede su venia, mañana, antes de despuntar la aurora nos internaremos en el lago.

—Necesitamos barcas y remeros.

—Ese cuidado debemos dejarlo á los escuderos. El mio, mi fiel Francés, es un sabueso que con no mas indicarle el asunto, sabrá olfatear dó se esconde lo que necesitamos.

—Yo pongo el mio á sus órdenes.

—Y yo el mio.

—Pues tendremos barcas, señores, y aparejos y todo cuanto sea necesario para la espedicion.

—Pues á Ruzafa, y En Jaime decida.

—¡A Ruzafa, caballeros, y viva el rey!

—¡Viva el rey!

Gritaron los tres á un tiempo, cuya voz repetida por el eco, fué á perderse en el espacio como llevada en alas de espiritus invisibles moradores de otros mundos.

Y los jóvenes caballeros alargaron el paso, porque habia cerrado la noche y podian caer en falta en el servicio del campamento.

En Bartolomé se paró de pronto dirigiendo la vista á una isleta del lago.

—¡Qué sucede! preguntaron sus compañeros.

—¿No veis luz en aquella isla que se alza allá lejos, enfrente de nosotros?

—Sí en verdad, luz que refleja en las aguas y produce un resplandor siniestro parecido al de los fuegos fátuos, observó En Garcia de Vera fijando en el punto luminoso su vista preentrante.

—¡Si tendrán habilidad para encender lumbre tambien esos buitres del lago!

—Silencio, señores, exclamó Romeu. ¿No oís cerca de aqui el graznido de un pato silvestre? ¡Chis....! ¡Silencio y esperad!

Los jóvenes prestaron mucha atencion, clavando la vista en distintos puntos á la vez.

Otro graznido enteramente igual al primero, pero amortiguado por la distancia, resonó á lo lejos hácia el punto donde salia la irradiacion de la luz en la isleta misma á donde dirijian la vista los caballeros.

—El buitre de las riberas tiene correspondencia en el lago.

—¡Observemos!

El graznido sonó otra vez, pero mas lejos, repitiéndose de distancia en distancia hasta apagarse completamente como la voz de los centinelas.

—Jurara, murmuró Esquerdo, que esos son los quejidos de las ánimas en pena que tienen su purgatorio en el lago.

—Bien decia yo, repitió el de Vera, esas aguas están pobladas de espíritus malignos.

—De espíritus que se entienden entre sí, añadió Romeu, porque esos graznidos no son otra cosa que una consigna.

—¡Diantre! ¡Pudiera ser!

—Convendría averiguarlo.

—Ved, ved, señores, continuó diciendo Romeu, la luz de la isleta era una señal que se repite de trecho en trecho como el graznido de los patos. ¿No os parece que aquí se encierra algun misterio?

—Es indudable, dijo el de Vera.

—Que yo quisiera averiguar, añadió Esquerdo.

—Y yo tambien, repitió Romeu, pero el deber de soldados nos llama al campamento.

—Y el honor de caballeros nos manda velar por el rey. ¿Quién sabe lo que ahí puede esconderse?

—Opino como vos, En Bartolomé; sin embargo, lo mas prudente es dar la vuelta al real de Ruzafa. Mañana, si el rey nos autoriza, examinaremos el lago y descubriremos lo que haya.

—Es lo único que podemos y debemos hacer, añadió Romeu.

—No me opongo, contestó Esquerdo.

—Y sin hablar mas, se dirigieron á buen paso hácia el campamento de Ruzafa.

En García de Vera volvió la cabeza atrás y continuó su camino sin desplegar los labios.

Otras dos veces volvió la cabeza y de pronto se paró acariciando la empuñadura de la espada

—¿Qué mirais? Preguntaron sus compañeros.

—Recelo que álguien nos sigue.

Esquerdo y Romeu buscaron instintivamente el pomo de sus armas.

La maleza pareció agitarse como si un cuerpo pesado se deslizara entre las zarzas.

El de Vera dió dos ó tres tajos con la espada desnuda, pero no hizo mas que cortar los juncos y las ortigas entrelazadas con la maleza.

Avisados por el recelo siguieron andando, pero con gran precaucion.

—¡Otra vez la luz! murmuró Romeu. Mirad, mirad hácia el lago.

Del centro de las aguas parecia salir un foco de luz de forma semicircular que se movia por la superficie dirijiéndose hácia la orilla; pero no se veia á nadie que guiase aquel rayo luminoso parecido á una media luna y que hubiera podido tomarse por un astro misterioso sumergido en el fondo del lago.

Los caballeros no pudieron esplicarse aquel fenómeno, ni quien acertara á mover la luz que se agitaba sobre las aguas. Cierta que la oscuridad no permitia distinguir ningun objeto y hasta tenian que valerse de las espadas para explorar el terreno y no tropezar contra los árboles ó hundirse entre las malezas.

—Pues la luz se dirige hácia nosotros y si es cosa de este mundo ha de dar forzosamente en nuestras manos.

—Y sabremos lo que es, el de Vera.

—Pues esperemos un poco, En Romeu.

—Si no se desvanece antes de llegar á nosotros, repitió Esquerdo.

La luz en este momento pareció detenerse y vacilar y los caballeros observaron distintamente que varió de direccion.

—¡Se nos escapa! murmuraron casi á un tiempo los tres.

—¡Salgámosle al encuentro! Esclamó Esquerdo.

—Señores, que nos vá á hacer perder mucho cami-

no, pues tenemos que retroceder gran trecho y no podemos asegurar si daremos con el fantasma. Ved, ya ha desaparecido.

—Pues sigamos nuestro camino y al diablo con tantas visiones y tantas ánimas de condenado como parece que son.

—¡Y si no son ánimas del otro mundo, son señales de moros que se esconden por ahí!

—Todo pudiera ser En Romeu, contestó el de Vera.

No habian recorrido cincuenta pasos, cuando Esquerdo soltó una imprecacion.

—¿Qué es eso? Preguntaron sus compañeros.

—Un buitre escondido en este matorral. Le he pisado, y en vez de quejarse procura huir arrastrándose por la yerba.

Y dió dos ó tres estocadas en el suelo como buscando el cuerpo que decia haber pisado.

—Cérquemosle para que no se escape, exclamó el de Vera. Y los tres formaron un ancho círculo que fueron estrechando poco á poco despues de examinar detenidamente el terreno con la hoja de la espada.

—¡Si habrá sido una vision!

—No ha sido vision, sinó un cuerpo viviente lo que he pisado.

Una carcajada resonó á pocos pasos de los caballeros, quienes se precipitaron en aquella direccion con ánimo de atravesar al temerario que así parecia provocarles.

Registraron las junqueras, los arbustos y la yerba, pero nada vieron.

La oscuridad era cada vez más densa, los árboles se presentaban como fantasmas de la noche, pero sin sombra, sin el claro oscuro de la perspectiva, sin el verde matiz del follaje. Los caballeros buscaron en vano. No se encontraha allí ser viviente.

—¡Ira de Dios! ¿Dónde se habrá metido esa alma de condenado?

—No os desesperéis, el de Vera, ya le encontraremos á su pesar.

—Le encontraríamos, En Romeu, si nos alumbrase siquiera un rayo de luna.

Una nueva carcajada resonó mas lejos y parecia salir de un grupo de moreras que pensosamente se distinguian hácia la izquierda.

—¿No os decía yo, señores? La oscuridad protege á ese fantasma.

—Y nos lleva una ventaja de cincuenta pasos.

—Formemos una línea de batalla, dijo Romeu; marchemos á la distancia de veinticinco pasos uno de otro y abrazaremos una línea de setenta y cinco pasos. Si la vision vuelve á resonar por el frente, la daremos caza de fijo, si trata de escaparse por el centro, caerá igualmente en nuestro poder, porque la distancia mayor que tendremos que recorrer será de doce pasos, y si se presenta á distancia mayor por los flancos, hacemos una marcha oblicua sin perder nunca la línea de batalla.

—¡Bien pensado! exclamó con entusiasmo En Bartolomé.

—Si os parece bien pongámoslo por obra, observó el de Vera. Pero tened presente que en esta llanura, plana como la palma de la mano, hay mas accidentes que en una montaña, por la multitud de canales, acequias cenagosas, pozos á flor de tierra y otros accidentes de mas ó menos peligro, pero que es prudente evitar. Antes nos conviene, á juicio mio, marchar unidos para protejernos si necesario fuese, y á buen paso, sobre todo: pues ved que hemos perdido mas de una hora, ¿y quién sabe lo que puede ocurrir en menos tiempo ante una plaza sitiada y en un pais enemigo?

La carcajada se dejó oír de nuevo, pero mas cerca, á unos seis pasos de distancia y pareció salir de un cañaveral.

Los tres se arrojaron con el ímpetu de los pocos

años sobre aquel sitio, atacando cada cual por distinto lado.

—¡Ahora no se escapará!

—Estrechemos el círculo hasta encontrarnos de frente.

—¡Ah! ¡La luna! ¡la luna!

—¡Yá podemos vernos!

—Si, ya vemos claro y la cuestion varia por completo.

Las tizonas cayendo aqui y allá, despedazaron el cañaveral en dos minutos. La luna iluminó el rostro de los tres jóvenes que vinieron á encontrarse en el centro mirándose estupefactos. Un arroyuelo de plata bruñido por el astro de la noche lamía el pié del cañaveral destrozado y silencioso como un cementerio.

La misteriosa carcajada resonó una vez más al otro lado del arroyo, en un campo bañado por la luna, sin árboles y sin accidentes, pero ni la menor sombra ni el mas ligero roce sobre la yerba vino á delatar la presencia de ningun ser humano ni irracional.

Los caballeros quedaron mirándose con cierto estupor.

El de Vera envainó la espada tranquilamente, se persignó con devocion y pronunció descubriéndose, el nombre de Jesus y María.

Romeu y Esquerdó le imitaron y los tres echaron á andar hácia el campamento.

En este instante llegó á sus oidos el lejano «alerta» de los centinelas.

—¡Gracias á Dios! Esclamó el de Vera. Esa voz ya nos es conocida.

—Y parece, añadió Romeu, que reanima el alma y alegra el corazon.

—Siempre es preferible á las risotadas de los muertos.

—Os aseguro, sin embargo, que no era muerto lo que pisé.

—Tambien las carcajadas parecian de vivos y no

son sino los lamentos de esas ánimas que se encierran en los buitres del lago.

—Distingo un grupo de hombres que se dirijen hácia aquí, dijo En Romeu. Parecen soldados.

—Alguna avanzada, contestó Esquedo.

—¡Quién vá! preguntó una voz con imperio militar.

—¡Aragon! contestó En García de Vera, con voz tranquila y sonora.

—¡Alto ahí! repitió la voz.

Los caballeros se pararon.

La compañía, compuesta de unos veinticinco hombres, avanzó hasta los caballeros.

—¡Rendíos en nombre del rey! dijo el gefe adelantándose y tendiendo la espada como para ponerse en guardia al menor movimiento.

—¡Pardiez! ¿quién trata de hacer armas contra vos, señor Azadrach? Dijo riendo el mas joven de los caballeros.

—¡Calle! ¡En García Romeu! Esclamó como asombrado el gefe de la compañía. ¡En Bartolomé Esquedo! ¡En García de Vera!

—Los mismos que aquí veis, señor Azadrach.

—¿No vienen más con vosotros?

—Nadie más.

—¿Estais de avanzada, Azadrach? Preguntó Romeu.

—Siento revelaros, caballeros, el objeto de mi verdadera mision.

—¿Qué quereis decir?

—Que tengo órden de prenderos.

—¡A nosotros!

—Si, señores, he de llevaros á presencia del rey.

## CAPITULO X.

**La negativa del rey.**

—¿Pues de qué se nos acusa para haber incurrido en el desagrado del rey? Preguntó En García Romeu intencionadamente temiendo no hubiese ocurrido alguna novedad en el campamento.

—El deber del soldado, Mosen, es cumplir su consigna sin comentar jamás la orden que recibe.

—¿Y esa orden la habeis recibido directamente del rey?

—De su lugarteniente que representa de hecho la autoridad del monarca.

—¿En Rodrigo de Lizana?

—Despues del rey es la primera autoridad de estos reinos.

—Pues debeis llevarnos á la presencia de En Rodrigo y no á la presencia del rey.

—¿Lo creeis así?

—Tanto que no os seguiremos, sino con esta condicion.

—Sea como querais. Mas permitidme que os dirija una pregunta de soldado, para el mejor servicio del rey.

—¡Hablad!

—¿Qué habeis descubierto por estos sitios?

—Solo los buitres del lago.

—¿Qué quereis decir?

—Unos pájaros muy pintados de tamaño descomunal.

—Que creemos, añadió Esquerdo, que son el espíritu de los moros condenados.

—Por cierto, repitió sonriendo el de Vera, que nos

han dado algo que hacer las risotadas de esas ánimas en pena.

—¿Cómo, señores, os habeis atrevido...?

—A nada, señor Azadrach, ellos son lo que nos han provocado.

—¿Ellos decís?

—Sí, los espíritus del lago. Los fantasmas de estos sitios; quisimos ahuyentarlos con la espada porque los creíamos hombres como nosotros, pero hubimos de recurrir á la señal de la cruz y en el acto se desvanecieron.

—¡Ah! señores: no volvais de noche por estos sitios si no quereis arrostrar la ira de los difuntos.

—Librenos Dios, amen.

—Sin embargo, yo tengo empeño en hacer una escursion por el lago, quiero cazar alguna de esas aves, y si el rey me autoriza, estos caballeros me acompañarán.

—¡Cómo! ¿Vos, Mosen Romeu, pensais recorrer el lago?

—Mañana al despuntar el dia.

—Pues yo me ofrezco, señores, á ser de la partida, si me dispensais el honor de acompañaros y de aceptar mis servicios, que deben seros de alguna utilidad, porque soy buen conocedor de todos los accidentes del lago.

—¡Ah! ¿vos conoceis la Albufera?

—He nacido en este pais, he pasado mis primeros años en las riberas de estas aguas, y soy tan práctico en la caza de las aves, como en la pesca de las anguilas.

—Pues aceptamos vuestros servicios.

—Dispensadme, señores, algunos ginetes se dirigen hácia aquí.

—Son de los nuestros, los distingo bien, repuso Vera.

—¿Quién vá! Preguntó una voz.

—¡Aragon! Contestó Azadrach. ¿Y vosotros?

—¡Caballeros del rey! Contestó la voz del que parecía cabo de aquellos ginetes.

—¿Esa voz no es del caballero En Gimén de Tobia? Preguntó el de Vera.

—El mismo soy. ¡Y vos En García de Vera! ¡Callel ¡En García Romeu y En Bartolomé Esquerdo!

—¡Ola! ¡ola! Hemos dado, En Gimén, con un triunvirato de malas cabezas! Dijo en tono de buen humor otro caballero de grave aspecto que acababa de aproximarse á En Gimén de Tobia.

—¡En Pedro de Alcalá! Esclamaron los jóvenes saludando afectuosamente á los recién llegados.

—¿Qué travesurilla os ha traído por aquí, señores? Preguntó En Gimén: ¿Hay por aquí alguna gruta de hadas y venís á tomarla por derecho de conquistista?

—¡Ah! ¡monseñor! replicó el de Vera; no somos génius tan afortunados, ni espíritus tan poderosos, ni mortales tan agraciados que podamos aspirar á las ninfas impalpables de los lagos y de las regiones etéreas.

— Hemos salido simplemente á aspirar las brisas de esta ribera, espuso Romeu.

—¡Ya! replicó el de Alcalá, atraídos por el canto de alguna sirena.

—Así fuese verdad lo que suponeis, Mosen, contestó Esquerdo; ya que al fin somos prisioneros de un fauno que nos arrastra entre picas y cancerberos á la presencia del general.

—¿Cómo! ¿Qué quereis decir? Preguntó En Gimén.

—El señor Azdrach os contestará; el que nos ha reducido á prision.

—Esplicaos, Azdrach, repuso el anciano caballero.

—Ya sabeis, monseñor, contestó Azdrach, que atraídos por la caza y la pesca del lago, soldados y caballeros suelen alejarse por estas riberas faltando á los deberes del campamento y de la guerra y prolongando así el sitio de la plaza que parece debiera haberse ya rendido.

—No divagueis, Azadrach, ni hagais juicios temerarios que pudieran ofender el honor de los aragoneses.

—Quiero decir, monseñor, que resuelto En Rodrigo de Lizana á corregir este abuso, así le llama su señoría, me ha dado orden de salir á la descubierta y apresar á todo individuo que encuentre mas allá de las avanzadas, sea soldado, moro ó caballero.

—Pero no os habrá citado el nombre de En García Romeu.

—No, monseñor.

—Ni el de los caballeros que le acompañan.

—No, monseñor.

—Está bien. Continúad vuestro servicio, que nosotros nos encargaremos de custodiar á estos caballeros hasta el real de Ruzafa.

—Yo os suplico me perdoneis, señores, pero mi deber de soldado....

—Os mandaba obrar así; lo sabemos, Azadrach, y en prueba de lo satisfecho que por mi parte quedo de vos, he aquí mi mano.

—Gracias, monseñor.

—Y la mía, dijo el de Alcalá.

—Y la mía, repitió Romeu.

Azadrach, estrechó la mano de todos y se despidió de los caballeros que tomaron la dirección de Ruzafa, mientras él y su compañía continuaban explorando las márgenes de la Albufera.

Los tres jóvenes se colocaron á la grupa, cada cual con un caballero y así llegaron al campamento. En Gimen de Tobia, les aseguró que nadie había notado su ausencia, porque las operaciones del sitio, continuaban en estado de armisticio y no tenían necesidad por consiguiente, de presentarse á En Rodrigo de Lizana; quien por otra parte hubiese tomado á broma la aventurilla de tan distinguidos caballeros reducidos casi á prision por el escesivo celo de Azadrach. Tranquilos con las seguridades que les dió tan respetable caballero, los jóvenes se retiraron á sus tiendas de

donde salió á poco En García Romeu, dirigiéndose con paso firme y seguro á la tienda del rey.

El jóven callero fué á solicitar la venia del monarca para emprender al dia siguiente su soñada caceria por el lago.

Así que D. Jaime se enteró de la peticion del caballero, contestó con naturalidad.

—Dejad tranquilas las aves de la Albufera y procurad cazar cabezas de moros.

Esta contestacion tan sencilla como oportuna, estuvo á pique de promover una escision en el campo aragonés por la soberbia susceptibilidad de aquellos orgullosos caballeros, que se creian siempre superiores al rey y solo inferiores á Dios.

En García Romen salió de la estancia real ciego por la cólera y pálido de coraje.

Penetró en su tienda y se tiró sobre su lecho de campaña arañándose el rostro y mesándose los cabellos. La rábia le ahogaba, era al fin un niño, pero caprichoso como los hijos predilectos de la fortuna y hubiera querido para vengarse aplastar al mundo con su mano si el mundo hubiese sido tan débil como una nuez. Desdichado del servidor que en aquel instante arrostrara la cólera del despechado caballero, porque la vida era poco para el desahogo de aquel niño lleno de ira, de enojo y de soberbia.

¡A cuántos infelices les ha costado la vida un rapto así de cólera de sus inhumanos señores!

Cierto es que algunos de ellos cuidaban con paternal solicitud de sus pueblos y de sus vasallos, pero cuantos tambien no solian convertirse amenudo en crueles tiranos y sangrientos verdugos! ¡Pobre humanidad, sujeta siempre á la injusticia, á las debilidades y á las pasiones de los hombres!

Felizmente para la servidumbre de Romeu, ningun escudero se presentó á desenojarle. En cámbio penetraron en su tienda En García de Vera y En Bartolemé Esquerdo, deseosos de conocer el resultado de la proyectada caceria por las isletas del lago.

Al verle pálido, ojeroso y demudado, sus amigos le creyeron víctima de alguna dolencia aguda, de alguna fiebre maligna que pudiera cortar el hilo de su existencia.

— ¡Dios mio! ¿qué teneis?

— ¡Cómo permanecéis solo en tal estado? ¡Francés! ¡Nuño! ¡Aquí los servidores de En Romeu!

— No llameis, Esquerdo, no necesito de nadie, haced salir á esos escuderos y que no oigan nuestra conversacion.

— Ya estamos solos, decidnos qué teneis.

— ¡Lo que tengo, es que me considero deshonrado!

— ¡Cómo!

— ¡Vos!

— ¡Hablad! ¡Hablad!

— Vengo de ver al rey.

— ¡Y bien!

— Ha denegado mi peticion, y al desairarme así, á mi, á un Romen, al hijo de En García el Bueno, ha despreciado los servicios de mi casa, ha insultado la nobleza de mi estirpe, ha rebajado mi dignidad y ha mancillado el blason de mi honra.

— ¡En Romeu!

— No vale esa pequeñez la importancia que le dais.

— ¡Oh! señores, que la afrenta es grande y no se la perdono al rey.

— ¿Pero vos mismo no dudabais de que accediera á vuestra peticion?

— Pero él debió acceder á los deseos de un Romen.

— Pero el rey al fin es hombre y un momento de mal humor....

— Pues debiera refrenarlo cuando habla con sus caballeros.

— Tranquilizaos, En Romeu. Procurad conciliar el sueño y mañana reflexionareis mejor.

— Si, dormid, y mañana os aconsejaremos lo que debéis hacer.

—No os he dicho que me aconsejéis, os mando que me sigáis.

—¿A donde pensais ir, En Romeu?

—No lo he determinado aun, pero pienso apartarme del servicio del rey.

—¿Qué decis!

—Ya lo habeis oido y espero que me acompañeis.

—Grave es vuestra determinacion, En Romeu.

—Es irrevocable.

—Pues bien, cuando hayais pensado lo que debeis hacer, servios hacernos llamar y por mi parte entonces os contestaré.

—Digo como vos, Vera.

Los dos caballeros dirijieron una mirada llena de entereza al aturdido mozo y le dejaron entregado á su despecho y á su soberbia.

—¡Ingratos! Esclamó así que se quedó solo. ¡Tambien ellos me abandonan! ¡Oh! ¡Yo me vengaré, sí, me vengaré de todos!

## CAPITULO XI.

### El ánade y el cuclillo.

En García Romeu, quiso hablar al instante con Azadrach y le hizo llamar por medio de un escudero; pero el gefe de la avanzada continuaba aun su esploracion por las riberas del lago y el enojado caballero tuvo que esperar su regreso.

Cuando Azadrach se separó de En Romeu y sus amigos, uno de los soldados de su compañía le preguntó:

—¿Creeis, señor Azadrach, que sea este sitio lugar de duendes?

—¿Quién podria contestaros á eso, amigo Barberán! Lo único que sé es que este sitio es un lugar de su-

persticion para las gentes del pais; que en ciertas épocas del año y especialmente en las noches borrascosas y en aquellas en que no brilla la luna, ningun habitante de estas comarcas se atrevería á cruzar las riberas del lago que se cree habitado de espíritus malignos, de fantasmas y espectros, de cuyas apariciones se refieren historias que causan pavor.

—¡Historias de moros! contestó riendo el soldado. Parecen todos ellos hijos de la supersticion.

—Cierto es lo que decís, ¿pero son por ventura menos supersticiosos los cristianos?

—No lo sé, ni me importa averiguarlo; pero si os digo que desdichado del duende que procurara acercarse á mi. ¡Puede que del primer reves!

—No la echeis de valiente, señor Barberán, en las cosas que no conocéis. Hombres de buen temple han apelado á la fuerza de sus talones encontrándose bien armados y con ánimo en el corazon.

—¡Bah! porque temian á los espíritus ¿no es verdad? Pues enviadme una legion de ellos cuando os plazca y vereis lo que les sucede.

—¿Qué?

—Poca cosa. A manotadas solamente he de convertirlos en materia.

—Pues si se presenta la ocasion ya nos lo probará prácticamente el señor Barberán. Ahora hay que tomar precauciones de distinta índole porque pudieran presentarse espíritus con turbante y cimitarra.

—¡Ah, temeis!...

—No temo nada, pero hay que estar prevenidos á todo.

—¡Mandad, capitan, y obedeceremos!

Azdrach dividió la compañía en cinco grupos de á cinco hombres cada uno á la distancia de cien pasos uno de otro, y comunicándose entre sí por medio del «alerta» de los centinelas. En esta posición les mandó permanecer en descanso, pero con órden espresa de no abandonar ni moverse de su puesto á fin de vigilar el terreno donde podia ocultarse el enemigo. Igual-

mente encargó que no encendiesen lumbre; si un puesto se veía atacado ó amenazado debia defenderse y gritar «alerta y guerra,» y á la vez de «alerta y Azadrach» debia replegarse sobre el centro hasta formar una linea de batalla. En esta disposicion, el gefe se reservaba recorrer los grupos ó reconocer el terreno a la cabeza de este ó aquel destacamento segun le conviniese. Así preparó el espíritu de sus soldados sin dejarles penetrar en el secreto de su intencion ni descubrir el móvil de su pensamiento.

Barberán fué siguiendo á su gefe, mientras quedaban situadas en su posicion las fuerzas así distribuidas, siendo el cabo del último y mas avanzado puesto. Azadrach, conocedor de aquel terreno que recorria, vigilaba por todos, se presentaba de improviso en este ó en aquel destacamento, hasta asegurarse que se cumplian sus órdenes observándose en todo el campo la mas severa vigilancia y la mas austera disciplina.

—Hemos venido á pescar algo, habia dicho á sus soldados, y es preciso tender bien las redes.

Barberán entre tanto conversaba con los suyos mostrándose de los espíritus que se suponian moradores del lago y de aquellas riberas.

—¡Qué te parece, Boluda, decia á uno de sus soldados, de los fantasmas que divagan por estos sitios?

—Que no quisiera verlos de cerca si es cierto que los hay.

Barberán soltó la carcajada.

—¡Tienes miedo á los muertos!

—¡A qué negarlo! Sé luchar con los vivos, sé escalar una muralla coronada de combatientes, sé penetrar en lo mas grueso de un cuerpo enemigo en lo mas récio de la pelea; cuanto hagan los hombres puedo hacer yo; pero no me des visiones ni ánimas en pena, porque dejo de ser hombre y me convierto en niño medroso y espantadizo.

— ¡Pues si en este momento se nos presentase un fantasma! añadió Barberan sin dejar de reir.

— Cerraría los ojos, ya que la consigna me obliga á permanecer aquí, y recurriría al auxilio de la Santa María del Puig, que no dejaría de oír mi plegaria y socorrerme en mi aflicción.

— Pues ya puedes empezar tus oraciones, porque el fantasma se aproxima y parece dirigirse hácia aquí.

— Quieres chancearte conmigo, Barberán?

— Dirije tu vista á la izquierda, con direccion á la Albufera. ¿Distingues una lucecita que parece arrastrarse por el suelo?

— ¡Bah! ¡Algún gusano de luz!

— ¡Una luciérnaga á mas de cien pasos!

— ¡Qué otra cosa puede ser!

— ¿Oyes el graznido de un ánade allá en el mismo punto donde asoma la luz?

— Algún pato extraviado que busca á su pareja.

— Y como es ya cerca de media noche la busca con luz. ¡No debe ser mal bribon, el tal pato enamorado!

— Pues digo, que en todo ello no veo nada de particular, ni hay asomo de fantasma ni cosa que se le parezca.

— Y ese pato y esa luz no indican claramente la aparicion de un fantasma?

— Lo que indica terminantemente es que á pesar del sueño que me vence daría yo buena cuenta de ese animalejo como pudiera pescarle asado.

— ¡Ha, buen Boluda! Veo que eres tan buen soldado como valiente comilon: me anunciabas cierto temor por los duendes y solo sientes no tenerles á mano para regalarte con una cena á lo Baltasar. Paciencia, Boluda, paciencia; ya despuntará la aurora y desdichado del pajarraco que se ponga á tiro de ballesta; oh, yo le ofrezco que hemos de regalarnos con un opiparo desayuno mientras los duendes del lago se retiran á sus madrigueras. ¿No te parece, Boluda? ¡Calle! se ha dormido: y está roncando como si se hallara en su cama y al arrullo de una hermosa ¡Y

parecía temer á las visiones! ¡Habrá bendito! Pues, señor, que duerma hasta que le llegue el turno de la centinela. Por mi parte me envuelvo tambien en mi tabardo, tomo la horizontal, apoyo la cabeza sobre el capacete que cubro de yerbas y de broza, cierro los ojos y.... y   dormir un par de horitas si no me despiertan los pícaros duendes. Mucha vigilancia, centinela, y alerta  eh?

Un fuerte ronquido siguió á estas últimas palabras, y un minuto despues el cabo Barberán, dormia profundamente.

En tanto que la compa a de avanzada se entregaba al reposo solo interrumpido por la voz de los centinelas, Azadrach, que velaba por todos y recorria los destacamentos, segun los soldados creian, se adelant  solo por veredas de él conocidas, se intern  en un matorral, dirijió la vista y aplicó el oido en todas direcciones: imit  con suma maestría el canto del cuclillo y esper . No habian trascurrido dos minutos cuando resonó por la parte del lago el graznido de un pato silvestre. Azadrach, dirijió la vista en aquella dirección y observ  un punto luminoso que parecía arrastrarse por el suelo. El cuclillo cant  de nuevo y el  nade contestó con mas fuerza como buscando el escondrijo del cuclillo que parecía llamarle.

Al cabo de algunos instante el  nade pareció tomar forma humana, y atraido siempre por el canto del falso cuclillo, llegó al matorral donde se ocultaba Azadrach.

—¡Hassan! gritó en voz muy baja el capitán de la compa a.

—¡Azadrach! contestó su interlocutor en el mismo tono de voz.

Era este un moro de alta estatura, envuelto en un ancho alquicel debajo del cual debia llevar una lámpara encendida, porque la luz refractando en el suelo formaba un semicirculo confuso   irregular y otras veces se destacaba como un punto diminuto   intenso como el foco de una lente puesta   los rayos del sol.

Visto de lejos nada notable ofrecia aquel rayo de luz que no obstante llamó la atención de En Romeu y sus amigos y del bravo Barberán; mas visto de cerca era indudable que se le hubiese tomado por un fantasma ó por uno de los espíritus del lago y tambien por un fauno de aquella selva que parecia conocer y recorrer con exacta precision.

—Siéntate, Hassan, y refiere brevemente cuanto tengas que decirme.

Azadrach hablaba en lengua árabe con la misma soltura que los hijos del Coran: Hassan contestó en el mismo idioma.

—Los creyentes de la costa estan todos prevenidos y dispuestos á entrar en la lid. La Albufera es el punto de reunion. Las islas y los bosques del lago, los pueblos y aldeas de la ribera encierran millares de combatientes que solo esperan la señal para lanzarse á la pelea. Las huestes de Játiva, Montesa y Sierra de Enguera hasta Almizra, vienen á reunirse en la ribera del Júcar á las órdenes del valiente y glorioso Abul-Hussein-Yahia que Alá preserve y engrandezca.

—¡Continúa, Hassan!

—Al-Gecira-Xucar, es el punto de reunion de estas fuerzas, y el centro de operaciones del bravo Hussein.

—¿Y los del valle de Albaida?

—No han llegado aun. Se espera que con los del valle de Concentaina, Alcoy y los del Mariola formen una hueste respetable que cubra la retaguardia del gran ejército que avanza á libertar á la ciudad querida de los creyentes, á la sultana del Guadalaviar, á la hermosa Valencia.

—Y Abul-Hussein donde se encuentra?

—Cerca de nosotros.

—¡Cómo!

—Ha venido á inspeccionar por sí mismo las huestes de la marina, ha recorrido todo el lago y ahora está entregado al reposo hasta que asomen los primeros rayos en el Oriente.

—¿Le has hablado?

—Sí, está esperando las noticias que me dés.

—La ciudad ha conseguido una suspension de armas con objeto de daros tiempo á que os prepareis.

Todo está dispuesto ya. Los del valle de Albaida y Concentaina deben estar en camino para reconcentrarse en Al-Geçira-Xucar.

—El armisticio termina pasado mañana.

—¿Y los cristianos....?

—Hasta mañana por la noche estarán tranquilos y confiados en sus reales de Ruzafa. Pero al terminar la noche de mañana se moverá el ejército para atacar la ciudad y tomarla por asalto si no se efectúa la entrega como confía el rey En Jaime.

—¿Y cuál será la señal del ataque?

—Una luz roja brillará en el minarete de la mezquita mayor como señal preventiva que debe repetirse de atalaya en atalaya. Otra luz verde puesta en la torre de Catarroja indicará á los guerreros de la ciudad que estais dispuestos y preparados á la pelea. La misma luz en la mezquita de la ciudad, será la última señal de inteligencia y la hora del combate que debe generalizarse en toda la vega á un mismo tiempo atacando por todos lados el campamento de los cristianos.

—¡Que Alá nos proteja, Azadrach!

—Un instante aun.

—Habla.

—¿Qué habeis visto esta noche por las orillas del lago?

—Acababa yo de dar la señal de alerta á los destacamentos de la Albufera, retirábame ya con la linterna escondida debajo del albornóz cuando llegó hasta mí rumor de voces como de hombres detenidos en la orilla; fijé toda mi atencion y creí distinguir alguna palabra lemosina que el viento trajo hasta mí. No dudé ya de que eran soldados aragoneses y varié de direccion para que no me apercibiesen.

—Han hablado de ciertas risotadas que parece

haber despertado en ellos el temor de la superstición.

—Las he oído, porque apagué la luz de mi linterna y me dediqué á espiarles.

—¿Y de quién provenían?

—Del idiota que vaga por aquí tiempo há.

—¿Y á nadie inspira recelos?

—Falto de razón, apagada la luz de todas sus facultades intelectuales, desprovisto hasta del don del habla, ¿que recelo puede inspirar un ser tan desgraciado incapaz hasta para buscarse el alimento?

—Conviene, sin embargo, no fiar mucho; su inteligencia no debe estar tan apagada como supones, por cuanto ha sabido agotar la paciencia de los caballeros cristianos burlándose de ellos á su placer.

—Un momento hubo en que le vi espuesto á caer en sus manos. Precisamente la luna acababa de ahuyentar las sombras de la oscuridad y los cristianos pudieron dar en su escondite, pero se metió en el alcazar de una acequia inmediata y los caballeros no pudieron notar que le tenían bajo casi de sus pies.

—Pues ya ves, Hassan, como es mas inteligente de lo que aparenta, y como revela una intención que convendría conocer.

—Estaré sobre aviso, Azadrach.

—Otra observación, Hassan. Esos caballeros proyectan recorrer el lago á pretexto de cazar algunas cercetas.

—Ellos serán los cazados.

—Si yo les acompaño como creo, ya les guiaré á donde encuentren caza abundante, pero si yo no voy con ellos, ya estas avisado, Hassan; mucha prudencia y valor.

—Alá te guarde, Azadrach.

Una carcajada estridente como la de un loco resonó en el mismo matorral donde se encontraban los dos conjurados; era evidente que habia sido sorprendida su conversacion.

—¡Maldicion! prorumpió con una sarta de improprios el burlado Azadrach.

Y se lanzó puñal en mano en busca del temerario espía.

—¡Es el idiota! exclamó con tranquilidad Hassan.

Azadrach no contestó, buscaba el espía, como un sabueso olfatea el rastro de su presa. Su coraje no reconocía limites y se desbordó por completo al oír á algunos pasos de distancia el canto del ánade y del cuclillo. El idiota, si tal era, conocia en toda su estension el secreto de Azadrach, le remedaba perfecta y descaradamente y concluía por mofarse de sus planes y pérfidas maquinaciones con una nueva risotada que soltó al terminar el canto de las aves que remedaba. Pero Azadrach era astuto como un reptil y en vez de perseguirle se emboscó despues de un largo rodeo, entre las ramas de un sauce que crecía á la orilla del lago. Hassan permanecía enclavado en el mismo sitio como espectador de aquella inesperada escena.

El incauto idiota, arrastrándose por la yerba, fué á emboscarse precisamente al pié del sauce.

Allí dió principio de nuevo al canto del cuclillo que tan bien imitaba, pero esta vez no lo terminó.

Sintió el peso de un cuerpo que cayó desplomado sobre él y la hoja de un puñal que le atravesó el pecho de parte á parte.

Ni tiempo tuvo para exhalar un quejido. Su cuerpo fué arrojado al lago.

—Remeda ahí, si puedes, al ánade y al cuclillo. Dijo Azadrach envainando la hoja de su daga.

Cuando Hassan descubrió el cuerpo inanimado del idiota, exclamó con visible afliccion.

—¡Estaba escrito, infeliz! Tan desgraciada ha sido tu vida como desastrada tu muerte.

## CAPITULO XII.

**Resolucion de En Garcia Romeu.**

La voz de los centinelas hizo entender á Azadrach que alguien se acercaba por la parte del campamento.

Era Mosen Romeu acompañado de Nuño, su viejo escudero.

Impaciente por hablar con Azadrach, montó á caballo, Nuño hizo lo mismo y ambos se presentaron en las avanzadas.

Azadrach les salió al encuentro.

—¿Qué os trae de nuevo por aquí, En Garcia?

—Necesito hablaros, Azadrach.

—¿Sin testigos?

—Sin testigos.

—Venid, pues.

El jefe de la avanzada le condujo al pie de un árbol cuya sombra les ocultaba de indiscretas miradas y desde cuyo punto dominaban la llanura en gran estension iluminada además por el astro brillante de la noche.

Azadrach reconoció el terreno, examinó escrupulosamente las ramas del árbol, imitó al caballero á sentarse y ámbos se acomodaron al pie del tronco.

Nuño quedó con los caballos á respetuosa distancia y vigilando á la vez el terreno.

—Solos y seguros estamos, En Garcia: podeis empezar cuando gustéis.

—¿Puedo fiarme de vos, Azadrach?

—En qué sentido, caballero? Yo no he solicitado vuestra confianza, y pues venis á mí y deseais hablarme en secreto, motivos tendreis para buscarme, y

vos solo sabeis por tanto si os conviene ó no fiaros de mí.

—Por mi vida, que no esperaba tan áspera respuesta cuando vine á depositar en vos mi confianza, y á brindaros por lo tanto con mi amistad de caballero.

—Me honrais demasiado, En Garcia, y acepto vuestro favor. Mas no olvideis nunca que no solicito la amistad ni la confianza de nadie, ni aun del rey. Le sirvo porque me paga, y este es el único lazo que hay entre su alteza y yo.

—¿Por qué me hablais así, Azadrach?

—Porque tengo conciencia de lo que valgo y de lo que sois.

—Esplicaos.

—Todos los que os titulais caballeros y ricos homes de Aragon, no temeis descender hasta mí si puedo prestaros un servicio; mas pronto me volveis la espalda porque juzgais mi nacimiento inferior al vuestro. Insensatos! ¿Qué entendeis vosotros, hijos de la fortuna y no de vuestros merecimientos, qué entendeis de los misterios del nacer, ni de la luz de la sabiduria, ni de los secretos del corazon?

—Ya sé que hay en vuestro nacimiento alguna historia misteriosa, que no trató de averiguar.

—Os equivocais. He nacido de la misma suerte que todos los hombres y así me sucederá para morir.

—Se dice, sin embargo, que corre sangre ilustre por vuestras venas.

—¡Y qué! ¿Creeis que valgo más por esa circunstancia? Os engañais. Los hombres valen por sus merecimientos, no por la sangre que les dió el ser.

—Como gustéis: pero debo advertiros que esas doctrinas no podeis esponerlas á la faz del mundo.

—¡Porque el mundo se mofaria de mí! lo sé, En Garcia, lo sé. Pero en cambio me río yo de vosotros que componeis ese mundo y de vuestro ridículo valer debido solo á la casualidad del nacimiento.

—Juzgo, por el contrario, que os valdria más recobrar vuestro rango y la posicion que os pertenece.

— Si la merezco, la recobraré, En Garcia, por mi brazo y por mi saber.

— Servios aclararme una duda, Azadrach.

— ¡Cual!

— Habeis dicho que servis al rey por vuestra soldada.

— Así es.

— ¿Y si no os pagase?

— No le serviría.

— ¿Qué hariais pues?

— Buscaría un caudillo más generoso ó guerrearía por mi propia cuenta.

— Lo primero me parece bien.

— ¿Y lo segundo?

— No podriais llevarlo á cabo sin convertir os en capitan de bandoleros.

— Todo se reduce á que mi cuadrilla sería inferior á la del rey.

— ¡Azadrach!

— ¿Creeis acaso que los reyes y los conquistadores son otra cosa que jefes de bandoleros?

— ¡Azadrach!

— ¿Qué nombre dais á un salteador de caminos?

— Vos lo habeis dicho: el salteador es un bandido.

— Porque no tiene derecho para apoderarse de lo que no le pertenece, porque Dios prohíbe el derramamiento de sangre, porque ordena en sus mandamientos que se ame al prójimo en vez de maltratarle y de asesinarle. ¿No es así?

— Seguramente.

— El que roba y asesina le asiste sin embargo un derecho incontestable. El de la fuerza. El mismo de que se valen los reyes y los conquistadores para llevar á cabo sus fechorías apoderándose de lo que no les pertenece, despojando de sus bienes á familias indefensas, asesinando á millares de individuos que ningún daño les han hecho, derramando á torrentes la sangre de sus hermanos y cubriendo á la humanidad de eterno duelo por el robo, por la violacion y por el

asesinato. Juzgad vos ahora quién es más cuerdo ó quien es mas loco de los dos: si el mundo revistiendo esos crímenes con nombres pomposos, aunque ocultos siempre bajo la máscara de la adulacion y de la hipocresía, ó yo despreciando á ese mundo ignorante y falaz, indigno de disfrutar los dones y los tesoros con que Dios le enriqueció al colocarle en la tierra.

Menester era que Mosen Romeu se encontrase en un estado anormal de sobreescitacion y de enojo contra la majestad de su rey, para oír tan estrañas conclusiones sin arancar la lengua al mentecato que las espresaba. Repugnábale ya aquel hombre y le admiraba á la vez considerándole inferior en calidad, pero superior en sabiduria; y no atreviéndose á abandonarle de pronto, toda vez que fué á buscarle, se limitó á contestar como buscando un nuevo giro á la conversacion.

—No me considero con suficiente esperiencia para profundizar las sutilezas de vuestras argumentaciones. Permitidme, pues, que insista en mi primera duda sobre apartarse uno del servicio de su señor. Ya me habeis dicho que servís por vuestra soldada, y en este sentido debeis servir al que os pague mejor. Suponed, pues, que os encontrais en mi lugar y os hallais mal avenido con la paga que os dá el rey.

—Lo primero que hago es apartarme de su servicio.

—Y os vais, por ejemplo, á Castilla.

—¿Y por qué he de ir tan lejos? ¿Creeis que el castellano sea mejor que el aragonés?

—Solo os queda el reino de Granada.

—¿Pues qué, no hay caudillos generosos por aqui?

—El rey de Valencia, próximo ya á sucumbir.

—Si el de Valencia sucumbe, se levantará el de Játiva. ¿No conoceis al valiente emir Abul-Hussein Yahia?

—No en verdad.

—Pues es tan valiente como político, tan astuto y conocedor de los hombres como generoso y magnánimo para recompensar sus merecimientos.

—Pero es infiel, y un cristiano viejo no debe servir á los enemigos de su religion.

—¿Si os acosan tales escrúpulos por qué consultais mi parecer? Os digo lo que yo haria, no os amonesto á que lo hagais vos.

—Para ver á Abul-Hussein habrá necesidad de ir á Játiva.

—Tal vez no.

—¿Podrias indicarme do está?

—¿Cómo lo he de saber yo?

—Lo pregunto solamente.

—Lo ignoro.

—¿De qué medio os valdríais para llegar hasta él?

—Si el asunto era de escaso interés iria á su córte á buscarle y no perderia nada con ver nuevas tierras y nuevas costumbres; mas si el asunto era urgente, penetraria en sus estados, hasta que diese con él.

—¿Sin un seguro que abonase vuestras intenciones?

—¡Pardiez! Hablamos en hipótesis, En García: si llegásemos á la realidad, las circunstancias harian lo demás.

—Yo no hablo en hipótesis, Azadrach: si os hago estas preguntas y si he venido á buscaros, es porque pienso apartarme del servicio del rey.

—¡Vos!

—Sí, yo: y vengo á que me indiqueis el medio de que he de valerme para llegar á la presencia de Abul-Hussein.

Azadrach, mas experimentado que el jóven caballero, habia adivinado desde las primeras palabras, el objeto de la inesperada entrevista y de las estrañas preguntas de su interlocutor; pero debía recelar tambien no fuese un espía de sus perversas maquinaciones, y resolvió encerrarse en la mas prudente reserva, permaneciendo indiferente á la brusca salida del irascible caballero.

—Muy sensible es la determinacion que pensais tomar, En García, y grave debe ser la ofensa recibida

para apartaros del servicio del rey. Nada en este asunto puedo hacer por vos.

—Debeis tener amigos que lo sean de Abul-Hussein.

—¿De qué lo inferís?

—Digisteis que habeis nacido en esta tierra: y si os han nombrado gefe de avanzada, es por el conocimiento que teneis del terreno y de las personas de esta localidad.

—Observad tambien que no puedo abandonar la campiña y que mi deber de soldado me prohíbe todo trato con el enemigo.

—Pero conoceréis algun pescador, algun labriego, que sin ser enemigo armado podais tratar con él y encargarle que me sirva de guia hasta el real de Hussein.

—¿Comprendeis el árabe?

—Lo hablo muy regularmente.

—Cerca de aquí hay una choza donde se alberga la familia de un pobre pescador. En un instante podemos llegar si montamos á caballo. Llamad, pues, á vuestro escudero, y si corremos algun peligro de importancia la compañía nos ausiliará.

Romeu montó en su troton, Azadrach se acomodó en las ancas del caballo de Nuño y salieron á galope.

Un momento despues llamaba Azadrach á la puerta de una cabaña de regular aspecto, situada á la orilla del lago.

—¿Quién va! contestó una voz conocida.

—Un antiguo amigo que desea hablaros, Hassan.

—¿Esa voz no es de Azadrach? preguntó Hassan, á quien hemos visto poco antes conferenciár secretamente con el jefe de la avanzada aragonesa.

—Yo soy, Hassan; acompaño á un caballero aragonés que solicita tu hospitalidad.

—Espera un momento. Voy á abrir.

Trascurrió largo rato y la cabaña permaneció en silencio sin señales de abrir la puerta.

—El condenado ha vuelto á dormirse.

—O estará subyugado por el sopor de sus amores.

—Llamad otra vez, Azadrach.

Trascurrió otro rato aun.

Azadrach llamó de nuevo y la puerta se abrió.

—Perdonad, si os he hecho esperar; pero me rendía el sueño, no esperaba á nadie...

—Y te dormiste otra vez?

—Así es.

—¿Y la voz de la amistad no despertó tu alma al oír el acento de un antiguo amigo á quien no veías ha largos años? Pero pareces inquieto, Hassan. ¿Qué ocultas tras esa cortina que parece correr con tanto cuidado? Te advierto que venimos de paz y no debes recelar de nuestras intenciones.

—No oculto otra cosa que el pudor de mi mujer. Soy pobre y no tengo otras cámaras que las que veís.

—Basta, Hassan; quedo satisfecho y no debes ofenderte por mi curiosidad.

Y Azadrach enteró á Hassan de los deseos del caballero que él acompañaba, no sin ensalzar hasta donde pudo la alta nobleza y las distinguidas cualidades de En García Romeu.

—Me exijís un servicio superior á mis fuerzas, pero haré cuanto pueda por complaceros. Esperadme aquí.

Hassan desapareció como un juglar tras la cortina y se le oyó hablar en voz baja, pero precipitadamente como si diese órdenes que no admitían réplica. Un acento femenino parecia contestar á Hassan, mientras sus huéspedes sonreían maliciosamente suponiéndole embebido en las caricias de su amor conyugal.

—¡Cuando gustéis! dijo al caballero presentándose de pronto en el estrado.

Y los tres salieron de la cabaña.

Hassan cerró la puerta y aplicó disimuladamente el oído á la cerradura como cerciorándose de la tranquilidad de su mujer.

—No nos sirven los caballos, dijo así que vió al escudero. Mi barca nos llevará.

—¿Y dónde quedan entre tanto? preguntó el caballero.

—¡Aquí! contestó Hassan indicando un pequeño cobertizo junto á la cabaña.

—¿Estarán seguros? murmuró En García.

—Seguros de todo punto; el único peligro que pudieran correr es de parte de los cristianos y Azadrach vigilará por ese lado.

—Descuidad, que ya estaré sobre aviso.

Hassan se dirigió á la orilla del lago, desamarró una barca y Romeu y su escudero penetraron en ella; Azadrach se despidió del caballero mientras Hassan izaba la vela, que henchida por el viento, arrastró la barca por la blanda superficie deslizándose como una cerceta.

Azadrach permaneció en la orilla algunos momentos contemplando con satánica sonrisa la blanca vela que desapareció en breve. Despues se dirigió de nuevo á la cabaña y aplicó el oído á la puerta, pero nada oyó. Se dirigió á una ventana por cuyas rendijas parecía salir luz; escuchó atentamente, creyó percibir el aliento de una respiracion agitada, pero nada mas llegó á su oído, y entre confuso y despechado murmuró alejándose.

—¡Aquí se encierra algun misterio!

Y el misterio existía de hecho, porque allí, en aquella pobre cabaña, se albergaba la desgracia y la caridad.

Cuando Hassan descubrió el cuerpo inánime del idiota, se bajó á él y creyó que su corazon palpitaba aun; corrió por su barca y le llevó á su cabaña. La mujer de Hassan, caritativa como él, asistió cuidadosamente al herido que dió en breve señales de vida. El pobre idiota demostró su gratitud con una mirada inteligente que desmentía el nihilismo de sus facultades intelectuales. Tendido en el lecho del pescador y asistido por los dos esposos, el herido se creyó trasportado allí por la mano de los ángeles y depositado en el lecho de la caridad.

Los golpes dados á la puerta alarmaron algo á los esposos, pero no tanto como al herido, que abrió los ojos con espanto así que oyó el nombre y la voz de Azadrach.

—No temas, exclamó Hassan, estás bajo el techo de mi casa y nadie osará llegar hasta ti.

La mujer de Hassan se colocó delante del herido resuelta á defenderle.

Cuando el pescador salió, encargó á su mujer que no abriese á nadie, porque recelaba de la suspicacia de Azadrach.

Y Azadrach volvió á la cabaña, pero no oyó el menor ruido que afirmase sus sospechas y retrocedió á la avanzada donde estaba su gente.

Romeu seguia entre tanto en su barca encantado de la belleza que ofrecia la navegacion.

Deseaba explorar el lago, y la casualidad le presentaba una excursion desconocida que le habria dejado un grato recuerdo en su alma, si gozar pudiera de la tranquilidad de espíritu que su orgullo y su soberbia le arrebatará.

Absorto y meditabundo ante el grandioso cuadro de aquel espejo transparente cubierto de vegetacion como un estanque de flores acuáticas, Romeu, fija su mente en la escena de algunas horas antes, se veia con sus amigos en la orilla de aquel mismo lago cuyas ondas surcaba ahora acompañado por la melancolía y el despecho que le ahogaba. Repetía una y otra vez las palabras del rey, que le parecian menos duras de lo que entonces juzgara; veia á sus nobles amigos amonestarle cariñosamente por su infundado enojo contra la majestad del rey y contra su propia dignidad de noble y de caballero: arrepentíase ya de su necio arrebató y quisiera encontrarse en el real de Ruzafa para humillarse ante el rey y dar cumplida satisfaccion á sus amigos, lo cual le parecia ahora mas noble, mas digno de su prosapia, que no tratar con moros y correr lances nocturnos, solo, en pais enemigo y con gente ruin, como un bastardo aventurero.

¿Sabia por ventura dónde pararia aquella barca? Aquel pescador desconocido arrancado de su casa y del seno de su familia ¿no podia ser un malsin con trazas de hombre honrado? ¿Podia él medir todas las consecuencias de su loco enfado y de su arrebatada soberbia?

Verdaderamente no era mas que un niño mal educado, con mas orgullo que juicio, con mas pasiones que razon.

Y su pobre escudero, su viejo Nuño que le acompañaba, nada sabia de su temeraria determinacion, porque elegido por su noble padre como ayo, como mentor del jóven caballero, se hubiera permitido amonestarle, reñirle severamente arrancándole de aquella senda peligrosa que podia arrastrarle al abismo.

Y él, tan noble, tan poderoso, tan altivo; el ricohome de Aragon, tuvo vergüenza, tuvo miedo de su escudero y no se atrevia á arrostrar la tranquila mirada del viejo Nuño pidiéndole cuentas á él, que era su amo y su señor.

Y mudo, absorto en sus contemplaciones, sentado y abstraído en la popa de la barca, no pudo darse cuenta de la distancia recorrida por aquel mar de agua dulce, por aquellos bosques de plantas acuáticas.

Una voz, como salida del fondo de las ondas, le despertó de aquella especie de letargo por donde vagaba su imaginacion.

Hassan contestó á aquel grito de alarma, y en un instante la barca del pescador se vió rodeada, asaltada y presa por gran número de embarcaciones que salieron de improviso de aquellos bosques de maleza tan pujante en las aguas de la Albufera, donde es fácil estraviarse y perderse en aquel laberinto de plantas, sin un guía práctico y entendido en aquella navegacion.

En Romeu y su escudero se aprestaron á la defensa, pero Hassan les tranquilizó asegurándoles que su barca les ponía á cubierto de todo desman, á mas de

que toda resistencia era inútil, atendida al número de aquella gente.

Por la imaginacion del caballero pasó rápido como el pensamiento, la idea de que el rey habia obrado muy cuerdamente al denegarle su peticion; pues era indudable que él y sus compañeros hubieran alcanzado una muerte indigna, oscura y cierta, en las aguas de aquel lago que trataban de esplorar.

La gritería y confusion que reinó por un momento en aquellas embarcaciones atestadas de moros, gente toda de guerra, cortó la hilacion de las ideas que cruzaban por la mente del jóven, que sentia arder sus sienes por la vergüenza que le ocasionaba su propia accion. Pero era necesario llegar hasta el fin, porque era imposible retroceder, y habia que someterse á las consecuencias de tan singular aventura, ocasionada por la imprudente ofuscacion de sus perturbados sentidos.

Hassan sufrió un minucioso y detallado interrogatorio acerca de las intenciones del caballero y del móvil que guiarle pudiera al penetrar en los estados de los moros. El diálogo tuvo lugar en una lengua desconocida que ni Romen ni su escudero pudieron comprender.

El que parecia jefe de aquella fuerza invitó al caballero á dejarse vendar los ojos, segun costumbre admitida en la guerra, á cuya dura condicion tuvo que someterse como asi mismo su escudero.

Y así, engolfados en la oscuridad y aturridos por la gritería de aquella gente que parecia acompañarles en su navegacion, la barca continuó bogando impulsada por el viento, mientras el altivo caballero abismado en sus meditaciones se consideraba prisionero de guerra, cuando en rigor no era sino cautivo de su orgullo y esclavo de su soberbia.

## CAPITULO XIII.

**El ataque.**

La navegacion duró todavía largo rato, siempre acompañada de la infernal gritería de la gente mora.

La impaciencia y el despecho de Mosen Romeu no conocia límites.

Un choque suave, apenas perceptible, anunció á los tripulantes que la percha del barquero habia tocado la orilla.

En García y su escudero saltaron á tierra guiados por la mano vigorosa de Hassan.

—Preferiria esperar aquí con mi barca, dijo el pescador; pero debo acompañaros hasta el fin, y no os dejaré sino en presencia de aquel que buscais.

—¿Y cuándo me arrancais esta venda que me mortifica los ojos?

—Dentro de breves instantes. Seguid.

—Os advierto que si la distancia es mucha, y me obligais á caminar á tientas, me vuelvo atrás.

—Eso no puede ser. Pero tranquilizaos, que pronto llegamos.

—¿Vienes junto á mi, Nuño?

—Si, Monseñor, asido de una mano que me huele á moruna.

—¿Tienes libre la otra mano?

—Si: ¿y vos?

—Tambien.

—Pues juntémoslas como si nos desposáramos los dos.

—¡Ahí vá!

—Ya la tengo. Y ahora diré como los amantes contrariados; ¡Solo la muerte podrá separarnos!

El camino fué mas corto de lo que el caballero juzgaba.

Andarian unos cien pasos cuando dijo Hassan.

—Aquí es, y ya deben esperarnos.

—¿Han anunciado mi venida?

—Sí; entrad.

—¿Estamos en una casa?

—Podeis quitaros la venda.

Ni En García ni su escudero se hicieron repetir la órden.

—¡Por fin veo la cara de mi señor! exclamó Nuño alegremente.

—Esperad aquí, dijo Hassan; voy á anunciar vuestra llegada.

Romeu y Nuño quedaron solos en una pequeña sala de humilde aspecto. La casa donde estaban debía pertenecer á algun colono de aquellas riberas si no era propiedad de algun labrador acomodado.

Una lámpara colocada en el centro derramaba su débil luz por la estancia.

—¿Sabeis vos en dónde estamos, Monseñor?

—A medias solamente.

—Malo, muy malo, En García: esto no me huele bien.

—¿Pues qué temes, Nuño?

—Decid, ¿traeis alguna embajada de nuestro buen rey y señor el gran En Jaime?

—¡Quizá!

—Ese quizá quiere decir que no.

—¡Nuño!

—Enfadaos si gustais; pero apostára á que alguna diablura vuestra os ha metido en la ratonera. ¿Qué decís?

—Supongamos que es verdad lo que sospechas.

—Démoslo por hecho, ya que lo confesais.

—¡Y bien!

—Tócanos poner el ingenio en prensa para salir lo mejor posible.

—Eso haremos, Nuño.

—Venid, dijo Hassan presentándose. El emir espera.

Romeu siguió á Hassan, pero Nuño le detuvo.

—¿Y no puedo yo acompañaros á la presencia de ese caballero?

—No; debes permanecer aquí.

—Pues llamadme si me necesitais, que yo iré á buscaros.

En Garcia salió y un instante despues se encontraba en presencia de Abul-Hussein-Yahia, emir de Játiva.

—Me han dicho, cristiano, que enojado con tu rey querias hablarme para entrar á mi servicio. ¿Es así?

—Mi rey, noble Emir, tiene derecho á disponer de mi vida y de mi hacienda sin que su vasallo exhale una queja contra su autoridad ni contra su augusta persona. Pero mis fueros de noble, de rico-home de Aragon, me autoriza á apartarme de su servicio cuando me convinieren sin incurrir en el delito de traicion y sin faltar á la lealtad de caballero. El acaso me ha traído mas lejos de lo que imaginé; pero ya que he llegado hasta tí, vengo á decirte, noble Hussein, que yo, En Garcia Romeu, rico-home de Aragon, puedo apartarme del servicio de mi rey con los caballeros y gentes de mi casa. Si así lo dispongo ¿puedo encontrar un seguro en tus estados?

—Tus palabras, noble cristiano, me revelan el estado de tu alma. Has cometido una imprudencia, hija de tus cortos años, penetrando en mi territorio en las circunstancias actuales y la vispera de la gran batalla. Debiera tomarte por un espía de mi campo: pero tu edad te abona á mis ojos, porque tu rey es demasiado sagaz para fiar tal empresa á un guerrero tan mozo.

—Los años no indican capacidad ni valor.

—¡Ah! ¡Se resiente tu amor propio! prueba de que eres valiente, aunque atolondrado. Bien está. Júrame por tu honor de caballero que has venido á buscarme por los motivos que espones.

—Lo juro, Hussein, lo juro. Así perezca mi ánima si lo que digo no es verdad.

—Me basta tu palabra. Mas como ignoran los tuyos que yo me encuentro aquí, debias llevar adelante tu proyecto ó quedar mi prisionero hasta la terminacion de la campaña. Figúrate, sino, que pienso atacar hoy mismo vuestro real de Ruzafa.

—Puedes hacerlo si así te conviene: pero tú mismo has juzgado antes á mi rey. Es demasiado sagaz y harto experimentado en las cosas de la guerra para que le sorprendas en sus reales. Podrás atacar las compañías de avanzada, pero antes que la victoria se declare por ti, tendrás á tu frente una línea de batalla de todas las huestes aragonesas. Ya ves como no tiene importancia el hecho, aunque reconocemos tu valor de esforzado guerrero y tu pericia de caudillo: sabemos que eres hombre de valia por tu importancia, capacidad y corazon.

—Tu presencia en mis reales viene á trastornar parte de mis proyectos de guerra; pero no sé que secreto influjo tienes sobre mí que me inclina á ofrecerte mi amistad y á brindarte mi valimiento, y de cuanto puedo disponer. Libre estás, noble mozo: vuelve á tus reales y sirve como quien eres á tu rey. Y si un dia, tanto en la desgracia como en la prosperidad, necesitas el favor del emir moro, sea la amistad con que te brindo, el lazo mas íntimo que invocar pueda nuestra mútua consideracion.

Y el emir estrechó afectuosamente la mano de Romeu acompañándole con mas cariño que respeto hasta la pieza inmediata donde esperaban Nuño y Hassan. Allí los dos caballeros repitieron mútuamente sus ofertas y se despidieron.

—¡Bravo mozo! Esclamó el emir viendo marchar al cristiano. ¡Es un niño, pero será hombre de pró!

Por su parte Romeu murmuró para sí mientras Hassan le vendaba los ojos.

—¡Arrogante caballero es el noble emir!

Y guiado por Hassan y cogido de la mano de Nuño, señor y escudero se dirigieron á la barca.

El regreso fué mas breve, mas alegre que la ida, porque el estado de ánimo era mas tranquilo: y el caballero se sentia como regenerado por las palabras del emir, que supo encarrilarle por la senda del deber, mientras derramaba en su alma, lacerada por el despecho, el bálsamo de la amistad.

Al despojarse de la venda que cubria sus ojos, la luz del dia derramaba sus rayos de oro por las aguas del lago.

En Romeu se dejó reñir por su viejo escudero que no podia valerse de sueño, y siempre que esta necesidad le apremiaba se volvía gruñon. Pero pretestó que si habian perdido una noche de reposo, ganaba en cambio un amigo que le parecia franco y sincero y cuya sangre y alta importancia igualaban á la de un rey.

Llegados á tierra, En García recompensó con largueza los servicios de Hassan; señor y escudero montaron á caballo y dieron la vuelta á Ruzafa.

En Gimen de Tobiá esperaba sentado en la tienda de Romeu.

—¿De donde venís? preguntó secamente el anciano caballero.

—Deseaba explorar las orillas de la Albufera, monté á caballo, y satisface mi curiosidad acompañado de mi viejo Nuño.

—Quiero creer vuestras palabras por no dirijiros mayor reproche.

—¿Dudais de lo que os digo?

—Debiera dudarlo, En García, pues algun motivo me asiste para ello. Quede no obstante, esto así. Pero os advierto para lo sucesivo que no dareis un paso, fuera de las ordenes del rey ó de su lugarteniente, sin consultarme á mi. Así me lo encargó el honrado y nobilísimo En García el Bueno, y en ausencia de vuestro padre le represento yo. Ahora descansad, Mosen Romeu, y al salir de la tienda venid á verme.

En Gimén salió sin notar que había derramado en el alma del jóven todo el coraje, toda la ponzoña de que se hallaba poseído algunas horas antes. El respetable anciano conocia á fondo el carácter impetuoso del jóven, se habia propuesto corregirle y refrenarle y debia conseguirlo por el ejemplo y la persuacion ó por la amenaza y la fuerza.

Astuto y experimentado como viejo escudero, Nuño vió venir la tormenta y encargó á Francés el cuidado de su señor; y Francés con efecto, recibió de lleno el aguacero mientras él dormia como un liron.

Era más del mediodía cuando Romeu se fué á descansar: la fatiga y los pocos años le hicieron dormir largas horas sin despertar una sola vez. La noche habia tendido su negro crespon por todo el campamento cuando Nuño le despertó.

—Levantaos, Mosen, levantaos; hay alarma en el campo y vuestra gente os espera para salir al combate.

—¿Pues qué sucede?

—Los moros que nos atacan.

—¡Dijo verdad Hussein! murmuró En Garcia para sí.

—Figuraos, decia el escudero mientras vestia á su señor: figuraos que en una torre de la ciudad, brilla una luz roja como las barbas de Satan, En Rodrigo de Lizana observa que una luz igual brilla muy luego en una y otra atalaya mora, como si fuese un aviso ó una orden escrita en un papel. Las señales desaparecen al fin, pero el lugarteniente manda observar si se repiten las luces y no tardan en brillar de nuevo. Pero esta vez era verde y venian de lejos, hasta que la última brilló en la ciudad. En Rodrigo mandó prevenir algunas compañías, y gracias á su prevencion no nos han envuelto los moros en su primera embestida. ¿Ois? ¿Ois?

Y el estruendo del combate llegaba hasta la tienda de Romeu que vistió su cota, cinó apresuradamente sus armas, mientras Nuño le calzaba las espuelas y acababa de armar al jóven guerrero.

En Gimén de Tobiá se presentó en la tienda á tiempo que salía Romeu.

—¡Pronto, pronto; á caballo! gritó.

Y al frente de su mesnada y de sus caballeros y seguido de su fiel Nuño, En Garcia Romeu salió á galope junto á En Gimén de Tobiá.

Los moros de la ciudad creyendo descuidados á los aragoneses, hicieron una impetuosa salida con objeto de romper el cerco y atacar el real de D. Jaime, obligándole á levantar el sitio. Pero el rey conquistador y sus espertos capitanes no podían dejarse sorprender como un cabo de aventureros; una sorpresa equivale casi siempre á una derrota para el sorprendido, y un general prudente podrá ser vencido y derrotado, pero no sufre jamás el baldon de una sorpresa.

Los sitiados de Valencia tropezaron con un muro de combatientes compuesto de los fieros almugávares, que eran los tigres de la guerra, bastando algunos de ellos para hacer frente á un ejército. Los moros peleaban, no obstante, con el valor de la desesperacion y los almugávares aplastados por el número, por las nubes de guerreros que la ciudad vomitaba cesaron un instante y al fin retrocedieron. Un paso más, un nuevo arranque de valor y penetran en el real.

Pero ya el ejército aragonés estaba en orden de batalla y la victoria no debía hacerse esperar inclinándose del lado de D. Jaime.

Acompañado de la flor de sus caballeros, el rey se mezcló en la pelea dejando sentir en el campo enemigo el peso de su invicta espada; los moros á su vez fueron rechazados, acorralados por los almugávares rehechos y por el empuje de la caballería que destruyó las filas valencianas poniendo en desorden y en grave aprieto á los moros de la plaza.

Defendíanse sin embargo con teson: los mas valientes preferían morir antes que rendirse y peleaban los más como defendiendo su última esperanza; los menos osados buscaban un refugio en los fosos de la muralla, pero todos cumplían con su deber aunque

rotos y aniquilados ya, peleando como valientes ó muriendo como buenos.

Un suceso inesperado para los aragoneses previsto por los moros vino á variar la faz del combate.

La compañía de avanzada en las orillas de la Albufera, se presentó en el real vencida, rota y deshecha, acosada por una legion de moros que cubria la campiña por lo espesa y numerosa.

Ya no fué un grito de alarma el que sonó en el campo aragonés, sino un confuso alharido de desorden y de espanto. Grito que resono en la plaza como un himno á la victoria; cundiendo por la campiña, por los pueblos de la vega hasta las aguas de la Albufera y del Júcar levantando una griteria semisalvaje de júbilo, de esperanza y de entusiasmo.

Poco le costó rehacerse á los moros de la plaza mientras los cristianos hacian frente á aquella nube de combatientes que invadia sus reales. Pero el rey de Aragon, con la rapidez de sus concepciones que le distinguia entre sus mas esforzados capitanes, dividió sus fuerzas en cuatro columnas unidas entre sí por los puntos equidistantes y formando en conjunto un gran cuadro cuyo centro era Ruzafa.

La primera, dirigida por En Rodrigo de Lizana, hacia frente á los moros de la Albufera, que desembarcaban á millares, engrosando las legiones de la ribera dueños de la campiña donde se reproducian como enjambres atronando el espacio con su salvaje griteria. La segunda, al mando de En Guillen de Moncada, cubria el real desde el lago á la ciudad, y debia impedir que los sitiados se diesen la mano con los invasores. La tercera, á las órdenes de En Gimén de Tóbiá, ocupaba el espacio comprendido entre Ruzafa y Valencia, cuya posicion era en extremo comprometida porque debia resistir el peso de todas las fuerzas de los sitiados, obstinados en atacar por aquel sitio el real de los cristianos. La columna de En Gimén debia vencer á todo trance sin dejar de comunicarse con el de Moncada y con En Pedro de Alcalá,

puesto al frente de la cuarta y última columna. Apoyada en su flanco derecho por las fuerzas de Lizana, protegiendo el pretil del Guadalaviar y camino del Grao y estendiéndose por la margen izquierda hasta la Puerta de Cuarte á la Pechina, el de Alcalá debia correrse hasta donde fuese posible por la cintura de la ciudad rechazando toda salida y oprimiendo la muralla con un círculo de hierro.

El rey, tan esforzado guerrero como entendido capitán, ocupaba el centro de aquel cuadro de valientes, dando las órdenes más oportunas; acudiendo con su lucida escolta de prelados y valerosos caballeros, allí donde el peligro arreciaba, animando con el ejemplo á sus soldados que se rebacian y se envalentonaban ante la presencia y la briosa serenidad de un monarca, primer soldado de su hueste, invencible caudillo de la España cristiana y la gran figura militar de su tiempo.

En Gimén de Tobiá, como los demas capitanes gefes de columna, subdividió sus fuerzas en varios pelotones quedándose él en el centro, en la avenida de la Puerta de Ruzafa, cuya posición supo defender con el valor de los héroes. El mando del ala derecha de su pequeño ejército, lo encargó á En Beltran de Ahones, quien debia contener las impetuosas salidas de los moros por el Barrio de los Judios hasta la Puerta de Jerea, llamada mas tarde del Tempie. Y como gefe del ala izquierda, nombró á En García Romeu, quien con sus mesnadas y sus caballeros, debia resistir el ataque de la Puerta de Boatella, llamada en adelante de San Vicente.

Esta posición era un puesto de honor para el jóven caballero por ser uno de los puntos de más peligro y comparable solo á la Puerta de Ruzafa; pues eran las dos salidas que importaba á los moros tener espeditas, tanto para atacar el real de D. Jaime, cuanto para darse la mano con los moros de la ribera.

Por su parte, En García Romeu, dividió tambien sus fuerzas en tres cuerpos, colocando á su derecha á

En García de Vera en contacto con las fuerzas de En Gimén Tobiá: á la izquierda colocó á En Bartolomé Esquerdo en contacto con las fuerzas de Moncada; y él, el más jóven, pero no menos valiente que los caballeros de sus mesnadas, quedó en el centro frente á la misma Puerta de Boatella, punto el mas culminante de la refriega; porque debia recibir de lleno el grueso de las fuerzas de la plaza.

## CAPITULO XIV.

### !!!Victoria!!!

Advertidos los sitiados de la capital del poderoso refuerzo que por la parte de la Albufera les acudia, procuraron unirse á aquellas huestes que dirijia el bravo Hussein cuyo objetivo, dado que se consiguiera, debia darles la victoria sobre las tropas del rey Don Jaime.

En uno y otro campo se conocia la importancia de aquel combate decisivo para la suerte de Valencia: pues la ciudad tendria que rendirse si vencian los aragoneses, ó D. Jaime levantaba el sitio si la victoria favorecia á los moros.

El rey valenciano, el infortunado Zaen, hizo prodigios de valor y desplegó una inteligencia superior en la disposicion del combate.

Mientras el emir de Játiva dejaba sentir en las filas aragonesas el peso de su formidable cimitarra en las riberas del lago, el rey de Valencia, con el grueso de sus fuerzas, se dirijió á la Puerta de Ruzafa resuelto á abrirse paso y caer como una avalancha sobre el real de los aragoneses.

Una legion compuesta de los mas valientes y reputados gerreros, se dirijió á la vez á la Puerta de Boatella defendida por Mosen Romeu, mientras un

tercer peloton de gente decidida iba á apoderarse del pretil del rio para unirse por tres puntos distintos con las fuerzas de Hussein.

En Gimén de Tobiá recibió el ataque del rey moro con la serenidad de un viejo capitán encanecido en el combate, y con el valor de un jóven guerrero que aspira á la inmortalidad y al sobrenombre de los héroes.

Arrollado entre tanto En García Romeu por la brusca arremetida del enemigo, resolvió perder allí su vida con la gloria de un soldado, antes que comprometer su honor de caballero, cediendo un solo paso á la hueste moruna.

Forzoso era, no solo resistir, sino vencer; cualquiera que cesase una pulgada de terreno, daba entrada á los moros en aquel cuadro de combatientes; rota una fila era segura y decisiva la derrota de los aragoneses, pues la cobardia ó la desgracia de un solo caballero, envolvía la pérdida de todo el campo cristiano. Pero todos, caballeros y soldados, desde el rey hasta el último almugavar, desde el magnante al ballestero, todos tenían conciencia de su deber y preferían la muerte de los héroes antes que ceder al número y al desesperado valor del enemigo.

Un lucido escuadron de caballeros moros, suelta la brida y lanza en ristre, acometió las filas de En García Romeu, quedando envueltos por un instante soldados y caballeros y en completa confusion moros y cristianos. El noble aragonés descargó su brazo de hierro sobre aquella masa de valientes, mientras alentaba á los suyos ordenando y rehaciendo sus desbaratadas filas descompuestas por el empuje de la bizarra caballería mora. La línea de combate quedó al fin en órden de batalla á costa del enemigo que empezó á cejar conociendo con qué gente se las había. El gefe de la caballería mora, llamado Mahomed Abinazar, lleno de coraje por la vacilacion de sus guerreros, apostrofó á los suyos con el enojo de un valiente y arremetió las

filas cristianas que rompió con el hierro de su poderosa cimitarra.

Dentro del cuadro de los cristianos, rota la gente de Romeu y envalentonados los moros por aquel acto de valor, la victoria debia sonreir al esforzado Abinazar si sus caballeros podian seguirle esparciendo la muerte en las filas aragonesas.

Bien conoció el moro toda la importancia de su temerario arrojo, y resuelto á proseguir su comenzada empresa, gritó á su gente con toda la fuerza de sus pulmones.

—¡A mí, los valientes de Zaen!

Y sus caballeros se lanzaron en tropel en pos de su gefe, cuando la línea aragonesa acababa de cerrarse de nuevo.

Entre tanto Mosen Romeu, espoleando á su caballo, fué á colocarse enfrente de Abinazar resuelto á cerrarle el paso ó á perecer bajo los seguros golpes de su cimitarra.

Al verle el moro, exclamó con desden.

—Quita, niño; estas empresas son para los hombres.

—En mi tierra no hay niños: contestó el cristiano con altanería Allí las madres paren hombres para vencer á la gente mora.

Y antes de terminar la frase arremetió con su lanza al agareno, que hubo de parar el golpe con su rodela, mientras atacaba al cristiano con la maestría de un guerrero envejecido en el manejo de las armas.

Y la lucha creció hasta tomar las proporciones de dos gigantes, de los que, uno debia morir para que el otro pudiese vencer.

Nuño, el viejo escudero del aragonés, contemplaba con orgullo y con espanto al jóven guerrero en lucha campal con un atleta, de aquellos que, como una muestra de su antigua raza, presentó el pueblo musulman en las postrimerias de su imperio.

Rota la línea de los cristianos por el empuje de la caballería mora, Romeu se vió en un instante rodeado

de enemigos y trasladado á las puertas de la muerte que por todos lados le amagaba.

Sus escuderos cubriron sus flancos para defenderle de tan inminente riesgo y Nuño que veía perecer á su señor, gritó con todas sus fuerzas, defendiéndose á la vez como un gato rabioso á quien le arrebatan su presa.

—¡Caballeros de Romeu, aquí, socorred á mi señor!  
En García contestó con enojo.

—¡Ah! ¡Malsin! ¡He de cortarte la lengua por hablador importuno!

—Haz lo que quieras, hijo mio, con tal que salves tu vida y te vuelva yo á tu padre; replicó el escudero con la familiaridad á que solía recurrir en los momentos solemnes.

Un instante despues, En García de Vera y En Bartolomé Esquerdo, luchaban como leones al lado de En García Romeu.

La suerte favoreció al jóven caballero, pues habiendo resbalado el caballo de su adversario, él mismo se clavó la lanza del aragonés, cayendo al suelo, envuelto en un torrente de sangre.

Nuño quiso abrazarle cariñosamente, pero el jóven le rechazó con dulzura mientras se dirigia de nuevo al combate.

—Deja esas muestras de afecto para luego, viejo mio: tenemos aun sobrado que hacer y todavia no está á salvo mi honor de caballero.

—No lo creais, En García; contestó el de Vera, dando tajos á diestro y siniestro. Habeis cortado la cabeza del reptil y ya no hace otra cosa que mover la cola.

—Lo mismo digo, Mosen Romeu; replicó Esquerdo: esto no es sino genticilla de baja estofa que huye de nuestros alcances como bandada de mosquitos. ¡Ved, ved como corren!

—¡Sus, mis valientes! gritó En García Romeu. ¡Santiago y á ellos!

—¡A ellos! ¡A ellos, y viva el rey!

Contestó con entusiasmo la gente de En García.

Y cerrando con los moros pusiéronles en precipitada fuga hasta encerrarles dentro de la ciudad. Pero Romeu seguido de sus caballeros y de los mas valientes de su mesnada se precipitó tras los fugitivos alcanzándoles las espaldas y penetrando con ellos en el arrabal de Boatella hasta posesionarse por completo de aquella barriada, que mas tarde debía llamarse de S. Vicente.

—¡Valencia por En García Romeu! gritó el bravo Esquedo al penetrar en el arrabal.

Grito de entusiasmo que repitió la tropa de fila en fila y de hueste en hueste hasta los mismos soldados que acompañaban al rey.

Grito que llenó el espacio como el rayo de la tempestad derramando la luz del consuelo en el pecho de los cristianos y la tribulacion y el espanto en el decaído espíritu de los musulmanes.

Grito regenerador que entonaba himnos á la victoria redoblando las fuerzas de los aragoneses, mientras abatía el ánimo de los moros contristados con la pérdida de su pátria.

Grito elocuente de ardor, de fé y de entusiasmo que marcaba el fin del combate, el triunfo de un rey conquistador y la ruina de un pueblo que tenia derecho á llamar pátria suya á aquella tierra que dominara hacia ya seiscientos años.

Grito que declaró la victoria en toda la línea del rey de Aragon y la retirada mas vergonzosa entre aquella gente que estaba obligada á defenderse hasta morir en el campo de batalla, antes que someterse á las leyes del vencedor y á la pérdida de su pátria.

El enemigo desapareció y cesó el combate.

Todo el tropel de la gente mora envalentonada un instante mientras creyó segura la victoria se replegó tras los muros de la ciudad con ánimo de perderlo todo, si así salvaban la vida.

Abandonadas por los sitiados las tropas de la ribera, y perdida toda esperanza de aproximarse á la

ciudad, se declararon en retirada á pesar de los desesperados esfuerzos de Abul-Hussein que alanceó á sus mismos soldados para hacerles volver al combate; pero no bastó. Las compactas huestes se desbandaron en un instante, buscando unos la salvacion en la fuga y reembarcándose los mas en las barcas que cubrian los bordes de la Albufera. Pero allí se presentó una nueva escena de terror y de espanto que precipitó el desenlace de la sangrienta lucha tan cuidadosamente preparada por los moros y tan valerosamente sostenida por los cristianos.

Un cordon de naves aragonesas avanzando hácia la orilla, cubria las aguas del lago en el momento en que los moros se reembarcaban huyendo del combate. Eran los quinientos marineros que vinieron con el rey para auxiliarse en la conquista de Valencia y presentábanse ahora en el lago de la Albufera cortando la retirada de la gente mora.

Un grito de alarma cundió entre las desordenadas huestes del desesperado Hussein que no pudo rehacer la linea de combate para renovar la pelea.

La gente de mar, así que sonó el zafarrancho de combate, hacha en mano, se lanzó toda al abordaje mientras En Rodrigo de Lizana hacia acuchillar á los fugitivos que se arrojaban al lago para morir á manos de los marinos, dueños á la sazón del combate.

Los moros recurrieron tarde á un acto de valor que pudiera calificarse de heroicidad y no era sin embargo mas que el postrer ahullido del tigre que hincó sus garras defendiéndose aun entre el estertor de la muerte.

Alanceados en tierra y aplastados á bordo de sus naves, cogidos en sus propias redes y perdida toda esperanza de socorro y de salvacion, prendieron fuego á las barcas á fin de que el incendio se propagase y pereciesen con ellos sus terribles vencedores.

Una inmensa llamarada se levantó en el espacio alumbrando con siniestra luz el campo de batalla.

Las aguas del lago tintas en sangre por la matanza,

rojas por el espejismo del incendio, semejaban á una hoguera de metal fundido con olas de fuego pobladas de espíritus fantásticos.

Enrojecida tambien la campiña por la luz del incendio, presentaba el lúgubre aspecto de un campo de batalla despues de la lucha. Cráneos rotos, miembros destrozados, armas abandonadas, moribundos retorciéndose entre las angustias de la muerte, heridos aplastados bajo el peso de una legion ó bajo los pies de los caballos, cadáveres mutilados esparcidos acá y acullá, eran los despojos de aquel cuadro horrible que presentaba la campiña cubierta de restos humanos.

Envueltos en el torbellino del incendio los marineros del rey, soltando tajos é imprecaciones, cortando amarras y cercenando cabezas, tirándose al agua para ganar la orilla ó internándose en el lago, segun las peripecias de cada nave y de cada individuo, hubieron de suspender el combate hasta que el nuevo sol viniese á alumbrar aquel cuadro de fuego, de sangre y de matanza.

Tambien En García Romeu, héroe de la jornada, recibió aviso del rey, ordenándole suspendiese la pelea hasta el nuevo dia.

Los moros estaban quebrantados y solo la rendicion era la esperanza que les restaba. Pero resolvieron resistir hasta el último instante y la lucha se renovó al dia siguiente con desesperado ardor.

Pensaba En García Romeu penetrar en la Puerta de Boatella, defendida por una gruesa torre de maderos y tablas fuertemente clavadas y de gran consistencia. Los moros se guarecieron tras esta torre defendiéndose con gran teson, mientras los que la guarnecian dejaban caer tan nutrida lluvia de dardos y aceradas flechas, que ocasionaron gran mortandad en las filas de Romeu, desesperado ya de tan briosa resistencia.

El rey, que recorría toda la linea de combate, llevando refuerzos allí donde la lucha arreciaba, se pre-

sentó en el lugar de la pelea, mandando cargar sobre la torre con nuevos brios y nuevas huestes que acudieron de refresco.

Solo diez moros defendían aquel castillo de tablas, que resistía heroicamente el embate de un ejército numeroso y aguerrido, cubierto de laureles y de victorias. Varias veces se les intimó la rendición, que rechazaron con noble altivez, resueltos á sucumbir bajo sus escombros.

La lucha duraba largas horas, los moros resistían con valor, arrancando la vida al temerario que osaba aproximarse á la torre. Las bajas eran muchas en las filas aragonesas y no habia medio de tomar aquel fuerte que debia abrir las puertas de Valencia.

Otra vez se les intimó la rendición á nombre del rey, y con igual altivez fué rechazada.

El combate se renovó con nueva furia, pero infructuosamente.

En Garcia rabiaba de coraje: diez veces se aproximó á la torre, y otras tantas hubo de retirarse.

Nuño, su viejo escudero, ansioso porque la victoria coronase los esfuerzos de su señor, le ofreció apoderarse de la torre.

—¿Tú pobre viejo? exclamó admirado En García.

—Si tal hicieres, mas que honor, me dabas la vida,

—Es decir, que os ayudaré á tomarla.

—Esplicate, pues, ya sabes que tengo en tu experiencia, sobrada confianza.

Y debió quedar satisfecho de la esplicacion de su escudero, porque fuese al instante á buscar á Verá y á Esquerdó, y los tres caballeros reunidos, apretados como una masa viviente, se dirijieron á la torre.

Nuño, á pié, emboscado bajo el vientre de los caballos y con una antorcha encendida, llegó al pié de la torre y prendió fuego.

El humo del incendio levantó en la torre un grito de espanto.

Los moros pidieron gracia, pero era tarde.

El rey, que aun estaba presente, no quiso oír los

lamentos de los infortunados moros, y los diez defensores de la torre, murieron abrasados por las llamas y reducidos á cenizas.

El muro no tenia puerta por este lado y solo estaba defendido por la torre convertida en un monton de escombros.

Romeu abrazó con efusion á su viejo escudero, le declaró como el mejor soldado de su hueste, y seguido de su mesnada, penetró en la ciudad á lo largo de la calle de Boatella ó de San Vicente.

En Jaime, con la esperiencia de un gran capitan, acudió allá precipitadamente, reprendiendo á Romeu por su temeraria osadia, y obligándole á retirarse á sus primeras posiciones.

Su gran genio de conquistador no debia engañarle, pues los moros, en grandisimo número esperaban que los sitiadores se internasen en la ciudad; para caer sobre ellos y destrozarlles completamente, protegidos por la edificacion y emboscados en sus tortuosas calles.

La gente de Romeu emprendió la retirada con el orgullo de la victoria. El rey, atraido por nuevos gritos de triunfo y los clamoreos de una lucha encarnizada, picó espuelas y salió á escape.

La nueva lucha, muy semejante á la que acababa de presenciar, tenia lugar en la Puerta de Járea, llamada tambien del Cid, cerca del sitio donde hoy se levanta el Temple.

Los soldados del arzobispo de Narbona sostenian un combate heróico con gran número de enemigos. Iban á penetrar en la ciudad, cuando se presentó el rey.

Bien quisieran los soldados pasar adelante, pero En Jaime procuró estorbarlo porque preveia las consecuencias de un combate en el interior de la ciudad.

La lucha sin embargo, arreciaba, y habiendo vuelto el rey la cabeza para examinar un tropel de moros, que del interior de las calles acudia, acertó un ballestero á herirle atravesándole el casco, de una flecha.

El rey, montado en cólera, quiso extraerse el proyectil, pero se rompió en dos pedazos quedándose clavado en la sien, junto al ojo derecho.

La sangre corrió por la mejilla del rey, con gran sensación de sus caballeros y soldados, que acudieron á asistirle, y con gran pena de todo su ejército.

El augusto herido, por animarles á todos, procuró reír, diciendo al paso.

—¡No es nada! ¡No es nada! ¡Un arañazo del gato rabioso!

Mas adelante, al pasar junto á sus guerreros, añadía sin dejar de reír.

—¡Es el bautismo de sangre para redimir á los moros!

Así llegó á su tienda, con la cara ya hinchada hasta el punto de cubrirle el ojo.

La reina Doña Violante, su muger, estuvo á pique de desmayarse, viendo al rey ensangrentado; pero sus virtudes de muger piadosa y cristiana, su cariño de esposa amante y solícita y su valor de reina, sobrepujaron á su sensible impresion: y con su tierna solicitud y con sus amorosos cuidados, el rey no tardó en sanar, despues de guardar cama por espacio de cinco dias.

Durante este tiempo, se presentó en su tienda el moro Ali-Albatá, enviado de Zaen, (1) rey de Valencia.

(1) Muchos de estos nombres de moros están corrompidos, ó por las alteraciones de la pronunciacion, ó por el vicio de una errónea ortografia en que incurrieron al escribirlos casi todos nuestros cronistas; bien que los escritores árabes no trataron mejor los nombres españoles. El verdadero nombre de Zaen es Giomail Ben-Zayan: era hijo de Modef ó Mudafe, y nieto de Lobo.

Trabajo cuesta creer cómo algunos escritores han incurrido en el error de presentar al moro Zeit como último rey de Valencia, cuando no puede ser considerado en la época de la conquista, sino como rey destronado y fugitivo ó como rey pretendiente.

Las negociaciones se llevaron á cabo con tan gran sigilo, que ninguno de los ricos-hombres se apercibió del hecho.

Una noche les anunció el rey, que á la mañana siguiente penetrarian en la ciudad.

Y asomó la aurora en el Oriente precursora de un día de júbilo para las armas cristianas, y de llanto y de consternacion para el pueblo musulman.

Valencia hubo de rendirse, y la capitulacion redactada en latin y en árabe, fué firmada en Ruzafa, á veinte y ocho dias del mes de Setiembre de 1238.

Día de luto para los árabes valencianos, porque el invicto pendon del rey En Jaime, flotó al viento en la torre del Cid, como tomando posesion de una tierra cuyos hijos veneran aun la memoria del gran rey y conservan cuidadosamente la gloriosa enseña que inauguró en aquel reino una nueva era de paz sellada con el signo del Calvario.

El rey moro, acompañado de una lucida escolta de caballeros, se presentó en el real de D. Jaime á hacerle entrega de las llaves de la ciudad y á despedirse de la hermosa Valencia, cuya posesion no supo defender, y en cuya defensa no supo morir como cumplia á su dignidad de soberano.

Al tratar de la muerte de los vencidos quedó concertado que los moros que no quisiesen someterse á las leyes del vencedor, podian abandonar libremente el país y trasladarse á donde mejor les conviniera.

Y cincuenta mil familias cargadas con sus joyas, arrastrando á los ancianos, á sus mujeres y á los niños, con lágrimas en los ojos y enlutado el corazon poblaron los caminos y llenaron el espacio con sus lamentos, con sus ayes y sus lloros, dirigiéndose á Cullera, á Játiva, á la Sierra de Mariola, á Murcia y á las costas de Africa.

¡Pobres vencidos, que por temor al yugo de los cristianos, caminaban errantes hácia la esclavitud de la abyeccion y de la miseria!

El émir de Játiva, Abul-Hussein-Yahia, se presentó

tambien en Ruzafa, acompañando al destronado Zaen.

El rey En Jaime y el rey moro, estendieron y firmaron un tratado de paz, por el cual se convenian las partes contratantes, con el testimonio, aprobacion y firma de los prelados, y caballeros de uno y otro monarca, á respetar sus respectivos dominios, cuya línea divisoria era el Júcar.

La paz debia durar siete años.

Zaen entregó todas sus villas y sus castillos y sus alquerias de aquende el Júcar, y eligió para su residencia y córte de su mermado reino, la villa de Cullera, á donde se trasladó con su séquito.

Al despedirse Abul-Hussein del rey En Jaime, le ofreció su amistad, como así mismo á los principales caballeros aragoneses, á quienes invitó á que visitasen su córte, prometiéndoles obsequiarles con justas y torneos.

Pensó que los lazos de amistad y la voz de la hidalguía serian prenda más segura de paz, que los tratados y las promesas del rey y procuró atraerse las simpatias de los ricos-hombres de Aragon, sin cuyo voto no podia moverle guerra el rey de Aragon ni ningun otro de su regia estirpe. El astuto moro pidió licencia á D. Jaime para besar la mano á la reina: y el rey, complacido por la galanteria de Hussein, montó á caballo y le acompañó á la estancia de doña Violante.

## CAPITULO XV.

### **El Palacio del Real.**

En la márgen izquierda del Guadalaviar, á pocos pasos de la muralla de Valencia, hay un sitio, ameno como los jardines del paraiso, feraz como los bosques

de la Alhambra, histórico como el anfiteatro de Sagunto, alegre como las orillas del Guadalquivir, poético como las ruinas de Corinto, cubierto de eterno verdor como los prados de la India; y lleno de gratos perfumes como un laboratorio de aromas y de jazmines.

Separado de la capital por el soberbio cauce del río; situado entre el suntuoso y artístico palacio de San Pio V, y el bellissimo paseo de la Alameda, el Jardín del Real es uno de los puntos mas agradables de Valencia, por su situación, por su belleza, por sus encantos y por sus recuerdos.

Data su nombre desde el tiempo de la conquista, no porque Don Jaime asentara allí sus reales, sino porque ya de mucho antes se levantaba en aquel sitio una mansion real.

Los palacios y casas de recreo, cubrian en tiempo de moros las afueras de Valencia; pues aquel pueblo dado á los placeres del campo y á la belleza de los jardines, bajo un cielo apacible de eterna primavera, sobre un suelo húmedo por copiosas manantiales y corrientes subterráneas, aspirando las brisas del Mediterráneo y mecido por las auras de suave céfiro: de costumbres voluptuosas y apasionado por los perfumes, fijó sus miras en la belleza y en los productos del suelo, y no sin trabajo, con grande estudio y mayor constancia, convirtió la tierra en un soñado paraíso.

A las obras de la Naturaleza, añadió el arte. el lujo y el sibaritismo, y las casas de campo que cubrian la vega, no eran sino palacios de recreo, destinados á los placeres de la mollicie.

Compréndese bien que si los moros más ricos disfrutaban de tales encantos ¿cuál no seria la belleza. el arte y la suntuosidad de la mansion de los reyes?

La Historia nos ha trasmitido un largo catálogo de las posesiones reales de aquellos reyes, y una de las mencionadas era el palacio del Real, por ser este edi-

ficio la mansion de recreo de Zeit-Abu-Zeit, ex-rey de Valencia (1).

Destronado este monarca por el ambicioso Zaen, último rey moro, Zeit, aliado ya de antiguo con el rey de Aragon, fuese ahora á encontrarle al corazon de su reino y á solicitar su concurso para reponerse en el trono.

Zeit entregó á Don Jaime distintos castillos en rehenes de su palabra, y moro y cristiano vinieron sobre Valencia, con esperanza el uno de reconquistarla y con seguridad el otro de retenerla.

El rey de Aragon recorrió la huerta al frente de unos cuantos caballeros, buscando sitio á propósito para acampar: entró en Ruzafa y allí asentó sus reales hasta la capitulacion de Valencia, que tardó cuatro meses en rendirse. En todo este tiempo acudieron á unirsele gruesas mesnadas y prelados y caballeros de todos sus reinos y de lejanos paises.

Robustecido el ejército con numerosas huestes y estrechando el cerco por diferentes puntos, el rey varió á menudo de real, como variaba de corte, segun las necesidades del asedio y de sus asuntos.

Ruzafa no dejó de ser, durante los cuatro meses de asedio el cuartel general del rey, como lo atestigua el acta de capitulacion; que esta clase de documentos son los que revelan los hechos y las verdades incontestables de la historia; pero por galanteria á su aliado, ó por necesidades de la guerra, aprovechó el ofrecimiento del moro Zeit-Abu-Zeit, y alojó en aquel palacio á la reina.

La encantadora mansion donde moraba su dueño, el destronado rey de Valencia, donde se alojaba el de Aragon con su esposa doña Violante y donde se reunia la corte, fué llamada el *Real* por los aragoneses; y anterior ó no á la conquista, quedó perpetuado el

---

(1) Los historiadores árabes le dan el nombre de Cid-Abu-Abdalla Muhamad. Lafuente le llama Ceid-Abu-Zeyt.

nombre allí, donde se alzara el real palacio de Valencia.

Cuando el rey montó á caballo para acompañar al emir de Jativa, se dirigió al Palacio del Real, donde estaba Na Violante con toda su corte.

La hermosa húngara, pues que era hija de Andrés, rey de aquella nacion, tenia la belleza de la juventud y la frescura de sus veinte y cinco años. De nacarada tez, de ojos dulces y espresivos, de abundosa cabellera, aunque oculta bajo una toca de raso azul con flores de oro; de torneado cuello ajustado por una gola de finisima randa; de figura estatuaria como las hijas de su país, la reina de Aragon era hermosa en conjunto y podia ser una obra de arte, trasladada al lienzo, por sus delicados y correctos perfiles.

El salon donde se hallaba, adornado de ricos arabescos, era la regia estancia de Zeyt-Abu-Zeit, que departia con la reina y con algunos prelados que la acompañaban.

Eran estos, el arzobispo de Narbona, cuya poderosa mesnada auxilió al rey en la conquista de Valencia; el arzobispo de Tarragona, metropolitano de la iglesia de Aragon, el obispo de Huesca, confesor de la reina, y el obispo de Segorbe, electo, ó como dicen las crónicas, confirmado por el moro Zeit.

Si la reina y los prelados no se desdeñaban de compartir familiarmente con el destronado moro, no era en verdad por su condicion de rey, mas por el favor que constantemente dispensara á la iglesia cristiana á costa de sus estados y sus riquezas. Buena prueba era el obispado de Segorbe, instituido y dotado por él, á mas de otras instituciones que pensaba fundar aun; él, que habia sido en otros tiempos el Neron, el implacable verdugo de los cristianos, alcanzando algunos de ellos la palma del martirio y la veneracion en los altares, á donde les colocara la persecucion del Calígula moro, y ahora neófito cristiano.

La reina estaba sentada en un sillón, como así mismo el rey moro y los prelados,

Detrás de la reina, colocadas á respetuosa distancia, habia algunas damas que asomadas á un elegante agimez perfumado con el ambiente del jardin hablaban entre sí á media voz, ó mas bien cuchicheaban.

Una de ellas era Na Teresa de Vidaurre, en quien parecia cebarse el virus de la murmuracion. Cundia entre las lenguas de la fama, que la corte tenia dos reinas, siendo una de ellas la de Vidaurre. La reina era demasiado bondadosa para dar crédito á tan indigna suposicion; amaba tiernamente al rey, y siempre el ser amado es perfecto, segun las misteriosas leyes del corazon.

Entre aquel grupo de damas, sobresalia, por su aire abstraído, una jóven de tez morena como el tipo de la mujer española, de ojos vivos y seductores, de aterciopelado cutis y de larga y sedosa cabellera. Sus sienes descansaban sobre su mano derecha apoyado el codo sobre el alfeizar de la ventana. Su mirada, vaga en aquel instante, parecia fija en las altas torres de la ciudad; y su pensamiento, veloz como un torbellino, vagaba inquieto por las imaginarias regiones de la fantasía.

La de Vidaurre, en voz muy baja decia á sus amigas.

—Ved qué triste está Na Soledad.

—Bien le cuadra su nombre, porque siempre está aflijida como una Dolorosa.

La que así hablaba era Na Catalina de Tobiá, hija del anciano En Gimén.

—A mi me conmueven sus pesares y no dejo de compadecerla.

Añadió Na Leonor de Alcalá, hija de En Pedro, y pariente en tercer grado de Na Soledad.

—¿Posible es que esteis tan triste, amiga mia, vos hija de un padre tan ilustre como En Rodrigo de Lizana, querida y mimada por la reina, pretendida y solicitada por los más nobles caballeros de Aragon?

—¿Solicitada decís, Na Teresa?

—Eso dije.

—¡Ah! ¡No es verdad, no es verdad!

—Decid que no os cuadra ninguno de los que solicitan vuestra mano.

—Así es, Na Teresa, ninguno me cuadra, ninguno.

—Malo es eso, porque al fin vuestro padre tiene derecho á disponer de vos, y no tendreis otro medio que elegir ú obedecer.

—¡Imposible! ¡Oh! ¡Imposible! Moriré antes de pesar.

—¡Bah! Mas tarde ó mas temprano os decidireis al fin, pues supongo que no querreis profesar.

—Al contrario, miro con tanto afán esa hermosa ciudad moruna, porque presiento que he de vestir el sayal en el primer cláustro de religiosas que se funde en su recinto.

—¡Loca sois, Na Soledad! Mas decidnos en confianza y no os enojeis por mi pregunta. ¿Teneis amor?

—¡Yo! ¡No lo creais!

—Y sin embargo palideceis. No seais niña, Na Soledad. Dad salida á vuestras penas, nosotras os consolaremos y ¿quién sabe lo que aun puede acontecer?

—¿Por qué me hablais así? Yo no tengo amor, Na Teresa, ni he pensado en ello ni nadie se acuerda de mí.

—Todo el mndo sabe, sin embargo, que hay mas de un doncel que pena por vos.

—¡Yo no les quiero!

—Porque vuestro padre no os lo impone aun—contestó Na Leonor de Alcalá.

—Así es:—añadió Na Catalina—juzgad sino lo que me sucede á mí En Gimen de Tobiá, mi dignísimo padre, llamóme un dia para decirme con voz de mando y entonacion militar:—«Hija mia, has llegado á la edad propia para tomar estado. Yo soy viejo y espuesto siempre á los peligros de la guerra; no quiero abandonar este mundo sin dejarte asentada en él. En Bartolomé Esquerdo solicita tu mano y he tenido á bien otorgarla. Prepárate á recibirle por esposo, para

que asegures tu felicidad y perpetues mi descendencia.»—Padre,—repliqué—En Bartolomé es un valiente, pero muy violento y testarudo.—Tú eres buena y le suavizarás con tu dulzura.—Pareceme que su nobleza es inferior á la mia.—Tú le darás la que á él le falta y tus hijos no serán menos honrados que tu padre.—Es un tanto rudo y morenazo como un argelino.—Tu eres fina y discreta como cortesana y eres blanca y rubia como una hija del Norte.—Y qué, ¿he de darle tambien algo de mi blancura?

Las damas soltaron la risa con mas estrépito de lo que conviniera á la etiqueta de palacio, pues la reina volvió la cabeza como para imponerles silencio.

—¿Y qué os contestó En Gimén?—Preguntó Na Leonor.

—Lo que habeis de darle—Replicó con la severidad de un juez amostazado—es algo del juicio que no teneis; y añadió alzando la voz ¡Chis! ¡No me repliques! Ni una palabra más. Na Catalina. Sereis esposa de En Bartolomé!—Volvió la espalda y aquí me teneis más enamorada que una tórtola, por mandato de mi señor padre.

Las damas volvieron á reir, pero tapándose la boca con la mano para no llamar la atencion de la reina.

—Y vos no teneis amores, ¿Na Leonor?—Preguntó la de Vidaurre.

—Bien sabeis que sí: pero al contrario de Na Catalina, tengo gran temor de que lo sepa mi padre.

—Le ofendeis, Na Leonor, porque En Pedro de Alcalá es bondadoso como ninguno y parece el mejor de los padres.

—Le juzgais con gran acierto, porque así es en verdad. Pero tiene muy nobles aspiraciones, y no sé que deben parecerle mis amores con En García de Vera.

—Es tan gallardo doncel como bizarro caballero.

—Por eso le amo.

—¿Mucho?

—Mucho. ¡Oh! ¡Mucho! Pero si mal no adivino, mi padre quisiera para mí á En García Romeu.

—¡Como! ¡A En García decís!—preguntó Na Soledad pálida y temblorosa como poseida de una emoción repentina.

—A En García Romeu, si: pero yo amo á En García de Vera.—contestó Na Leonor.

La de Vidaurre fijó su mirada inteligente en Na Soledad de Lizana y exclamó estrechándole sus diminutas manos.

—Vuestro corazon os ha vendido, pobre niña, revelándonos el secreto de vuestra sombría tristeza. No temais, Na Soledad, en depositar aquí los sentimientos de vuestra alma enamorada.

—¿Quién os ha dicho que tengo amor? ¿Quién os dice que estoy enamorada.

—No os alarmeis, Na Soledad; podeis fiar en mi discrecion.

—¡Ah! ¡No sabeis vos cuánto sufro! ¡No conoceis la lucha de este corazon que yace aqui, sin esperanza!

Y las lágrimas del sentimiento inundaron sus ojos, que ocultó bajo el lenzuelo de sus manos.

Una de las damas que se hallaba de pié mas cerca de la reina, miró con cierta curiosidad el grupo de las jóvenes que cuchicheaban en la ventana, y como si deseara tomar parte en la conversacion, abandonó su puesto de honor, recogiéndose discretamente la larga falda de su vestido para evitar el leve ruido del roce de la seda sobre la gruesa alfombra, y se acercó de puntillas hasta donde estaban sus nobles compañeras.

Na Catalina, así que la vió llegar, sonrió como una loquilla, y exclamó con marcada intencion:

—Aqui se acerca la muy noble Na Alda de Carroz que nos vá á referir la historia de sus amores.

—¿Pues de cuándo acá datan los amores de Na Alda? Replicó Na Teresa de Vidaurre.

—¡Ah! ¿Es esa vuestra conversacion?—murmuró con frialdad la recién llegada.

—¿Os disgusta por ventura? ¿O es que no quereis revelarnos el nombre de vuestro afortunado caballero?

—Yo no tengo amor, respondió secamente la dama.

—Podrá ser verdad, pero tambien lo es que estais dispuesta á casaros con amor ó sin él.

—Na Catalina que todo lo sabe ¿no podrá decirnos quién es el galan de Na Alda de Carroz?

—No lo diré, Na Teresa; pues cuando Na Alda lo niega.....

—No lo niego, es simplemente que no debo dar publicidad á un secreto de familia.....

—¡Cómo! ¿Vais á casaros y es un secreto vuestro amor?

—Sí, porque mi caballero oculta todavia bajo un nombre oscuro los timbres de su alto rango que le igualan en nobleza al nombre mas ilustre del reino de aragon,

—Escitais mi curiosidad, Na Alda.

—Apostaria, replicó Na Catalina, á que el incógnito caballero, no es otro que Azadrach.

Na Alda de Carroz dirigió una mirada de enojo á Na Catalina, y le volvió la espalda. Las jóvenes soltaron una ruidosa carcajada.

La reina volvió segunda vez la cabeza y las damas guardaron silencio.

—¿Conque es cierto,—decia Na Violante (1)—que hay en Valencia una iglesia cristiana que ha resistido

---

(1) Nombre españolizado de *Yoland*. Era hija de Andrés II, rey de Hungría. Cuando D. Jaime casó con esta señora, doña Leonor de Castilla, su primera esposa vivia aun. Declarado nulo el matrimonio por razon de parentesco en grado prohibido, el mismo pontifice Gregorio IX, negoció el enlace de D. Jaime con la princesa húngara, efectuándose el casamiento en Barcelona, en Setiembre de 1235.

los embates de la gente mora, en el trascurso de tan larga dominacion?

—Tan cierto es, señora, como yo soy su obispo.—contestó Don Fray Gimeno.—Esa iglesia corresponde á mi diócesis de Segorbe, de cuya sede soy pastor, aunque indigno.

—Es la iglesia del Santo Sepulcro, que los mozárabes de Valencia tienen en grande estima y veneracion—añadió Zeit.

—Veo que no sois los moros tan malos como yo os juzgaba.

—¿Nos concedéis algun mérito, señora?

—Que os enaltece á mis ojos.

—Ya debéis saber que cuando esa iglesia existe, es porque hay un barrio poblado de cristianos que comprende toda la parte de la ciudad situada desde el Santo Sepulcro hasta la puerta de Valldigna. Como nadie les ha perseguido por sus creencias, los cristianos han podido adorar libremente á su Dios y aun levantaron templos para venerar á sus santos.

—El rey de Valencia se refiere, señora, á la ermita de San Vicente Mártir, que se halla en el arrabal de Boatella, frente á la calle y puerta de este nombre.

—¡Ah! Pues esa calle y ese arrabal no debe llamarse así por mas tiempo. Antes deben llevar el nombre de la ermita y de su santo patrono. ¿Qué opináis vos, señor arzobispo?

—Opino como vuestra alteza, señora—contestó Don Pedro de Albalat, arzobispo de Tarragona.—La calle Boatella debe llamarse desde hoy, calle de San Vicente, y debemos aconsejárselo así al rey.

El arzobispo de Narbona y el obispo de Huesca formaban corro aparte. El de Seborga replicó:

—Vuestra alteza es el iris de paz en todo el reino, y conseguirá cuanto desee del rey mi señor, que es el genio de la guerra y el defensor de la cristiandad. Valencia, señora, va á ser purificada de la idolatría y necesita un pastor que dirija su iglesia. Creo que la

silla episcopal debo ocuparla yo, que soy ya, aunque indigno, obispo de Segorbe. Vuestra alteza sabrá inclinar el ánimo del rey mi señor, para que me nombre prelado de Valencia, y os respondo, señora, que borraré hasta el último nombre que no suene á cristiano.

—Perdonad, reverendo señor, si involuntariamente puedo disgustaros. Debo creer que el rey mi esposo tiene ya acordada la provision de la mitra de Valencia de lo cual el señor arzobispo, estará mejor informado que nosotros.

Don Pedro de Albalate sonrió para su interior al oír la pretension de Fray Simon Gimeno, mas recobró pronto su grave aspecto y contestó.

—Ignoro las intenciones del rey sobre este asunto. Pero supongo que las ocupaciones de la guerra no le han dejado tiempo para ocuparse de la persona que debe dirigir la iglesia valenciana.

Un sacerdote penetró en la régia estancia.

Hizo una profunda reverencia, se arrodilló á los pies de la reina y besó su mano. Besó en la misma actitud el anillo del arzobispo y se levantó para besar el del obispo. Saludó reverentemente al rey moro y á los otros prelados, y esperó á que la reina le preguntase.

El de Tarragona miró al recién llegado, y dirigió despues otra mirada significativa y casi burlona á Fray Simon Gimeno.

La reina preguntó.

—Y bien, ¿habeis cumplido nuestro encargo, señor Ferrer de San Martin?

—Todo está dispuesto, señora. El rey mi señor tiene ya dispuesta su morada en el palacio de Ali-Ampuia, cerca de una mezquita bastante capaz que hoy mismo será purificada. Su alteza, en el fervoroso celo que le distingue por honrar á la iglesia, piensa ceder á uno de los templos de la ciudad, su milagrosa imagen de Nuestra Señora de las Victorias.

—Quedamos satisfecha de vuestros encargos, señor

Ferrer de San Martín. Vos, señor arzobispo, os encargareis de purificar la mezquita, y en honor al nombre de mi padre, quiero que la pongais bajo la advocación de San Andrés Apostol. Oficiareis de pontifical, pues la primera función religiosa debe ser en acción de gracias á Nuestra Señora de las Victorias, que quedará depositada en nuestra real iglesia de San Andrés.

En este instante se presentó el rey acompañando al emir de Játiva.

Los prelados se pusieron de pié.

El moro saludó respetuosa y cortesmente á la reina, y sus ojos se fijaron en el antiguo rey de Valencia Ziyt-Abu-Zeit. Finjió no obstante, no haberle visto bajando los ojos con provocativo desden.

—Señora,—dijo el rey dirigiéndose á la reina—dad á besar la mano al noble emir de Játiva. Abul-Hussein-Yahia, nuestro amigo, cuyo probado valor de guerrero no cede sin embargo, á su exquisita galantería de cumplido cortesano.

—Sed bien venido, noble moro, y quiera Dios iluminar vuestro corazón para que la amistad del rey, mi esposo y señor, pueda contaros en el número de los príncipes cristianos.

—Creed, poderosa sultana, que á mas honor tuviera servir á tan gran rey y á tan virtuosa princesa, que ser califa de Córdoba ó sultan del Oriente. Pero mi destino me ha hecho nacer entre moros y solo me toca admiraros de lejos, no tanto por la grandeza de vuestro reino, cuanto por el tesoro de vuestros dones, cuya fama cunde por los ámbitos de la tierra.

—Cortesano sois, Abul-Hussein.

—Quisiera serlo de vuestra corte, gran princesa, para tener la honra de servirlos y contemplaros de cerca.

—¿Teneis hijos, Abul-Hussein?

—Un hijo de ocho años que es luz de mis ojos y una hija de trece, que es bálsamo de mi vida y lucero de mi alma.

—Mucho les amais, Hussein.

—¡Ah señora! No ama la flor al rocío, ni el musgo el calor del sol, ni la abeja la miel del romero, ni las aves el aire ambiente, ni los peces la honda amarga, ni el navegante las estrellas, ni el avaro su tesoro, ni el ciego la luz del día tanto como yo amo á mis hijos. Ellos son mi tesoro, mi alegría y mi esperanza; por ellos, oh reina, rinden culto de amor los sentimientos de mi alma.

—Pues si tanto les amais, juradme por vuestros hijos que no faltareis jamás á la amistad con que os brinda el rey, ni hareis guerra á los cristianes ni provocareis algaradas en nuestra tierra, ni hollareis el seguro de vuestra palabra de caballero.

—Jurado está, sultana de Aragon, y maldito sea aquel de los míos y de los vuestros que ose faltar á la fé de los tratados.

El emir besó la mano de la reina, se despidió del rey y de los prelados: salió de la estancia real, montó á caballo, y seguido de una brillante escolta, se dirigió á Játiva.

Valencia fué purificada aquel mismo día por Don Pedro de Albalate, arzobispo de Tarragona. La mezquita mayor, aunque harto ruinoso para conservar su fábrica, fué erigida en catedral con el nombre de Santa María, en vez de San Pedro, que tomó en tiempo del Cid, ó del Salvador, que tenia en tiempo de los godos.

Ofició la primera misa el presbítero Ferrer de San Martin, el cual fué nombrado obispo de Valencia, por influencia del arzobispo de Tarragona.

El rey repartió las haciendas de los moros entre trescientos ochenta y dos caballeros que quedaron heredados en ella con el título de *caballeros de conquista*.

▲ los marineros que le auxiliaron en la toma de la ciudad les dió el rey el barrio de Pescadores, cuyo nombre conserva aun con el sello de su antigüedad.

Asegurada ya la posesion de Valencia, el rey se

embarcó en el Grao, y se trasladó con la reina y su corte á la ciudad de Montpellier, su tierra natal.

Apenas se ausentó el rey, los caballeros de Valencia emprendieron la conquista de Cullera, faltando así á su palabra y al texto de los tratados.

La plaza resistió bravamente, defendida por una fuerte torre y por el caudaloso Júcar. Los valencianos desviaron el curso del rio, tal como hoy se encuentra, y penetraron en Cullera, y en Sueca y en todos los pueblos de su término, cuyos despojos se repartieron.

Los caballeros mas graves reprendieron severamente la ligereza de los conquistadores; y mal avenidos con ellos, se ausentaron de la ciudad trasladándose á Játiva, donde fueron recibidos por Abul-Hussein con mucha cortesía y no poco agasajo.

## CAPITULO XVI.

### El caballero del Cisne.

Despues de tantas y tan sangrientas escenas que empaparon en sangre las fértiles campiñas de estos reinos, brilló un dia el sol de paz: y los moros, mas confiados de lo que debieran, se entregaron de lleno al cultivo de la tierra y á sus tareas ordinarias, como si nada tuvieran que temer del rey de Aragon y de sus victoriosas armas.

Amaneció un dia en que el sol, pródigo de luz, de calor y de vida derramaba sus esplendentes rayos sobre la ciudad de Játiva, virgen aun del ataque de los cristianos.

La córte de Hussein celebraba un torneo, y todo en Játiva era animacion, fiesta y regocijo.

Habiase dispuesto el palenque en la plaza de la

Aljama. Sobre un cómodo tablado en forma de trono, alfombrado de terciopelo y ricas telas de damasco, aparecía sentada la reina de la fiesta, que no era otra que Fátima, la hija de Abul-Hussein. La hermosa joven engalanada con el gusto y la riqueza de una sultana de Oriente, sobrellevaba con dificultad el peso de sus múltiples joyas de oro cuajadas de piedras preciosas.

Aunque niña aun, su hermosura eclipsaba el brillo de sus perlas y la luz del sol parecía avergonzarse de los rayos de sus ojos.

La bella princesa presidía la fiesta dada en honor de los caballeros aragoneses, que aprovechando la hospitalidad del emir, residían en Játiva. A su lado estaban Hussein y su hijo Mahomet; los caballeros de su corte y algunos magnates cristianos.

El trono estaba colocado á la altura de un ancho agimez por donde las esclavas de Fátima y la servidumbre del emir, acudían fácilmente á sus órdenes y mandatos.

El jurado y los reyes de armas que debían adjudicar los premios, se componía de moros y cristianos espertos en tales fiestas, para que la justicia fuese hecha sin menoscabo de la razón y de las leyes de caballería.

Levantábase en torno de la plaza un vasto estrado para recibir y dar asiento á un pueblo numeroso, ávido por presenciar la fiesta, y dispuesto á aplaudir frenéticamente al vencedor, ya fuese moro ó caballero cristiano.

De antemano habíase publicado el cartel del torneo en muchas ciudades y apartadas provincias, y así acudieron mantenedores de distintos reinos, á conquistar el premio de la lid y á recibirle de manos de la hermosa princesa.

Bizarros donceles, esforzados caballeros de Valencia, Aragon, Castilla y Granada entraron en liza con gran contentamiento del emir y del pueblo de Játiva; pues veían brillar en su ciudad la prez de la nobleza

de otros reinos, como en la corte de un poderoso califa en todo el esplendor de su reinado.

La justa duraba ya largas horas y el inmenso gentío, que llenaba la plaza, no se saciaba de aplaudir á los esforzados paladines mantenedores del combate.

Todos sostuvieron dignamente el honor de sus armas, pero, no sin envidia de los cristianos sobresalió entre todos un noble y arrogante moro, llamado Abnalmalet, hijo de una hermana de Zaen, último rey de Valencia.

Su brazo de hierro parecia invencible; su lanza, pesada como la maza de Hércules, derribaba del primer bote cuanto á su alcance se presentaba. Su fogoso corcel era incansable y parecia orgulloso de su dueño, como si participase de la gloria que al jinete le cabia. Despues de vencer á los mas diestros en el manejo de las armas, entró en liza un apuesto caballero de brillante armadura cincelada de plata. Montaba un caballo negro cordobés, y veíase brillar en la empuñadura de sus armas, mas de una joya de gran precio. En su noble apostura y en la riqueza de sus armas, parecia ser un principe, como era en efecto.

Al penetrar en la liza, un fuerte murmullo se levantó en la plaza, porque habia sido reconocido por casi todos los espectadores.

Era el principe Zeit Abahomad, hijo de Zeit-Abu-Zeit, ex-rey de Valencia.

Los dos competidores se odiaban de muerte, y ambos tenian numerosos partidarios en la plaza, con no pocos enemigos de su mismo pueblo, y de su propia sangre y real estirpe.

El público aplaudió con frenesí y gritó con salvaje encono; hubo alabanzas é imprecaciones para ambos principes: deseaban algunos que los dos fuesen vencedores mientras otros anhelaban la muerte de ambos, por los trastornos que á su pueblo acarrearón la desgracia y la ambicion de sus padres y parientes.

Abnalmalet esperó á su contrario y dijo con enojo así que se halló cerca.

—Mejor estarias con tu padre entre monjes cristianos, que no aquí, en el palenque de los caballeros.

Zeit-Abahomad, contestó.

—Mas te valiera permanecer en la caverna de lobos donde has nacido, que no presentarte en un pueblo de gente mas honrada que tú y los tuyos.

Zeit hacia alusion á Lobo, célebre rey de Valencia de cuyo tronco descendia su contrario Abnalmalet (1).

Hecha la señal del combate, los dos paladines se arremetieron con iguales bríos, con furia igual y con la rabia del tigre sediento de sangre. El hierro de sus lanzas encontró un fuerte muro en sus respectivas rodela, pero con tan mala fortuna para el príncipe Zeit, que, habiéndose descubierto mas de lo que el caso requería, resbaló sobre su escudo el hierro de su contrario, llegando á herirle la mejilla izquierda, cerca del ojo, que pudo haber saltado con la punta de la lanza.

El arrogante doncel quiso seguir el combate, pero los jueces lo impidieron obligándole á retirarse.

Una parte del pueblo aplaudió á Abnalmalet declarándole vencedor, en tanto que algunos victoreaban á Zeit, á quien no podían considerar como vencido.

Abnalmalet dió una vuelta á la plaza, diciendo á grandes voces.

—¿Hay algun caballero que quiera medir sus armas con las de Abnalmalet, nieto del rey Lobo?

Hubo un momento de silencio que pareció otorgarle el premio de la victoria, pero los heraldos anunciaron al fin la llegada de un nuevo campeón que penetró en el palenque á carrera tendida; cubierto de sudor el caballo y echando espuma por la boca, como si viniera ya cansado de una pesada carrera ó de un largo viaje.

---

(1) El soberbio palacio del rey Lobo se conservó largo tiempo y debemos creer que estaba situado en la calle que lleva aun su nombre.

El caballero, calada la visera y armado de punta en blanco, ceñía un tonelete de azul claro, bordado de oro, y en el pecho un cisne de hermoso plumaje, tambien bordado de oro sobre fondo de plata. Igual divisa llevaba en su escudo, por lo que fué llamado al instante el caballero del Cisne, por toda la multitud que llenaba la plaza.

—Por mi vida que pensé llegar tarde, exclamó el caballero así que entró en la liza.

Los jueces de la justa observaron si podria sostener la lid por razon de su cansancio, pues llegaba en aquel instante del reino de Aragon: pero el caballero se consideró con fuerzas suficientes para mantener el brillo de sus armas; y sin esperar otra solucion que la de su propio deseo, recorrió la arena del palenque, como para mostrar su gallarda apostura á los espectadores de la plaza.

Al llegar bajo las gradas del trono, donde la reina de la fiesta se asentaba, el caballero quedó absorto ante la belleza de Fátima, y exclamó en tono apasionado diciendo en alta voz.

—¡Por Dios, que es hermosa la princesa, y cautiva de sus ojos se encuentra ya mi alma! ¡Por alcanzar el premio de tus manos, bella señora, arrancara yo la victoria de las garras de Satán!

Husséin y los cortesanos que le acompañaban, sonrieron al oír estas palabras; Fátima quiso imitarles, pero sintió en su alma una impresion desconocida que no acertó á esplicarse, aunque le hizo desear la victoria del caballero, cuya arrogante figura parecia alhagar á su corazon.

Dada la señal del combate, los dos mantenedores de la liza corrieron á encontrarse recibiendo con igual serenidad el terrible bote de sus lanzas. En el segundo encuentro sonó el chasquido de una lanza quebrada; era la del moro, rota en dos pedazos contra la rodela del caballero del Cisne, que se mantuvo firme y sereno sobre el estribo. Provisto de una nueva y mas gruesa lanza, Abnalmalet salió al encuentro

del cristiano para medir tercera vez sus fuerzas de gigante. Dada la fiera arremetida, el caballo del moro flaqueó por sus piernas traseras y cayó como sentado sobre la arena. El jinete no pudo levantarle, y caballo y caballero rodaron por el suelo.

Un nutrido aplauso resonó en toda la plaza y los jueces mandaron suspender el combate. Pero el caballero del Cisne se había desmontado también y pisaba ya la arena blandiendo su formidable espada.

Los valientes justadores renovaron la lucha á pié, con gran interes del público, que simpatizaba de igual manera por ambos paladines.

El del Cisne, haciendo alarde de su gran destreza en el manejo de las armas, dirigió una falsa estocada que engaño á su contrario, pues en vez de llegar al pecho, según iba dirigida, tocó en la cabeza del moro, haciéndole saltar su acerado turbante.

La multitud de espectadores aplaudió con entusiasmo. y los caballeros y reyes de armas no dudaron ya de qué lado se inclinaria la victoria. Una gritería inmensa se levantó al mismo tiempo que Abnalmalet quedó descubierto; porque la gente mora no tiene costumbre y está muy mal mirado entre ellos descubrirse la cabeza.

El cristiano, para igualar sus fuerzas en la lid, según las leyes de la justa, alzó su visera y se quitó el morrion dejando ver sus largos y blondos cabellos, que contrastaban notablemente con la rapada cabeza de su competidor.

Un grito de asombro resonó de nuevo en la plaza.

El terrible mantenedor de la justa, era un imberbe doncel de hermoso rostro como su arrogante figura, y de facciones delicadas pero varoniles, mostrando en su semblante el sello de la raza goda.

Los caballeros aragoneses, al reconocerle, gritaron con la locura del entusiasmo, animándole á terminar su comenzada empresa.

El esforzado caballero no era otro que En García

Romeu, y casi todos sus deudos y amigos se encontraban en la plaza.

La lucha no debía durar largo tiempo, porque el cristiano tenia ya sobrado ascendiente sobre su adversario.

Abnalmalet, con mas enojo que destreza, dirigió un terrible golpe sobre la hermosa cabeza del caballero, pero, cuidando mas de herir que de defenderse, no se cubrió cual debiera y la espada de Romeu le atravesó la garganta antes que el cristiano recibiera el golpe que la muerte desvió haciéndole morder la arena.

Habia terminado el combate, y el caballero del Cisne aplaudido y aclamado como vencedor de la justa, subió las gradas del trono para recibir el premio de la victoria de manos de la hermosa Fátima.

Hussein-Yahia, así que le tuvo cerca, murmuró para sí.

—¡Ya sabia yo que seria hombre de pró!

Romeu se arrodilló á los pies de la princesa, que temblaba de emocion ante la presencia del caballero.

—Jamás ventura igual cupo á ningun caballero, señora, como hoy me cabe á mi.

Soy el mas dichoso de los hombres, al recibir ese premio de vos; y os juro por mi fé de cristiano, que he de conservarle como una reliquia en el santuario de mi corazon.

Fátima perdió el carmin de sus mejillas, y aunque turbada y confusa, contestó con aparente tranquilidad.

—Bien hareis en conservarle, noble caballero, para que recordeis siempre la fiesta de hoy, como un motivo de amistad y de alianza entre los guerreros aragoneses y el emir de Játiva.

Y la hermosa jóven puso al cuello del cristiano una rosa de oro engastada de brillantes: que tal era el premio ofrecido al vencedor,

Romeu besó la mano de la princesa, á cuyo con-

tacto sintió un fuego abrasador que hizo hervir la sangre en sus venas como la lava de un volcan.

—¡Te amo! Dijo en voz muy baja antes de apartar los labios de la mano de Fátima, y aprovechando un momento de distraccion de Abul-Hussein, que habia vuelto la cabeza del otro lado, hablando con los caballeros de su córte.

El caballero del Cisne se levantó henchido el corazon de esperanza; y el emir, sus hijos y su córte, se retiraron, dando la justa por terminada.

## CAPITULO XVII.

### Despues del torneo.

Al reunirse con los suyos, Romeu recibió los plácemes y felicitaciones de sus amigos y de los cortesanos de Hussein: y acompañado de muchos caballeros cristianos y moros, se dirigió á la Aljama, donde el galante emir daba un opíparo banquete á los mantenedores de la justa.

Romeu se encontró allí con En Berenguer de Entenza; con en Pedro de Alcalá, primo de En Rodrigo de Lizana; con En Gimén de Tobiá y con los caballeros de su casa, que lo eran En García de Vera y En Bartolomé Esquerdo. Tambien se encontraron en el banquete algunos caballeros castellanos, entre los que merece citarse á D. Pedro Lobera, natural de Cuenca, por la representacion que le cupo en los últimos momentos de Játiva.

En la colocacion de los convidados, se cuidó de que cada caballero cristiano estuviese junto á un caballero moro, para que la armonía del banquete no se viese alterada por la parcialidad de las conversaciones

ó por cualquier otra causa, que afectase la susceptibilidad de moros ó cristianos.

Abul-Hussein presidia la mesa, servida y engalanada con todo el esplendor del lujo oriental.

Bien hubiera querido el vencedor de la justa tener á su lado á la hermosa Fátima, pero no es costumbre entre moros que las damas participen de los festines y comidas de los hombres; y aunque la hija de Hussein se parecia mas á la mujer cristiana, por su educacion, que á la mujer árabe, el emir no pensó siquiera en que asistiese al banquete ni á otra fiesta pública. Los cristianos hubieron, pues, de contentarse con lo que se les daba, que no era poco; dadas las circunstancias políticas de aquella época de sangre y de conquistas.

En García Romeu, aconsejado por la pasion que ya sentia, antes que por la razon que debiera guiarle, trató de abordar la cuestion, interpelando al emir en asunto tan delicado para un hombre de seso y en extremo resbaladizo para un mozo con mas corazon que sabiduría y con mas arrojo que prudencia.

—No pudo la fortuna prepararnos dicha mayor,— empezó diciendo el atolondrado doncel—que reunir en el palacio de la Aljama, en una misma mesa, á la flor de la caballería cristiana, unida á los caballeros moros por los lazos de la amistad y de la cortesía. Gran dicha es la nuestra al juntarnos aquí, presididos por el noble emir de Játiva, cuyo esquisito trato y cortés galantería, no tiene rival entre los mas opuestos caballeros de los reinos moros y cristianos.

—No hay dicha que iguale á la mia, Mosen Romeu, desde el instante en que vosotros, los nobles de Aragon y de Castilla, os habeis dignado aceptar la invitacion que he tenido la alta honra de dirigirlos.

—Así estrecharemos mas y mas los vínculos de la alianza y de la amistad que debe reinar entre nosotros, contestó En Berenguer de Entenza.

Romeu temió que la conversacion se alejase del círculo donde él queria limitarla, y se apresuró á repli-

car antes que le impidiesen hacer uso de la palabra.

—Lástima,—dijo,—que las costumbres musulmanas se aparten tanto de las nuestras: así estamos privados de contemplar ahora mismo la belleza de las damas, que tanto brillan en nuestra tierra en todas las fiestas, convites y ceremonias donde asisten los hombres. En ninguno de estos casos llegaríamos buenamente al fin, sin la presencia de nuestras madres, esposas ó hermanas.

Abul-Hussein, si no adivinó la intencion del caballero, porque le creia demasiado inesperto para ser enigmático, creyó comprender por lo menos la inconveniencia de estenderse sobre aquel asunto, que procuró atajar con una contestacion sin réplica.

—Quisiera,—dijo,—poder complaceros hasta en vuestros menores caprichos; pero debeis contentaros con lo que os ofrezco, porque no tengo poder bastante para variar las costumbres de mi pueblo, que á mí me toca proteger y conservar. Y pues estais ahora entre moros, vivid á la usanza mora, como yo vivo á lo cristiano, cuando voy á vuestra tierra: así el ánimo se distrae en beneficio del entendimiento: pues siempre encuentra algo digno de enseñanza, que es lo que constituye al fin de la vida el libro de la esperiencia.

El banquete duró largas horas, que pasaron con rapidéz, por la galante familiaridad del emir con los caballeros aragoneses, á quienes supo entretener agradablemente con el deleite de los manjares y con la discrecion de sus razonamientos.

Eran las diez de la noche, hora avanzada en aquellos tiempos, cuando terminó la comida, digna de un Baltasar por lo suntuosa, y propia de un Vitelio por lo opipara y succulenta; los convidados se retiraron de la Aljama y el emir murmuró para sí frunciendo el ceño.

—¡Quiera Alá que cada uno de estos cristianos no se convierta en un tigre, pronto á clavar sus garras en los tesoros de la Aljama!

Al dia siguiente Hussein acompañaba á los mismos

caballeros por los jardines de su palacio, para que admirasen la cultura de la civilizacion oriental y la portentosa vegetacion del privilegiado suelo de Játiva.

En García Romeu creyó oír una música de querubines y una voz de arcángel que apagó de repente sus melodiosos sonidos al penetrar en el jardín los caballeros cristianos.

Ninguno mas se apercibió de este hecho, pero el corazón de los enamorados es un telégrafo de amor que comunica á largas distancias y en casos difíciles y escepcionales. Así adivinó Romeu que aquella música que le pareció bajar del cielo, eran la guzla y la voz de Fátima, cuyas habitaciones debian comunicar con el jardín donde á la sazón se encontraba.

Fijó su atención en una rosa blanca de cien hojas, pura como el rocío de la aurora, trasparente como la concha del nácar, bella como la ilusion de sus amores, y la arrancó del rosal que le transmitiera su vida y sus gracias, y contemplóla con melancólica pasión, como si encerrara la flor un secreto ó hablase con misteriosa voz á su alma.

Los caballeros se habian internado por las calles del jardín y desaparecido entre los bosquecillos de flores. Romeu estaba solo, solo con la delicada flor, cuyo perfume aspiraba, y con las ilusiones de su pensamiento. Su vista recorrió cuanto á su alcance podia: creyó que nadie se fijaba en él y se acercó al mirador de donde saliera el celeste sonido de la guzla de Fátima. Aquel pabellon debía ser el de la hermosa princesa y allí debía encerrarse aquel portento de hermosura y aquel tesoro de amor. Un agimez de mármol, medio velado por una cortina de raso azul, daba entrada al puro ambiente en el aposento de la mora. El caballero se aproximó mas y tiró la rosa al interior de aquel gabinete perfumado con el aroma de los dioses y dispuesto como una gruta de hadas.

Un grito ahogado, perceptible apenas, parecido á un suspiro de satisfacción, se escapó del interior del

aposeno, buscando una salida por el blanco agimez, para ir á posarse en el corazon del caballero.

Romeu no sabia que se le espiaba desde que penetró en el jardin, que un rostro de angel, medio oculto tras la cortina del agimez, y unos ojos de cielo le perseguian sin cesar siguiendo todos sus movimientos.

Cuando la rosa se escapó de sus manos oyó la voz de Fátima que decia con visible turbacion.

—¡Caballero, qué haceis!

—¡Te amo; Fátima, te amo!

—Ya me lo dijisteis ayer y esa palabra será mi perdicion.

—¡Oh! ¿Por qué pensais así?

—Porque esa palabra de amor hirió otros oidos además de los míos.

—Lo sospechais simplemente.

—Estoy segura de ello. Mi hermano Mahomet debió apercibirse.

—Es un niño harto inocente todavia.

—La inocencia es en ciertos casos mas temible que la malicia, y mas que á su inocencia temo á su memoria. Pero no es esto solo. Recelo que Aliatar, el gefe de mi guardia que estaba detrás de mí con la espada desnuda, debió apercibirse tambien de vuestras palabras.

—Pues si hay algun crimen, hermosa Fátima, que deba ser castigado por el delito de amaros, debo pagarlo yo que soy el culpable y no vos que sois inocente. No temais que caigan sobre mi las consecuencias de mi indiscrecion, pero dejad que os ame con toda la pasion de mi alma, dejad que os adore como si fuerais mi Dios.

—¿Y si yo no pudiera amaros?

—¡Pusiera fin á mi vida ó me arrancara el corazon!

—¡Vos! ¡Morir vos, honra y prez de los caballeros cristianos, vos que sois el génio del combate y la imágen del primer amor!

—¡Es decir que me amais! ¡Oh! ¡Bendita, bendita

seas, Fátima de mis amores, luz de mi entendimiento, diosa de mi corazón!

—¡Bajad la voz, que pueden oiros! Ved, por allá asoman los caballeros. ¡Alejaos, alejaos ya! Por aquí, dad la vuelta al mirador, tomad una calle á la izquierda y os reunireis con ellos entre aquel bosque de laurel. Sed prudente, y no me olvideis. ¡Adios!

## CAPITULO XVIII.

### Los cautivos.

Mal avenido con los moros de Játiva el lugar-teniente del reino, En Rodrigo de Lizana, hizo venir á Valencia á los caballeros aragoneses que en aquella ciudad residian, porque pensaba hacer guerra al emir Abul-Hussein, aconsejándose de su autoridad de virey y de su instinto de soldado para acabar cuanto antes con la soberanía de los moros que en estos reinos quedaban.

En Berenguer de Entenza, en Gimén de Tobiá y otros rico-hombres de Aragon, hicieron ver al de Lizana la imprudencia de llevar la guerra á tierra de moros sin autorizacion del rey, y á raiz de los tratados.

No atendió el virey á los consejos de la razon, y por toda contestacion mandó algaradas que asolaron la otra ribera del Júcar, recogiendo un botin inmenso.

El emir de Játiva exclamó al recibir tan tristes nuevas.

—¡El tigre empieza á sacar las uñas!

Pero disimuló el ultraje y se puso á la defensiva.

Nuevas algaradas se corrieron por tierras de Játiva llevando el espanto y la desolacion por las aldeas y campiñas.

Abul-Hussein, impaciente y rebosando de coraje, armó sus huestes y salió á esperar á los cristianos.

En Pedro de Alcalá dirijia una algarada, formidable como un ejército, donde militaba lo mas escogido de la nobleza Valenciana. Con el primo de Lizana iba tambien el respetable caballero En Gimen Tobiá.

En García Romeu debia formar parte de la algarada, pero juzgó indigna aquella guerra de aventureros atropellando los derechos de los reyes y de los pueblos, y permaneció en Valencia contra todo mandato superior. El virey quiso obligarle á partir, pero el soberbio mozo contestó.

—Id vos con vuestras compañías de perdidos y de vagabundos; los caballeros como yo, van á la guerra en defensa de su rey, pero no á robar ganados ni á recoger botin como bandidos de la sierra ó piratas berberiscos!

Y como el de Lizana le amenazase con el destierro añadió montando en cólera.

—Ahí os quedais vos y los vuestros, que para vivir como honrado, no he menester de la rapiña á que quereis obligarme.

Y seguido de sus escuderos y de la gente de su casa, montó á caballo y partió para Aragon.

Antes de abandonar la ciudad encontró á En Pedro de Alcalá, á En Gimen de Tobiá y al capitan Azadrach que se disponian á partir, y les dijo.

—Si caeis prisioneros del emir de Játiva, decidle, que por no hacerle guerra me vuelvo á Aragon al lado de mi padre.

—Por mi parte tendré á gran merced no cumplir vuestro encargo: costestó sonriendo el de Alcalá.

—Más que del encargo estimaria, Mosen Romeu, de vuestra compañía, replicó En Gimen.

—No conteis conmigo en tanto el rey no vuelva á estos reinos: pues salgo desterrado y no he de quebrantar mi palabra como ciertos caballeros de conquista.

—No seais mordaz, En Romeu, y acompañadnos.

—Hacedme la cortesía de saludar al noble emir.

—No querrá Dios que podamos complaceros.

—Pues á vos os lo encargo, Azadrach. ¿Cumplireis con lo que os digo?

—Perded cuidado, En García: todo lo sabrá el emir.

—Gracias por la merced. Y si podeis ver á la hermosa Fátima, decidle tambien que llevo junto al corazon el premio que recibí de su mano.

—Os prometo que habeis de quedar servido y satisfecho de mí.

—¿Diantrel Cualquiera diria que estamos vendidos á los moros segun la seguridad que hablais, observó En Gimen sonriendo.

Los caballeros rieron de la ocurrencia y se despidieron.

Antes que el jóven llegase al reino de Aragon, En Pedro de Alcalá, al frente de su hueste, habia recorrido y talado las hermosas riberas del Júcar y penetrado en territorio del emir de Játiva.

No se atrevian sin embargo á internarse imprudentemente en el corazon del pequeño reino del emir, y limitábanse sus correrias á la otra parte del Júcar cuya ribera estaba ya devastada.

Abul-Hussein, asi que tuvo noticias de la algarada que recorria aquella parte de su territorio, se trasladó á Alcira para espiar de cerca el movimiento de los cristianos, vijilados además por tantos espías cuantos habitantes se contaban en el pais.

El de Alcalá, por sospechas ó por confidencias, supo á su vez que les seguia el emir, y deseando evitar un encuentro que podia comprometer el cuantioso botin que conducia arrancado de los pueblos indefensos, de las cabañas y de las aldeas, y no atreviéndose á repasar el rio, se corrió por la otra orilla con intento de ganar la costa para refugiarse en Cullera ó depositar allí por lo menos las riquezas recogidas en la algarada.

Encontrábanse ya hácia el valle de Valldigna entre Alcira y Cullera, y creyéndose á salvo de un golpe

de mano, por estar ya cerca de tierra de cristianos, se permitió algun abandono en la tropa, aunque sin descuidar por completo las precauciones propias de la guerra.

Azadrach, que iba á la descubierta, aseguró que no habia en todo el pais un moro armado que pudiese hacerles frente, ni un pueblo que intentase resistirles ni aun cerrarles las puertas.

Con tales seguridades resolvieron hacer alto, mientras disponian los ranchos para la tropa y abrevaban en un cristalino arroyuelo las acémilas.

Hallábase en un frondoso valle rodeado de altas montañas pobladas de pinos y maleza, cuya fresca sombra ofrecia el atractivo del descanso á unas gentes agobiadas por la fatiga y por el insoportable calor de un sol de Agosto á la mitad del dia.

En Pedro de Alcalá y En Gimén de Tobiá, gefes de la expedicion, se hacian servir un frugal almuerzo despues de invitar al capitan Azadrach, no tanto por honrar su categoria de dudosa nobleza, sino por el servicio que prestaba á la hueste toda como gefe de avanzada, por el conocimiento que se le concedia del terreno y de la gente mora.

En Gimén, á quien pocas veces abandonaba su buen humor, se le ocurrió hablar de la Albufera, á proposito del placer que experimentaria devorando en aquel sitio un ánade de los que poblaban el lago.

—Mañana pasaremos por su orilla, y si sus señorías tienen gusto en ello, les ofrezco cazar un par de aquellas aves, que no deben sentar mal dando vueltas en el asador.

—¿Tal destreza teneis, señor Azadrach?

—Os juro que allí donde se esconda una, ha de caer en mis manos aunque vuele mas que una golondrina.

—¿Y no podriais averiguar si por estos contornos hay alguna estraviada?

—Si me lo permitís, saldré á recorrer el campo y me cercioraré por mis propios ojos: pues sucede con

harta frecuencia que se alejan del lago á largas distancias para buscar sin duda nuevas semillas con que poder renovar sus monótonos manjares.

—Id, id, Azadrach, traednos un ánade, y os declaramos el mas diestro cazador de cetrería.

—Voy á complaceros, pero os advierto que si ois el canto del ánade, no os movais, pues pudiérais espantar la caza.

El astuto Azadrach cogió una ballesta y se dirijió con paso firme y tranquilo á lo mas alto de la montaña, de donde desapareció á poco por la opuesta vertiente.

Los caballeros quedaron riendo de la cándida seguridad de Azadrach que se prometia cazar un ave acuática en la cima de los montes.

A poco de haber desaparecido el diestro cazador, llegó hasta los caballeros el canto de un pato silvestre como perdido allá entre la maleza del bosque.

—¡Pardiez! ¡Azadrach, tenia razon, ese graznido revela que hay en el monte aves acuáticas!

—Imposible, señores; aquí habrá liebres y perdices, pero aves acuáticas no; de ninguna manera.

—Oid, oid, En Gimén. El graznido del ave se repite otra vez.

—Esperemos, y la vuelta del cazador nos sacará de dudas.

—¿Y quién asegura que aunque el ave exista por aquí, ha de cazarla?

—Cierto es que puede escapársele, pero nos ha ofrecido traerla y si la hay la traerá.

El canto del ánade se perdió del todo, y en su lugar sonó á lo lejos el canto del cuclillo.

Trascurrió como media hora, y Azadrach apareció de nuevo en lo alto del monte con dos soberbios patos sobre el hombro.

Los caballeros soltaron una exclamacion de sorpresa, y un grito de victoria llegó hasta el cazador.

Un instante despues, las aves, perfectamenta ade-

razadas, daban vueltas á la lumbre sobre un improvisado asador.

Alejandro el grande no recibió tantos vítores de sus soldados como Azadrach de los entusiastas caballeros. No podían esplicarse tan singular destreza para atraer se las aves del lago á la montaña, sino concediéndole la propiedad de atracción como ciertos cuerpos empleados en la nigromancia, ó la fascinación de los reptiles enfrente de las pequeñas aves.

La esplicacion era, sin embargo, asaz sencilla aunque no se le ocurriera á ninguno de los confiados caballeros.

—Hacednos merced, decia el de Alcalá, de esplicarnos el secreto de que os valeis para atraeros la caza, señor Azadrach.

—Es bien sencillo, monseñor. No hago mas que emboscarme donde las aves no puedan verme; imito el canto de la especie que deseo cazar, y atraídas por el reclamo, se ponen al alcance de mi ballesta que se encarga de lo demás.

—¡Ah, malsin! ¡Así sabeis burlar la inocencia de los séres alados sin recurrir al halcon ni al halconero, y sin necesidad de observar las leyes de la cetraria!

—Cada cual se vale de sus mañas para conseguir su intento.

—¿Y poseeis la misma habilidad para la montería?

—No hay venado ni hay lobo ni hay javalí que se libre del alcance de mis flechas.

—Sois un hombre notable, Azadrach.

Las aves seguían dando vueltas en el asador y los guerreros creían saborear ya el asado como el gato goloso á la vista de su presa.

Con el entusiasmo de la caza no observaron que los patos que creían silvestres no eran sino domésticos y recién arrancados del corral de alguna choza ó alquería de las inmediaciones; que la cacería de Azadrach fué un pretexto del acaso, para alguna de sus infernales maquinaciones desconocidas de todos aquellos que en él confiaban, y que la hueste acampada en

el valle estaba cercada de enemigos prontos á caer como lobos carniceros sobre el rebaño de ovejas.

Los centinelas de los puestos avanzados, dieron la voz de alarma anunciando la presentacion de un formidable escuadron de moros que se dirigia al valle donde la hueste descansaba.

—¡Cada cual á su puesto!

Esclamó Azadrach abandonando el asado y echando á correr como para ponerse al frente de su compañía.

—¡A las armas! gritaron los caballeros buscando cada uno su caballo y acariciando las espadas.

Toda la hueste se puso en movimiento, pero ya era tarde.

Las colinas que rodeaban el valle aparecieron coronadas de numerosos ballesteros que se reproducian por momentos como si brotasen de la maleza, de los pinos y de las breñas.

Una lluvia de saetas cayó sobre el campo de los valencianos antes de que pudiesen reponerse y prepararse á la batalla.

—¡Ira de Dios, que vá de veras!

—Páreceme, En Pedro, que vamos á tener en qué entretenernos.

—¡A caballo, á caballo, En Gimén, y Santa María del Puig nos proteja!

Y los caballeros oyeron el estruendo del combate que empezaba por el otro lado del valle.

Era el escuadron de moros que atacaba á la gente de las avanzadas.

La compañía de Azadrach se vió envuelta, rota y deshecha antes que su gefe llegase y pudiese ordenarla. Unos cayeron bajo los pies de los caballos, otros fueron alanceados como corderos indefensos y los mas emprendieron la fuga tirando las armas.

Los terribles ginetes, vencedores en el primer encuentro, penetraron en el valle.

Los cristianos se vieron envueltos en un instante, vencidos por la sorpresa, aplastados por el número, destrozados por el espanto. No les cupo la gloria ni

aun de morir en combates parciales. Donde un caballero hacía frente, acudían diez, veinte moros á despacharle. Los que osaron resistir, murieron, y los que trataron de escapar, murieron igualmente. No quedaba otro medio que rendirse á discrecion.

El capitán de la hueste hizo inauditos esfuerzos para ordenar su gente y salir del valle, pero no pudo y se resolvió á morir defendiéndose como un héroe.

El anciano En Gimen y otros esforzados caballeros, rodearon á su gefe formando un muro de hierro. En Pedro no quiso que le custodiasen como á un rey, y reclamó el honor de salir á la fila á pelear como soldado y á morir como bueno.

A nueve ascendía el número de los caballeros que se acercaron al de Alcalá, resueltos á abrirse paso á través del enjambre de moros, que por todas partes les rodeaba. Los diez campeones formaron un círculo y allí acudió lo mas récio del combate. El moro que se acercaba, mordía la arena bajo los cascos de los caballos. Pero llovían saetas y dardos, y mas de un noble bruto de los valientes cristianos estaba acribillado de heridas y manando sangre, y parecía alentar aun á su ginete en los últimos instantes de su vida.

El lucido escuadrón de moros, dueños ya del valle, llegó al grupo de los caballeros cristianos. Abul-Husein, el emir de Játiva, marchaba al frente blandiendo su poderosa cimitarra. Alentó á los suyos, picó su caballo y arremetió á los cristianos.

Un aragones rodó por el suelo.

El círculo de los caballeros volvió á cerrarse. En la segunda embestida cayó un caballo falto de fuerzas por la sangre emanada, y el caballero espiró con su noble bruto atravesado de una lanza.

Los cristianos se estrecharon de nuevo y los moros siguieron el ataque.

Tres caballeros más rodaron por la arena, quedando reducidos á cinco el número de los cristianos.

—¿Deseais morir todos, caballeros?

— Cumplimos con nuestro deber si la suerte lo dispone así, contestó En Pedro de Alcalá.

— Así debiera suceder para escarmiento de villanos.

— Vencenos, si puedes, pero no nos ultrajes, Abul-Hussein.

¡El ofendido aquí, soy yo, miserables! Hablais de ultrajes cuando vosotros mismos os ultrajais faltando al sagrado de vuestra palabra.

— Revuélvete contra la órden que aqui nos envió; somos soldados y nuestra mision es obedecer.

— Motivos sobrados tengo para acabar con vosotros, pero si quereis rendiros, os hago merced de la vida.

— Eres tan valiente como generoso, noble emir.

— Generosidad que puede ser mi ruina y la ruina de mi pueblo.

El emir hizo suspender el combate y los cinco caballeros rindieron las armas. Eran prisioneros de guerra.

Creían sin embargo conservar sus espadas y no fué así: resistiéronse valerosamente, pero fueron despojados de ellas, y maniatados como cautivos y escoltados como malhechores, y así se les condujo á Játiva. La generosidad y la probada hidalguía de Abul-Hussein, parecia haberse agotado en el último combate.

El emir no acompañó á los prisioneros ni quiso verles más. Recogió el botin de su victoria, abandonó los muertos y los heridos, mandó á Azadrach con algunos de Valencia, para que diese cuenta al virey del resultado de la expedicion, y se volvió á Alcira para proveer á la defensa ulterior del pais.

Despues de recorrer y examinar algunos de sus mas fuertes castillos, dió la vuelta á Játiva, donde hizo su entrada triunfal recibiendo los honores de la victoria.

En Valencia hubo un dia de luto y de copiosas lágrimas por el desastre de Valldigna: los caballeros y la voz pública acusaron á Lizana de aquella sangrienta derrota, pero á nadie se le ocurrió que la hueste Valenciana habia sido vendida y aniquilada

por la traicion de uno de sus capitanes. Los cautivos fueron llamados en Valencia y en Aragon, *los caballeros de Játiva*. Desde entonces se suspendieron las correrias y algaradas por la otra orilla del Júcar, y los moros disfrutaron de los beneficios de la paz alcanzados por los triunfos de la guerra.

Cuando la poblacion de Játiva corrió á contemplar á los prisioneros, exhaló un grito de indignacion al reconocer á aquellos mismos caballeros que poco antes disfrutaron de la generosa hospitalidad de la Aljama. Los hombres de seso comprendieron sin embargo que la culpa no les cabia á ellos, pobres prisioneros de guerra; sino á sus deberes de soldados y al rigor de su mala estrella. Los cinco precisamente gozaban de gran prestigio entre los moros de Játiva, siendo el anciano En Gimén el que contaba con más influencia y mayor número de amigos. En Pedro de Alcalá era personaje de gran viso entre moros y cristianos, y gozaba de simpatías y relaciones por su próximo parentesco con el lugarteniente del reino. Los otros tres pertenecian á ilustres familias que más tarde quedaron heredadas en Játiva, perpetuando la descendencia de su noble linaje.

Éran estos, Pedro de Moncada, cuyo nombre lleva aun la primera calle de la ciudad; Bernardo Colom, honrado tambien con el nombre de otra calle, y Arnaldo de Borja, cuya familia inmortalizó su nombre, dando dos papas á la Silla de San Pedro.

No podían dejar de comprender el justo enojo de Abul-Hussein, pero conocian tambien las nobles dotes de su alma, y creyeron hasta el último instante que serian tratados con las consideraciones debidas á su rango sin invocar los títulos de amistad que debian al emir.

Se engañaron, sin embargo, porque fueron conducidos á la plaza pública y vendidos como esclavos.

El astuto Giasfar, fué el mejor postor: creyó que tan ilustres caballeros no podian permanecer en el cautiverio; y alentado por la expectativa de un crecido

rescate, quedó dueño de los cautivos, dando una gruesa suma por ellos. Pero temió á la vez que se le escapasen por el gran número de amigos que contaban en la ciudad y las influencias á que pudieran recurrir; y no fiándose de nadie, como á los avaros sucede, alcanzó autorizacion del emir para depositarles en sitio seguro, y los caballeros cristianos fueron encerrados en los calabozos del Alcázar.

## CAPITULO XIX.

### Aleydah.

Los cautivos fueron tratados al principio con cierta liberalidad, como si ellos mismos hubiesen de costear el gasto de su mantenimiento: mas como trascurriesen meses y meses sin que se presentase el deseado rescate, empezaron á sentir el rigor de un trato cada vez mas duro, que llegó á ser cruel y ominoso.

Giafar les dió por carcelero á un esclavo llamado Ali-Ben-Gania, hombre soez y abyecto como es siempre la esclavitud, aunque su nombre parecia responder á un estado mas digno de lo que su posicion revelaba.

Fiel reflejo de su amo, Ali cumplia las órdenes de Giafar sin cuidarse de examinarlas, y sin osar levantar jamás el pensamiento hasta las miras de su señor.

Para mayor seguridad en la guarda de los cautivos, Giafar ordenó al esclavo que arreglase su morada en el ante-calabozo de los cristianos; y el fiel Ali se fué á residir á la cárcel, viviendo con la abyeccion de un perro sin necesidades y durmiendo como tal, delante de la puerta de los prisioneros.

—Trata con esplendidez á los cristianos, le habia dicho Giafar.

Y Ali les trató como su amo habia dicho.

—Hazles sentir algunas incomodidades, repitió Giafar tiempo despues.

Y el esclavo se llevó sus cómodas camas, el mobiliario del calabozo y algunos objetos de limpieza y de tocador.

—Modera la mesa de los cristianos, añadió trascurridos algunos meses.

Y quedó reducido el alimento á lo mas frugal é indispensable.

—Acórtales la racion, observó aun.

Y la mesa de los caballeros quedó reducida á la última espresion.

—Los cristianos consumen mucho, Ali, y no piensan en el rescate.

Y en adelante solo comieron pan y agua.

—Te prohibo que entres en conversacion con ellos, habia dicho tambien por temor á las consecuencias de la deslealtad.

Y el carcelero cerró sus lábios y no contestó ya á ninguna pregunta, á ninguna observacion, á ninguna queja de los caballeros cautivos.

Y allí, olvidados del mundo, perdidos para los hombres, soterrados en las profundidades de su oscuro calabozo, trascurrieron meses, y pasó un año, y su situacion se agravaba cada vez mas, y trascurrió otro año, y nuevos meses y nuevas penas venian á aumentar su ya desfallecido espíritu; y trascuria aun el tiempo con la lentitud del que ansia la muerte cuando se vive en el desamparo, cuando nada puede embellecer la vida, cuando el dolor y el sufrimiento agotan las fuerzas del espíritu, cuando se vive, en fin, sin esperanza.

Giafar les habia ofrecido la libertad á cambio de un rescate inverosímil, absurdo, porque les exigió una suma fabulosa suficiente para comprar un reino.

Los caballeros rechazaron la proposicion.

—¡El rey nos rescatará! habia dicho En Pedro.

Pero el rey no venia, ni el lugarteniente le s enviaba

ningun socorro, y su situacion empeoraba de dia en dia.

—Es probable, señores, que nos crean muertos en el campo de batalla, decia En Gimen, pues dudo mucho que se salvase ninguno de los nuestros en aquel valle del espanto y de la muerte.

—Lo mismo opino yo, añadió el de Borja.

—Y yo, afirmó Colom.

—Pues conviene averiguarlo por la suerte que nos cabe, terminó diciendo el de Moncada.

Y los caballeros, puestos de acuerdo con Gíafar, enviaron un mensajero á Valencia para que espusiese su situacion á En Rodrigo de Lizana.

El mensajero volvió, pero no traía el rescate de los cautivos, y Gíafar, avaro de dinero, pero no de esperanzas, juzgó inútil comunicarles la contestacion.

Trascurrió el tiempo y aumentaron los sinsabores de los presos, y solicitaron de nuevo enviar otro mensajero al virey y á sus parientes y amigos. Y tampoco esta vez recibieron el menor consuelo, ni la más remota esperanza de mejorar su suerte.

Interrogaron al carcelero, pero no obtuvieron respuesta.

Amenazáronle con ahogarle si se obstinaba en su mutismo y recibieron en adelante sus miserables provisiones por el enrejado ventanillo de su puerta de hierro.

Y creció la lobreguez con la infecta suciedad del sombrío calabozo, y sintieron los sufrimientos del hambre, de la fiebre y de la miseria, y cayeron al fin postrados por la estenuacion, y giraban en torno suyo los fantasmas de la fiebre envueltos en sus sudarios como cadáveres insepultos.

Y gritaron pidiendo la muerte, menos fiera que su mísera desventura; y la muerte no acudió, pero les mandó á su precursora la agonía, y se desvanecieron sus sentidos, y se apagó la luz de sus ojos, y se estremeron sus músculos creyendo sentir el contacto del mármol frio de la tumba.

Y sintieron que una mano piadosa les tocaba, que introducía en sus labios lívidos por la muerte un bálsamo regenerador, que el blanco lienzo refrescaba los viciados poros de sus carnes entumecidas, que arropaba sus cuerpos con el solícito esmero de una madre cariñosa, que renovaba sus pútridos lechos, y el aire ambiente, hartó viciado y corrompido.

Y al abrir los ojos y volver de nuevo á la vida, no vieron ya al carcelero, sino á una mujer que les cuidaba amorosamente y con tierna solicitud les atendía.

Creyeron que era una vision de su mente, una alucinacion de sus sentidos, y cerraron de nuevo los ojos por no dar crédito á su propia ventura. Mas una y otra vez la contemplaron y la mujer no se ausentaba, y les miraba con amor, con piedad y con ojos de dulzura.

Los enfermos oraron en silencio dirijiendo sus preces á María, y sintieron renacer sus fuerzas y reanimarse su espítitu, y no dudaron que la reina de los ángeles, la Santa Patrona del Puig, bajo aquella forma les acudía.

El más animoso de los infelices cautivos, dudando aun de lo que sus ojos veían, osó preguntar á su cariñosa enfermera:

—¿Quién eres tú que te mueve á piedad nuestra desventura?

La buena mujer llevó el dedo índice á sus labios imponiéndole silencio.

—¡Chis...! No habéis, guardad reposo para que podáis restableceros.

La salud de los enfermos no tardó en llegar tras de la limpieza, del aire sano y del nutritivo alimento.

Entonces el más anciano de los cautivos, el respetable En Gimén, dirijió sus preguntas á la piadosa carcelera:

—¿Tendrás á bien decirnos quien eres, buena mujer, y á qué milagro del cielo debemos el consuelo de tu presencia?

—¡Ah, señores...! Esta es la primera vez que mi presencia es grata á algunas criaturas; y consiste simplemente, en que á pesar de vuestra noble condicion, erais mas desgraciados que yo.

Los cristianos fijaron sus ojos y su atencion en la mora.

Era jóven aun y de mediana belleza, pero ajada por una ruda fatiga ó por el dolor y el sufrimiento. Sus ojos, negros y espresivos en otro tiempo, eran ahora tristes como la melancolía; y una nube de afliccion, empañaba el brillo de sus pupilas, marchitas como su rostro.

Su traje revelaba la humildad de su pobreza; sus pies estaban desnudos, y aunque en extremo pequeños, y seductores quizá, demostraban no haberse calzado en largo tiempo.

Su aspecto era todavia un tanto agradable, pero á los pobres cautivos, aliviados de sus dolores por aquella mano cariñosa, debió parecerles el ángel de la Caridad ó la Virgen de Misericordia.

En Gimen, despues de examinarla detenidamente, preguntó con cariñoso acento y paternal dulzura:

—¿Cómo te llamas?

—Aleydah, señor. Soy esclava de Zobeida, la hija de Ben-Abu-Giafar.

—¿Y has venido aquí enviada por tu señor?

—He venido en reemplazo de mi hermano Alí, vuestro carcelero. El pobre está malo tambien, atacado de unas fiebres malignas, contagiado del tifus de vuestro calabozo. Hubierais muerto todos si tardo dos dias en venir, pero Dios no quiso que murierais y el ángel de vuestra guarda se encargó de protejerlos volviéndoos á la vida.

—¿Y tú, bondadosa mujer, no temias contagiarte con los pútridos miasmas de esta cárc el, con el aire envenenado por el tifus de la muerte?

—La esclava cumplió con sus deberes.

—¿Pues qué te ordenó tu señor con respecto de nosotros?

—Que asistiese á mi hermano y os diese pan y agua por el tragaluz de la puerta.

—Esos eran tus deberes de esclava, pero tus sentimientos de mujer piadosa te han llevado más allá de tus deberes; te han elevado á la sublime categoría de los ángeles; porque tú, noble mujer, no eres la enviada de Giafar, sino la enviada de Dios, la escogida de nuestro ángel de la guarda que te puso aquí, cerca de nosotros, por mediación de la Santa María del Puig, que es la reina de los cielos, consuelo de los afligidos y madre amorosa de los pobres, de los débiles y desamparados.

—¡Ah! ¡Qué hermosa debe ser esa María que tantos favores os dispensa á vosotros los cristianos!

—¿Crees por ventura que la Reina de los Angeles no es también tu protectora?

—No lo creais, nobles señores: esa reina de que habláis no puede acordarse de la pobre esclava abandonada de todos, escarnecida y pisoteada, y azotado el rostro por el látigo de mi señora ó por la innoble mano de un eunuco. Vuestro Dios y vuestros ángeles os protejen á vosotros porque sois nobles, ricos y poderosos; la reina María protege á los pobres y á los desvalidos porque es buena, porque es misericordiosa, porque es santa. Pero no puede protegerme á mí, que soy mora, que soy esclava, que pueden disponer de mi vida por un capricho, por un arrebato de ira ó porque les convenga deshacerse de mi cuando por mi edad les sirva de molestia y de estorbo. Muy grande debe ser vuestro Dios, pero creed, señores, que no es el Dios de los pobres, de los esclavos y de los miserables.

Y la pobre mujer prorrumpió en amargo llanto.

—Escucha, Aleydah. Todos nosotros hemos contraído una deuda contigo, que hemos de pagarte

—¿A mí? Os equivocais: ¿cómo pudierais deber cosa alguna á la misera esclava?

—Te debemos gratitud por el bien que nos haces, y es justo que te paguemos.

—Pues qué ¿pagais vosotros á los esclavos?

—Les pagamos con nuestra estima y consideracion, y Dios se encarga de recompensar sus obras.

—¡Dios! ¡Siempre Dios! ¡Ah! ¡qué venturosos sois los cristianos!

—Escúchame con atencion, Aleydah. Tu hermano sanará como nosotros si está bajo tu amoroso cuidado. Nuestra situacion empeorará de nuevo y quizá no volvamos á verte.

—Vendré, vendré á veros y sabré convencer á mi hermano Ali.

—Eres buena, Aleydah, y forzoso es recompen-  
sarte. Debes hacer lo que voy á decirte.

—Hablad.

—¿Puedes proporcionarnos recado de escribir?

—Ese encargo en manos de una esclava, despierta sospechas, señor, que pueden costarme la vida y ser vuestra perdicion. Más fácil me fuera proporcionaros un ternero, que algo de tinta y papel.

—No importa. ¿Conoces tú á un moro principal, llamado Albocacim?

—Solo la desdicha conoce la esclava. Pero preguntaré.

—Albocacim es venerable de la Aljama. Es de alta estatura, de negra y espesa barba. ojos negros y penetrantes; tiene cuarenta años de edad, Vive en un suntuoso palacio hácia la Puerta de Concentaina.

—No digais más, señor; le buscaré y le hablaré.  
¿Qué he de decirle?

—Pintarle nuestra situacion; y añades que yo, En Gimén de Tobiá, cautivo en el Alcázar, reclamo su presencia ó el auxilio de su amistad.

—Si eso es todo, descansad, señor, en mí.

La esclava salió no sin dejar el consuelo de la esperanza en el lóbrego calabozo. Dos horas despues volvió á presentarse ante los caballeros, guiando al venerable Albocacim.

El moro se encargó de proveer, por medio de la esclava, á todas las necesidades de los cautivos, cuya

situacion mejoró en adelante por los cuidados de la pobre Aleydah, afanosa en servirles hasta más allá del alcance de sus débiles fuerzas.

Veintisiete meses llevaban ya de cautiverio, sepultados en la oscuridad de su calabozo, y todavía no vislumbraban la aurora de su libertad ni el horizonte de su esperanza. Pálidos y demacrados, encanecidos y macilentos como las plantas sin luz, tristes y abatidos por el rigor de su desgracia, los caballeros oraban en silencio ó dirigian en coro sus plegarias para caer despues en una sombría meditacion acompañada de copiosas lágrimas, como recuerdos dedicados á los séres más queridos de su corazon.

Un día les pareció oír lejanos rumores como de masas compactas que atruenan el espacio con sus voces y con sus gritos. Pero el espesor de sus gruesos muros del Alcázar, no conducia hasta ellos mas que el débil fragor de un eco lejano y confuso. Recordaron entonces los clamores de aquel pueblo en los dias de justas, de fiestas y de regocijos: trataron de olvidar la tierra para fijarse en el cielo, y oraron devotamente dirijiendo sus preces al Altísimo. Despues se entregaron á la meditacion, y un silencio profundo reinó en la sombría estancia solo interrumpido por ahogados sollozos, cuyo copioso raudal rebosaba en sus almas.

La puerta se abrió dejando penetrar á Aleydah en aquella mansion del cautiverio.

Sus párpados rojos por el llanto, su voz temblorosa y entrecortada, sus ojos marchitos y preñados de lágrimas, parecian anunciar alguna nueva desventura para los pobres cautivos, harto abrumados bajo el peso de su desdicha.

En Gimen salió al encuentro de la mora.

—¿Qué tienes, Aleydah? ¡Tu tambien lloras! ¿Vienes á anunciarnos alguna desgracia?

—Sí; más no para vosotros, la desgracia es mia, porque no os volveré á ver.

Estas palabras cayeron como el golpe de una maza en el alma de los caballeros.

—¿Qué dices? exclamaron todos rodeando á la pobre mujer.

—Mi ama, la hija de Giafar, celebra esta noche sus bodas con Abraham, hijo de Almofaix. Su esposo la llevará á su tierra, y como la señora necesita de su esclava, no es fácil que vuelva á veros si no permanezco en Játiva.

El alma de los caballeros recibió esta nueva herida que parecia incurable, porque ¿quién les prestaria en adelante los generosos servicios de aquella escelente muger, de aquella infeliz esclava?

Antes de reponerse de su sorpresa de dolor, antes que pudiesen dirijirla una frase de sentimiento, Aleydah, continuó:

—Tengo que comunicaros otra noticia, ignoro si buena ó mala para vosotros. Si buena, para que os regocijeis, y si mala, perdonadme de antemano el disgusto que pueda causaros.

—Habla, habla sin temor.

—Pues bien: una hueste de cristianos se halla á la vista de Játiva.

Los cautivos soltaron una esclamacion de alegria, de júbilo y de entusiasmo.

Su abatido espíritu se reanimó con esta nueva, y locos de placer, ébrios de ventura, abrumaron á la mora con un sinnúmero de preguntas.

—Solo sé lo que he oido. Dicen que al frente de la hueste cristiana se halla el rey En Jaime.

No necesitaban saber mas.

El rey de Aragon venia por ellos; estaban salvados.

Su alegria no reconoció limites, su entusiasmo llegó al parasismo de la locura, á la embriaguez de la esperanza.

Pasada la primera explosion de gozoso arrebató, el grave caballero En Pedro de Alcalá, se dirijió á la mora cogiéndola de las manos.

—Hija mia, si es cierto lo que nos dices, nuestra libertad es segura. Nosotros somos ricos y poderosos; te rescataremos del poder de tus amos, y vivirás libre

é independiente bajo la proteccion de nuestras esposas y de nuestras hijas, ó buscarás un asilo donde fuere de tu agrado.

Todos los caballeros repitieron lo mismo.

—¡Ah, señor! —contestó la esclava bañando en lágrimas las manos del caballero.—Pensad en vosotros, hijos de la fortuna, y no os acordeis mas de la pobre esclava nacida para la desgracia. Hay una historia horrenda en mi vida, que no queráis conocer. La dicha para mi no existe, ni es posible que vuelva á renacer. Yo no soy mas que un gusano, cuya vida pertenece á mi señora, cuyo cuerpo pertenece á la tierra. Sed venturosos, vosotros, los que teneis riquezas, vosotros, que teneis familia y séres que os amen, vosotros, los que teneis Dios. A mí me acompaña la maldicion de mi desventura; despojada hasta de la esperanza de la otra vida, no tengo, como vosotros, un Dios que me consuele. una Madre que me proteja, que me cubra con el manto de su divino amor. ¡Oh! Dejadme, dejadme con el patrimonio de mi desgracia: yo nada quiero ni ansío, solo la muerte ambiciono y la muerte, ¡ay! no se acuerda de mí.

El corazon de los caballeros pareció conmovido ante las lágrimas de la pobre mujer. Todos acudieron á consolarla, á ella, que tantos consuelos les proporcionó; pero antes de poder secar sus lágrimas con nuevas promesas de ventura, penetró en el calabozo Ali, el mudo carcelero de otros dias, con semblante demudado y descompuesto por el terror.

—¡Imprudente!—dijo, cogiendo á su hermana por un brazo.—Me has perdido y te has perdido. ¡Ven!

Y la arrastró en pos de sí como el tigre acosado arrastra su presa, huyendo del alcance de sus perseguidores.

No habian vuelto de su estupor los atónitos caballeros, cuando la puerta del calabozo volvió á abrirse dejando pasar á Ben-Abu-Giafar, al venerable Almo-faix y al moro Abraham.

—Vengo, caballeros, — empezó diciendo Giafar —á

participaros una nueva de gran interés para vosotros.

Creyeron los cautivos que se les anunciaba su libertad y respiraron con satisfacción.

El moro continuó.

—Acabo de venderos á mi digno amigo el venerable Almofaix, que aquí veis. Desde este momento es vuestro amo, y como á tal debeis reconocerle. Ahí tienes, venerable Almofaix, á tus cautivos. Te hago entrega de ellos. Esta noche, con presencia tuya, haré entrega de mi Zobeida á tu hijo Abrahim.

Y sin esperar respuesta, volvió la espalda y salió del calabozo.

Los caballeros se miraron estupefactos.

—¿Es cierto lo que ese hombre acaba de decir? Preguntó el de Alcalá.

—Tan cierto—contestó Abrahim—como que sois cautivos de mi padre y puedo disponer de vosotros como estime conveniente.

—No temáis, nobles cristianos—replicó Almofaix—Os he comprado para daros libertad, pues no es justo que caballeros de vuestro linaje sufran en un calabozo encerrados como fieras.

—¿Venís á exigirnos rescate?

—He dicho que vengo á libertaros sin condicion ninguna. Dadme vuestra palabra de honor de que no saldreis hoy del Alcázar, por lo que pudiera acontecer, y estais libres desde este instante. Mañana volveré por vosotros y podreis trasladaros á vuestra tierra ó á donde creyereis oportuno.

Los asombrados caballeros, confundidos por tantas emociones, espresaron su reconocimiento al moro que, seguido de su hijo, salió del calabozo y del Alcázar satisfecho de su bella obra.

Volvamos la vista atras.

Cuando En García Romeu llegó á la córte de Aragon, se presentó al rey para referirle lo ocurrido con el lugarteniente de Valencia.

—¿No sabiais—contestó con enojo el rey—que En Rodrigo de Lizana representa nuestra propia auto-

ridad y que al desobedecer sus ordenes incurriais en el delito de desacato?

—El de Lizana, señor, ha roto la tregua otorgada por vuestra alteza y por los ricos-homes de Aragon.

—¿Por ventura hay tregua posible con esos herejes de moros? Id, En Garcia, y tened presente que al soldado le toca obedecer, sin comentar jamás la orden de su señor.

En Romeu salió ciego de cólera por las palabras del rey.

Pero estaba en su casa, bajo el techo paternal, y la autoridad, la prudencia y el cariño de su anciano padre, sirvió de lenitivo á su amarga pesadumbre, que no tardó en borrarse de su impetuoso corazon.

Nuño, su viejo escudero, habia dicho al anciano Romeu, presentándole su hijo.

—Os le devuelvo lleno de gloria, de bienes y de honor. Es un hombre de provecho que dará lustre á su casa y á su patria y á su rey. Pero testarudo y caprichoso como ninguno, tan obstinado como valiente y tan soberbio como esforzado. Tal como es os lo devuelvo, henchida mi alma de orgullo y de satisfaccion. Ahora, señor, dadme un humilde retiro donde pueda morir al lado de mis hijos, satisfecho de haber llenado mis deberes de fiel y honrado servidor.

—¡Cómo! ¿Quieres abandonarme, ingrato? ¿Cómo podras vivir sin propinarme tus sermones, sin reñirme á cada paso, sin sufrir mi mal humor? Vas á morir de fastidio y á reventar de pesadumbre, cuando tengas noticias mias ó de mis proezas, ó de mi muerte.

—¡Imposible! ¡imposible! ¡no puedo apartarme de vos!

El rey tuvo noticia al fin del desastre de Valldigna y del cautiverio de sus caballeros. Movi6 al instante sus huestes, y acompañado de Romeu se diriji6 á Valencia desde cuya ciudad se traslad6 á tierra de

Játiva, para reclamar de los moros la libertad de los cautivos.

Refieren las crónicas que á la vista de la ciudad, olvidó á sus caballeros cautivos embargado por la bella perspectiva de Játiva, cuya posesion deseó como si se tratase del amor de una hermosa dama.

Los sucesos posteriores nos revelarán el resultado y las consecuencias de este primer sitio de la histórica Játiva.

## CAPITULO XX.

### El árbol del secreto.

Otra vez estamos á la vista de Játiva en el campo de Sallent.

Siguiendo una calle de tiendas de campaña, designada con el nombre de Romeu, por estar alojados en ella los cien caballeros de su hueste, encontramos una tienda de lona con el estandarte de su caudillo; prueba inequívoca de que la tienda pertenece al alférez de la compañía, cuyo capitan es En García de Vera. y cuyo gefe y señor de la mesnada es el rico-home de Aragon, En García Romeu.

Dos soldados almugávares, puestos allí por el rey, hacen la centinela á la puerta de la tienda, mientras otros dos la custodian por el lado opuesto, como si la tienda encerrase un tesoro ó guardase algun reo sentenciado á muerte.

En el interior de la tienda y sobre un taburete de campaña, hay un hombre entregado á sus reflexiones, que deben ser harto sombrías, segun la tristeza que revela en su semblante.

Es en Bartolomé Esquerdo, preso en su propia tienda por mandato espreso del rey.

Los dos Garcías, el de Vera y Romeu, sus inmedia-

tos gefes y sus mas allegados amigos, le acompañan en su tienda, prestándole los consuelos de la amistad y del deber.

—No teneis por qué afljiros, En Bartolomé: el rey no osará cometer un atropello en la persona de un noble como vos, aunque os haya arrancado del asilo de mi casa. Tengo harto poder para hacer respetar mis fueros, y al rey le importa mucho tenerme por vasallo cuando puedo declararme su enemigo.

—Gracias por vuestro interés, En García: pero no debo consentir que por mi causa arrastreis la cólera del rey.

—No es por causa vuestra, En Bartolomé; sino por la justicia atropellada, por la nobleza escarnecida, por nuestros fueros vilipendiados y tan poco atendidos por el rey, que recibe su poder y su autoridad de Nos.

—Mi suerte está echada, En García, y Dios dispondrá de mí lo que fuere de su voluntad. Repito, sin embargo, que no provoquais de nuevo la cólera del rey; pues si decretado está que he de morir, no sabrá contener su enojo y antes me entregará al verdugo para que cumpla su ley. Hacedme merced solamente de Decir á su alteza que no hice sino defenderle de la boca de un deslenguado que no le trataba muy bien. Si el rey necesita la confirmacion de lo que digo, Azadrach se halló presente y puede dar testimonio de mis palabras.

—¡Azadrach! murmuró el de Vera.—Afirmara que es un mal hombre.

—Afirmadlo de hecho y no lo dudeis,—repitió En García.—Pero volviendo á vos, En Bartolomé, no necesitais de otra defensa que nuestros privilegios de Aragon. Ahora mismo acudirán á mi tienda todos los nobles que acompañan al rey. Nadie cederá de sus fueros; si el rey se obstina, poder tenemos para destituirle y coronar al príncipe Alfonso. Si la nobleza no se pone de acuerdo, lo que no es probable, tengo una hueste poderosa para hacer frente á las tropas

del rey; y cuento además con la amistad del emir de Játiva para que me ausilie con sus fuerzas ó para provecharme de su hospitalidad.

— Yo os ofrezco tambien, En García, seguir vuestra bandera para ir á donde vos vayais.

— Así lo espero, amigo Vera; y bueno será que aposteis la compañía por si fuera necesario caer sobre esos tigres almogávares que vigilan esta tienda contra los fueros de mi casa. Descansad, entretanto, En Bartolomé, y no temais.

Los dos caballeros salieron de la tienda de Esquedo para asistir á la reunion de la nobleza convocada por Romeu en su tienda, donde debia tratarse de lo que llamaban injusticia del rey.

— ¿No es aquel En Jaime?— preguntó el de Vera dirigiendo la vista hácia un extremo del campamento.

— Sí; y Azdrach va con él.

— Ese hombre me huele á malsin. ¿Qué proyectará con él?

— Convendria espiarle de cerca, pero con disimulo. Tengo hartos motivos para confirmar vuestras sospechas.

— Pues espiémosle y sepamos qué proyecta, ya que no sabemos quién es.

Los Garcías penetraron en la tienda donde estaban ya reuidos gran número de caballeros.

El rey, embebido en la contemplacion que le ofrecia la vista de los altos castillos de Játiva, habia salido de su tienda como atraido por el iman de aquellas fortalezas que ansiaba poseer, sin darse cuenta de sus propios pasos que no trató de dirigir. Iba solo, sin advertirlo siquiera; pero así que se alejó algo de su tienda, algunos prelados y caballeros de su córte, echaron á correr para alcanzarle y le seguian á respetuosa distancia. Tampoco el rey lo notó.

Segun la direccion que llevaba, debia pasar junto á una higuera á cuya sombra habia un hombre medio tendido que se ocupaba en herir suavemente el tronco del arbol con la punta de su daga. Parecia entretenido

en dibujar sobre la blanda corteza, caracteres singulares como signos cabalísticos.

Al oír las pisadas volvió la cabeza y se encontró delante del rey que miraba con atención aquellos geroglíficos.

—¿Qué diablos escribís ahí, Azdrach? preguntó el rey.

El interpelado se levantó apresuradamente, dirigió la vista á lo largo del camino, envainó su daga y se descubrió.

—Nada, señor; mataba el ocio escribiendo mi nombre en la corteza de ese tronco.

—¡Diantre! ¿Esos garabatos espresan un nombre?

—En el lenguaje oriental sí, señor.

—Ya sabemos que poseéis gran caudal de conocimientos. Pero no hay razón para que así os inmuteis.

—Perdonad, señor, si he temblado un momento al ver mi daga desnuda estando solo con mi rey.

—¡Solo decís! Pues qué, ¿ningun servidor nos acompaña?

—Vuestros caballeros os siguen de lejos.

—No importa, acompañadnos vos.

—Mucho me honrais, señor.

—¿No son los Garcías aquellos caballeros que miran hácia aquí?

—Ellos son.

—¡Y se alejan sin saludar á su rey!

—¡Como van á reunirse con los caballeros de Aragon para tratar de pedirnos justicia contra su propia autoridad....!

—Ya tenemos noticia de esa reunion: habituados estamos á la soberbia de nuestros ricos hombres y alguno hemos ahogado entre nuestros brazos, consiguiendo con su muerte la salud del reino. Pero vos ¿cómo no formais parte de esa reunion? ¿O es que no os conceden suficiente nobleza para alternar con ellos?

—No me cuido, señor, de averiguar lo que opinan

de mí. Cierto es que no he sido invitado, ni tampoco lo esperé: y no es poca fortuna para ellos.

—¿Por qué?

—Mi conciencia me acusaría de desacato contra la magestad de mi rey, y es probable que al expresarlo así, recurriese al lenguaje de las armas para hacerles comprender la lógica de mi argumentación.

El rey sonrió.

—Sin embargo, no todos piensan como vos.

—Esa es la desgracia.

—Ya os haremos merced de nobleza, Azadrach, y entonces me direis si pensais como hoy.

—Pensaré siempre de igual manera, señor.

—Tambien os daremos algunas haciendas á juro de heredad.

—No soy acreedor á las bondades con que piensa honrarme vuestra alteza. Pero si me permitis señor....

—Hablad, hablad.

—Vuestra alteza debe recordar que la nobleza de mi sangre no cede á la mas ilustre de los reinos de Aragon.

—Por vuestro nacimiento sí: pero no estais reconocido públicamente y esto es lo que haremos con presencia de nuestra córte.

Tampoco ignorais, señor, que poseo varios castillos y alquerias y.....

—Si, lo sabemos.

—Algunos de ellos estan anclados en tierra de moros.

—Tambien lo sabemos.

—Pues solo os pido, señor, que me reconozcais esas mis posesiones para cuando acabeis de conquistar toda la tierra de moros.

—Lo cual quiere decir que sois bastante rico y poderoso para despreciar las mercedes que podamos haceros.

—¡Señor!

—No protesteis; sé que sois honrado, aunque algo

misterioso. Pero decid, ¿os prestan obediencia esos endiablados de moros que teneis por vasallos?

— Me obedecen ciegamente: y si os pido que me reconozcais los derechos de mi señorío, no es por temor de que nadie me los dispute.

— Eso me demuestra que estais seguro de lo que valeis.

— No del todo, señor.

— ¿Dudais de vos mismo?

— Siempre se duda cuando rinde el corazon tributo de amor.

— En verdad, que si mal no recordamos empeñasteis vuestra palabra.... ¿con quién....? ¿con quién....?

— Con Na Alda de Carroz.

— ¡Ah, sí! ¿Y á qué altura se encuentran vuestros amores?

— La nobilísima familia de Na Alda, no duda, señor, de mi nobleza ni de los estados de mi señorío; mas como aparéntemente no soy sino simple capitán de una compañía asalariada, desean la aprobacion de vuestra alteza, para otorgarme la mano de la encantadora Alda.

— Contad con nuestra aprobacion.

— Sois muy generoso, señor.

— No, sino que esos amores abonan, Azadrach, vuestra honradez.

— Perdonad, señor, pero no entiendo.....

— Habetis de saber que no fiabamos mucho de vos.

— ¡Señor!

— Llevais un nombre que no es cristiano: dicen que no habetis recibido el agua del bautismo: os acusan de reservado, de meditabundo y de misterioso.

— Pero vuestra alteza no dá crédito á esas hablillas.

— Yo no, pues no fijárais los ojos en dama tan principal. Pues bien; patrocinamos vuestra union, y la reina y Nos seremos padrinos de boda. Hacedlo entender así á la familia de Carroz.

— Nunca podré pagar á mi rey tantas mercedes.

— Los asuntos de la guerra pueden hacernos olvidar

la promesa que hoy damos. Hablad á la reina para que nos lo recuerde.

—¡Sois el mas grande de los reyes!

—Hablemos de otro asunto. Quisiéramos encargarnos una mision delicada.....

—Soy todo vuestro, señor.

—Cerca del emir de Játiva.

—Aunque sea á los profundos avernos, si allí puedo servir á vuestra alteza.

—No se trata de peligros, Azadrach, sino de esgrimir las armas de la discrecion.

—Mi brazo y mi saber, mi fortuna y mi vida, todo es vuestro, señor.

Habian dado la vuelta al campamento y se encontraban no lejos de la tienda real. Los caballeros reunidos en la tienda de Romeu salian en este instante como satisfechos de su determinacion. El rey, sin variar el paso ni volver el rostro, suspendió la conversacion diciendo á Azadrach:

—Vendreis luego á buscarnos pues deseamos hablar con vos.

Azadrach besó la mano del rey, que penetró en su tienda al aproximarse los caballeros.

La opinion de estos no habia sido tan unánime como Romeu confiaba, en el capítulo de agravios que debian elevar al rey. Acordaron, sin embargo, impetrar el perdon del monarca para En Bartolomé Esquerdo, reservándose los derechos de atacar al rey en defensa de sus privilegios, para cuando se reuniesen en córtés ó llegasen á Valencia ó á otra ciudad de Aragon.

En Jaime no se mostró muy propicio á las exigencias de los ricos-homes; les dejó hablar, sin embargo, y contestó con severidad.

—Vivid seguros de que la justicia será hecha segun nuestra ley.

Los caballeros se retiraron.

Azadrach penetró á poco en la tienda real.

Allí permaneció largo rato.

Era indudable que conferenciaba con el rey.

Al salir de la tienda miró á todos lados con la satisfaccion de un privado que goza de la real confianza.

Algunos caballeros que le vieron salir de la tienda de Don Jaime murmuraron de su alteza por la proteccion que parecia dispensar al asalariado capitán.

Un escudero de Romeu le espiaba de cerca.

Azadrach fuese de nuevo á la higuera donde le encontrara el rey: desenvainó su daga y trazó un signo más sobre la esponjosa corteza del árbol. De allí se retiró al cuartel donde su compañía acampaba. Algunos vivanderos, judíos por lo general, aunque no faltaban moriscos, vagaban por el campamento ofreciendo á los soldados algun jarro de agua, miel y otros artículos de su comercio.

Uno de ellos, alejándose un tanto de aquella amovible ciudad, y como guiado por el acaso, dirijase hácia la higuera de Azadrach, pues que tal nombre merece, sin reparar en un hombre que acababa de llegar y examinaba con detencion los geroglíficos trazados en el tronco,

Por lo mísero y andrajoso parecia ser un mendigo; su semblante, curtido por los rigores de la intemperie, embrutecido por los sufrimientos, quizá por el yugo de una larga esclavitud, presentaba el sello característico de la idiotez con la negacion de sus facultades intelectuales. Sus lábios no se desplegaban sino para articular un ahullido, para remedar el lenguaje de algunos brutos á los cuales se parecia. Indudablemente estaba desposeido del mas envidiable don de la raza humana: era mudo, pero no debia serlo de nacimiento, porque tenia un oído exquisito. En sus mugrientos harapos demostraba pertenecer al pueblo musulmán. Pero era compadecido de moros y cristianos y unos y otros le atendian igualmente como un ser desgraciado é inofensivo.

A no arrastrar tan mísera condicion, se le hubiese tomado por un espía de Azadrach, pues así que

este grabó su último signo en el tronco de la higuera el desgraciado mendigo se acercó al árbol y examinó aquellos caracteres incomprensibles. En sus ojos brilló como un relámpago la luz de la inteligencia; llevó su crispada mano á la frente, se arañó el rostró, ahogó un gemido escapado de su pecho y volvió á caer en su estado de idiotismo.

El judío había llegado al pie del árbol.

Miró con recelo al mendigo y exclamó:

—¡El idiota!

Pronunció una frase en lengua desconocida; el mendigo no se movió. Habló en árabe, en castellano y en lemosín y obtuvo el mismo resultado.

—¡Ay de tí, si me engañas! murmuró el vivandero sacando un puñal de entre los pliegues de su túnica.

El idiota permaneció impassible.

—Aunque fueres un bribón —añadió el rabino tranquilizándose, no es fácil que sepas leer la lengua sabia de mis mayores.

Y con la punta de su puñal añadió un signo más á los ya trazados en la corteza del árbol.

Era indudable que el tronco de la higuera era depositario de una frase, de una consigna quizá, escrita en caracteres hebraicos.

El judío, con una generosidad harto estraña entre los hijos de su pueblo, alargó al idiota una calabaza llena de vino.

—¡Bebe!

El idiota no hizo el menor movimiento.

—¡Temes la prohibición de la ley! También á mí me está prohibido. ¿Que diantre? Bebe; aquí no te observa el Profeta.

Y puso la calabaza entre los labios del mendigo.

—¡Ola! Parece que no te disgusta el néctar llamado por los cristianos sangre de Cristo! Bebe, bebe más: es moro como tú, pues no ha probado el agua del bautismo.

—¡Aja! Hasta la última gota. Bueno; con eso pasarás una noche tranquila.

Y el hebreo se alejó. El mendigo abandonó su asiento y se fué con él.

—¿Qué es eso, te vienes conmigo? Haces como los perros vagabundos, que se van detras del que les enseña un hueso. Quédate aquí, pobre diablo: tú no puedes seguirme.

El idiota no debió comprenderle, porque echó á andar de nuevo detras del judio.

—Comprendo: tienes hambre y no sabes cómo expresar la necesidad del alimento. Toma: pan, y queso y algunas frutas.

El idiota lo tomó, pero no dejó de seguir al judio.

—¡Otra vez! ¿Si tendré yo algun panal, que así se me pega este moscardon!

—¡Quédate! quédate aquí, pobre loco, voy de prisa y he de ir muy lejos.

Y echó á andar á buen paso; pero el mendigo le imitó siguiéndole como un perro agradecido.

—El se cansará; sino es que rendido de cansancio cae exánime en mitad del camino.

El vivandero no se cuidó más del pobre idiota y apretó el paso acompañado siempre del mendigo.

Un grupo de soldados se presentó á poco por el sitio donde estaba la higuera.

Venian alegres y bulliciosos, capitaneados por el viejo Nuño que trataba de echar una cana al aire aprovechando un rato de asueto. Daba saltos de júbilo como un mozo irreflexivo y echaba su voz al aire para alegrar á sus compañeros.

—A beber, á beber, muchachos—gritaba—fuera penas y venga un rato de danza, de alegría y de cantares hasta que nos rinda la borrachera.

—¡Viva el buen veterano! contestaban sus amigos batiendo palmas entre música y jaleo.

—¡Nadie eche mano á su bolsa, yo pago el gasto de todos!

Venia entre dos vivanderos, uno moro y otro judio, á quienes ofreciera consumir todas sus provisiones si le servian cual él deseaba.

Llegados al pie de la higuera, colocó al moro delante de aquellos signos que no llamaron la atención lo más mínimo.

—¿Sabes leer?—preguntó al vivandero con disimulo.

—Sí,—contestó aquel no sin asombro.

—Pues lee en el semblante de estos pícaros cuál es el más borracho de todos.

Y añadió por lo bajo.

—No, pues no está escrito en moro.

Y alzando la voz continuó:

—¿Pero qué haces, que no echas vino á la gente? Escancia, escancia y á beber los aragoneses.

Dió un empujon al moro y le colocó entre los soldados.

Se acercó al judío y le colocó delante del tronco.

Esta vez fué más afortunado, pues el vivandero fijó los ojos en aquellos signos que pareció descifrar mentalmente.

—Lee en alta voz para saber si está bien escrito, porque esos garabatos los he hecho yo.

—¡Tú!

Yo, pero dudo que espresen nada, porque mis conocimientos son escasos.

—Pues la idea está bien espresada.

—¡Es posible! ¡A ver, á ver!

—Dice así: »—La hora se acerca: estad prevenidos.»—Y más acá:—«¡Jehová nos proteja!»

Nuño soltó una carcajada.

—¿No es eso lo que has querido escribir? preguntó el judío.

—¡No, hombre, no: si yo pensé copiar un salmo de la Biblia! ¡Ja, ja, ja! ¡Qué torpe soy! ¡Pero esta gente no bebel! ¡Venga vino! ¡Venga vino y á danzar!

Y rompiendo la marcha, como movido por los vapores de la bebida, se alejó de aquel sitio cantando y danzando seguido de sus compañeros.

Azdrach se presentó de nuevo.

—¡Estupidos! exclamó—¡entregaos á la embriaguez

del vino mientras otros se embriagan tambien con el placer de la venganza!

Y fijándose en los caractéres que él mismo grabara, murmuró al leer la adición del judío.

—¡Jonás ha estado aquí! Perfectamente: la consigna está dada y comprendida! Y con el filo de su daga borró aquellos signos, hasta dejar enteramente blanco todo el espacio del tronco donde estaban grabados.

—Ahora,—añadió alejándose de aquel sitio,—á Játiva, á cumplir las órdenes del rey.

No era Azdrach el único que se alejaba del campamento.

Un caballero de la hueste de Romeu, acababa de salir con dirección á la corte, con tres cartas que debía entregar de parte de En García de Vera. Una iba dirigida á la reina para que intercediese con su esposo el rey á fin de que no llevase á cabo la sentencia que gravitaba sobre el desgraciado Esquerdo.

Otra iba dirigida á Na Leonor de Alcalá, su adorada, y la tercera á Na Catalina de Tobiá, participándoles los sucesos del campamento para que gestionasen cerca de la reina el perdón de En Bartolomé, prometido esposo de Na Catalina.

El caballero partió con la diligencia que el caso requería, mientras En García Romeu, acompañado de Nuño y de algunas gentes de su casa, se dirigía por distinto camino, hácia los muros de Játiva.

## CAPITULO XXI.

### Las gestiones de Azdrach.

En un salon de la Aljama se encuentran frente á frente Azdrach y Abul-Hussein.

Ambos están sentados á la usanza mora sobre magníficos cogines de brocado.

El emir parece como abstraído y subyugado por los razonamientos de Azadrach, que trata de convencerle y de arrastrarle tal vez á su perdición.

—Eres osado, Azadrach, y no vienes sino á descomponer mis proyectos.

—Dí mas bien que te propongo los medios de engrandecerte.

—No tengo fuerzas para luchar con el rey de Aragon.

—Si el aragonés se enterase de lo que acabas de decir, estabas perdido.

—Debe respetar su propia palabra.

—Debe, pero no sucede así. ¿Cuánto tiempo tardó en apoderarse de Cullera, y de Sueca y de otros castillos y alquerias? ¿No entraron sus gentes por tierras de tu señorío á raiz de los tratados? ¿No tuvimos necesidad de escarmentarlos en Valldigna? ¿No son los sucesos de hoy consecuencia de aquella batalla? ¿Crees tú, que si le entregas graciosamente los caballeros de Játiva, como llaman á esos cautivos, se volverá á su reino sin molestarte?

—Debo creerlo así.

—Eres confiado, Hussein. El rey de Aragon ansía poseer tu ciudad, y la poseerá.

—No será sin pisar antes mi cadáver.

—Tu cadáver será pisado y comido por los buitres si te opones á entregar la ciudad. Hoy el rey no tiene suficientes fuerzas para una guerra regular. Su poderoso vasallo, En Garcia Romeu, ó se aparta de su servicio, ó se retira á sus estados, ó permanece neutral. ¿Si los cien caballeros de Romeu, no toman parte en esta lucha, qué gente le queda para batir tus murallas? Hoy puedes atacarles de frente y cortarles la retirada, que no puede hacer sino por el Júcar. Mañana será tarde. Decidete, Hussein. La fortuna puede poner en tus manos al rey de Aragon. Si no te resuelves, sucederá lo contrario: el emir de Játiva será amarrado al

carro de triunfo del rey En Jaime. Yo te ayudaré. Si la ocasión se presenta, lo pondré en tus manos.

—Necesito consultar con los venerables de la Aljama.

—Lo que te importa, sobre todo, es tomar la ofensiva: y si salieres vencido, que no es probable, ni quizá posible, apela al recurso del rey de Castilla: los dos querrán entonces poseer la joya de Játiva como florón de su corona. Ofrecela á los dos, sin cederla á ninguno, para que se destrocen entre sí, en tanto nos hacemos fuertes y reedificamos el edificio con sus propios escombros.

—Audaz eres en tus concepciones.

—Resuélvete, Hussein. El tiempo urge y es fuerza mostrarnos dignos de nuestro antiguo esplendor; es necesario arriesgar mucho para ganar algo.

—¿Y qué premio reclamas si la fortuna nos favorece?

—Para tí el señorío de Játiva, hasta el Júcar, con todo su término y sus antiguos castillos: para mí, el reino de Valencia ó lo que se gane desde el otro lado del Júcar.

—¿Puedo fiarme de tu lealtad?

—Hay un medio hábil de asegurar nuestra alianza.

—¿Cuál?

—Dame á tu hija por esposa.

Hussein quedó gravemente pensativo por la sorpresa que le causara la petición de Azadrach.

—Ya sé, Hussein, continuó diciendo, que amas á Fátima con el cariño de la locura: se también que es digna de un califa y que soy indigno de merecerla: pero á tu vez debes saber, emir de Játiva, que si no me la das por esposa, se la entregarás á un cristiano.

—¡Mientes, Azadrach!

—Tú no sabes que Romeu la ama.

—Pudiera ser, porque ha recibido un premio de su mano. Pero de aquí no se infiere que ella le ame, ni

menos que se la dé por esposa, porque no ha de verla más.

—Ignoras de lo que es capaz el amor.

—No lo ignoro, pero no la volverá á ver.

—Guárdala, pues, emir de Játiva.

—Si el plan que me propones nos dá un resultado satisfactorio, si la fortuna nos protege y Alá está con nosotros, cuenta, Azadrach, con la mano de Fátima.

—Gracias, Abul-Hussein. La energía, de tus resoluciones es la que puede cimentar el pedestal de tu trono.

Un oficial de la Guardia de palacio, anunció al emir la llegada de En García Romeu.

Azadrach salió por distinta puerta y Romeu penetró en la estancia del emir.

Después de saludarse amistosa y cortesmente, el caballero aragonés sorprendió al emir con esta estraña y singular petición.

—Vengo á reclamar la promesa que me hicisteis, de concederme por escrito, como una firma de vuestra autoridad, la mano de la hermosa princesa, encantada en la Torre del Sol.

Hussein miró fijamente al caballero.

—¡Venís á chancearos conmigo, En García?

—No hago sino reclamar una deuda que espero no me negareis.

—Ciertamente que no. Más debo tomar á niñada ó á locura lo que me pedís.

—Dadle el nombre que os acomode, pero yo os suplico, si quereis honrarme con vuestra indulgencia, que accedais á mi petición.

El emir se acercó á una mesita, escribió sobre un papel, lo firmó, estampó su sello, y lo entregó á Romeu.

—Estais servido, caballero: os doy por esposa á la princesa de la Torre del Sol. Mas á mi vez me toca suplicaros que os digneis hacer buen uso de ese papel; no crean las gentes que lo vieren que doy pábulo á vuestras locuras ó que somos locos los dos.

—Descuidad, emir de Játiva: os juro por mi fé de caballero que no ha de verle nadie, más que la princesa, si logro rescatarla, y despues de ella, vos y yo. Y aquí doy fin á este asunto para que no me trateis mas de demente; y no lo digo por enojaros, por que quizá tengais razon. Ahora invoco el sagrado de la amistad que nos une, y os pido alojamiento en Játiva por algunos dias, para mi y alguna gente de mi casa.

—Observad, En García, que puede empezar la guerra entre vuestro rey y yo.

—Os ofrezco, Abul-Hussein, no hacer armas contra vos.

—¿Luchareis contra el rey?

—Tampoco.

—Permanecereis neutral.

—Así será en tanto permanezca aquí, despues..... es probable que me vuelva con mi gentes á mis estados de Aragon.

—Bien está, En García. Podeis disponer del Alcázar donde os alojareis con vuestra gente, y os doy libertad para ir por donde os acomode y hasta para desencantar á la princesa del Sol.

Romeu salió y el emir quedó diciendo.

—El caballero cristiano ama una ilusion; alguna frase imprudente, hija de su mocedad, ha hecho creer á Azadrach que ama á Fátima. ...! Sin embargo..... ¿Quién sabe? ¡Es tan loco el amor!

Azadrach por su parte salió diciendo para sí al despedirse de Hussein.

—He servido al rey de Aragon. Creo haber interpretado sus deseos dándole pretexto para hacer la guerra. Tambien he servido á Hussein protegiendo su causa y dándole armas para defenderse. ¡Estoy satisfecho de mí!

Habia llegado al pié del castillo mayor desde cuyo punto abarcaba con la vista una estension de terreno de muchas leguas. Allí descansó un instante sentado

sobre una peña, fijos los ojos en el real de los aragoneses.

—¡Rey En Jaime!—murmuró.—¡Emir de Játiva! ¿De parte de quién estará la razón! ¡Cuál de los dos será el victorioso! ¡Qué importa! La fortuna debe protegerme y me protegerá. Si vencen los moros, Fátima será mi mujer ó más bien mi sultana, porque ella debe ser el pedestal de mi grandeza, de mi trono quizá. Y si vence el cristiano, la de Carroz vendrá en mi ayuda; será mi esposa, y por interes propio, su noble familia me ensalzara.

Y abstraído en sus innobles maquinaciones permaneció largo rato en aquel sitio.

Despues se levantó diciendo:

—Vamos á ver á los cautivos: á esos pobres caballeros de Játiva.

Y se dirigió al Alcázar.

Allí se encontraban Almofaix y su hijo Abrahim departiendo con los caballeros reanimados ya con la esperanza de abrazar á los suyos dentro de breves horas.

—He cumplido mi promesa,—decia Almofaix.— Libres sois, caballeros: pero he de entregaros al emir, para que con la debida ostentacion os conduzca á la presencia de vuestro rey.

Todos demostraron con frases corteses y espresivas el reconocimiento de que eran deudores al venerable anciano.

Disponíanse á salir, ansiosos de aspirar el aire libre, cuando se presentó un enviado de la Aljama.

Era Hassan.

—El emir de Játiva me envia á tí, venerable Almofaix.

—¿Qué desea mi señor? contestó el anciano.

—Que guardes de nuevo á estos cristianos en su primitivo encierro. Si no puedes responder de su seguridad, hazme entrega de ellos, que yo me encargaré de custodiarles.

Un rayo que hubiese caido á los pies de los caba-

llos, no le hubiese hecho palidecer como al oír el mensaje de Hassan.

—Pues qué,—murmuraron trémulos de estupor—¿no quiere vuestro emir darnos la libertad?

—Me limito,—repuso Hassan—á transmitir la orden de mi señor. Así mismo me encarga de otro mensaje para tí, Abraham.

—El emir reclama tu presencia. Ciñe tus armas y monta tu caballo de guerra; el emir te espera para conducirte al campo de batalla. Rota la tregua con los cristianos empieza hoy la lucha, y á tí, Abraham, te cabe el honor de acompañar al magnánimo é invencible Hussein.

—¡Ah! ¡Viva el grande emir!—gritó el mozo con entusiasmo.—Voy á vestir mi brillante armadura, y en tanto permanezco en la guerra, estimulado con el valor de los héroes, cuida tú, padre, de Zobeida, mi mujer.

Y sin esperar réplica ni contestacion alguna, se despidió del anciano y salió apresuradamente.

Almofaix se dirigió á Hassan.

—Di al glorioso emir de los creyentes que Almofaix responde de la seguridad de sus cautivos.

Hassan salió del Alcázar.

Almofaix, continuó:

—Pues que os he dado la libertad prometida y una orden superior á mi voluntad os retiene aun en vuestro cautiverio, empeñadme vuestra palabra de que no intentareis el fugaros, y libres sois de andar por donde gustéis siempre que no traspaseis los límites del Alcázar que os doy por cárcel.

—Empeñada está, respetable moro.

—Pues esperad y no os desesperéis, mientras tomo noticias de lo que ocurre en el palacio del Aljama.

Almofaix salió dejando á los caballeros sumerjidos en el más profundo dolor.

Momentos despues penetró en la lúgubre estancia el único sér que aliviaba sus pesares, el ángel que sabia consolarles, la pobre Aleydah.

Tenia los párpados rojos por el llanto, y su semblante revelaba la mas dolorosa afliccion.

—Sabia que os marchabais hoy—dijo enjugando sus lágrimas—y quise veros por última vez.

Los caballeros no contestaron, pero se les escapó un rugido de desesperacion.

La esclava, continuó.

—Ya sé que una órden cruel ha venido á sepultaros de nuevo en el fondo de vuestra prision. Lo he sabido por Hassan; y si supierais las nuevas que me ha dado, si conocierais la ponzoña de la amargura que ha derramado sobre mi alma, ¡ah, señores! os parecia menos sombría la cárcel de vuestro destierro; no juzgáreis de tan amarga lo terrible de vuestra posicion!

—¿Pues qué pesares son los tuyos, pobre Aleydah? preguntó En Gimén como dudando de que hubiese otra desgracia mayor que la suya.

—Yo pude ser dichosa en el seno de mi familia; yo era feliz con el amor de mi esposo y con la adoracion que profesaba á mi hijo; yo me creí venturosa con las bendiciones de Alá que derramaba sobre el rostro infantil del ángel de mis entrañas, de mi hermoso Hissem; pero hubo un hombre maldito por el Profeta y por la desesperacion de una madre herida en lo mas caro de su alma: hubo un malvado salido del infierno, que arrebató todas mis dichas, aherrojándome con las cadenas de la esclavitud, menos duras que el amargo torcedor que siento en el alma y me roe el corazon!

—Cuéntanos tu historia, Aleydah.

La esclava derramaba copiosas lágrimas. Secó los ojos con su tosco cendal como preparándose á referir la historia de su vida. La puerta de la cárcel se abrió y penetró un hombre.

Mirole Aleydah, y exclamó con el rostro desencajado por el terror.

—¡¡¡Dios de los justos.... él!!!

—¡Azadrach! exclamaron á su vez los caballeros.

—El mismo soy. ¿Por qué os sorprende así mi visita?

Aleydah corrió á refugiarse en el mas oscuro rincon del calabozo; Azadrach no reparó en la esclava y tomó asiento en un pequeño escaño, sin esperar á que le invitasen, y tratándose como de igual á los caballeros.

—Antes que os repongais de la sorpresa que mi presencia os ocasiona, vengo á proponeros un medio de fuga, si amais la libertad y quereis evadiros.

—No discurreis más sobre ese terreno, Azadrach.—Contestó En Pedro de Alcalá.—Acabamos de empeñar nuestra palabra, cautivos de nuestra hidalguia tenemos por cárcel nuestra propia honradez.

—Ved que pueden complicarse los sucesos, y nadie puede asegurar qué género de suerte os está reservada.

—La muerte, cualquiera que sea, es preferible en todos casos á la vida de la deshonra.

—¿He de decirlo así al rey?

—¿Vos hablais con su alteza?

—¿Qué os sorprende? ¿Puede el señor ser obecido sin hablar con sus servidores?

—¿Venis, pues, de orden del rey?

—Sabrá por lo menos que he estado aquí, y forzosamente ha de preguntarme por los caballeros de Játiva.

—Eso prueba que vivimos en la memoria del rey.

—¡Quién lo duda!

—Siendo así, nuestra libertad es segura, porque el rey nos salvará. Podeis retiraos, Azadrach; y espresad al rey la alta consideracion de sus leales caballeros cautivos en las prisiones de Játiva.

Confuso y humillado por la noble altivez de En Pedro de Alcalá, Azadrach abandonó el calabozo cerrando la puerta tras sí.

La esclava salió de su escondrijo aterrada con la presencia de aquel hombre; pero reponiéndose del espanto que le causara, murmuró con desesperacion.

—¡El! ¡el renegado!

Y añadió:

—¡Y no he sabido abalanzarme á él pidiéndole cuenta

de mi perdida ventural ¡Ah! ¡soy cobarde, cobarde como la esclavitud!

—Tú conoces á Azadrach, pobre Aleydah; refiérenos lo que sepas de su vida. Continúa tu interrumpida narracion.

—Vais á saberlo, señores; mas perdonadme si en la relacion de mis desventuras me ocupo de la misera esclava, cuyas desdichas, de escaso interés para vosotros, pueden molestar vuestra atencion.

—Habla, habla sin temor, Aleydah.

## CAPITULO XXII.

### Historia de la esclava.

Aleydah empezó así la narracion de sus desventuras.

—Escuso hablaros de mi nacimiento, ni de mi infancia, ni de mi primera juventud. Catorce años contaba apenas, cuando mi padre, un honrado labrador, dispuso de mi suerte entregándome por esposa á un jóven de mi raza, labrador tambien y honrado como él, llamado Ben-Hissem.

Viviamos en Puzol, donde yo nací, pueblo inmediato á Valencia, mecido por las auras del bosque, perfumado con la fragancia de las flores, y rociado con la suave brisa del mar. Allí, á la sombra de una fuerte alcazaba, me instalé en una blanca alqueria de Hissem, sagrada herencia de sus mayores, que, con una huerfana inmediata, se la legaron al morir.

Tal dicha encontré bajo el cielo de mi grata alqueria, tal ventura en el tierno cariño de mi amado Hissem, que no eché de menos la casa paterna, ni el solícito afecto de los padres amorosos que me dieron el sér.

La dicha de mi casa creció hasta la suprema ventura con la venida al mundo de un niño que Alá me dió Hissem, se llamaba, como su padre, y era hermoso como el astro del cielo, como el ángel del Profeta, como los espíritus del Edén.

El paraíso de mi cabaña era superior al soñado por los creyentes, bello como el de la otra vida, tranquilo como el de los justos, pobre como la virtud. ¡Cómo no, si lo embellecía con su sonrisa de ángel y con su infantil inocencia aquel hijo de mis amores, aquel niño que Alá me dió!

Cerca de cinco años contaba ya mi pequeño Hissem, y ni una sola nube vino á empañar la ventura de mi casa ni la paz de la familia.

Valencia entretanto ardía en guerras y luchas civiles promovidas por ambiciones ruines, que agitaban las masas y los pueblos del reino, donde luchaban unos con otros, los partidarios de Zaen y de Zeit-Abu-Zeit.

La sangre llegó hasta mi tranquila morada, pues una noche, tras una refriega sangrienta, cayó un jóven herido á la puerta de mi cabaña pidiendo socorro con voz desfallecida que clamaba compasion.

Hissem, mi amante esposo, arrancóle de entre un lago de sangre, le metió en su casa, le abrigó en blando lecho, curó sus heridas y le escondió de las pesquisas de sus encarnizados perseguidores que le buscaban para asesinarle.

Yo le asistí como madre amorosa, le di mi pan y mis consuelos, y enseñaba al pequeño Hissem á asistirle y á respetarle como á un peregrino acosado por la desgracia, falto de amparo, de amor y de caridad.

Y se cerraron sus heridas y restableció su salud, y volvió al fin á la vida despues de permanecer en los antros de la muerte, de donde le arrancara mi generosa solicitud.

Un dia tuvo aviso del triunfo de los suyos, y se dispuso á salir.

Jóven, bizarro, y altivo por su fortuna, quiso pagar el beneficio de Hissem, diciendo amores á su esposa, profanando así el santo asilo de la hospitalidad.

Hissem le arrojó como á un miserable indigno de besar la huella del generoso labrador que le dió su lecho y su pan y sus riquezas.

La paz del reino se turbó otra vez, y la sangre regó los campos casi yermos por los horrores de la guerra.

Y la lucha, verdadera ó aparente, sorprendió á los tranquilos moradores de mi aldea, que cerraron las puertas ocultándose despavoridos en el interior de sus cabañas.

Yo estaba sola en mi alegre alqueria y contemplaba á mi hijo, dormido en la cuna, cuando oí el alboroto de la desenfrenada soldadesca.

Levanteme para atrancar la puerta, pero era tarde. Aquel malvado, aquel basilisco que cobijé en mi propio seno, venia hácia mí con el desenfreno de los brutos á satisfacer su pasión.

Lloré, supliqué y llamé en mi auxilio la memoria de su madre, pero no bastó. Me arrastró hácia sí mientras sus bárbaros secuaces saqueaban mi vivienda que convirtieron pronto en un monton de llamas. Mi hijo quedó en la cuna entre las llamas del incendio menos voraz que la inicua pasión de aquel infame.

Hissem llegaba en aquel instante. Me vió y le ví.... Dios me dió aliento para gritar.

—¡Mi hijo....! ¡Mi hijo....! ¡Salvale, Hissem salvale!!!

¡Desgraciado padre! vaciló un momento entre su esposa y su hijo, pero el incendio no aguardaba.

Trémulo de espanto, desencajado por el estupor, y con el valor de la desesperación, penetró á través de las llamas y oí sus gritos de agonía amortiguados por los crujidos del incendio.

El infeliz salió á poco con el rostro tostado, enne-

grecido por el humo, quemada la barba y abrasados sus vestidos, y dando gritos de dolor. Traía en sus brazos una cuna ardiendo, pero mi hijo ¡ay! no estaba allí.

Quiso gritar y no pudo: intentó penetrar de nuevo en aquel montón de llamas, y permaneció enclavado en el suelo. Quiso llorar, y de sus labios amoratados salió una carcajada convulsiva, fría y penetrante como el estertor de la muerte. Articuló despues algunos sonidos débiles, incoherentes y un gemido gutural, ahogado y penoso como la postrera agonía, se escapó de su pecho torturado con el peso de tanta desgracia. El misero padre habia perdido el habla. Estaba mudo: quizá demente.

Yo no ví nada de esta espantosa escena. Lo supe mas tarde.

Aquella turba de malvados me arrastraron no sé á donde, porque caí desvanecida.

Cuando la razon volvió á mi, encontreme en una estancia suntuosa cual yo no habia visto jamás, é impregnada con el perfume del deleite.

El raptor de mi ventura, el asesino de mi hijo, el verdugo de mi marido estaba allí, clavando en mi corazon el puñal de sus ternezas.

¡Era él! ¡Era Azadrach!

Despechado al fin con mis lloros, con la horrible repulsion que me causaba, resolvió deshacerse de mí.

Me llevaron al mercado público y fuí vendida como esclava.

Esta es la historia de mi vida, desde que nací hasta hoy. Hasta hoy, que encuentro un sér conocido despues de diez años de esclavitud.

Cuando me dirigía hácia aquí para despedirme de vosotros, ilustres caballeros, he visto y reconocido á Hassan, pescador y marinero y vecino de mi blanca alquería, porque moraba como yo en mi tierra de Puzol.

—¡Hassan! ¡Hassan! ¿Eres tú? exclamé al verle.

—¿Eres por ventura mi vecina Aleydah, esposa de Hissem?

—Sí, sí: soy Aleydah, la esposa desventurada, la madre del pequeño Hissem, soterrado entre las llamas de un incendio. Soy aquella Aleyda, que tu conociste, pero digo mal ¡no soy más que una miserable esclava!

—Pues abre tu corazón á la esperanza, porque tu hijo no murió.

—¡Qué dices, Hassan, qué dices de mi hijo!

—Parece que el niño despertó á los gritos de la soldadesca y saltó de la cuna.....

—¡Ah! Sigue, sigue hablándome de mi hijo, Hassan.

—Debió llamarte, vió aquellos rostros feroces y echó á correr hácia el pequeño jardín.

—¿Y se salvó? ¡Habla, habla por piedad!

—El incendio debió espantarle, ó mejor dicho, le anunció el peligro, y el instinto de conservacion y su propia pequenez le salvaron.

—¿No me engañas, Hassan? ¿No te burlas de una pobre madre?

—Se escondió en el seco y angosto lecho de las aguas de riego, y deslizándose por allí, salió al campo donde fué hallado algunas horas despues.

—¡Vive! ¡Mi hijo vive! ¡Loado sea Dios! ¿Pero dime, ¿qué es de él? ¿Dónde está?

—Lo ignoro. El niño fué patrocinado por todas las madres que á la sazón vivían en el pueblo. Pero vinieron los cristianos, nos arrojaron del país que nos vió nacer: yo no tuve tiempo más que el necesario para arrastrar á mi mujer al fondo de mi barca y me trasladé á la Albufera de donde he sido arrojado también.

—¡Pobre hijo mio! ¡Abandonado! ¡Quizá en la esclavitud como su desesperada madre! ¡Y mi marido? ¿Sabes de él? ¿Le has visto?

—Fué arrastrado también por la soldadesca de Azadrach, y como tú, fué vendido como esclavo.

Pero un esclavo mudo y sobre todo idiota, es una carga en vez de un servidor y supongo que él mismo se tomaría su libertad que nadie trató de disputarle. No sé de qué medio se valdria para averiguar mi paradero; tal vez la casualidad; ello es que se presentó en mi cabaña donde ha vivido largo tiempo. Una noche le encontré tendido en el lago y atravesado el pecho de una puñalada.

—¡Oh! ¡Desdichado Hissem! ¡Muerto por el puñal de Azadrach!

—Ignoro ese detalle. Recuerdo solo que le metí en mi barca, lo trasporté á mi cabaña, lavé su herida, y el cuidado de mi mujer le hizo sanar.

—¡Ah! ¡Dios os lo premie! ¡Dios os lo premie, Hassan!

—Así que se restableció, abandonó el pais y no hace mucho que le he visto aqui. Vino á mi casa, me espresó su agradecimiento con una mirada de bondad y se marchó de nuevo. Quise retenerle, pero en vano. Estoy seguro no obstante, que volverá. Te busca á tí ó busca á tu hijo, ó quizá os busca á los dos y el cielo hará porque os encuentre.

Hassan se despidió de mí, y yo vine á encontraros y á daros parte de mi dolor. Vosotros, señores, que sois buenos y sereis poderosos al salir de aquí, vosotros me ayudareis á encontrar á mi marido... Vosotros lo hareis, caballeros, por esa reina del cielo que protege á los cristianos, vosotros lo hareis por caridad!

Calló la esclava, despues de caer de rodillas y besar las manos de los caballeros que inundó de lágrimas.

Todos le ofrecieron ayudarla en sus pesquisas y Aleydah salió del calabozo con el corazon henchido de esperanza.

Pero no era esta la última visita de aquel dia.

Un nuevo personaje penetró en la cárcel de los cautivos.

Era En García de Romeu.

Los cinco caballeros con los brazos abiertos cayeron

en estrecho abrazo sobre el cuello de En García, que lloró al verles, confundiendo en uno solo los sollozos y las lágrimas.

## CAPITULO XXIII.

### Metamorfosis de Romeu.

Azdrach volvió al campamento y dió noticia al rey de como En García Romeu se habia retirado á Játiva con algunos de sus caballeros esperando allí la satisfaccion de sus agravios.

—¡La soberbia de ese mozo nos dá sobrado qué hacer!

Despues añadió:

—Id, Azdrach, poneos al frente de vuestra compañía y procurad talar el campo de Játiva.

Y la guerra empezó entre moros y aragoneses con indomable valor, defendiéndose unos y otros con desesperada resistencia.

Las huestes del rey estaban divididas en dos bandos, pues unos defendian á Romeu y otros defendian la justicia del rey.

El bando real hacia la guerra, con aquel heroismo tantas veces probado y nunca desmentido, y el bando de Romeu permanecia en la inaccion esperando la decision del rey en la sentencia dictada, contra En Bartolomé Esquerdo.

—Esquerdo será ahorcado si el herido muere.

Habia dicho el rey: y el herido, Martín Tudela, vivia aun, y todos los partidarios de Romeu esperaban que muriese ó que sanase para obrar en consecuencia segun la última decision del rey.

La guerra entretanto crecia con todas las proporciones de un ejército conquistador y de un pueblo

resuelto que defiende el baluarte de su patria y de su independencia.

En García Romen, caballero ante todo y fiel vasallo de su rey, no podia avenirse á la inaccion á que se viera arrastrado, medio oculto en una ciudad enemiga, cuando los caballeros de Aragon luchaban como buenos en defensa de su rey y esponian su vida en aras de la patria. Pero tampoco podia resolverre á volver al real sometiendo al rey, sin obtener la satisfaccion de sus agravios, que tal era el poder de los nobles de Aragon en aquellas edades de hierro.

El amor fué el encargado de conciliarle con su deber.

La Torre del Sol fué mudo testigo de tiernos coloquios de amor.

La princesa encantada, pues tal seguia siendo á los ojos de Nuño, habia dicho á Romeu.

—Tengo que comunicarte una mala nueva.

—No puede ser mala viniendo de tus lábios.

—Mi padre quiere disponer de mi mano.

El caballero palideció y sus músculos se agitaron convulsivamente como al contacto de una pila galvánica.

—He sido ofrecida, continuó la mora, á un príncipe.

—¿A qué nacion pertenece el afortunado caballero? preguntó Romeu trémulo por la emocion.

—Lo ignoro; tampoco me cuidé de preguntarlo, solo sé que se llama Azadrach.

Aunque ciego por el coraje y embargada su alma por el torcedor de los celos, Romeu soltó una carcajada al oír el nombre de Azadrach.

—¡Príncipe has dicho! ¿Príncipe un renegado que no puede aspirar á la honra de los caballeros?

—Mi padre le llama así.

—Tu padre le desconoce, porque Azadrach no es mas que un aventurero tan apto para renegar de Dios, como para entregarse al diablo si así conviene á sus proyectos é intereses.

—Te advierto, amado mío, que sea príncipe ó no, me importa lo mismo; pues no hé de ser sino tuya aunque mi padre lo ordene y aunque ese príncipe valiera mas que un hijo del sol.

—¡Fátima mial! ¡No sabes cuál consuelas mi alma, cuál engrandesces los impulsos de mi corazón!

—Ten seguridad que soy tu esposa ó esclava de la muerte que yo misma me daré.

—¿Y qué harás si tu padre dispone de tí?

—Resistir hasta donde pueda.

—¡Resistir siendo musulmana!

—Si mis súplicas no le ablandan me someteré al sacrificio.

—¡Fátima!

—Espera, y déjame concluir. En el momento fatal, en aquel supremo instante de mi vida, no ha de faltarme un pretexto para escurrirme á mi habitacion. Allí está la puerta secreta que conduce aquí. Debajo de mis pies, muevo ahora mismo una trampa cuyo secreto conozco. De aquí puedo trasladarme á esa suntuosa alquería que está frente á mis ojos al pié de Peñarrocha, y que lleva el nombre de «Palacio de la Sultana.» Lo demás te toca á tí.

Romeu estrechó las blanquísimas manos de la jóven, que las abandonó con pasion, y las llevó á sus labios, depositando en ellas repetidos besos de amor.

—Escúchame aun,—añadió.—Si la fatalidad se empeñase en serme enemiga y en aquel instante te encontrases en lejanas tierras, no por eso dejaré de venir á esperarte aquí. Si no vinieras, mi cadáver quedaria soterrado en el hueco de esta torre misteriosa, pero mi alma salvaria el espacio hasta encontrarte, y hallaria su cielo posándose en tu corazón.

—No temas, luz de mis amores, que yo me aparte de este sitio. Hago mío tu apasionado juramento, repito tus propias palabras. Mia has de ser por el Dios á quien venero. Una rosa me inspiró tu amor. Otra rosa, blanca como el armiño, pura como la

túnica de los ángeles, alienta en mí el fuego de abrasadora pasión. Mia has de ser y Rosa Blanca has de llamarte al tomar el agua purificadora que te enaltezca á los ojos de Dios. Envidia serás de las damas de mas ilustre linaje, admirada de los caballeros, joya preciada de la corte, honra y gala del suelo de Aragon.

—¡Mi gallardo caballero!

—Mañana pediré tu mano á tu padre.

—Rechazará tu petición; pero si crees satisfacer así tu conciencia de hombre honrado, tu dignidad de caballero, cumple como quien eres y avisame el resultado.

—Su consentimiento lo tengo por escrito, estendido por él, firmado de su puño y letra y legalizado con el sello de sus armas.

—Me sorprendes, En García.

—Es un misterio que á su tiempo conocerás. ¡Adios Fátima mia, sultana de los musulmanes, princesa de la tradicion, Rosa Blanca de los cristianos, reina de mis amores, señora de mi corazón!

Romeu bajó de la torre, se despidió con tiernas miradas del agimez encantado; volvió la cabeza repetidas veces, hasta que desapareció entre la oscuridad, perdiéndose entre las tortuosas calles de Játiva.

Apenas el sol estendió sus rayos por las cúpulas de la Aljama, Romeu solicitó una audiencia del emir, que le fué otorgada en el instante.

—¿A qué causa debo atribuir la honra de esta visita matinal, En García?

—Son varios los asuntos que me conducen á vuestra presencia, poderoso emir.

—Comenzad, pues.

—No quisiera, ante todo, que mis palabras os causasen enojo, cualquiera que sea el grado de vuestra benevolencia ó de aversion hácia mí.

—No imagino á dónde vais á parar, pues sabeis que os aprecio y os distingo entre todos los cristianos

á quienes conozco y entre muchos de los caballeros de mi córte.

—Porque tengo sobradas pruebas de vuestra hidalguía y liberalidad, es por lo que necesito invocar vuestra condescendencia; y no puedo demostraros la espresion de mis sentimientos, si antes, noble emir, no me tranquilizais con la seguridad de no enojaros.

—Teneis mi palabra, En García, y ya estoy impaciente por oiros.

—Pues si vengo á molestar vuestra atencion y á turbar por un momento las altas ocupaciones que os embargan como príncipe y capitán y como hombre de estado, á ello me obliga mi dignidad de caballero, mi conciencia de noble amigo, mi deber de fiel vasallo, mi obligacion de buen patricio y mis sentimientos de cristiano.

—En verdad que nunca os vi tan grave ni tan juicioso como os mostrais.

—Suponed, emir de Játiva, que mi dignidad de caballero, que no sabe mentir ni puede engañaros, viniera á deciros: «Abul-Hussein; amo á Fátima.»

—El emir os contestará sin cólera y sin enojo: «Me honrais con vuestra peticion, noble cristiano; pero mi hija es musulmana y no puede amaros; si renegaseis de vuestra ley, os aborreciera como á un miserable; si ella se hiciera cristiana, bajara en su busca hasta el fondo del mar, y allí clavara en su pecho la hoja de mi daga.

—El deber de la amistad me obliga, sin embargo, á advertiros que la habeis ofrecido á un miserable, á un renegado, á un infame aventurero, que entre sus muchas iniquidades, está próximo á contraer matrimonio con una honrada y virtuosa señora de Aragon; que venderá, si puede, al rey en Jaime y os venderá si puede á vos.

—Grave es el capitulo de cargos que le dirigís y pudiera no faltaros razon. Sin embargo, he de advertiros, que insisto en mi resolucion primera, en cuanto vos; y por lo que respecta á ese hombre, á quien

acusais, yo sabré componerme, no como soberano, sino como padre de mi hija, como su señor que soy.

—Demos por terminado este asunto, Abul Hussein. Os juro por mi fé de caballero, no aproximarme más al palacio de la Aljama ni á otro alguno donde habitar pudiereis, para que no desconfieis de mí.

—Creo y fio en la honradez de vuestra palabra, Mosen Romeu.

—Mi conciencia no está satisfecha aun en el cumplimiento de la amistad que os debo.

—Espresaos pues.

—Habeis roto una tregua, al pactar con mi rey, que nadie como vos estaba interesado en prolongar. La guerra ha empezado, y la conclusion de ella será vuestra perdicion y la pérdida de la ciudad.

—Hablais como enemigo, En Garcia.

—Antes al contrario, no hago sino espresaros los sentimientos de mi amistad.

—¿Creeis que no tengo valor y poder suficiente para vencer á vuestro rey?

—Si llamais victoria á un triunfo parcial, podeis obtenerle, dada la division que por mi causa cunde en el campo aragonés. Mas esta victoria que podeis alcanzar apresuraria vuestra ruina y la del pueblo musulman; pues Valencia, Aragon, Cataluña y los vastos reinos de mi señor el rey, caerian en masa sobre vuestras débiles huestes, y guerreros y legiones, ciudades y castillos habrian de rendirse á discrecion.

El emir quedó pensativo, sus mejillas palidieron y su cuerpo se estremeció: pero aparentando una tranquilidad que no sentia, contestó con indiferencia.

—Y bien: ¿qué quereis?

—Que saqueis el mejor partido posible de vuestra crítica posicion.

—¿Como!

—Conservando vuestra soberania de Játiva y su señorío y obligando al rey á levantar el campo por medio de un tratado de paz.

—¡Romeu! ¡Sois más grande de lo que os juzgué!

—Decid mas bien que soy fiel vasallo y me duele verme apartado de mi rey.

—Pero En Jaime no accederá jamás á aceptar lo que me proponeis.

—Culpad á vuestros embajadores y á su falta de sagacidad.

—¿Qué debo hacer para conseguirlo?

—Declararos vasallo del rey.

—Eso es humillante, En García.

—Es digno, Abul-Hussein. Nadie lo guzgará sino de honroso, y podeis salvar vuestra soberania, vuestra hermosa ciudad y vuestro honor.

El emir meditó.

Un vasallaje nominal podia salvarle; su aparente independenciam le arrastraba á su perdicion. No podia dudar en tan critica disyuntiva, y resuelto al fin, contestó.

—¿Os encargaríais vos de negociar con el rey?

—Ciertamente que sí, y si he venido á hora tan intempetiva, es porque me urge presentarme en el campamento; es porque vengo á despedirme de vos.

—¡Ah! Pensais abandonarme.

—Forzoso ha de ser. Segun aviso que acabo de recibir, hay un villano herido, causa de graves males que deploro, y su vida le abandona para entregarle á la muerte. Si puedo conciliarme con el rey, he de cumplir como su vasallo que soy. De lo contrario, le abandono para siempre y á vos tambien, noble Hussein.

—Id, id, pues; hablad por vos y hablad por mí; pero una vez mas os espero, pues habeis de darme contestacion.

El caballero salió de la Aljama mientras Hussein decia para sí.

—¡Noble jóven! ¡Estaria yo tan orgulloso de tenerle por hijo.

Y pareció comoverse ante el cuadro de ventura que se presentaba á sus ojos en el panorama de su imaginacion, viendo á Fátima protegida por aquel

hombre de ilustre linaje, de miras elevadas, de pensamientos sublimes y de varonil corazón.

Pero movió la cabeza como sacudiendo una pesadilla, y añadió.

—¡Imposible! ¡Imposible! ¡Hay un abismo entre los dos!

Romeu llegó al campamento cuando Martín Tudela acababa de espirar.

Entregó el caballo á su escudero y fuese en derecha á ver al rey.

Un monarca del temple de D Jaime, sagaz y justiciero, generoso y protector de sus caballeros y padre de todos sus vasallos, no podía menos de alegrarse al ver llegar á Romeu, pues preveía la reconciliación que deseaba por el gran poder de su vasallo cuyas huestes necesitaba para las operaciones de la guerra.

Los grandes hombres tienen la propiedad de desarmar el brazo de sus inferiores con una sola frase oportuna, con una mirada de indulgencia ó de satisfacción, y el rey, que necesitaba á Romeu y parecía amarle, aunque le trataba con cierta dureza, desarmó todo su enojo en la primera frase que le dirigió.

—¿Vos aquí, hijo mio? Creíamos que nos habíais abandonado.

—Eso no será nunca si vuestra alteza nó lo quiere.

—¡Pues qué! ¿Deseamos por ventura que nos abandonen nuestros fieles caballeros?

—Ni vuestros caballeros, señor, piensan en abandonaros, si vuestra alteza hace justicia como rey elegido por Nos.

—Sois algo atrevido, En García, pues olvidais que, aunque pecadores, representamos en la tierra la majestad de Dios.

—Dios, señor, es justo y perfecto y no puede tener las debilidades ni los caprichos ni los defectos inherentes á la naturaleza de los hombres.

—Os rebelais contra Nos.

—El fiel vasallo no se rebela jamás contra su rey.

Pero Dios, señor, protege al que le ama y le defiende, y vuestra alteza trata de castigar al que os defiende como á su Dios.

—¿Qué quereis decir?

—Os pido justicia, señor, y si esta palabra os ofende, os pido perdon, perdon para Esquerdo, sentenciado á muerte por vuestra autoridad de rey.

Don Jaime no podia esperar tanta humildad de parte de su vasallo, aun en medio de su arrogante altivez, y no necesitaba más para otorgar la gracia que se le pedia; pero antes de ceder trató de convencer al caballero de la equidad de su justicia y repuso.

—Esquerdo ha herido á un hombre casi desarmado, pues que no se defendió. Así hieren los asesinos y no los caballeros, y que se le castigue es ley.

—Esquerdo es caballero de mi casa, señor, y tengo por tanto sobre él mis privilegios de jurisdiccion. Si Esquerdo no hubiese herido en defensa de vuestra alteza, cuya honra y majestad iba arrastrada por el suelo en boca de aquel villano; si no fuese así, rey y señor, mi propia daga de caballero entregara yo al verdugo para honrar más á la justicia que le condenó.

—¡Cómo! ¿Teneis seguridad de lo que acabais de decir?

—Testigos hay que os los atestiguarán.

—Basta, En García. La palabra de un caballero no necesita de testigos. Id, id, En García, salvad á Esquerdo, llevadle vos mismo el perdon.

—Justo sois y magnánimo. Dadme á besar vuestra mano, y perdonad, señor, la soberbia de un vasallo que reconoce al fin vuestra grandeza y la alta sabiduria que recibisteis de Dios.

—¿Ya no quereis abandonarnos?

—Nunca: que no puede caberme mayor honra que ser vasallo de tan gran rey.

—¡Reconoceis al fin al rey En Jaime!

—Tanto, señor, que para perpetuaros en la memoria de mi familia, he de llamar con vuestro nombre á

mi primer hijo y al primogénito de mis descendientes hasta la estincion de mi raza.

Habia caido de rodillas á los pies del rey, para besarle la mano, que oprimió entre las suyas, subyugado por su noble y levantada emocion. Don Jaime, con sus atléticas fuerzas, le levantó casi á pulso; y embargado á su vez por el afecto que hácia su jóven vasallo sentia, le estrechó contra su pecho con la ternura de un padre; que así espresan su grandeza los monarcas caballeros, que intentan parecerse á aquel rey gigante del mundo cristiano.

Romeu echó á correr hácia la tienda de Esquerdo y el rey exclamó viéndole salir.

—¿Tiene defectos, pero inferiores á su gran corazon!

El campamento estaba alarmado. Temíase la ejecucion de En Bartolomé, y unos tomaban su defensa mientras otros defendian al rey.

Una compañía de almugávares cubria las avenidas de la tienda del reo que sentia ya el eco del lúgubre aparato.

Confuso el de Vera á la vista de aquel cuadro ordenado por la justicia del rey, dudaba entre acometer á los soldados para salvar á su alférez ó caer de rodillas á los pies de Don Jaime contra las órdenes de Romeu.

Murmuraban los caballeros de la ausencia de En García, cuchicheaba la tropa, y soldados y caballeros vagaban en desconcierto y todo eran votos, interjecciones, desórden y confusion.

De repente se levantó un grito de júbilo, de esperanza, de incertidumbre, de sorpresa y de entusiasmo.

Llegaba En García á todo correr, pálido ojeroso y agitando el blanco lenzuelo como el estandarte del perdon.

—¡Gracia! ¡Gracia, para En Bartolomé...! ¡perdonado por el rey!—gritó.

Los soldados le abrieron paso. Llegó á la tienda de Esquerdo, dió un «¡viva el rey!» que fué repetido en

todo el campamento, y se sintió abrazado por el cuello y estrechado contra el seno de Esquardo que lloraba de gozo, de afecto y de satisfaccion.

En García de Vera le abrazó tambien: le rodearon los caballeros, le aclamaron los soldados y fué llevado en triunfo á la presencia del rey.

Su soberbia se habia corregido, su corazon estaba regenerado, y su alma, engrandecida con los pesares de los últimos acontecimientos, solo respiraba sentimientos de hidalguía. de nobleza y de perdon.

El niño se habia hecho hombre, el caballero era un héroe.

Llegado á la tienda real, dijo humildemente al rey.

—Si vuestra alteza me autoriza, he de proponeros un medio para que obtengais el señorío de Játiva, sin perder un hombre, sin derramar una gota de sangre y sin disparar un dardo.

—Entrad, En García, y hablad á vuestro rey.

En García penetró en la tienda y conversó largamente con el rey.

La lucha entre moros y cristianos se suspendió á una señal convenida.

Mosen Romeu volvió el mismo dia á Játiva, no ya como fujitivo ni rebelde sino con el carácter de embajador autorizado con las credenciales de su rey.

## CAPITULO XXIV.

### El pleito homenaje.

El crepúsculo de la aurora estiende sus débiles rayos por la fértil campiña de Játiva. En la ciudad árabe se prepara un dia de fiesta, de animacion y de regocijo.

Ha cesado el lloro y las lágrimas y los ayes lasti-

meros, que resonaban cual tristes gemidos en las calles, en los palacios y en las chozas. La alegría ha inundado de nuevo el corazón de los creyentes, y brilla en todos los semblantes la satisfacción y el júbilo.

Játiva ha alcanzado la victoria mas envidiable de los pueblos; el triunfo de la paz.

El ramo de oliva ocupa hoy el lugar ensangrentado ayer por el estruendo de las armas. Los combatientes se confunden en estrecho abrazo, por que el símbolo de la paz, al coronar sus sienes, les ha espresado con la elocuencia de su mudo lenguaje, que  
TODOS LOS HOMBRES SON HERMANOS.

El emir de Játiva va á rendir pleito homenaje al rey de Aragon.

Este es el precio de la paz.

Pero Jativa disfrutará de libertad; conservará sus haciendas, sus ritos y costumbres, utilizara los tesoros de su vega, de sus bosques y de todo su suelo; se dedicará al fomento de sus fábricas, de sus talleres; dará nuevo impulso á las artes y á su envidiada industria y llenará sus arcas con las riquezas de su comercio.

La ciudad musulmica ha obtenido la paz á cambio de una simple ceremonia de corte en la que va á prestar un juramento.

¡Gloria al emir que ha sabido alcanzar tan ventajoso resultado sin sacrificar sus tesoros, sin derramar la sangre de su pueblo!

En el real de D. Jaime nótase tambien gran bullicio y animacion. Cunde el gozo entre los soldados, entre la córte y los caballeros, y unos visten de ceremonia y otros ciñen sus armas como para un simulacro de placer, que marca el fin de la guerra y las fatigas de la campaña.

Delante de la tienda real y bajo un rico dosel de púrpura, levántase un trono donde el gran rey conquistador revestido con el manto real, con corona y

etro, espera magestuosamente sentado, á la córte de Játiva, que ha de rendirle vasallaje.

Prelados y altos magnates rodean el trono del imponente soberano lleno de magestad, de glorias y de grandeza.

La plaza donde se levanta el trono, está custodiada por los mas nobles caballeros cubiertos de todas armas y montados en briosos corceles.

La arrogante caballería estiéndose aun en dos largas filas á lo largo del camino por donde la noble comitiva ha de llegar.

Los fieros almugávares y el resto de la infantería se estiende aun mas allá, ocupando los puestos de avanzada hasta los campos de la ciudad.

Un sol de Mayo límpido y brillante como es siempre el sol de Játiva, derrama su luz refulgente sobre la hermosa campiña que no tiene rival en el mundo.

Suena á lo lejos el eco de los clarines y repítese la señal de fila en fila por todo el campamento.

El emir y su córte han salido de Játiva con dirección al real de D. Jaime.

Cuatro bizarros caballeros montados en negros y fogosos caballos preceden á la comitiva.

Viene al frente, el hábil negociador del convenio, el muy noble y magnífico caballero En García Romeu, rico-hombre de Aragón, honra y prez de la caballería cristiana.

A su derecha, et anciano En Gimén de Tobiá: á su izquierda, el respetable En Pedro de Alcalá. En segunda fila vienen los tres restantes de los caballeros de Jativa: Borja, Colom y Moncada.

Detrás viene la córte del emir.

Abul-Husseín marcha delante con la gravedad de un soberano.

Siguele el centenario Cacim Acenhegui, colocado entre los venerables Albocacim y Beniferri. Despues Setxi, Giafar y Almofaix.

Y así, de tres en tres, vienen hasta cien caballeros

con gran escolta de pajes, de nobles y de reyes de armas.

La tropa aclamó á Romeu y prorrumpió en gritos de júbilo así que distinguió á los macilentos cautivos, á los desgraciados caballeros de Játiva.

Apearonse ante el trono de D. Jaime y besaron la real mano, regándola con sus lágrimas.

El rey les consoló con cariñosas frases y se apartaron á un lado para que se acercase la comitiva de moros.

Abul-Hussein, grave, digno y sereno, hincó una rodilla á los pies del rey, y besó su mano diciendo:

—Rindo homenaje á tu gran poder, oh rey, y te reconozco por mi señor.

—Dios te premie si guardares tu juramento, emir de Játiva, ó él te lo demande si lo quebrantares.

—Entrégote además la villa de Castellon, que conservarás, rey En Jaime, para tí y los tuyos en rehenes de mi palabra.

El emir se levantó y permaneció de pié al lado del trono como vasallo del rey de Aragon.

Los caballeros moros vinieron de tres en tres, siendo el primero, el ilustre Acenhegui.

Todos besaron la mano al rey reconociéndole como señor de Játiva.

Terminada la ceremonia, el emir dió un «¡ viva el rey!» que fué repetido por moros y cristianos hasta el interior de la ciudad.

Los dos campos fraternizaron al instante confundiendo alegremente como hijos de un mismo pueblo que debian amarse como hermanos.

El espíritu de la discordia lo dispuso no obstante de otro modo.

Aquella sumision fue aparente, la paz no tardó en ser turbada.

El rey se trasladó á Valeneia con su ejército, despues de dejar algunas tropas que guarneciesen su villa de Castellon, distante unas dos leguas de Jativa.

. . . . .

La ciudad del Cid, cabeza y asiento del nuevo reino valenciano, poblada con gran número de gentes venidas de Aragon, de Cataluña, de la Provenza y de Italia, todos cristianos viejos, todos vasallos del rey En Jaime, protegidos todos por sábias leyes, por aquel Código foral, verdadero monumento de las libertades antiguas y preciado tesoro con que enriqueciera á Valencia su inmortal Conquistador; la hermosa capital, decimos, celebraba fiestas, alegre y gozosa con la presencia de su rey, de la reina, de los infantes y de la córte toda, asentada en el Palacio del Real, que quedó convertido de hecho en alcázar de los reyes valencianos.

Bullia el pueblo por las calles y plazas danzando al son de alegres instrumentos, y en Valencia como en Játiva, era todo animacion, movimiento y regocijo.

Dejemos al pueblo entregado en su alegre festival; y huyendo del ronco sonido de los atabales, penetremos en un lugar de devocion, en el templo de la sabiduria, en la cátedra santa de la verdad divina, en la iglesia, en fin, de San Andrés.

Las naves del templo pueden contener apenas el inmenso gentio que se agolpaba en su recinto, atraido allí por el encanto de otra fiesta de distinto carácter, pero no menos grata ni menos interesante que la fiesta de la ciudad.

Toda es gente principal la que penetra en la iglesia; han sido invitados á presenciar una ceremonia de suma importancia en el seno de las familias y de gran interés para la sociedad, porque sirve de base y de asiento á la organizacion de los pueblos.

Celébrase en aquel instante la santa union de dos matrimonios.

Al pié del ara están de rodillas En García de Vera y Na Leonor de Alcalá. Padrinos de la venturosa pareja son En García Romeu y Na soledad de Lizana.

Junto á este matrimonio se encuentra tambien de

rodillas En Bartolomé Esquerdo y Na Catalina de To-  
biá, apadrinados por En Arnaldo de Borja y Na Alda  
de Carroz.

El órgano esparce por el templo la melodía de sus  
incomparables sonidos; la música parecida al arpa del  
cielo, á la divina orquesta de los querubines y al coro  
de los arcángeles entonando himnos de gloria al Eter-  
no, embellece con su dulce armonía la majestad de la  
ceremonia, que derrama en el alma de los fieles el  
sacro aroma que despide la santidad del sacra-  
mento.

Dios preside aquel acto solemne, y sella con su  
augusta bendición, el lazo indisoluble que llena á la  
familia de venturas y autoriza la reproducción de los  
hombres.

En vano las modernas escuelas tratan de implantar  
en el alma de los cristianos el espíritu material de sus  
teorías, dando al matrimonio el carácter de un con-  
trato tan falso y amovible como las obras de los hom-  
bres; mientras subsista en el mundo un resto de  
moral, mientras quede en el alma la fé de las creen-  
cias y el espíritu de la divinidad, el matrimonio no  
puede consumarse con un simple contrato; necesita  
la aprobación de Dios para que constituya un sacra-  
mento.

La sagrada ceremonia le eleva á la divinidad, y si  
esta no precede, el espíritu de la materia le rebaja  
hasta el bruto.

Terminada la bendición nupcial, salieron del tem-  
plo los recién desposados, acompañados de la nobleza  
de la ciudad, que fué á dejarles en su morada, reves-  
tida casi siempre por los nuevos moradores, con el  
carácter de un nido de venturas.

El galante padrino de la primera pareja, En García  
Romeu, decía á Na Soledad de Lizana.

—Gran ventura me cabe, señora, en haber apa-  
drinado con vos al feliz matrimonio, que no dudo  
rebotará de dichas. Mas á decir verdad, no sé qué

celebro mas, si la ventura de los esposos ó el parentesco espiritual que acabo de contraer con vos.

—¡Cómo! ¿Celebrais nuestro parentesco? ¿Y por qué razon En García?

—Porque puedo aproximarme á vos con algo mas de libertad de la que he podido usar hasta aquí.

—No creo que nadie haya podido cohartaros, porque el palacio de mi padre está siempre abierto para los caballeros de la nobleza y de las cualidades de vos.

—Creo por el contrario, Na Soledad, que vuestro padre, el señor virey, no me mira con los ojos de bondad que decís.

—¿No estais bien con mi padre, En García?

—Debe conservarme algun rencor por cierta respuesta un tanto ágría que le di.

—Pues corre de mi cuenta el reconciliaros.

—Mucho os agradezco el interés, pero os suplico que no os molesteis, señora.

—¡Ah! ¡No quereis la amistad de mi padre!

—La estimo mucho, Na Soledad, pero no quiero que le importuneis, cuando él puede disponer de mí siempre que guste, valiéndose de su autoridad.

—Pues yo me valdré de su poder para arrastraros á palacio, donde á tantos caballeros veo brillar menos á vos. En García.

—Bondadosa sois conmigo, Na Soledad.

—Tengo derecho á interesarme por vos; me obliga á ello el parentesco contraído.

—En verdad, señora, que si el amor llamase á la puerta de nuestras almas, nos veriamos en un aprieto harto singular.

—¿Qué sucederia si nos amásemos?

—Que en virtud de ese parentesco no podríamos contraer matrimonio.

—¿Eso es verdad?

—Así se dice..... Pero ¿qué sentís, señora?

—Nada, nada; no temais, y os suplico que no griteis, no quiero llamar la atencion.

—Pero debéis sufrir mucho, estais demudada.....

—No lo creais, En García. Continudad, me agrada vuestra conversacion.

—Sois indulgente, señora.

—Deciais que no podríamos contraer matrimonio.

—Así es.

—¿Por qué era? No recuerdo.....

—¡Por qué ha de ser! Na Soledad de Lizana, hija del virey de Valencia, debe haber dado entrada en su alma á los dardos del amor que consagrará á algun nobilísimo caballero.

—¡Así es, así es!

—Pues ya veis, señora, que hay imposibilidad casi absoluta, porque lo mismo que á vos, me sucede á mí.

—¡Oh! ¡Qué feliz me haceis! Continudad, en García, continuad.

—¿Os agrada que os hable de estas cosas? No queráis oirme, Na Soledad; porque los amores suelen ser tan feos en boca de los hombres, como son bellos y poéticos en boca de las damas.

—Deciais que os sucede lo mismo que á mí, pero no me habeis dicho qué os sucede.

—Que he entregado ya mi corazon, que amo con delirio, y solo espero para ser dichoso, recibir la santa bendicion.

—Perdonad, En García..... soy curiosa como mujer....

—Antes sois discreta como la misma sabiduría.

—¿Puedo saber quién es la dama que os inspira tan fino amor?

—No la conoceis, señora.

La dama se inmutó, pero añadió aun como buscando un resto de esperanza.

—¿No me direis su nombre?

—¿Por qué no?

—Hablad.

—Se llama Rosa Blanca.

Este nombre aterró á Na Soledad que vió derrum-

barse el cielo de sus ilusiones y la esperanza de soñadas venturas.

Un ugiar se presentó en este instante en busca de En García para que se presentase en el real palacio de órden del rey.

En García salió sin notar que Na Soledad habia caido desmayada en medio de la noble concurrencia.

Así que el rey le vió, le dijo:

—Os he enviado á buscar, En García, para comunicaros noticias de alguna gravedad.

—Vuestra alteza puede disponer de su vasallo.

—Sabeis que deseamos la posesion de Játiva.

—Vuestra alteza es señor de aquella ciudad.

—Lo éramos, En García; pero los moros se han revelado contra Nos.

—¡Es posible!

—Han atacado un destacamento nuestro, nos han ocasionado algunas bajas y se han apoderado de un gran convoy que nuestros soldados trajan á la ciudad.

—Grave es el hecho, señor, y vuestra alteza debe exigir una cumplida satisfaccion.

—Conocemos bien á los moros, En García, y creed que la mejor satisfaccion que se les debe exigir, es someterlos á la dura ley de conquista.

—Sin embargo.....

—No queríamos quebrantar nuestra real palabra; pero ya que ellos han faltado á la suya, debemos castigarles apoderándonos de la ciudad.

—Cuando vuestra alteza se espresa así, es porque está bien informado.

—Hay más, En García, hay más. Nuestro yerno, el príncipe Alfonso de Castilla, ha entrado en nuestros reinos y nos ha arrebatado muchos castillos.

—¡Señor!

—Lo que ignoramos aun es si nuestro yerno ha sido llamado por el emir de Játiva, ó si viene de su propia cuenta á meterse en tierras de nuestra conquista. Pero lo averiguaremos, En García, y de grado ó por fuerza, le haremos soltar los castillos de Mo-

gente y de Enguera y todos los que nos haya tomado ó piense tomar.

—Sensible fuera, señor, que hubieseis de hacer la guerra á vuestro yerno, porque además del júbilo que ocasionara á vuestros enemigos, fuera un gran escándalo para la cristiandad.

—Pues dispuestos estamos á hacer valer nuestros derechos. Ya hemos dado orden para hacer reunir nuestro ejército, y obraremos según las circunstancias nos obliguen. Pero antes de internarnos con nuestras tropas en tierra de Játiva, ó de Castilla, si necesario fuese, queremos tener cubierta la retirada y espedito el camino para que no sufran retraso nuestras comunicaciones con Valencia y Aragon. Ya sabéis que el río Júcar es un baluarte para el enemigo y una barrera para nosotros.

—Así es, señor.

—Pues no será; porque vos, como buen capitán, vais á salvar esa dificultad y nos asegurareis el paso para cuando vayamos á Játiva con nuestro ejército.

—¿Qué he de hacer, señor?

—Reunir vuestra gente sin pérdida de tiempo, ponerlos en marcha hoy mismo, y apoderaros á todo trance de la villa de Alcira.

—Es verdad. Anclada en el centro del río, su posición es casi inespugnable y el Júcar en tal caso es nuestro.

—Ya veis si es de suma importancia la posesión de Alcira, pues equivale á la llave de nuestro reino.

—Ciertamente, señor.

—No se nos oculta lo dificultoso de la empresa, pero vos joven, discreto y esforzado, sabéis vencer todos los obstáculos y apoderaros de la villa.

—Alcira, será vuestra, señor.

—Si conseguís rendirla, le dareis por armas una llave, cuyo blason podreis añadir á vuestro escudo de armas.

—Dadlo por hecho, señor.

—Cuidado, En García, que es una plaza mas fuerte de lo que juzgais.

—Conozco su importancia, señor. Alcira será vuestra ó mi cadáver servirá de pasto á los peces del rio.

—No querrá Dios que así suceda, antes habeis de vencer para gloria vuestra y honra de Aragon.

—Necesito que me otorgueis una gracia, señor.

—Sabemos que no pedireis más de lo que podemos dar. La teneis concedida.

—Si penetro en Alcira y vuestra alteza se ve obligado á la conquista de Játiva, cualquiera que sea el medio que emplee para ello, solicito de mi rey me otorgue desde hoy á juro de hereda, una casa de recreo situada al pié del Peñarrocha, casi frente á la puerta de la Aljama, propiedad hoy del emir, y cuyos jardines con todo su terreno, no bastarian por su poca estension, á mantener á la pobre familia de un colono.

—¿Qué nombre lleva esa hacienda?

—El Palacio de la Sultana.

—Vuestro es, En García, independientemente de las haciendas que os correspondan en el reparto de sus tierras.

—Sois muy generoso, señor. Dadme á besar vuestra mano, y hasta que vengais á reuniros conmigo en la villa de Alcira.

Dos días despues, Al-Gecira Xucar (isla del Júcar), se rendia por capitulacion á las huestes de En García Romeu.

La poderosa villa no se defendió. Ofreció á los cristianos la mitad de la poblacion si les dejaban vivir en paz en la otra mitad, y aceptado que fué, levantaron una pared á lo largo de la villa, que la dividia en dos partes ocupando cada cual la suya sin molestarse, sin aborrecerse y sin apenas comunicarse.

Dueños los aragoneses de aquel baluarte del Júcar, D. Jaime movió su ejército, y acompañado de la reina y de la córte, se trasladó á Castellon de Játiva para pedir cuenta á los moros de su conducta y observar

los movimientos de los castellanos que avanzaban por el reino de Valencia como en un país de conquista.

## CAPITULO XXV.

### El idiota.

El rey de Aragon hizo llamar al emir de Játiva y le echó en cara su deslealtad.

Abul-Hussein contestó con mas enojo que respeto.

—¿Podré saber de qué me acusas?

—¿Necesitas oír de Nos que has atacado á nuestro lugarteniente ocasionándole algunas bajas en su hueste y arrebatándole un inmenso convoy de acémilas cargadas de viveres?

—Escúchame, rey En Jaime, y así Dios te asegure las venturas de la otra vida como yo te digo verdad. Ni yo ni mis gentes hemos atacado á En Rodrigo de Lizana ni á ninguno de sus hombres. Tu lugarteniente recorrió los partidos de Cárcer y de Tous, internándose en la sierra de Enguera. Pues, bien, en las fragosidades de esos montes, se alberga una gran banda de salteadores cuya guarida ignoro. Moros y cristianos sufrimos sus correrías, sus latrocinios y sus crímenes. Perfectamente armados, porque parece indudable que algun oculto poder les protege, recorren los campos, penetran en los pueblos, saquean las chozas, incendian las alquerías, nos roban las doncellas para abandonarlas ó asesinarlas despues, sin que alcancen mis fuerzas para batir á esa jauria de lobos que se atreven, como ha sucedido ya, á medir sus armas con las mías. Esa es la gente, rey de Aragon, que ha atacado á En Rodrigo de Lizana.

—Basta,—contestó el rey.—Queremos dar crédito á tus palabras. Mas como pudiera ser un ardid de que te vales para sorprender nuestra buena fé, remito tu

defensa al muy alto infante En Pedro, nuestro tío, á quien darás tus descargos y á cuyo arbitraje tendrás que someterte.

—Señor.....

—Resuelto está. Quede nombrado juez el infante para que pueda fallar de tu causa y de la nuestra, cuyo juicio no puedes rehusar, por el vasallaje que me debes, sin declararte traidor y perjuro.

Volvióse á Játiva Abul-Hussein, y el rey de Aragon tomó todas las posiciones que juzgó necesarias para formalizar el sitio de la ciudad.

Mas la hilacion de los sucesos nos ha apartado de un personaje á quien debemos seguir aun breves momentos para que nos aclare algun punto de alta importancia para el final de esta historia.

Necesitamos retroceder al árbol del secreto, en el instante en que Jonás, el vivandero judío echó á andar seguido del idiota.

—¡El se cansará! Habia dicho el vivandero creyendo que el mendigo no podria seguirle. Y apretó el paso como si le faltase tiempo para llegar al punto de su destino.

Llevaba andado ya un largo trecho y el idiota no parecia querer abandonarle. Jonás se paró, y el mendigo hizo lo mismo.

—¡No te empeñes en seguirme, pobre diablo! Vuélvete al campamento, tu no puedes ir á donde yo voy y pudieras servir de cena á los lobos de la sierra. Anda, vuélvete.

Y cogiéndole de un brazo le hizo dar media vuelta, le indicó con el brazo estendido los altos castillos de Játiva, y le empujó la espalda como obligándole á seguir aquel camino.

—Por ahí volveras al campamento ó á Játiva. Ahí hay pueblos y alquerias y gentes que te socorran; por aquí está la sierra, no hay más que montes, barrancos y abismos, y solo puedes encontrar alguna manada de lobos que te coman. Anda, vuelve atras, tu no puedes seguirme.

Y echó á andar de nuevo creyendo haberle convencido.

El idiota no replicó, pero se colocó al lado de Jonás, y le siguió como si nada hubiese oído.

—O no me entiende, ó se empeña en acompañarme. Dejémosle. Quizá pueda servirme su compañía

Habian penetrado en la sierra y el terreno se presentaba cada vez mas áspero y quebrado.

La verde campiña de las tierras de Játiva habia desaparecido presentándose en su lugar una vejetacion portentosa aunque salvaje.

Altísimos pinos, frondosos olivos silvestres, grandiosos algarrobos de espeso y brillante follaje, el segundo árbol que nos resta del paraíso, y el primero y mas notable de Europa despues del naranjo y sus especies: corpulentas encinas, robustos alcornoques, y una maleza abundante, gigantesca é impenetrable, era el aspecto que ofrecia aquella sierra poblada de lobos, de javalíes, de siervos y de otras especies de caza mayor de la que solo queda alguna pieza escarriada si no está ya reducida al simple recuerdo.

Jonás, empapado en sudor, trepaba por aquellos cerros no sin dificultad, y mas de una vez tuvo que agarrarse á la maleza y á las peñas para no rodar al abismo.

Alli pudo apreciar la compañía del mendigo, pues indudablemente hubiese rodado hasta el fondo de aquellos barrancos, al querer salvar un mal paso, á no sentirse cogido por una mano de hierro que le cojió en el aire volviéndole á dejar á pié firme sobre el terreno.

—Gracias, pobre hombre; sin tu ausilio no hubiese llegado esta noche al palacio de los lobos, donde debes esperarme con impaciencia.

Y continuó como hablando consigo mismo.

—Me vine por el atajo para avanzar al tiempo, pudiendo costear la falda del monte que ofrece un buen camino de herradura. No volverá á sucederme.

Pero bueno será cortar un palo que nos sirva de baston de apoyo.

Sacó el cuchillo y empezó á buscar una rama que sirviera á su propósito.

El idiota pareció pedirle el cuchillo; así que lo obtuvo se dirigió á un olivo de corta edad, lo cortó por su base, lo limpió de ramas, afiló el extremo de su base y se lo entregó al judío. Le descargó despues del cesto que llevaba lleno de jarros y calabazas vacias y que parecia molestarle por su peso, y se lo cargó á la espalda.

—¡Calle! exclamó Jonás, ¡tengo un servidor robusto y solícito! Bien has hecho en acompañarme; aseguro que no te pesará el viaje, pues acepto desde hoy tus servicios.

El idiota pareció no oír á su compañero, pues permaneció como siempre mudo é impasible.

Jonás guardó silencio, y uno guiando y siguiendo el otro como manso falderillo, se internaron cada vez mas en la sierra por caminos siempre ásperos, quebrados y de difícil acceso.

Una voz como de «alto» detuvo á Jonás al ir á penetrar en la garganta de un angosto desfiladero.

Un personaje de mala catadura, que parecia moro, cristiano y judío á la vez, y que no era sino un salteador de aquellas montañas, enristró su pica con la gravedad de un soldado de la guardia de la reina, y dirigió algunas palabras á Jonás, que contestó tambien en lengua desconocida.

El diálogo fué tan rápido como breve, y Jonás y el idiota siguieron adelante, no sin encontrar á varios individuos de las trazas del primero, con los que mediaba alguna palabra ó un simple ademan convenido de antemano.

Indudablemente la montaña estaba vigilada por un cordon de centinelas parecidos á los lobos de la selva.

Al salir de aquel desfiladero, presentóse á los ojos del idiota un viejo y soberbio castillo coronado de

altas almenas, y cuya fábrica, aunque antigua parecia reunir aun ventajosas condiciones para resistir un encarnizado asedio.

Jonás clavó sus ojos en los del idiota para leer en ellos la impresion que la vista del castillo le causara, pero el mendigo era insensible á cuanto le rodeaba y de sus ojos frios no se escapó ni un solo destello que revelar pudiese las sensaciones de su alma.

Un confuso rumor de voces que parecian bajar de los altos torreones de la fortaleza, hirió los oídos de Jonás, que llegado al pie del castillo, gritó con voz sonora y tranquila.

— ¡Ah del rastrillo! ¡Ah!!!

El aferrado porton se inclinó lentamente sugeto por gruesas amarras de hierro; cubrió el foso, formando un puente tan cómodo como seguro y dejó franca la entrada de la fortaleza, por donde penetró Jonás, seguido siempre del mendigo.

Un grupo de hombres que parecian componer el primer cuerpo de guardia, se dirigió á Jonás, interpelándole con voz bronca y salvaje.

— ¿Quién es ese hombre? preguntaron.

— Es mi criado, — contestó el judío con tranquilidad.

— ¿Le abonas tú?

— Así debe ser, ó no le hubiese traído.

— No te fies, Jonás, pudiera ser un espía.

— No hablará, perded cuidado; pues es mudo y sordo y parece insensible á todo, aunque muy fiel y apto para el servicio.

— Siendo así.....

— Además, me ha salvado la vida, y á no ser por su auxilio, no me encontraria ahora aquí.

— ¿Y qué nuevas nos traes?

— Escelentes. Pero la noche acaba de cerrar, vengo cansado y hambriento; dejadme refrigerar el estómago y os daré las noticias que querais.

— La cena debe estar ya dispuesta.

— Pues vamos á cenar.

Jonás pasó á una sala de la planta baja donde habia

una gran chimenea con gruesos troncos encendidos y medio javalí dando vueltas en un tosco asador.

—¡Ola! ¡Ola! ¡Habeis estado de caza!

—No, precisamente: sino que ese puerco se presentó á tiro de venablo y sufrió el condigno castigo reservado á todo aquel que penetra en nuestros dominios.

—¿Aunque fuera el rey En Jaime?

—¡Oh! En cuanto á ese..... todos ansiamos el momento de que penetre por estas montañas..... ¡Cuánto habiamos de divertirnos con él!

—Diera cuanto poseo por presenciar su agonía. Pero es zorro, conoce el terreno que pisa y no, no se atreve apenetrar por esta tierra.

—¡Paciencia, muchachos, paciencia! Todo se andará. El esquivo nuestro encuentro, pero más tarde ó más temprano.....

—¿Crees que caerá en la ratonera?

—Lo espero al menos. No faltará un ardid para traerle, y si viene.....

—Acabó de reinar.

—Y de vivir.

—Yo quiero que su agonía sea lenta.

—A cenar, señores, á cenar, y brindemos por la agonía del rey.

—Que el diablo se lleve.

—Para traerle á nuestras manos.

Aquella reunion se componia de unos veinte hombres, y no era sino una pequeñísima parte de la gente del castillo, ó que obedecia por lo menos al señor de la fortaleza. Eran moros en su mayor parte, pero habia entre ellos no pocos judios, españoles renegados, estranjeros de lejanas tierras venidos sin saber cuándo ni de dónde, esclavos, que trocaban el puñal del malvado por la cadena del cautivo; otros escapados de las cárceles ó de las garras del verdugo, gente perdida, en fin, en lucha abierta con el cielo y con la tierra y tan enemiga de las leyes como de los hombres.

«Los bandidos moros» llamaban los cristianos á esta gente, y tan decidido era su valor en la pelea, tan obstinada su resistencia, que costó á D. Jaime el vencerles mas que le costara ninguna de sus gloriosas conquistas.

Jonás parecia ocupar un puesto distinguido entre aquellos bandoleros; así, que, cuando ordenó servir la cena, á él solo se le destinó una pequeña mesa, formando los demás un corro en el suelo, sirviéndose cada cual de su cuchillo de guerra para trincar con él sendas tajadas del humeante javalí. El idiota se acomodó entre los demás, despachándose á su gusto en la opípara cena que engullía á mandíbula batiente.

—Magnífico olorcillo despide el puerco de estas montañas....! ¡Esquisito asado! Un premio merece el sapientísimo cocinero,—decía Jonás dando cuenta de la primera tajada que dividia en pequeños trozos con la hoja de su cuchillo.—¿Pero qué dirán de nosotros los fundadores de la ley, los legisladores de su pueblo, el gran Moises y el gran Mahoma?

—Dirán que si no comen carne de puerco montés, es porque no la tienen, que bien la quisieran.

—Y más si pudieran remojarla con el sabroso néctar de la vid; con este licor de los dioses, que bien haya quien lo crió.

—¡Corra, corra la calabaza!

—¡Por la agonía del rey En Jaime!

—¡Yo brindo por que caiga pronto en nuestras manos!

—¡Yo reclamo el honor de arrancarle los ojos!

—¡Yo la lengua para que no dicte mas sentencias!

—¡Yo la mano derecha para que no las firme!

—¡Yo—dijo el más discreto de todos—brindo por que no caigamos en su poder!

—¡Oh! Si él pudiera pillarnos ¡—observó Jonás— Con qué tranquilidad nos mandaría á la horca sentenciándonos como ladrones!

—¿No nos ha robado él antes nuestra hacienda, nuestro hogar, nuestra patria y nuestra dicha? ¿No

viviamos honrados y felices en la tierra de nuestros abuelos con el trabajo de nuestras manos, con el sudor de nuestra frente? ¿Por qué nos arrojó de nuestra patria, despues de robarnos nuestros bienes? ¡Y se nos llama bandidos, á nosotros, que no hacemos sino defender nuestra misera existencia!

—¡Eh! Dejémonos de retóricas y sepamos qué nuevas corren.

—¡Sí, sí; que hable Jonás!

—¿Qué nuevas traes, buen rabino?

—Una y muy grande. «¡La hora se acerca!»

—¿La hora de qué?

El judío no sabia más, y se limitó á añadir:

—La hora de la venganza. Estad prevenidos, qué nuestro gefe y poderoso señor, vela por todos.

—¿Pero quién te ha dado esa nueva?

—El, nuestro amo, el señor de este castillo.

—¡Azadrach!

—Precisamente. Mañana salgo á recorrer todas sus fortalezas, á revisar todas sus gentes para prevenirles á todos, á fin de que estemos dispuestos para cuando él lo ordene.

—¿Sabeis, honrados compañeros, que no deja de ser interesante lo que nos sucede á nosotros? Servimos á un amo que trata de redimirnos y mientras obedecemos sus mandatos, sirve él al peor de nuestros enemigos.

—Pues es necesario que se decida de una vez. Si no defiende resueltamente al emir de Játiva, yo me separo de su servicio y alzo bandera de rebelion.

—¡Y yo!

—¡Y yo!

—¡Y todos!

—¡Silencio, buena gente; no tolero que se murmure de Azadrach!

—Dice bien Jonás. ¿A qué murmurar de nuestro poderoso amo? ¿No tenemos por ventura brazo y puñal?

—¡Silencio, repito! Cada cual á su puesto el que

esté de servicio. Los demás pueden ir á acostarse. Buenas noches, y á dormir.

El idiota presenció toda esta escena con su ordinaria impassibilidad. Nadie le dirigió la palabra, toda vez que estaba mudo; ni él dió lugar á que le importunasen, pues así que la cena hubo terminado, cerró los ojos y fingió dormir si es que de hecho no se quedó dormido.

Jonás, siempre seguido de aquel desdichado, recorrió en los dias siguientes varios castillos de la sierra, pertenecientes al mismo dueño y guarnecidos por gentes de la misma calaña y de igual honradez que los primeros. Aquellos montes estaban poblados de gentes de guerra, que lo mismo podian ser soldados al servicio de un señor, que malhechores dedicados al robo y al pillaje. Todos obedecian, empero, al misterioso Azadrach, hombre de más poder de lo que realmente aparentaba y cuyas tenebrosas maquinaciones no pudo entrever jamás nadie mientras permaneció entre los cristianos.

El idiota debió permanecer largo tiempo en la Sierra, porque no volvió á presentarse en poblado hasta el segundo sitio de Játiva en que se le vió de nuevo en el campo de los aragoneses.

Divertíanse con él algunos soldados que le habian visto anteriormente, y él parecia querer congraciarse con ellos á la vista de una gran marmita que hervia agradablemente bajo la accion de la lumbre.

Remedaba el canto de algunas aves, como la codorniz, el mirlo y el gallo, y los soldados reian, no sin molestarle con alguna crueldad, pues con carbones recién apagados, trataban de pintar en el rostro del pobre idiota las aves cuyo canto remedaba. Cada vez que le aplicaban un carbon, el mísero se estremecía de dolor porque le abrasaba la epidermis por el calor que todavia conservaba. Estaba ya pintado como el cacique de una tribu salvaje, y mas reian los soldados cuanta mayor era la fealdad de aquel rostro

embadurnado de carbon y lleno de pinturas monstruosas.

Uno de los soldados llevó mas allá la crueldad de su bárbara diversion. Cogió una varita encendida y aplicó el áscua al oido del idiota. El desgraciado dió un grito desgarrador, se inyectaron de sangre sus ojos é hizo ademán de arrojarse sobre aquel infame: pero se contuvo de repente, y la sangre agolpada á sus ojos se deshizo en un torrente de lágrimas.

Una risotada de salvaje estupidez asomó por los labios de aquella gente sin corazon y sin sentimientos de dignidad humana.

El soldado quiso repetir la prueba en el otro oido del pobre idiota, pero al tiempo de ejecutarla sintió en su rostro un puñetazo caido como una maza de plomo, y despues otro y otro, y se sintió cogido por el cuello y derrumbado en tierra y pisoteado como un miserable.

No tuvo tiempo sino para soltar una espantosa interjeccion, pues estaba desprevenido, y no tuvo accion para defenderse. Pero herido y magullado buscó el mango de su cuchillo para herir al agresor que le amenazaba ya el cuello con la punta de su daga.

—Si aciertas á moverte, mueres como un perro, miserable!

Era un jóven como de quince años, de espresivo rostro, de ojos rasgados y brillantes, de color moreno y agraciadas formas y revelaba pertenecer á la córte, por el lujo y la riqueza de su traje. Llevaba gorra de terciopelo encarnado bordada de oro con pluma blanca al lado izquierdo. El tonelete era de igual tela y del mismo color con franja de oro: las calzas eran de color azul, pero de lustrosa seda, y completaba su traje unos borceguíes de grana con larga punta vuelta hácia arriba. Sobre el tonelete llevaba una dalmática con las armas reales.

Los soldados se arremolinaron en torno del jóven

que estaba inclinado con la daga en la mano y con un pié encima del vencido.

—¡No le mateis, señor Andrés, no le mateis! Decían los soldados.

—Sois unos villanos, que así insultais la desgracia de ese pobre hombre á quien martirizais como infames herejes.

El soldado vencido, avergonzado de su derrota por aquel niño que parecia delicado como una dama, se resolvió sobre sí mismo, y con un movimiento superior á las fuerzas del jóven Andrés, se puso de pié y acometió con su cuchillo. Pero ya los soldados se habian interpuesto entre él y el jóven, y aunque no dejaba de forcejear para deshacerse de ellos, se calmó del todo cuando oyó á sus compañeros que decían.

—¡Cuidado! ¡Cuidado! ¡Que es el paje de la reina! No nos cueste ir á la horca si le ofendemos.

—¡Aquí no soy sino el defensor de ese desgraciado á quien ultrajais porque es débil, porque sois unos miserables!

—Calmaos, señor Andrés, calmaos. Todo pasó ya si teneis la bondad de olvidarlo.

El paje envainó la daga no sin dirigir una mirada de cólera á los soldados, que le abrieron paso como deseando que se alejase.

El idiota tenia sus ojos fijos en el jóven y de su muda garganta se escapaban inarticulados sonidos que querian espresar algo, aunque eran incomprensibles.

Así que el paje echó á andar, el idiota le siguió como atraído por una fuerza irresistible y desconocida. El jóven le miró varias veces con ojos de bondad, y el pobre hombre le demostró su gratitud con miradas espresivas. Llegados junto á un arroyo, le dijo el jóven:

—Lávate, que te han convertido en un mónstruo.

El idiota metió la cabeza dentro del agua y quedó limpio en un instante.

El muchacho, le dijo entonces en lengua árabe.

—Sígueme; yo haré que te den de comer y te pongan vestidos nuevos.

El idiota abrió los brazos como queriendo espresar una gran exclamacion; juntó las manos y las elevó al cielo, quiso articular una frase, no pudo y soltó una carcajada, que hizo enmudecer al jóven.

—¡Está loco! ¡Pobre hombre!

El idiota movió con precipitacion la mano y la cabeza.

—¿Qué no estás loco, dices? Comprendo, estás mudo solamente.

El idiota llevó las manos á la cabeza, se agitó convulsivamente y prorrumpió en amargo llanto.

—¡Lloras por que te duelen las quemaduras que te han hecho esos malsines!

El mudo hizo seña de que no, y pareció decir:— ¡Qué me importan las quemaduras!

—Vaya, pues, sígueme, que me espera la reina y no puedo retardarme.

Y el paje se dirigió al real, pero antes de separarse del mudo se dirigió á una cabaña, habitada por labradores y le instaló allí.

—Aqui te darán de comer—dijo,—yo proveeré á tu sustento y traeré vestidos limpios con que suplas tus andrajos.

El jóven quiso alejarse, pero el mudo le cogió una mano, se la llevó al corazon, la besó repetidas veces y cayó al fin anegado en lágrimas.

## CAPÍTULO XXVI.

**Játiva cristiana.**

Los moros de Játiva no quisieron someterse al arbitraje que les propuso el rey, pues no fiaban sin duda en la justicia del infante. Movióles á obrar así la esperanza que les hizo alentar el rey de Castilla de venir en su auxilio con poderosa hueste, á mas de los recursos que esperaban de Mahomed-Ben-Alhamar, rey de Granada. Tambien el emir de Marruecos les ofreció su apoyo, y Abul-Hussein contaba además con los moros de la Sierra y con los bandidos ó aventureros que ya conocemos, y cuyo caudillo y señor, era Azadrach.

El rey de Aragon mandó estrechar el cerco de la ciudad aislándola completamente de sus supuestos aliados; y seguro de que no podria recibir refuerzos sin que tropezasen con las líneas aragonesas, salió con algunas huestes hácia la villa de Enguera, guarnecida de algunas tropas castellanas y de gran número de moros, y le intimó la rendicion.

Abrahim, hijo de Almofaix, defendia la plaza en calidad de alcaide.

El mozo contestó con altivez la intimacion del rey y se dió principio al ataque.

Los aragoneses fueron rechazados en toda la línea.

Segunda y tercera vez se repitió el ataque con idéntico resultado.

La cólera del rey se desbordó de lleno tanto como los moros se envalentonaron.

Los corredores del ejército habian cogido en las cercanías de la villa diez y siete moros principales, y se los presentaron al rey.

Al dia siguiente volvió á renovarse el ataque, y la

plaza resistió con iguales bríos, con no poca desesperación de los aragoneses.

El rey mandó aproximar á la muralla á los diez y siete prisioneros, y amenazó con darles muerte si no le entregaban la plaza.

Los sitiados rechazaron la proposición, y despedido el rey ordenó que decapitasen algunos de los prisioneros.

El primero de aquellos desdichados, fué á echarse á los pies del rey para que le hiciese merced de la vida.

—Poderoso rey,—dijo,—yo no pertenezco á esta villa ni á ninguna otra de la Sierra. Me llamo Abugiafar, y soy tu vasallo, pues te rendí pleito homenaje con el emir y los ancianos de Játiva.

—¿Pues qué hacías por estos sitios?

—Venía á cobrar una gruesa suma que me adeudan en esta villa, poderoso señor, cuando fuí cogido por los tuyos.

—¡Mientes! Quieres evadirte, pero no lo conseguirás.

—Así Dios proteja tus días, poderoso rey, como digo verdad. Quien me debe esa suma es el alcaide de esa villa, casado con mi hija Zobeida.

—¡Ah! ¡Con que eres pariente del alcaide y dices que no eres de esta Sierra!

El rey hizo una seña y la cabeza de Giafar rodó por el suelo.

Siete cabezas más fueron separadas de sus troncos sin que ablandasen ni conmoviesen al rey sus lágrimas y lamentos.

Los moros restantes fueron agarrotados á los árboles sufriendo allí inhumana muerte.

Horrible crueldad de aquellas edades de hierro y de sangre, que no se concibe bien tratándose de aquel que tan nimiamente hacia vijilar un nido de golondrinas para que no maltratasen á los inocentes polluelos.

La villa de Enguera no por eso se rindió, y el rey

de Aragon tuvo que levantar el sitio retirándose á sus cuarteles del campo de Játiva.

Allí le presentaron un caballero castellano á quien los aragoneses no sabian si tratar como prisionero de guerra ó como embajador de Castilla, y en esta incertidumbre lo llevaron á presencia del rey.

—¿Quién sois? preguntó En Jaime,

—Soy Don Pedro de Lobera, pariente del reverendo obispo de Cuenca, noble de Castilla y criado del muy alto y poderoso príncipe don Alfonso mi señor.

—¿Traeis algun mensaje para Nos?

—No, rey En Jaime: me dirijo á Játiva á encargar simplemente una suntuosa tienda de campaña para el príncipe mi señor.

—No debíamos creerlos.

—Hareis mal, rey de Aragon, en desmentir á un caballero castellano, que no toleraria esa palabra de nadie, ni de un rey, si este no fuera suegro de mi señor. Pero ved, rey En Jaime, que ni yo os pido que me creais, ni teneis derecho para detenerme sin ofender al príncipe que me envia, y cuyo mensajero soy.

—Don Alfonso ha infringido los tratados, viene en auxilio de los moros, se ha entrado en tierras que nos pertenecen y debemos considerarle como á enemigo y á todos los suyos que cayeren en nuestro poder. No os detenemos sin embargo, podeis penetrar en Játiva, pero guardad la salida, porque si averiguamos que no es verdad lo que decís ¡ay de vos, don Pedro, ay de vos!

El mensajero penetró en Játiva, mientras el rey hacia publicar un bando á voz de pregon, en el cual se prevenia que todo el que comunicase con moros, seria ahorcado en el acto de ser habido, sin darle mas tiempo que el necesario para reconciliarse con Dios.

Don Pedro de Lobera era esperado con impaciencia por los moros de Játiva; así que penetró en la ciudad, le preguntó el emir:

—¿Qué nuevas traeis don Pedro? ¿Debo tener confianza en el príncipe de Castilla, ó debo entregarme al aragonés?

—El príncipe mi señor avanza hácia aquí con un grueso ejército, harto poderoso para libertaros de la presencia de los aragoneses. Una fuerte avanzada, dirigida por el bizarro caballero don Pedro Nuñez de Guzman, está acampada en Mogente espionando los movimientos del rey En Jaime, y esperando la ocasion de unirse á vosotros. Mañana al despuntar el dia se presentará á la vista de Játiva, procurad hacer una vigorosa salida para comunicar con sus huestes y romper el cerco de la ciudad, en tanto llega el infante mi señor con numerosas fuerzas de Castilla.

Mucho regocijó á los moros el recibir estas nuevas que trasmitieron nuevos brios á los sitiados un tanto decaidos por los sucesos de la guerra.

—Pues si las circunstancias no nos favoreciesen, y me veo precisado á entregar la ciudad, os prometo no entregarla al rey de Aragon, sino al infante de Castilla.

—Ya lo sabe mi señor, y confíansen que así lo hareis.

—Jurado está, D. Pedro.

No bien asomó la aurora, los moros cayeron impetuosamente en el campo de los aragoneses, sorprendiendo algunas compañías que se disponian á talar la vega de órden del rey. Ruda fué la pelea, tenaz la lucha, pero la victoria se inclinó del lado de los moros que llenaron el espacio con gritos de júbilo.

Los aragoneses, desconcertados en el primer choque, se rehicieron pronto, auxiliados por nuevas fuerzas y volvieron á empeñar el combate.

Don Pedro Lobera indicaba á los caudillos moros el camino que debian seguir para unirse con los cristianos, á tiempo que se presentaba en el lugar de la lucha, el esforzado caballero En García Romeu, al frente de su brillante mesnada.

Su caballo casi desbocado por la carrera rompió las primeras filas de moros, llegó al centro del campo

enemigo y tropezó en su inaudita velocidad con don Pedro de Lobera que ni tiempo tuvo para recurrir á sus armas.

—Rendíos, caballero,—dijo,—cogiéndole de un brazo.

—Los caballeros castellanos no se rinden,—contestó D. Pedro queriendo hacer uso de su espada.

Pero era tarde. Los caballeros de Romeu habian sembrado la confusion, más que el espanto, en las filas morunas, y el de Lobera se vió acometido y vencido antes de pelear y trasladado al instante á la presencia del rey.

Su vida no duró ya sino algunos instantes.

Se le dió un sacerdote para que le auxiliase, y pocos momentos despues moria con cristiana resignacion, ahorcado de la rama de un árbol

La tentativa de los sitiados fracasó por completo y el cerco se estrechó cada vez mas.

Romeu, no sin autorizacion del rey, fuese á conquistar su ambicionado Palacio de la Sultana, por miedo de que los taladores de la vega no le prendiesen fuego ó le devastasen por cualquier otro medio.

El infante D. Alfonso, sabedor de la muerte de don Pedro Lobera, precipitó sus planes de invasion para hacer guerra á su suegro el rey de Aragon.

No se descuidó D. Jaime y movió sus huestes para salir al encuentro del castellano.

La reina Na Violante, el iris de paz de estos reinos, no podia consentir que su esposo hiciese la guerra al marido de su hija; interpuso sus lágrimas entre ambos contendientes y consiguió que se avistasen en los campos de Almansa.

Allí acudió el rey con la reina, y allí se presentó D. Alfonso á conferenciar con su suegro.

Ambos se disputaban la posesion de Játiva. El de Aragon hacia valer sus derechos de señorío, además de apelar al texto del último tratado, por el cual eran suyas todas las conquistas que hiciere, desde el Júcar

hasta Alicante, así como pertenecian á la corona de Castilla cuantas se hicieren en el reino de Murcia.

Don Alfonso insistió en que Abul-Hussein le habia ofrecido la ciudad, que no entregaria á nadie sino á él. El de Aragon montó en cólera y rompió toda alianza con su yerno. Hé aquí sus propias palabras.

—«Eso no, ni se atreverá á entregarla el alcaide, ni nadie será osado á tomarla: y tened entendido que por encima de Nos habrá de pasar cualquiera que intente entrar en Játiva. Vosotros los castellanos pensais atemorizar á todos con vuestros retos, pero ponedlos por obra, y vereis en cuán poco los estimamos. Y no se hable mas de tal asunto: Nos seguiremos nuestro camino, haced vosotros lo que podais (1).»

—¡Ola! ¡Ensilad mi caballo!

«Detúvole la reina con lágrimas y sollozos, y tales fueron los ruegos de doña Violante, y tanto el interés y la ternura y sollicitud con que insistió en que aquel asunto hubiera de arreglarse amigablemente, que prosiguiendo las pláticas, y renunciando por fin el de Castilla á sus pretensiones sobre Játiva, conviniéronse en que se partiese la tierra por los antiguos límites que por anteriores pactos se habian señalado á ambos reinos, y devolviéndose las plazas que mutuamente se habian usurpado, despidiéronse amigos y conformes suegro y yerno. Tal fué el resultado feliz de las conferencias de Almansa, en que la mediacion de la reina de Aragon evitó una guerra inminente entre Aragon y Castilla (2).»

El resultado de esta entrevista desvaneció en los sitiados toda esperanza de auxilio exterior, y habiendo agotado hasta el último recurso, convertida en un erial su hermosa campiña, secas sus fuentes, sin pan y sin agua, llena de heridos y de cadáveres la plaza,

---

(1) Don Jaime, en su historia, escrita por el mismo, cap. 227.—Lafuente, Historia de España, T. 5.

(2) Lafuente, Historia de España, T. 5.

resolviéronse al fin á gestionar la entrega de la ciudad, comisionando al efecto al venerable Almofaix, que se trasladó al real de D. Jaime como emisario del emir de Játiva.

Largas y debatidas fueron las conferencias, pero quedó resuelto al fin, que el emir conservaria aun por dos años el castillo mayor y el Alcázar á donde se trasladaria con su familia, su servidumbre y sus riquezas: trascurrido este tiempo se le darian á perpetuidad los castillos de Montesa y de Vallada; los moros permanecerian en la ciudad, sin que fuesen molestados por los cristianos.

Aceptadas por ambas partes las condiciones espuestas, se firmó el tratado disponiéndose D. Jaime á penetrar en la ciudad.

Un lienzo blanco colocado en lo alto de la Aljama, debía anunciar la evacuacion de aquel palacio por el emir y la hora de entrada del ejército sitiador.

Era un lunes, dia de Pascua de Pentecostés, á 7 de Junio de 1244, cuando los aragoneses debian penetrar en la plaza.

Todo el moviliario de la suntuosa Aljama con sus joyas y tesoros, habia sido trasladado al castillo mayor, al régio Alcázar.

Una magnífica litera custodiada por esclavos negros, esperaba á la hija de Abul-Hussein para trasportarla al nuevo palacio.

La hermosa mora tardaba y corria el tiempo y se impacientaba el emir.

Aliatar, el gefe de los eunucos, demudado por el espanto, por el castigo que le esperaba, se presentó delante de su señor.

—¿Qué haces, que no traes á Fátima? Preguntó con enfado Abul-Hussein.

—Poderoso señor, tu hija no está en la Aljama.

—¡Miserable! ¡Qué dices!

El esclavo cayó de rodillas.

—No está, señor: no está en la Aljama.

El lienzo blanco ondeaba ya en las cúpulas de aquel palacio.

Los aragoneses penetraban en la ciudad.

Abul-Hussein recibió un pliego.

Le abrió y leyó estas palabras:

«He desencantado á la Printesa del Sol.

«Me valgo de tu autorizacion, que poseo por escrito, para hacerla mi esposa.

«La profecía ha sido cumplida.—Cuando el encantamiento sea deshecho, una nueva poblacion dominará en Játiva.

«Acatemos los designios de Dios.»

Firmado.—Romeu.

## CAPÍTULO XXVII.

### El desenlace de un drama.

Réstanos citar para completar esta narracion, uno de los episodios mas novelescos de la historia de don Jaime, que puso en grave riesgo su vida y que pudo haber ocasionado un dia de luto en los fastos de Aragon.

Posesionados los cristianos de Játiva, Azadrach continuaba en la córte de D. Jaime, cada vez mas considerado por el rey y por las principales familias del reino.

Sus secuaces le amenazaron con delatar sus maquinaciones al rey y con asesinarle traídoramente si el monarca no le hacia ahorcar como se merecia.

El renegado pensó sériamente en su posicion y comprendió la imposibilidad de continuar al servicio del rey, de donde su propia conducta le arrojaba.

Pero parecia enamorado de Na Alda de Carroz, ya que la hija del emir se habia evaporado, y resolvió

poseerla, para llegar por este medio al desenlace de su estudiado drama.

La familia de Carroz no se oponía á entregarle la mano de Na Alda, siempre que el rey le rehabilitase públicamente, haciéndole merced de nobleza ó confirmandole en la que suponían que ya tenía.

El rey no tuvo inconveniente en rehabilitar á un vasallo que juzgaba de fiel y de poderoso, que agradaba por su donaire y apostura aunque pocos supiesen que encubría un alma de criminal.

En una de las grandes recepciones de palacio, en los vastos salones de la Aljama de Játiva, el rey y la reina parecían honrar mas de lo ordinario á Azadrach vestido como un gran feudo en los dias de ceremonia.

Na Alda de Carroz, engalanada como una princesa, y revelando en su hermoso semblante la satisfaccion de su alma, hablaba en voz baja con Na Leonor de Alcalá y de Vera, por su esposo En García, y con Na Catalina de Tobiá y de Esquerdo, por su marido En Bartolomé.

—A cada uno le llega su hora,—decía Na Leonor.

—Sobra tiempo para todo,—contestó Na Catalina.

—¿Estais cansada ya de matrimonio?—replicó Na Alda de Carroz.

—¿Cansada? No, seguramente. Fácil es que mi señor En Bartolomé se canse antes que yo.

—¿Pero sois feliz en vuestro estado, Na Catalina?

—Néicia sería yo si no lo fuera. Mi esposo dice que me ama, yo le creo de buena fé, aunque es algo testarudo; lo cierto es que yo no creí poder amarle mucho; pero me he convencido del refran. La mujer que es honrada, no ama hasta despues de casada.

—Lo celebro mucho, Na Catalina, porque la dama que va á contraer matrimonio gusta de hablar con mujeres casadas que sean diehosas.

—Pues de mi no hay que hablar,—observó Na Leonor.—Yo amaba mucho á En García, pero desde que soy casada, poco es amarle, le adoro.

—¿Y vos amais mucho al Sr. Azadrach?

—Si así no fuera, no me casara con él.

—No deja de ser misterioso. Vos de tan alta propia.....

—Si su nobleza no igualara á la mia, ¿creeis que mis padres y parientes le aceptáran en su familia?

—Insisto en que hay en ello algo de misterioso.

—Hay mucho. Pero esperad, que todo va á aclararse ahora mismo.

—Pues ya se encuentra aquí casi toda la córte. Allí veo á En Bartolomé mi marido.

—Y yo veo á En García, mi esposo.

—Aquí está en Gimén de Carroz.

—Allí veo á mi dignísimo padre En Gimén de Tobía, y el vuestro, Na Leonor; ved, ved, que galan se encuentra aun En Pedro de Alcalá.

—Mirad, allí viene En García Romeu. ¡Qué retirado anda este caballero! No asoma por ninguna parte.

—Dicen que se ha casado.

—¿De veras? ¡Y con quién!

—Cuentan que con una princesa llamada Rosa Blanca.

—¿Y tan á la sordina ha llevado la boda esa señora princesa? Es original, porque todas las mujeres, nobles y plebeyas, gustan de ruido y de algo de ostentación en sus bodas.

—Así está de triste y de llorosa la pobre Na Soledad.

—¿Cómo, no se encuentra en la córte?

—Se ha despedido del mundo. Ni para ir á la iglesia sale de su palacio: oye misa en su oratorio, y el señor virey anda muy disgustado con lo que él llama hipocondria de su señora hija.

—¡Pobre Na Soledad!

—¡Chis! ¡Silencio! Aquí viene el secretario del rey, el señor Escrivá; ved, trae un pergamino con el sello real.

—Oigamos.

—Os hemos mandado venir,—decía el rey dirigién-

dose á toda la córte—para que reconozcais á un rico-hombre de Aragon que se encuentra entre vosotros, que habeis tratado largo tiempo con él, y sin embargo, no le conoceis.—Leed nuestra ejecutoria—añadió dirigiéndose al secretario.

El señor Escrivá leyó en alta voz.

«Por cuanto es de nuestra justicia honrar á los vasallos leales que nos sirven fiel y desinteresadamente así en la paz como en la guerra:

«Nos, En Jaime I rey de Aragon, de Mallorca, de Valencia, conde de Barcelona y del Rosellon, etc., etc., á todos los que la presente vieren y oyeren sabed: que confirmamos en sus títulos de nobleza á En Jaime de Rugat y de Alagon, llamado hasta aquí Azadrach: á quien hacemos merced de los fueros y privilegios de rico-hombre de Aragon con todas las preeminencias de que goza ó en adelante obtuviere la nobleza. Así mismo sabed, que el caballero llamado Azadrach, es hijo de Zeit-Abu-Zeit, rey que fué de Valencia y de una ilustre señora de la nobilísima casa de Aragon. Y por cuanto es de justicia que goce de la nobleza que le concede su alto nacimiento, venimos en confirmarle la posesion del castillo de Rugat y del castillo de la Sierra, con todos los estados y bienes que heredara de su padre.

«Tendréislo entendido así, y para que esta ejecutoria se tenga por verdadera, la firmamos con nuestro puño y letra y sellamos con nuestro sello, refrendada por nuestro rey de armas.—Yo el Rey.»

Gran sorpresa produjo en toda la córte la lectura de la citada ejecutoria, pues en aquel tiempo en que la cuna lo constituia todo, no se podia ser más en la sociedad que ser hijo de un rey, cualquiera que fuese su nacionalidad y sus creencias.

Así que casi toda la córte se apresuró á felicitar al nuevo rico-hombre, superior á casi todos ellos, pues que era principe y señor á la vez de castillos y de vasallos.

Na Alda de Carroz, sonrió de satisfaccion, y al

siguiente día se verificó la boda con asistencia de los reyes y de toda la corte.

Los recién desposados debían trasladarse á la Sierra, para ir despues á Rugat y recorrer todos sus castillos y estados segun costumbre de aquellos tiempos.

El rey deseaba conocer y examinar por sí mismo la Sierra, y atraído por los encantos que le ofrecia la perspectiva de una partida de caza, accedió á las reiteradas invitaciones de Azdrach, y resolvió acompañarle á su castillo; de cuya expedicion formó parte la reina y muchos caballeros de la corte.

La régia cabalgata salió, pues, de Játiva, y se internó en la Sierra.

Reían y hablaban celebrando la feracidad de aquellos montes y se divertían con las peripecias que presentaban á cada instante las escabrosidades del terreno más á propósito para correr venados, decían, que para cabalgar en briosos corceles.

Llegados á la cumbre de una colina que por su altura presentaba un bello punto de vista, Azdrach hizo notar al rey la perspectiva de su castillo que á lo lejos se descubria.

—Herroso castillo teneis, Mosen Rugat,—observó el rey.

—Ya lo verá vuestra alteza de cerca, señor, y os aseguro que ha de impresionaros vivamente.

Poco despues, la fortaleza habia desaparecido tras los pliegues del terreno.

Azdrach guiaba á la régia cabalgata sin dejar de prodigar sus galanterías á la bella Na Alda su esposa.

Seguían una línea tortuosa para llegar al castillo, pues el terreno era quebrado y los caballos se resistían de aquel piso agreste y resbaladizo.

Azdrach les hizo pasar por el lecho de un barranco embellecido por alguna cristalina corriente parecida á los residuos de las grandes avenidas.

—¡Por San Jorge!— exclamó el rey— que este castillo debe quedar incomunicado del resto del mundo

en la estacion de las lluvias. Os aconsejamos, Mosen Rugat, que abrais un camino más cómodo para llegar á vuestro castillo. ¿Lo oís bien, caballero?

---Azadrach no contestó porque no estaba allí ni tampoco Na Alda.

—¡Si se habran estraviado los esposos á la puerta ya de su casa! Buscadles, buscadles, dijo el rey.

Inútil fué. El matrimonio habia desaparecido.

La luz del dia, perdida ya en el ocaso, tocaba á su fin, y dentro de un instante soló el fulgor del crepúsculo podria orientarles en aquel terreno quebrado y desconocido.

—¿Mosen Rugat, dónde estais?—gritó el rey con inquietud.

—Aquí estoy, señor, á la cabeza de mis valientes, para haceros un recibimiento digno de vos.

Y el miserable Azadrach se presentó con efecto á la cabeza de siete compañías de ballesteros que coronaron las alturas de aquel barranco cogiendo á la régia cabalgata como en una ratonera.

El rey y la córte quedaron asombrados al ver tanta gente de guerra al servicio de aquel hombre y creyeron que realmente se habia adelantado para recibir al rey y á la reina con todos los honores debidos á la magestad soberana.

¡Cuál no sería su esturpor al verse envueltos en una lluvia de dardos y flechas que por todas partes caian como una espesa granizada!

—Rey de Aragon,—gritó Azadrach—estás en mi poder. Ríndete, ó eres muerto.

La reina dió un grito de espanto, sus pajes y caballeros le rodearon formando una coraza con sus pechos; el rey ciego por la sorpresa, mudo de asombro, se dispuso al combate. ¿Pero cómo defenderse! Cercados de enemigos protegidos por las breñas, en traje de córte casi todos los caballeros, cogidos en aquel barranco donde no podian removerse, y agonizante la luz del dia, qué partido podia tomar aquel rey conquistador, acibarada su alma además, con la

presencia de la reina, pálida y demudada por la zozobra y el espanto?

Pero rápido en sus concepciones como todos los grandes capitanes, resolvió salir de aquel desfiladero y sostener la lucha en otro campo menos ventajoso para el enemigo y más propicio para sus armas.

Ordenó, pues, el pequeño escuadrón y se dispuso á dar una impetuosa carga con objeto de abrirse paso.

Los caballos, aguijoneados por el hierro, salieron á toda carrera, pero en breve hubieron de detenerse.

Un espeso muro de combatientes les cerró el paso. Y empezó la refriega dura, tenaz y desesperada.

Cuentan las crónicas que de los veinticinco caballeros que acompañaban al rey, diez y siete quedaron tendidos en el campo muertos en aquella lucha de infamia y de traición.

Azadrach, sin acercarse, habló al rey.

—Ríndete, rey de Aragon; todos tus caballeros yacen por el suelo, Ríndete; asistirás al festín de mi boda.

—¡Acércate, miserable!—contestó el rey—mide tu espada con la nuestra, y verás la distancia que hay entre un asesino y un rey caballero!

Y en Jaime picó su caballo para alcanzar á aquel forajido.

El rey se vió rodeado de enemigos.

Y encomendó su vida y la vida de la reina á la emperatriz de los cielos, á la Santa Patrona del Puig, y á su milagrosa Virgen de las Victorias.

Y su plegaria fué acogida por la reina de los ángeles, porque una voz de trueno parecida á la cólera de Dios resonó en aquel instante por el campo de la muerte y de la victoria.

—¡Viva el rey!

Fué el grito que resonó, espresado por una voz conocida.

—¡Nos salvamos!—esclamó el rey.

—¡En Jaime y Romeu!—repitió la voz—¡San Jorje y á ellos!

—¡Maldicion!—gritó Azadrach, retirándose precipitadamente del campo.

Y un confuso tropel de pisadas de caballos llegó hasta los oídos del rey que dió gracias al cielo por aquel inesperado socorro, mientras rehacia sus indomables bríos y se lanzaba sobre aquellos forajidos desordenados ya por el terror.

Debemos explicar la presencia de En García Romeu y sus caballeros en el lugar de la lucha en el instante crítico en que estaba en grave aprieto la vida del rey.

Hé aquí lo que pasó:

En García ni ninguno de sus caballeros, ni de sus deudos y amigos, quisieron acompañar al rey por no alternar con el nuevo rico hombre, con el renegado Azadrach. Motivos sobrados tenían para dudar de su honradez y de sus intenciones: murmurábase ya que era caudillo de una gavilla de bandoleros, y cualquiera que fuesen las circunstancias de su nacimiento era indudable que faltábanle muchas condiciones para poder aspirar á la gerarquía de los hombres honrados.

Así cuando el rey resolvió acompañarle, honrando su hoda y su casa con su real presencia, los caballeros que como Romeu opinaban, se retrajeron de acompañar al rey, por no acompañar al renegado.

Conviene recordar también la impresion que en el infeliz idiota causó la presencia de Andrés, el paje de la reina.

El desdichado Hissem, pues hora es de llamarle por su nombre, aclarado ya que era el marido de Aleydah, siguió al paje y no salía ni entraba ni asomaba la cabeza por una ventana, sin que los ojos del idiota no se clavasen en él, arrasados casi siempre de lágrimas. El pobre mudo parecía sordo é insensible para todos, menos para el paje á quien entendia perfectamente y de quien se dejaba comprender con facilidad.

Cuando la régia cabalgata salió de Játiva, y el des-

graciado Hissem vió al paje detrás de la reina y al bastardo Azadrach al frente de la comitiva, corrió á él, hácia el jóven Andrés, le hizo seña que descabal-gase, le dió á entender que se quedase en Játiva, y tanto llamó la atención con sus gestos, con sus ahu-llidos y con sus lágrimas, que el pobre hombre fué arrojado de allí y la comitiva se puso en marcha.

Desesperado por su mudez corrió detrás de la co-mitiva haciendo señas y gesticulaciones, pero fué de-tenido de nuevo y cayó al suelo revolcándose entre las convulsiones de la desesperacion.

Loco por una emocion violenta, volvió atrás y en-contró un grupo de caballeros que comentaban la ida del rey, y parecian dispuestos á retirarse.

Entre ellos se encontraba En García Romeu.

El idiota se abalanzó á él, le cogió de las manos, y cayó de rodillas como para moverle á piedad ó domi-nado por una agitacion incomprensible.

Quiso articular algunos sonidos, pero no pudo hablar y llevó las manos á su cabeza y pasó el índice por su cuello, y repitió varias veces este ademán para hacerse comprender de aquellos caballeros que le miraban con ojos de compasion.

El desdichado hacia supremos esfuerzos como para librarse del nudo que le oprimia la garganta, y entre sollozos y ahogados gemidos pudo al fin pronunciar una palabra.

—¡Rey....! ¡Rey....! exclamó pasando la mano por la cabeza para denotar la corona y la persona real.

Pero como insistiera en pasar su dedo índice por el cuello, En García Romeu creyo descifrar algo de aquel enigma, y preguntó:

—¿Qué hablas, desdichado? ¿Quieres decir que está el rey en peligro?

Hissem bajó la cabeza repetidas veces, afirmando la pregunta; abrió desmesuradamente los ojos y una risa de amarga desesperacion pasó por sus labios frios como la muerte.

El interés de los caballeros creció por instantes y

pronto un gran círculo de gente rodeó al pobre idiota.

—¿Por qué supones tú que está el rey en peligro?  
¿Cómo lo sabes?

—¡Aach...! ¡Aach...! murmuró confusamente el mudo.

—¡Azdrach! ¿Quieres decir esto, pobre hombre? Hissem afirmó con la cabeza y con el gesto que aquello mismo quería decir.

—¿Que el rey está en peligro y Azdrach también, no es esto?

—¡No, no, no! contestó el mudo con la cabeza.

—¡Rey...! ¡Rey...! murmuró de nuevo pasando el dedo índice por la garganta.

—¿Que el rey va a degollar á Azdrach?

—¡No, no! quiso decir el mudo con desesperacion.

—Este infeliz—murmuró un caballero—está falto de razon. Es una crueldad hacerle sufrir. Dejémosle, caballeros, para que se tranquilice, pues parece dominado por un fuerte ataque.

—¡Pobre hombre! murmuraron algunos disponiéndose á retirarse.

Pero Hissem cogió de nuevo las manos de En García, las oprimió entre las suyas agitadas y nerviosas, y se arrastró por el suelo sin cesar de gemir y de escapársele guturales sonidos sin forma, sin connexion, sin claridad y sin espresion.

Sus ojos arrasados en lágrimas, su rostro desencajado, su humilde actitud, su lenguaje gutural, ahogado y confuso, como privado del don del habla, movia á piedad, y no dudaban que algo quería espresar; pero nadie le entendia ni se lo esplicaba.

El cielo pareció compadecerse al fin, era necesario un milagro, y el milagro se hizo por medio de un esfuerzo imposible, sobrehumano.

El mudo habló.

—¡Mi hijo...! ¡Mi hijo...!—esclamó al fin.—¡Paje de la reina!

—¿El paje de la reina es tu hijo!—preguntó asombrado Romeu.

—¡Mi hijo..... si..... Hijo mio! El rey va á morir.....

—¡Qué dices, desdichado!

—Azdrach..... y bandidos..... tienden celada al rey..... El rey morir..... y la reina..... y mi hijo..... ¡Hijo..... hijo..... hijo mio! Diez años mudo..... diez... Dios quiere que hable para salvar á mi hijo..... ¡para que salveis al rey..... á la reina..... á mi hijo! ¡Corred! ¡Corred! ¡ó llegais tarde!

—¡Caballeros de Romeu!—gritó este—¡á caballo! ¡Salvemos al rey!

Todos corrieron á las armas.

De los caballeros de Romeu se reunieron unos cincuenta, pero aúdiéron soldados, nobles, plebeyos y toda clase de gente de guerra, y guiados por Hissem, puesto á caballo con un escudero, el abigarrado escuadron salió á escape, hasta llegar al campo de batalla en el instante mas crítico para la vida del rey.

Hissem, conocedor del terreno, guió á los caballeros por buen camino, que vinieron á dar sobre la puerta del castillo, del cual se apoderaron sin esfuerzo, sin combate, esparramándose por el interior creyendo encontrar allí al rey.

En este instante dió En García el primer grito de ¡viva el rey!

Pronto dominó con su mirada de capitán el campo de batalla.

Las fuerzas de Azdrach fueron atacadas por la espalda.

Al dar la segunda voz de «En Jaime y Romen,» el brioso paladin era dueño de la victoria y descendía por una escabrosa vereda para ir á reunirse con el rey.

—Gracias, En García,—murmuró el rey con expresión de gratitud.—La reina del cielo os envía á Nos para que pudieseis salvarnos.

El rey y la reina, convenientemente escoltados, se trasladaron al castillo donde ondeaba ya el estandarte de Romeu. El esforzado caballero quiso perse-

guir á los fugitivos para evitar una nueva sorpresa durante la noche.

Siguió la márgen del barranco por donde huian y se precipitaban los bandidos. Segun la direccion de su fogoso caballo, debia pasar junto á una encina que habia servido de baluarte, y ahora abandonada por las gentes de Azadrach.

Nuño, que no abandonaba á su amo, le cubrió de repente con su cuerpo, pronunciando estas palabras.

—¡Cuida de mi mujer y de mis hijos!

Una jabalina lanzada desde el árbol y dirigida á Romeu, habia atravesado el corazon del viejo escudero, que cayó en brazos de su señor: le dirigió aun una mirada de despedida y sus ojos se cerraron para no abrirse mas.

Algunos soldados se lanzaron detrás del matador del escudero; no tardaron en alcanzarle acribillándole de heridas hasta que dió el último suspiro. Era Jonás.

Otra escena no menos desgarradora tenia lugar no lejos de allí.

Hissem, así que llegó al lugar del combate, se apeó del caballo y se metió entre los combatientes en busca de su hijo.

Y le encontró: tendido en la arena, empapado en sangre, cubierto de heridas, exánime y moribundo.

—¡Hijo.....! ¡hijo mio.....! —esclamó.— Te encuentro al fin..... pero muerto..... muerto..... Y no te verá tu madre..... ¡Pobre Aleydah..... Que diera su vida por abrazarte, por darte el último beso..... el adios postrero..... la mirada de despedida. ¡Hijo..... hijo mio! ¡No quiero que mueras..... no.....! vive..... vive para tu madre.....! ¡Dios justo.... concédele un soplo de vida, y arráncame la mia..... la mia..... por la suya!

El herido abrió los ojos, estendió su mano que Hissem besó convulsivamente. Le cogió entre sus brazos y echó á correr hácia el castillo para depositar allí su preciosa carga.

—¡Auxilio! Auxilio, para mi hijo, gritó el pobre padre, al llegar á la plaza del castillo.

Todos le miraron con asombro.

Falto de fuerzas, porque la emocion le ahogaba, le desfallecia, dejó á su hijo en el suelo, y un grito penetrante, desgarrador, se escapó de su oprimido pecho.

El paje acababa de espirar.

—¡Desgraciado! ¡Desgraciado de mí! ¡Dios me conceda el habla y la vida para verte morir! ¡Muerto..... ¡Muerto, por la mano impía de Azadrach, del asesino de mi casa y de mi familia, del verdugo de mi honra!

Quedó un instante silencioso, revolviéndose entre la agonía de su desesperacion, y como si acariciase una idea luminosa, arrancó la daga de su hijo; la besó primero, la miró despues con ojos de espanto y echó á correr con la daga en la mano.

—¡Esta será el arma vengadora de mi familia!

Pero no pudo resistir el peso de tantas emociones y cayó desvanecido echando espumarajos de sangre por la boca.

Un soldado fué á socorrerle de órden del rey que le contemplaba conmovido.

—¿Ha muerto? —preguntó.

—No, señor.—contestó el soldado.—Vivirá, porque ese hombre será el brazo de la venganza.

Era enteramente de noche cuando volvió al castillo En García Romeu.

Trataba de ahogar los zollosos, pero sus ojos deramaban copiosas lágrimas.

El rey le salió al encuentro.

—¿Qué nueva desgracia ocurre? Preguntó.

—Nada para vuestra alteza: mucho para mí, señor. Mi fiel Nuño, mi honrado escudero acaba de morir.

—En García,—replicó el rey,—es necesario perpetuar la memoria de este dia aciago: conviene levantar un templo donde reposen las cenizas de los muertos de hoy. Vos lo hareis, En García, vos lo hareis. Permaneced en este castillo que es vuestro, por

derecho de conquista. Tomad posesion de esta Sierra que os cedo en calidad de feudo. Limpiadla de bandidos, dad caza al malvado de Azadrach, rescatad si podeis á la inocente dama víctima de ese infame, levantad un templo y haced que se ruegue á Dios perpétuamente por el alma de nuestros fieles servidores muertos por el crimen y la traicion.

—Todo será hecho, señor.

Y todo en efecto se hizo segun el rey indicara al caballero, como veremos despues en la segunda parte de esta historia, que lleva por título los **HÉROES DE MONTESA.**

---

## EPILOGO.

## Las dos lágrimas.

Han trascurrido seis años desde la memorable jornada que acabamos de referir, llamada por los cronistas *la noche de Rugat*.

El castillo de la Sierra, aquella guarida de malhechores, secuaces del pérfido Azadrach, es ahora un soberbio y hermoso palacio feudal restaurado y embellecido por el muy magnífico y poderoso señor En García Romeu.

Aquella es su morada, allí habita con su familia, querido y respetado por sus servidores y vasallos.

A la sombra del castillo se levantan chozas y casas donde moran los colonos y algunos viejos criados ó viudas y huérfanos que viven de la caridad ó de la largueza de Romeu.

En el sitio donde espiró el buen Nuño, fué abierta una ancha fosa que recibió el depósito de los cadáveres de la sangrienta jornada muertos por la traicion.

Sobre aquel lugar de eterno reposo levántase ahora un templo, que por la capacidad de su claustro, revela ser un convento.

Pero todavía se encuentran allí brigadas de artífices que han depositado en la obra el trabajo de sus manos y los tesoros de su inteligencia.

En torno del castillo y del convento se agita una

multitud de operarios, de artistas, de soldados, de ministros de la iglesia y de labradores.

No tardará en brotar allí un municipio que disfrute de los incomparables fueros de Valencia, de aquel código monumental de D. Jaime.

En el interior del castillo hay un salon de severo artesonado, de ricos tapices y de muebles suntuosos.

Sobre un sillón de vaqueta clavateado con rosas de oro, se ostenta en la parte superior del respaldo el brillante escudo de armas de la casa de Romeu.

Sentada en el sillón se encuentra una dama de rara hermosura, ataviada con el severo y rico traje de las nobles castellanas.

Apenas cuenta veintidos años de edad, y ya es madre de dos hermosos vástagos que retozan á sus pies.

Aquella dama es Rosa Blanca, esposa de En García Romeu.

Un niño como de cuatro años, de nacarado cutis y cabello negro como su madre, juega alegremente con una niña de dos años, de tez finisima y sonrosada y cabellos blondos como su padre.

El niño es el primogénito de los nobles castellanos y lleva el nombre del rey. Se llama Jaime.

La niña se llama Rosa Blanca, como su graciosa madre.

Aquellas tres criaturas forman un grupo envidiable y encantador; un cuadro digno del pincel de un hábil artista.

La madre sonrie con satisfaccion, con el orgullo de un amor inagotable, de una ternura sin fin.

Los niños no se dan cuenta de su dicha, pero rien y juegan alegremente, y revelan en su rostro, infantil el candor de su inocencia y la ventura de los ángeles.

Fuertes pisadas resuenan en la estancia.

Rosa Blanca vuelve la cabeza y se levanta para salir al encuentro á su marido.

Es En García Romeu.

El caballero abraza á su esposa, besa con efusion á los niños y cae como desplomado en un sillón.

A una seña de Rosa Blanca penetra una mujer de grave aspecto en el interior de la estancia.

Hace una ceremoniosa reverencia y se lleva á los dos niños.

Es el aya.

—Y bien, esposo mio. ¿Está todo dispuesto ya? ¿Se celebra mañana la primera misa en el convento?

—Sí, Blanca mia. Mañana, aniversario de aquella noche memorable, se celebrará la primera misa por el alma de los difuntos. Tambien he hecho construir una gran capilla destinada al panteon de familia. El primero de nosotros que descanse allí, dará su nombre á la capilla.

—Todo eso me parece muy digno, pero no entiendo por qué te encuentro hoy más triste que de ordinario. ¿Qué es lo que ha podido velar la alegría de tus ojos?

—Me siento conmovido por el recuerdo de aquel dia infausto. Recuerdo mi niñez y mi juventud, recuerdo el cariño de mi fiel escudero, de mi pobre Nuño, veo atravesado su corazon por un arma homicida dirigida á mi pecho; le contemplo ensangrentado dirijiéndome su última mirada de fidelidad y me siento más que conmovido: pues se resisten mis ojos á permanecer serenos y.... y no puedo más.

—¡Oh! ¡amado mio! Si las lágrimas son el bálsamo del alma y suavizan sus heridas, llora, llora sin rubor de verterlas: inclina tu noble frente pura como los rayos del sol, limpia como el espejo del cielo, serena como el fulgor de las estrellas; inclinala sobre mi hombro, y llora, llora, Romeu mio, en el seno de tu esposa.

Rosa Blanca acarició la cabeza del caballero y derramó con él una lágrima.

---

En el convento de madres benedictinas, en la Puridad de Valencia, se celebra una ceremonia religiosa de las que conmueven siempre dejando un recuerdo indeleble en las páginas del corazón.

Una novicia profesa la orden de las madres religiosas.

El órgano despide sus últimos acentos. La ceremonia ha terminado.

La profesa se llama Sor Soledad.

La dama que le sirve de madrina, es Na Teresa de Vidaurre.

—¡Valor, hija mia! dice esta señora á la profesa.

—Le tengo, pero temo que el recuerdo tenaz de mi mente me sirva de condenacion.

—Hija mia, el amor no condena, la resignacion salva á las criaturas. Amale en silencio, pero antes que su amor está el cielo; no le ames tanto como á Dios.

La religiosa apoyó su cabeza en el hombro de la dama, y de sus hinchados ojos se desprendió una lágrima.

Lágrima que evaporada y convertida en espíritu invisible, cruzó el espacio y fué á posarse en el corazón de Romeu que á su vez derramaba otra lágrima; y fundidas en una sola, como si fuesen dos almas, volaron por los aires para ir á reposar en el cielo.



# ÍNDICE.

---

	Página.
Introduccion.—Origen de este libro. . . . .	5
Capítulo primero.—El campamento. . . . .	29
» II.—El contrato. . . . .	44
» III.—La Aljama. . . . .	57
» IV.—Fátima. . . . .	68
» V.—El Real de D. Jaime. . . . .	76
» VI.—La rosa blanca, . . . . .	89
» VII.—La Torre del Sol. . . . .	100
» VIII.—El Heraldo. . . . .	113
» IX.—Los buitres del lago. . . . .	124
» X.—La negativa del rey. . . . .	138
» XI.—El ánade y el cuclillo. . . . .	144
» XII.—Resolucion de En García Romeu. . . . .	153
» XIII.—El ataque. . . . .	164
» XIV.— <i>¡¡¡</i> Victoria!!! . . . . .	173
» XV.—El Palacio del Real. . . . .	184
» XVI.—El caballero del Cisne. . . . .	197
» XVII.—Despues del torneo. . . . .	204
» XVIII.—Los cautivos. . . . .	209

Capítulo	XIX.—Aleydah. . . . .	219
»	XX.—El árbol del secreto. . . . .	231
»	XXI.—Las gestiones de Azadrach. . . . .	242
»	XXII.—Historia de la esclava. . . . .	251
»	XXIII.—Metamorfosis de Romeu. . . . .	257
»	XXIV.—El pleito homenaje. . . . .	267
»	XXV.—El idiota. . . . .	278
»	XXVI.—Játiva cristiana. . . . .	290
»	XXVII.—El desenlace de un drama. . . . .	297
Epílogo.—	Las dos lágrimas. . . . .	311

## FE DE ERRATAS MAS NOTABLES.

---

Pág.	línea.	dico.	léase.
88	14 y 15	descarsar	descargar.
90	23	halló	habló
97	5	digindad	dignidad
110	12	derrotaron	destrozaron
113	17	algimez	ajimez
142	3	callero	caballero
153	22	imitó	invitó
183	25	muerte de los ven- cidos	suerte de los ven- cidos
198	29	frenéticamete	frenéticamente
201	33	encontarse	encontrarse
238	15	algun jarro de agua, miel	algun jarro de aguamiel
253	19	basilico	basilisco
255	32	mjger	mujer
258	8	resolverre	resolverse
258	9	sometiendo	sometiéndose
261	5	condescencia	condescendencia
261	22	contestará	contestára
277	13	hereda	heredad
288	10	resolvió	revolvió

IN DE BATAVISCHE MUSEUM

Num.	Naam.	Waar.	Waar.
1	... ..	...	...
2	... ..	...	...
3	... ..	...	...
4	... ..	...	...
5	... ..	...	...
6	... ..	...	...
7	... ..	...	...
8	... ..	...	...
9	... ..	...	...
10	... ..	...	...
11	... ..	...	...
12	... ..	...	...
13	... ..	...	...
14	... ..	...	...
15	... ..	...	...
16	... ..	...	...
17	... ..	...	...
18	... ..	...	...
19	... ..	...	...
20	... ..	...	...

## PUBLICACIONES

DE LA LIBRERÍA DE PASCUAL AGUILAR.

---

- CROUS.—*Programa-sumario de Patología Médica*. Valencia, 1877. Esta obra forma un tomo en 4.º de 548 páginas y su precio es el de 48 rs.
- CAMPÁ.—*Cuadros sinóptico-descriptivos de obstetricia*. Valencia, 1875. Segunda edición, aumentada, un volumen de 70 páginas casi folio, con 30 cuadros. 12 reales Valencia, 14 fuera.
- CAMPÁ.—*Calendario de la preñez é higiene de la mujer en cinta*. Obra dedicada á las jóvenes recién casadas. Un tomo en 8.º menor, de 218 páginas. Valencia, 1874. Su precio 6 rs.
- SALCEDO Y GINESTAL.—*Discurso sobre la cremación cadavérica*, leído en el acto de ejercicios de doctor en la facultad de medicina de la Universidad central, el día 22 de Junio de 1876. Un tomo en 8.º mayor, de 64 páginas, y una lámina representando un aparato crematorio. Su precio, 4 rs.
- FOLLIN.—*Lecciones sobre la aplicación del oftalmoscopio al diagnóstico de las enfermedades de los ojos*, dadas en la clínica quirúrgica de la Caridad, y traducidas al castellano por el Dr. don Nicolás Ferrer y Julve, catedrático de medicina. Valencia, 1875. Segunda edición. Un tomo en 4.º de 144 páginas, con grabados intercalados en el texto. Su precio 16 rs.
- VELPEAU Y B. J. BERAUD.—*Manual de anatomía quirúrgica general y topográfica*, traducción de Don Gabriel Lopez Gimeno. Valencia, 1872. Dos tomos en 4.º, de 400 páginas cada uno. Su precio 30. rs.

FERRER Y JULVE.—*Nuevo compendio de cirugía menor*.—Segunda edición aumentada. Valencia, 1874. Un tomo en 8.º, de 500 páginas, con grabados intercalados en el texto. Su precio 24 rs. Valencia y 26 fuera.

GIMENO Y CABAÑAS.—*Tratado elemental de Terapéutica, materia médica y arte de recetar*, hecho con arreglo á las obras modernas de Ribes, Bouchardat, Trousseau y Pidoux, Gubler, Rabuteau, Fonsagrives, Delicux de Savignac, Binz, Schroff, Nothnagel, Schulze, Husseman, Scalzi, Cantani, Semmola, Wood, Ringer, Coca, San Martin, etc.

Esta obra constará de 2 tomos de 800 páginas próximamente, con grabados.

El precio de cada tomo durante la publicación, será el de 28 reales en Valencia y 30 fuera.

Se han publicado los cuadernos 1.º y 2.º

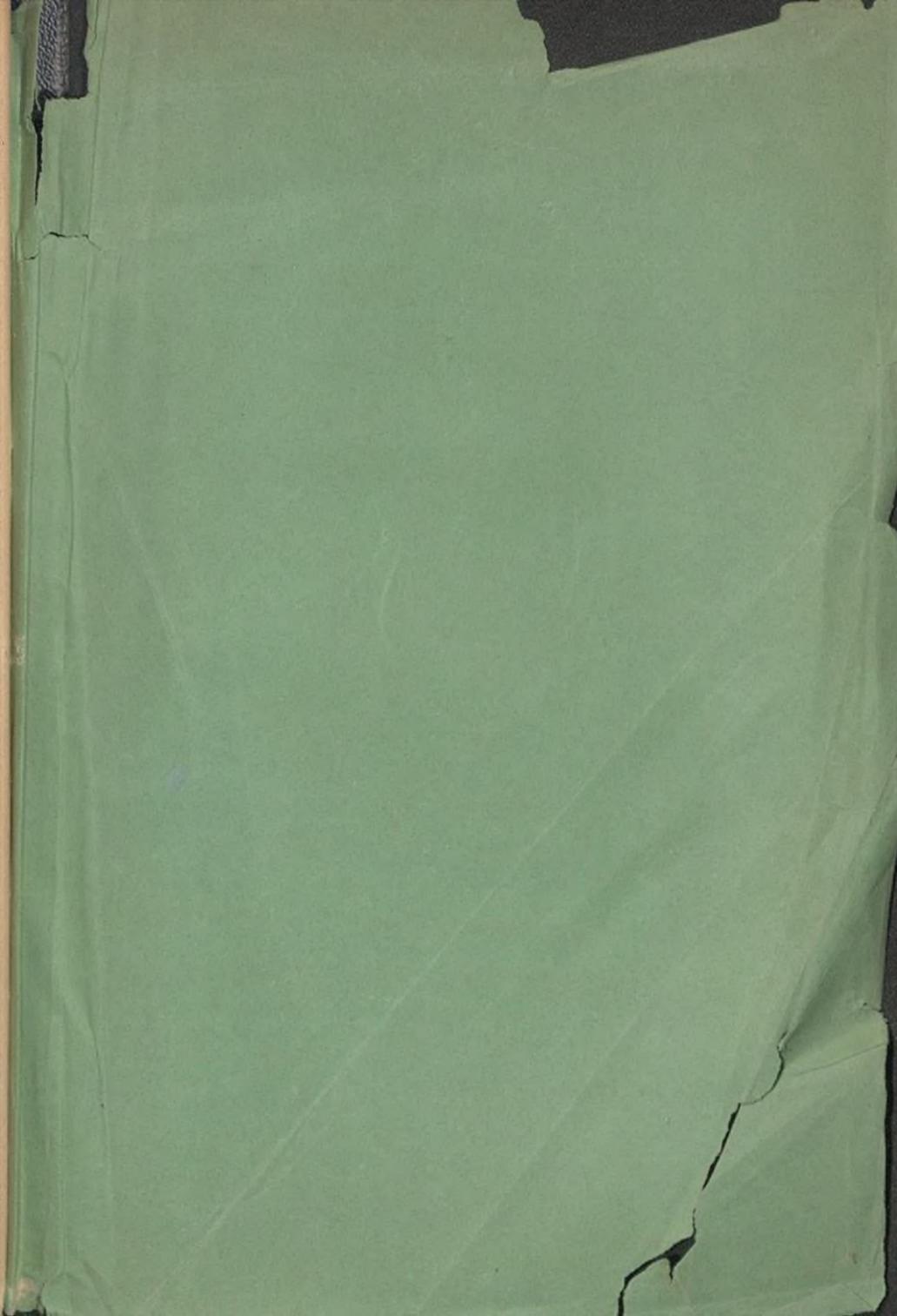
NIELLY.—*Compendio de obstetricia*, versión española del Dr. D. Juan Aguilar y Lara, profesor clínico de la escuela de medicina de Valencia.

Esta obra forma un tomo de más de 200 páginas, de buen papel, esmerada impresión y multitud de excelentes grabados intercalados en el texto, que facilitan la comprensión del mismo.—Su precio es el de 12 reales en Valencia y 14 fuera.

BUDGE.—*Compendio de Fisiología humana*, traducido por el Dr. D. Juan Aguilar y Lara, profesor clínico por oposición de la escuela de medicina de Valencia, y adicionado por el Doctor D. Julio Magraner y Marinas, catedrático de clínica médica por oposición de la mencionada escuela.

Esta obra consta de un solo tomo en 8.º mayor, de 712 páginas, con grabados.

El coste de la obra es el de 28 rs.; se remite á todo el que mande su importe en libranzas ó sellos de franqueo.



Esta obra se halla de venta en las principales librerías al precio de 4 reales y se remite a todo el que mande su importe en sellos de franqueo a la **LIBRERÍA de PASCUAL AGUILAR** Calle de Caballeros N.º 1 VALENCIA.



En venta del mismo Autor

## **EL ANTECRISTO SE ACERCA** Tiene su cuna en la actual Guerra de Oriente

Causas de la guerra entre Rusia y Turquía-Ideas generales sobre la política de aquellos países. Pasado, presente y porvenir de aquellos pueblos. Resumen histórico de Rusia, del Imperio de Oriente y de la dominación mahometana. Estado de la guerra actual en los destinos de Europa, en las creencias y muy especialmente en la raza latina depositaria del Catolicismo. In la política y de la diplomacia para restablecer el equilibrio europeo que amenaza a las naciones y a los pueblos de Oriente y de Occidente.

Esta obra se halla de venta en las principales librerías de 4 reales